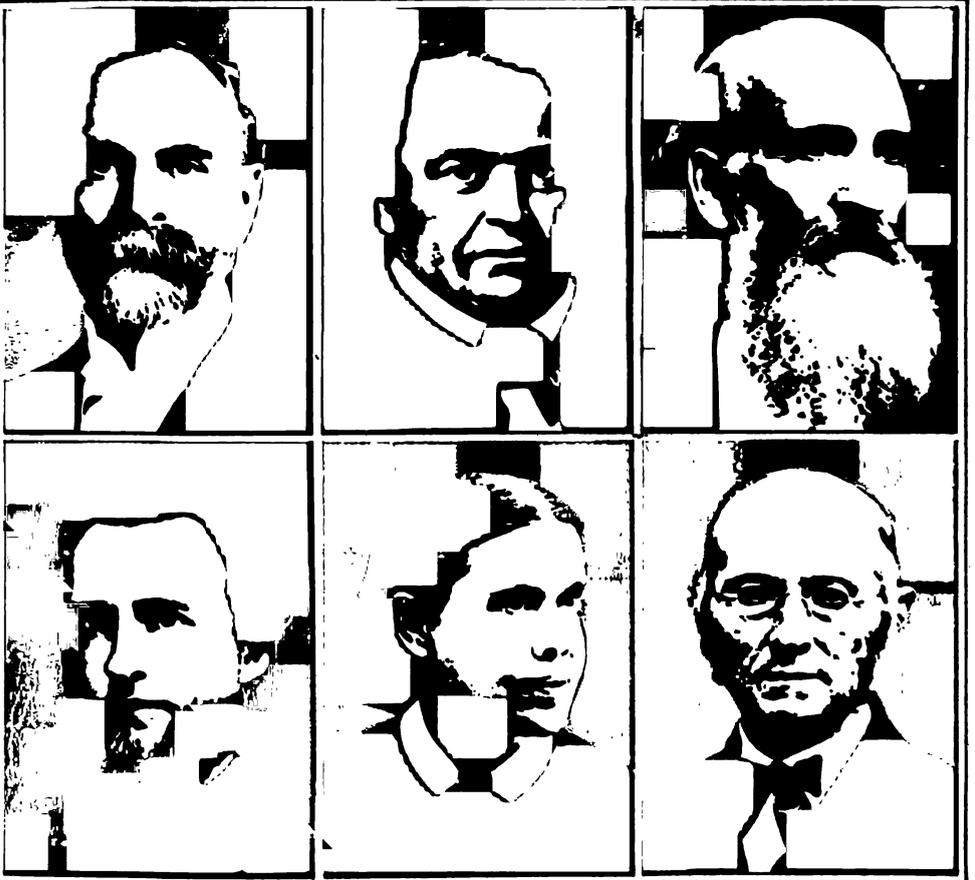


Digitalizado y limpiado por
Shekina Books

ADICION AL MUNDO

La historia de los Adventistas del Séptimo Día



C. MERVIN MAXWELL

DILO AL MUNDO

A HISTORIA DE LOS ADVENTISTAS DEL SEPTIMO DIA

"BRILLANTE, conciso, espiritual —una excelente introducción a la historia Adventista. —Richard W. Schwarz, Vicerrector de Administración Académica, Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan, y autor de *Light Bearers to the Remnant*.

"UN ENFOQUE singular acerca de los adventistas del séptimo día como movimiento con un propósito para los últimos días... Cada miembro debería leerlo". —Jack Bohannon, Secretario ministerial asociado, Unión del Lago, División Norteamericana.

"C. MERVYN MAXWELL ha escrito aquí una historia popular... que nunca cae en las trivialidades que pueden transformar la historia de una denominación en algo repelente para el lector común. El Dr. Maxwell luce aquí sus galas como historiador de la iglesia y teólogo". —*Adventist Heritage*, Invierno, 1977.

ACERCA DEL AUTOR

C. Mervyn Maxwell, director del departamento de historia eclesiástica y profesor de la misma disciplina en el Seminario Adventista de la Universidad Andrews, obtuvo su doctorado en filosofía en la Universidad de Chicago. Un autor prolífico, el Dr. Maxwell ha escrito muchos artículos para revistas, así como varios libros, incluyendo *Man, What a God!* (¡Hombre, qué Dios!) *Moving Out* (Mudándose) y *El porvenir del mundo revelado*, una obra de envergadura acerca del libro de Daniel.



C. Mervyn Maxwell

152232

8-95

DILO AL MUNDO

La historia de los Adventistas del Séptimo Día

C. Mervyn Maxwell

Edición revisada, con índice de nombres

**ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA
Belice - Bogotá - Caracas - Guatemala - México
Panamá - San José .C.R. - San Juan P.R. - San Salvador
Santo Domingo - Tegucigalpa**

Título del original en inglés:
Tell it to the World

Traductor: Fernando Chajj
Redactor: Lorenzo J. Baum

Copyright © 1976, by
Pacific Press Publishing Association

ISBN No. 1-57554-046-0

ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA
1890 NW 95 th Avenue
Miami, Florida 33172
Estados Unidos de Norteamérica

Impreso y encuadernado por:
EDITOLASER
Calle 11 No. 22-01
Santafé de Bogotá, D.C. - Colombia

Contenido

Prefacio . . . :	5
1. "¡No, Señor, yo no puedo predicar!"	7
2. El gran despertar religioso del segundo advenimiento	13
3. La demora	21
4. El clamor de medianoche	27
5. "¿Por qué no vino papá?"	33
6. Entrada triunfal II	39
7. El Cleofas del campo de maíz	45
8. Nueva luz de la Palabra de Dios	49
9. "Mira un poco más arriba"	53
10. ¿Qué está haciendo Jesús ahora?	59
11. Una viuda da testimonio	65
12. El capitán esparce el conocimiento de la Palabra	71
13. El mensaje del tercer ángel	81
14. La buena y antigua <i>Review</i>	89
15. Lo que los adventistas deben a otros cristianos	99
16. Jesús y el juicio investigador	107
17. Necesidad de un "orden evangélico"	117
18. Hay que darle un nombre al niño	125
19. ¡Laodicea!	137
20. Sentido de misión	143
21. Ex sacerdote católico	149
22. Una familia misionera viaja a ultramar	155
23. Un movimiento misionero mundial	163
24. Mujeres destacadas	173
25. Consagrada a la salvación de almas	183
26. Felices, santos y sanos	193
27. Regalo de navidad, 1865	199
28. Por el gozo del servicio	207
29. Los cantos incomparables de Cristo	219
30. Dieciséis años de crisis	229
31. Círculo de amor	239
32. Encendidos con la gloria de Cristo	249
Notas y referencias	259
Índice de nombres	285

Prefacio

¡Proclámalo al mundo!

La Iglesia Adventista del Séptimo Día no se considera a sí misma meramente como una "sociedad religiosa". Sino como un dinámico movimiento espiritual motivado por un sentido impelente de misión, encargado de proclamar al mundo un mensaje grandioso. El tema integral de su mensaje es Jesús: el "Evangelio eterno" de un salvador que murió y resucitó para crear en los hombres corazones nuevos; la "esperanza adventista" en el regreso de Cristo para dar a su pueblo un nuevo hogar; y la "verdad presente" acerca del ministerio contemporáneo de Cristo en los cielos, que borra el pecado de una manera extraordinaria y ofrece como nunca antes impartir salud, santidad y felicidad a las personas.

La misión de la iglesia consiste en tomar tales buenas nuevas y proclamarlas al mundo entero, porque ellas no pertenecen sólo al pueblo que constituye hoy la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Es un mensaje universal: para todos y en todas partes. Ha de ser llevado a "toda nación, tribu, lengua y pueblo"; a todas las ciudades, a todas las aldeas; a cada país, a cada nacionalidad, a cada colonia y a toda "criatura", es decir a toda persona (Marcos 16:15).

Un libro no puede presentar todo lo que es posible conocer acerca de la Iglesia Adventista. En forma selectiva, esta obra presenta la mayor parte de los hechos relativos al comienzo del movimiento, porque esto explica mejor la causa de su prosperidad, y también cómo espera terminar pronto su tarea.

Capítulo 1

"¡No, Señor, yo no puedo predicar!"

"¡No, Señor! ¡No! Tú sabes que yo no puedo predicar. ¡Yo no puedo predicar!"

Antes que Guillermo Miller se entregara al Señor y llegara a ser el dirigente del magno despertar religioso producido en los Estados Unidos por la expectativa del segundo advenimiento de Cristo, por tres años arguyó con Dios y luchó con su conciencia para eludir la responsabilidad de proclamar al mundo que el Señor venía pronto.¹

En una época en que nueve décimas partes de los norteamericanos vivían en granjas, Guillermo Miller no era una excepción. Pero no fue un agricultor común. Siendo muchacho, después que la familia iba a dormir, se ponía a leer libros al estilo Lincoln, a la luz producida por trozos de pino que ardían en el hogar de su cabaña de troncos, ubicada en Low Hampton, estado de Nueva York. Casado en 1803, y establecido entre las Montañas Verdes, en Poultney, Vermont, pronto agotó la biblioteca local. Su esposa Lucía realizaba muchos de los trabajos de la granja para que su marido pudiera tener más tiempo para su estudio. Sociable y enérgico, así como estudioso, Miller fue elegido sucesivamente condestable, comisario y juez de paz. Pronto llegó a ser suficientemente rico como para poseer dos caballos; suficientemente sabio como para tener amigos en los dos partidos políticos de la época, y a la vez, suficientemente mundano como para renunciar a su fe de la niñez y convertirse al deísmo.

Criado en un hogar bautista, por un tiempo Guillermo, como muchacho, estuvo seriamente preocupado por su alma. Trató de encontrar paz mediante la estricta obediencia a sus padres y el sacrificio de posesiones apreciadas para él, pero sin resultado. Continuó creyendo en la Biblia; sin embargo, se impacientaba por el hecho de su aparente inefectividad y de sus contradicciones. Pero después de su casamiento —los Estados Unidos eran entonces un país joven—, Miller leyó los libros que Jefferson, Franklin y los otros padres fundadores habían leído: los escritos de David Hume, Voltaire y Tomás Paine. Otras personas pensadoras de Poultney leyeron los mismos libros. Como resultado de sus lecturas y trato con estas personas, pronto adoptó el deísmo, y su atractiva, pero superficial filosofía sobre el universo.

De acuerdo con el deísmo, Dios creó el mundo, lo puso en marcha y lo sometió a leyes inalterables de causa y efecto. En armonía con esas

léyes, los hombres debían vivir en forma sana, bondadosa y honesta; pero el creer en la oración, en un Salvador, o en una vida después de la muerte era considerado como una superstición pueril. Los milagros, el perdón de los pecados, y la resurrección exigirían que el Creador obrara contra sus leyes naturales, y esto era ilógico. Dios había dado cuerda al mundo como a un reloj y lo había dejado librado a su suerte

No era el cristianismo lo que extraía lo mejor que hay en el hombre, sino un americanismo decente que respetara la ley y el orden, concluía Miller; y su casa llegó a ser un centro de reuniones regulares para los matrimonios patrióticos, pero irreligiosos, de la nueva localidad donde residía.

Allá en Hampton, la madre de Miller oyó lo que estaba ocurriendo en Poultney y se preocupó profundamente. Rogó a su cuñado y a su padre entrado en años, ambos clérigos bautistas, que visitaran a Guillermo de tiempo en tiempo, y prometió que sus oraciones los acompañarían. Este le tributaba una cálida bienvenida a su tío Elihu y a su abuelo Phelps, pero después que se iban lo imitaba jocosamente para gran deleite de sus amigos.

Convencido de que el amor al país más bien que el amor a Cristo era la mayor esperanza del género humano, Miller se presentó como voluntario para el servicio militar en la guerra de 1812. Cuarenta y siete otros jóvenes hicieron lo mismo, a condición de que se les permitiera servir directamente bajo su mando. La guerra de 1812, la segunda lucha de los Estados Unidos para lograr su independencia, fue una empresa inconexa e inefectiva la mayor parte del tiempo. La batalla de Plattsburg, librada a orillas del lago Champlain, distante no muchas millas del hogar donde Miller pasó su niñez, fue una brillante excepción.

En la mañana del 11 de septiembre de 1814, los británicos aparecieron con una fuerza de 15.000 soldados regulares en tierra y una pequeña, pero bien equipada escuadra naval en el lago. Los norteamericanos tenían solamente 5.500 hombres, condenados a su parecer a una segura derrota. El resultado fue una sorpresa completa.

"Señor: Ya todo ha terminado, la batalla ha concluido", informaba un entusiasta oficial patriota a las dos y veinte de la tarde. "La flota británica atacó a nuestra bandera. Gran destrucción de ambos lados. Puedo verlo desde donde estoy escribiendo... El espectáculo fue majestuoso, noble, grandioso. Esta mañana, a las diez, los británicos abrieron fuego nutrido y destructor contra nosotros, tanto por tierra como por agua. Sus ...proyectiles volaban como granizo... Usted no tiene idea de la batalla... Puede imaginarse lo que sentimos, porque yo no puedo describirlo".

El oficial pasó en revista con orgullo la parte que le había tocado. "Estoy satisfecho de que puedo luchar. Sé que no soy un cobarde... Tres de mis hombres fueron heridos por una granada que explotó a dos pies de distancia de mi persona".

"¡Hurra! ¡Hurra!" Escribía en su excitación, y luego, mientras veinte o treinta prisioneros eran conducidos al fuerte, firmó cuidadosamente el parte que terminaba así: "Su seguro servidor, Guillermo Miller".

La guerra concluyó en 1815. El capitán Guillermo Miller había demostrado su aptitud como dirigente años antes de que involuntariamente fundara un movimiento religioso.

Pero al volver a casa a ordeñar las vacas, labrar la tierra, sembrar y cosechar, su mente empezó a sondear, a ponderar inquietamente la religión de los patriotas. Por la ley de causa y efecto, razonaba, la victoria de Plattsburg debía haber sido de los británicos. Sus tropas eran veteranas, pues acababan de vencer a Napoleón, y numéricamente eran tres veces superiores. Un historiador moderno denominó a Plattsburg "la acción decisiva" de la guerra,² y el comodoro norteamericano, en su informe a la oficina de guerra de ese tiempo, le dio la gloria a Dios: "El Dios todopoderoso se ha agrado en concedernos una señalada victoria".³ ¿Era posible, de alguna manera, que Dios hubiera tomado un interés personal en los Estados Unidos? ¿Y qué decir de la granada que explotó a sus pies sin dañarlo ni matar a sus amigos? ¿Era Dios quien los cuidó?

De nuevo, Guillermo se trasladó de Poultney a Low Hampton. Como su padre había muerto, pagó la hipoteca sobre la casa de su niñez para que su madre pudiera vivir en ese lugar sin deudas, y luego se estableció cerca en una granja de unas ochenta hectáreas.

A fin de ser cortés, Miller asistía a la iglesia bautista local siempre que su tío tenía el sermón. De otra manera no concurría.

—Te hemos extrañado en el servicio del domingo pasado —le decía la madre con ternura.

—Tú no puedes esperar que yo esté aquí cuando no está el tío, mamá.

—¿Por qué no, hijo?

—Bueno, es la manera en que los diáconos leen el sermón.

—Ellos hacen lo mejor que pueden, estoy segura de ello.

—Cuando tío no está presente, mamá, ¿por qué no me dejan a mí leerlo?

De esta manera, Miller se metió en una trampa y los buenos hermanos de los cuales él se reía con tanto gusto, se aseguraron de que cayera en ella. Los sermones que le asignaron para que leyera del libro *Discursos Prácticos, de Alejandro Proudfit*, lo dejaban muy pensativo.

Sus dudas acerca del deísmo se iban profundizando.

Llegaba de nuevo, en 1816, el 11 de septiembre, el segundo aniversario de la victoria de Plattsburg. Se había programado un baile público; y también un sermón para la noche anterior. El evangelista visitante envió a los asistentes de vuelta a casa bañados en lágrimas. Se produjo un reavivamiento y se canceló el baile. El próximo domingo le tocaba a Miller la lectura del sermón, esta vez una homilía de Proudfit, titulada: "El deber de los padres hacia los hijos".⁴ Vencido por la emoción en medio de la lectura, no la puedo terminar.

Desesperado por sus pecados, Miller se imaginó cuán bueno sería arrojarse en los brazos de su Salvador y confiar completamente en su gracia.

El necesitaba un Salvador. El mundo lo necesitaba. ¿Pero existía un ser semejante?

Volvió a la Biblia. Y dentro de sus páginas encontró al Salvador a quien buscaba. "Me vi obligado a admitir que las Escrituras deben ser la revelación de Dios", escribió más tarde. "Ellas llegaron a ser mi delicia, y en Jesús encontré a un amigo".⁵

Inmediatamente comenzó a realizar regularmente el culto familiar. Pero ahora sus amigos mundanos se burlaban de él, como antes él se había burlado de otros cristianos.

—¿Cómo sabes tú que la Biblia es la palabra de Dios? —le decían—. ¿Qué me dices de sus contradicciones?

—Si la Biblia es la Palabra de Dios, todo lo que contiene puede ser entendido; y todas sus partes pueden armonizar. Denme tiempo, y yo encontraré la armonía entre sus aparentes contradicciones; de otra manera, volveré a ser deísta —contestaba Miller con firmeza.

Dejando de lado todo otro libro, excepto la Biblia y una concordancia completa, empezó con el primer versículo del Génesis e iba avanzando no más rápidamente que la solución de los problemas que se levantaban. Usando las referencias marginales de su Biblia y su concordancia, dejó que ella se explicara a sí misma. Una tras otra, la mayor parte de las incongruencias aparentemente insolubles desaparecieron.

Lo mejor de todo es que encontró que Jesús, su amante Amigo y Salvador, había prometido venir de nuevo a la tierra. Descubrió que muchas otras promesas proféticas se habían cumplido; así que, ¿por qué no ésta en particular? Entonces, un día descubrió el texto que había de marcarle un nuevo rumbo al resto de su vida, Daniel 8:14: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y luego el santuario será purificado".

Su estudio se intensificó dramáticamente. Duraba a veces el día entero, y otras, toda la noche. Interpretó correctamente (usando Ezequiel 4:6 y otros textos) que los 2.300 días eran 2.300 años que empezaban en el año 457 AC. Incorrectamente llegó a la conclusión de que la "purificación del santuario" era el fin del mundo y la segunda venida de Cristo. En 1818, después de dos años de total concentración, llegó a la alarmante convicción de que Cristo regresaría "en torno al año 1843" (2.300 años después de 457 AC), y que "dentro de unos 25 años... todos los asuntos de nuestro estado actual encontrarían su fin".

¿El fin dentro de 25 años? Si es así, otros debían ser advertidos. Una voz que le quemaba el alma, clamaba: "Ve y proclámalo al mundo".

Durante cinco años Miller desoyó este llamamiento y en forma vigorosa analizó su posición. Estaba temeroso, escribió más tarde, "de que de alguna manera yo estuviera equivocado, y que fuera el medio de desviar a algunos". En su mente surgieron más objeciones de las que sus oponentes

le presentaron más tarde. Cuando años de investigación quitaron toda duda de su corazón, el temor de hablar en público ocupó su lugar. "Le dije al Señor que yo era tímido y que no tenía las calificaciones necesarias".

Miller iba ocupando puestos cada vez más activos en su iglesia. Cada vez prestaba mayor atención a la conversión de los pecadores. Y compartía sus convicciones acerca de la venida de Cristo con personas conocidas y con quienes se escribía. Pero nada podía acallar el persistente llamado a predicar. En agosto de 1831, después de trece años de postergación, la carga que pesaba sobre su alma pareció insoportable.

"Ve y proclámalo al mundo. Te he señalado como atalaya. ¡Dilo al mundo!"

Levantó la vista de la Biblia que estaba leyendo, profundamente atribulado por el llamamiento de Dios. ¿En realidad el Señor lo llamaba? El debía saberlo sin lugar a dudas.

Golpeó su escritorio con el puño. Se puso de pie. Se arrodilló, y oró: "¡No, Señor! ¡No! Tú sabes que yo no puedo predicar. *Yo no puedo predicar.* Pero tal vez sea ésta tu voluntad para mí. Oh, Señor, haré un pacto contigo. Si abres la puerta, es decir, si me envías una invitación para que predique, entonces, Señor, iré".

Volvió a sentarse con relativa tranquilidad, y musitó: "Ahora tendré paz, porque si recibo una invitación, sé que el Señor me ayudará. Pero no es muy probable que alguno le pida a un agricultor de cincuenta y un años de edad que predique sobre la segunda venida del Señor". Sonrió contento con esta improbabilidad.

A los treinta minutos un fuerte llamado a la puerta lo sorprendió.

"¿Quién puede ser el que llama tan excitado un sábado de mañana?", se preguntó.

Volvieron a insistir. "Mejor que vaya y vea quién es", se dijo.

—¡Buenos días, tío Guillermo! —saludó jubilosamente el muchacho que estaba frente a la puerta.

—¡Oh, sobrino Irving! —exclamó Guillermo—. ¿Y qué puedes estar haciendo a veinte kilómetros de tu casa tan temprano por la mañana?"

—Tío Guillermo, salí antes del desayuno para decirle que nuestro ministro bautista, de Dresden, no puede hablar en nuestro culto de mañana. Papá me envió para hacerle un pedido. Quiere que usted venga y nos presente las cosas que ha estado estudiando en la Biblia. Acerca de la segunda venida de Cristo, usted sabe. ¿Vendrá?

Capítulo 2

El gran despertar religioso del segundo advenimiento

Miller giró sobre sus talones sin decir una palabra, salió apresuradamente por la puerta de la cocina, llegó a tropezones hasta el bosquecillo de arces cercano, y empezó a luchar con el Señor. Estaba enojado consigo mismo, enojado con Dios y muy temeroso.

Durante una hora entera rogó que se le liberara de su promesa: "¡Oh Señor, te ruego que envíes a algún otro!"

Aun siendo deísta solía cumplir su palabra. ¿Podía hacer menos siendo cristiano? Después de derramar lágrimas de angustia, por fin se rindió a Dios.

¡Entonces la felicidad llenó su alma! ¡Trece años de titubeos vencidos! ¡El gozo de la entrega! ¡Gloria a su nombre! De una manera completamente inusitada, saltaba de alegría, alabando a Dios en voz alta.

Lucy Ann, su hija menor, mirándolo ansiosamente, corrió a la casa, exclamando: "¡Mamá, mamá, ven pronto!"

Inmediatamente después del almuerzo Miller se puso en camino con Irving rodeando el lago Champlain (en cuyas orillas años atrás había luchado en la batalla de Plattsburg), para dirigirse a la casa de su hermana, en Dresden, y al éxito. A fin de hacerlo sentir cómodo, la reunión se realizó en la cocina, con Miller sentado a la mesa en un gran sillón de brazos. ¡El gran despertar del segundo advenimiento en los Estados Unidos había comenzado!¹

Tan impresionante era su conocimiento de la Biblia, tan conmovedores fueron sus fervientes exhortaciones, que la gente de Dresden lo persuadió a predicar cada noche durante una semana. Los informes se propagaban de una granja a otra. La asistencia iba creciendo. Más de una docena de familias fueron convertidas a Cristo. Por ese tiempo, ya el auditorio se había trasladado del hogar de Guildford a una iglesia.

¿Y qué pasó cuando regresó a su casa? Lo esperaba una invitación de parte de un ministro que todavía no lo había escuchado en su primera serie. El pacto de Miller con el Señor se cumplió doblemente. No había duda de que había sido llamado al ministerio. Con la misma seguridad con que Pedro, Santiago y Juan lo fueron. Con la misma claridad, por el mismo Señor.

Desde el mismo comienzo, Miller recibió más invitaciones de las que podía satisfacer. Congregacionalistas, metodistas, bautistas, presbiterianos,

suscriptores, lanzó el primer periódico adventista, que se llamó *Signs of the Times* (Señales de los Tiempos). Esto catapultó al adventismo a la prominencia.

Por un tiempo, Himes editó él mismo la revista *Signs*. A medida que el movimiento se extendía, consiguió que otros trabajaran en la oficina mientras él iniciaba nuevas revistas en otras ciudades o animaba a los hombres de talento a publicar folletos por sí mismos. En un período de cuatro años, el mensaje adventista era proclamado en diferentes ciudades por las siguientes revistas: *Midnight Cry*, *The Glad Tidings*, *The Advent Chronicle*, *The Jubilee Trumpet*, *The Philadelphia Alarm*, *The Voice of Elijah*, *The Southern Midnight Cry*, *The Western Midnight Cry*, *The True Midnight Cry* y varias otras, la mayor parte de ellas escritas con toda claridad y hábilmente editadas, bien impresas en papel de calidad. También se publicaron libros, en una serie de más de cuarenta, conocidos como "La Biblioteca del Segundo Advenimiento". Antes del gran chasco del 22 de octubre de 1844, ocho millones de ejemplares de publicaciones adventistas fueron leídos por la gente y esparcieron el mensaje.

En aquellos días, las suscripciones a los periódicos normalmente eran manejadas por los jefes de correo. El jefe de Canton, Iowa, informó que cuando los periódicos milleritas llegaban a su oficina la gente se aglomeraba para conseguir ejemplares extras. "¿Puede usted conseguirme más?", le rogaban. "Usted no tiene idea del bien que hacen".⁷

El mensaje de Miller no se centraba en una serie de argumentos sobre una fecha. Era el mensaje del primer ángel: "El Evangelio eterno", y "la hora de su juicio ha llegado" (Apocalipsis 14:6,7). Constituía una actividad evangelística que trataba de ayudar a la gente a estar lista para el encuentro con el Señor. Mediante ese mensaje la Iglesia Metodista parece haber añadido cuarenta mil miembros a su feligresía en el otoño de 1844, y la Iglesia Bautista, 45 mil.⁸ Un solo itinerario de seis semanas, realizado por un joven ministro millerita, añadió mil personas a las iglesias locales.⁹

En Portland, Maine, cuando Miller estuvo allí, un joven disoluto corrió agitadamente a un salón de bebidas, y les gritó a sus amigos: "¡Muchachos, hay un predicador en la calle Casco que dice que el mundo va a terminar! ¿No quieren dejar de jugar a los naipes y venir a escucharlo?" En Portsmouth, New Hampshire, el reavivamiento continuó por semanas después que Miller se fue. Las campanas de las iglesias tocaban cada día para inducir a la gente a orar, como si todos los días fueran domingos. Las tabernas se tornaron en lugares de reunión. Centenares fueron convertidos, y millares se reunían junto al agua para verlos bautizarse.

Ministros de muchas denominaciones acudían a ayudar en la obra. Josué V. Himes era tan sólo uno de ellos. Otros notables dirigentes se unieron con Miller, como Josías Litch, pastor metodista ampliamente conocido como intérprete de las profecías, que aceptó el millerismo sólo después de haberse asegurado de que no discrepaba con el metodismo. Predicó ampliamente, publicó un libro de doscientas páginas sobre las

conferencias de Miller y, entre otras cosas, ayudó a persuadir a Carlos Fitch a unirse también. Fitch era pastor congregacionalista, de Boston, que en un tiempo había sido ayudante ejecutivo del famoso evangelista Carlos G. Finney. Con la ayuda de Apolos Hale, un metodista bien conocido, desarrolló "el Diagrama 1843", que probablemente usaron todos los conferenciantes, para mostrar muchas profecías bíblicas que convergían en esa fecha. También ideó una imagen de Daniel 2, que se podía armar reino por reino.

Pensamos, además, en Jaime White que, como Himes, era ministro de la Conexión Cristiana; y en José Bates, también miembro de esa denominación, un laico considerado como ministro. ¡Pero nadie sabe cuántos ayudadores más había! Los cálculos contemporáneos los estimaban entre setecientos a dos mil. De 174 ministros *conocidos*, cerca de la mitad eran metodistas, una cuarta parte bautistas, y el resto incluía a congregacionalistas, cristianos, presbiterianos, episcopales, luteranos, de la Iglesia de la Reforma Escocesa, cuáqueros, y a varios otros.

¡No puede destacarse demasiado el hecho de que Miller no era el único dirigente millerita! Una gran cantidad de hombres capaces y pensadores de las grandes denominaciones lo apoyaban, y no pocos de ellos tenían una muy buena preparación académica. Este era un impresionante testimonio en favor del viejo "agricultor". El millerismo era una reforma centrada en Cristo, que fue cálidamente aceptada por muchos, tanto laicos como dirigentes, en las iglesias respetadas de la época, y también por millares de incrédulos, deístas y almas indiferentes en el mundo inquieto de aquellos días.

Cada vez se ampliaba más el interés, y Miller, Himes y otros dirigentes se vieron obligados a viajar casi incesantemente entre Nueva York y Boston, Albany y Utica, Rochester y Buffalo; al norte hasta Montreal, al este hasta Cincinnati, San Luis y Louisville, y al sur hasta Washington y Baltimore. Roberto Winters llevó el mensaje a Inglaterra. El correo lo condujo a cada oficina postal de los Estados Unidos y a toda estación misionera conocida del mundo.¹⁰

En Washington D.C., un anuncio falso congregó un auditorio de cinco mil personas. En Filadelfia, la prensa secular informó una "inmensa" multitud adventista de quince mil personas.

La presencia de dirigentes de diversas iglesias en el movimiento millerita hizo necesaria la convocación de conferencias de obreros. Comenzando con el otoño de 1840, más de veinte¹¹ "conferencias generales" fueron realizadas en diversos lugares, algunas veces con una frecuencia de dos o tres por mes.

La primera conferencia general se llevó a cabo en la capilla de la calle Chardon, de Josué V. Himes, en octubre. Un ataque de fiebre tifoidea le impidió a Miller estar presente, pero la reunión fue todo un éxito aun sin él, así como la segunda, la tercera y la cuarta. (La quinta conferencia se realizó en New Hampton, de manera que Miller pudo asistir.) Aunque

chasqueado por tener que estar ausente, comenzó a comprender que el movimiento que, gracias al poder divino, había iniciado por el llamado de Dios estaba creciendo tanto que lo sobrepasaba a él mismo.

Como las conferencias generales reunían a gran catidad de gente, y la asistencia a éstas y otros actos milleritas aumentaba, la conferencia de Boston, de mayo de 1842, bajo la dirección de José Bates, votó realizar un congreso campestre y planeó tres más para el próximo verano.

La reunión campestre que empezó el 28 de junio, en East Kingston, Nueva Hampshire, puso a Josué V. Himes frente a un auditorio de siete a diez mil personas. El diario *Boston Daily Mail* publicó noticias acerca del acontecimiento y felicitó a las multitudes por su decoro. Aun el poeta Juan Greenleaf Whittier, asistió por una hora o dos. Años más tarde todavía recordaba a los elocuentes predicadores con su lenguaje simbólico de la Biblia, las telas con las pinturas de la imagen de Nabucodonosor y las bestias del Apocalipsis, la arcada borrosa de los árboles, el blanco círculo de tiendas, el humo de los fuegos que se elevaba como incienso, y los rostros fervientes de la concurrencia.

Pronto empezaron a realizarse congresos campestres en muchos lugares, a menudo citados por comisiones de voluntarios del lugar.

Hombres, mujeres y niños convergían al segundo congreso desde toda dirección, atestando vapores, coches de ferrocarril y diligencias. Por todos los caminos mucha gente llegaba a pie. Entre ella se encontraban piadosos y curiosos. Parecía que cada creyente llevaba una Biblia en la mano.¹²

El éxito extraordinario de los congresos campestres indujo a los milleritas a contribuir con medios para encargar una tienda, o carpa, lo suficientemente amplia como para acomodar a grandes concurrencias en localidades donde los congresos no podían realizarse en salones, porque éstos eran muy pequeños. Reunidos los fondos, contrataron la construcción de la mayor tienda que se hubiera hecho en los Estados Unidos hasta aquel tiempo, y la denominaron la "gran tienda". Esto requirió la formación de un equipo permanente de cuatro personas que se encargaran de instalarla y de desarmarla. El poste central tenía 18 metros de altura, y el diámetro de la carpa era de unos cuarenta metros. Había lugar adentro para cuatro mil personas.¹³

La tienda fue pedida, instalada y comenzada a usar dentro del plazo de treinta días. No había tiempo que perder si Cristo venía "en torno al año 1843". Los diarios estaban asombrados por la rapidez con que la carpa se desmantelaba, se transportaba en carros, barcos de vapor o trenes, y se levantaba en otra ciudad. Cuando era instalada en un nuevo lugar, había gente que apostaba a que no se llenaría. Pero, cuando empezaban las reuniones, esas personas se quedaban estupefactas de verla atestada. Los ferrocarriles fletaban trenes especiales para transportar a las multitudes.

En Rochester, una tormenta repentina rompió quince cadenas, y la carpa, en forma suave, cayó sobre las cabezas de la gente. Como un gesto de aprecio, los habitantes del lugar reunieron dinero para repararla, a

condición de que la serie de reuniones continuara. Mientras tanto, el domingo Himes predicó en el mercado de la ciudad a tres grupos durante ocho horas.

En ese tiempo, los adventistas asistían a sus propias iglesias los domingos, pero durante la semana, con frecuencia se congregaban en estas conferencias interdenominacionales y reuniones de oración. Pronto en Boston, Akron, Cincinnati, y Cleveland, construyeron grandes "tabernáculos" económicos con capacidad para miles de personas. Cuando los burladores decían que los edificios negaban la fe de los constructores en el pronto regreso de Cristo, los creyentes citaban a Jesús: "Negociad entretanto que yo vengo" (Lucas 19:13).

Los dirigentes, reunidos en mayo de 1842, habían votado realizar tres congresos campestres ese año. Pero se llevaron a cabo 31. En 1843, cuarenta. En 1844, cincuenta y cuatro; en suma, 125. La asistencia total fue de por lo menos medio millón de personas; además, miles y miles asistían a otras reuniones en la "gran tienda" y en iglesias, tabernáculos y salones alquilados.

Dios quería que se predicara el mensaje del primer ángel a "toda nación, y tribu, y lengua, y pueblo". Y llamó a Miller a proclamarlo al mundo. ¡No quería circunscribirlo a un rincón de la tierra!

Capítulo 3

La demora

No todos, por supuesto, concordaban con Guillermo Miller ni lo tomaron seriamente. Algunos lo acusaron de tener sólo el propósito de recoger dinero. Un legislador presentó un proyecto de ley para posponer el fin del mundo hasta 1860. Un burlador ofreció asientos reservados en un globo de escape al precio de doscientos dólares cada uno. Un aviso anunció: "*Ha llegado el tiempo*" —esto es—, el tiempo de tomar "Bálsamo de Cerezas Silvestres Winstar". Una caricatura satirizaba "la gran ascensión del tabernáculo de Miller", mientras el diablo sostenía a Himes, y gritaba: "Josué V., tú debes quedar conmigo".

El optimismo prevalecía en los Estados Unidos cuando Miller comenzó a predicar y, para muchas mentes, hablar de la cercanía del fin del mundo resultaba un pensamiento extemporáneo. La democracia jacksoniana parecía proclamar la suma perfección de la raza humana, al igual que la multiplicación de sociedades misioneras, sociedades bíblicas y escuelas dominicales. Invenciones casi increíbles agregaban mayor evidencia de que el mundo estaba en el umbral de la edad de oro.

En la primavera de 1833, viajando en un barco de vapor por el Hudson, para cumplir un compromiso que tenía, Guillermo Miller alcanzó a escuchar a un grupo de hombres que se maravillaban de los progresos de los años recientes. ¡Luz a gas! ¡Máquinas para levantar fardos de algodón! ¡Alimentos envasados! ¡Fotografía! ¡Cosechadoras McCormick! ¡Trenes a vapor! Aun barcos de vapor, en uno de los cuales estaban navegando.

"Las cosas no pueden seguir así —señaló asombrado uno de los hombres—; de otra manera, dentro de treinta años el hombre llegará a ser más que humano".

Miller se acercó. "Señores —observó—, estas invenciones me recuerdan la profecía de Daniel 12:4. En los últimos días, 'muchos correrán de aquí para allá y la ciencia será aumentada'. Viendo que el grupo estaba interesado, les hizo un repaso de la historia a la luz de las profecías de Daniel 11 y 12. Repentinamente se excusó, diciendo: "Caballeros, yo no quería abusar de la paciencia de ustedes". Y se encaminó al extremo opuesto del barco.

Pero todo el grupo le siguió y le pidió que siguiera con el tema. De manera que les presenó la estatua del sueño de Nabucodonosor, el cuerno pequeño, los 2.300 días, y prácticamente todo lo que el libro de Daniel contenía, desde los cuatro reinos hasta el juicio investigador y la segunda venida. "¿Ha escrito usted todo esto?" —le preguntaron—; y cuando él les

presentó ejemplares impresos de sus sermones, se quedaron con todos los que tenía.¹

En cuanto a si los que vivían en los días de Miller finalmente aceptaron su doctrina, podemos decir que la mayor parte de los ministros y teólogos contemporáneos no se identificaron con ella. Cautivados más bien por el fantástico "postmileniarismo" popularizado por Daniel Whitby, mencionaban las invenciones y el desarrollo misionero del cual eran testigos, y decían: "Miren, el mundo está mejorando cada vez más. La segunda venida de Cristo está ocurriendo ahora, espiritualmente, en los corazones de la gente. ¡Estamos al comienzo de los mil años de paz!"

Por sorprendente que parezca, una cantidad de estos ministros creían más o menos en los 2.300 días. Algunos de ellos decían que la nueva era comenzaba en la década de 1840. El reverendo Jorge Bush, profesor de Hebreo y Literatura Oriental, de la Universidad de Nueva York, era un caso típico. Admitía que la interpretación de los 2.300 años hecha por Miller era esencialmente correcta; sin embargo, insistió en que "el gran acontecimiento al cual el mundo hacía frente no era su conflagración física, sino su regeneración moral".²

Miller contestó citando las Escrituras: "En los postreros días, —dijo él— los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados" (2 Timoteo 3:1,13). Pero no todos los ministros querían escuchar un pasaje semejante. A medida que avanzaba el tiempo, éstos empezaron a oponerse vigorosamente a Miller en sus púlpitos. Otros hombres se opusieron de otras maneras.

La frenología era popular en la época de 1840. Esta disciplina enseñaba que el carácter de una persona podía conocerse por la forma de su cabeza; y muchos iban al frenólogo para que les estudiara la suya. En marzo de 1842, cuando Miller estaba predicando en Medford, Massachusetts, no lejos de Boston, un cristiano que había adoptado los puntos de vista adventistas persuadió a Miller para que visitara a un frenólogo amigo, esperando, sin duda, convertirlo. El profesional, en cuya mente no había lugar para el adventismo, nunca había visto a Miller, ni sospechó que lo estaba atendiendo.

—¡Ah!, aquí hay una cabeza bien equilibrada y bien desarrollada —sentenció mientras deslizaba sus hábiles dedos sobre el cráneo de Miller—. Le aseguro que al señor Miller le costará mucho convertirlo a Ud.

Dando un paso al frente, y observando la cara de Miller, prosiguió:

—Usted tiene demasiado sentido común para tragarse las extravagancias que predica el insensato Miller.

Luego continuó haciendo una serie de comparaciones picantes entre la cabeza que estaba examinando y la que él suponía que tenía Miller.

—¡Cómo me gustaría examinar la cabeza del señor Miller! —dijo suspirando ante la hilera de personas sentadas contra la pared—. Le daría un apretón aquí —agregó, colocando sus manos sobre el "lóbulo del

fanatismo"—. Les apuesto a que el viejo Miller tiene una protuberancia de fanatismo en su frente tan grande como mi puño.

Al cerrar su puño para dar fuerza a su ilustración, los presentes se rieron de buena gana con él, se dieron palmadas en los muslos y se tocaron mutuamente la cabeza con los puños para imitar al frenólogo, quien fue el que se rió con mayor fuerza.

Una vez completado el examen, le preguntó cortésmente a Miller:

—¿Puede darme su nombre, por favor, para asentarlos en su ficha?

—Oh, —replicó Miller con modestia—, mi nombre no tiene importancia. Páselo por alto.

—Pero, señor, realmente quisiera colocarle un nombre a una cabeza tan espléndida como la suya. Además, yo lo necesito para mis registros.

—Bueno —concedió con reticencia el que había sido examinado—, puede llamarme Miller, si quiere.

—¿Miller? ¿Miller? —tartamudeó el frenólogo—. ¿Pero cuál es su primer nombre?

—Me llaman Guillermo Miller.

—¿El caballero que da conferencias sobre las profecías?

—El mismo.

Con esto el frenólogo se dejó caer en su silla, estupefacto y confundido.³

Pero si había personas que se oponían a Miller y algunas se burlaban de él, otras, aunque estaban en desacuerdo con sus creencias, defendían firmemente su honradez. Y había muchísimas —agricultores, amas de casa, obreros de fábricas, gente educada— que, si bien no querían aceptar su prédica, se sentían, sin embargo, incómodas por su condición espiritual.

Informes de testigos presenciales de fenómenos misteriosos llenaban los periódicos de la época: Júpiter aparecía con un halo. Un caballo y su jinete en la luna. Una cruz negra sobre una luna color de sangre. Cantos en el cielo. Gente caminando en el cielo. Tres ángeles que clamaban: "Calamidad, calamidad, calamidad".

No todos estos extraños fenómenos eran comentados por milleritas. Con sus ojos sobre la Escritura, apenas les prestaban atención. Eran incrédulos los que informaban acerca de ellos y les daban amplia publicidad en la prensa.

En 1833, dos años después que Miller empezó a predicar, las estrellas fugaces cayeron como copos de nieve. Ahora, en el frío crepúsculo de la última parte de febrero de 1843, apareció sin previo aviso en el cielo sudoccidental un cometa flamígero. Era visible durante el día. Un mensajero del espacio exterior. El ojo de la ruina. Aun los escépticos temblaban.

Los cálculos iniciales de Miller, respecto a la venida del Señor, le habían dado como resultado "en torno al año 1843". En la primera parte de 1843 publicó en el New York Tribune una carta abierta a Josué V. Himes, acclarando lo que él había querido decir con ese término.

Miller entendía que el año bíblico 457 AC empezaba en la primavera, o más específicamente, el 21 de marzo de ese año, y que entonces el último año del período de 2.300 años comenzaba el 21 de marzo de 1843 y terminaba el 21 de marzo de 1844.

Al entrar en el "año del fin del mundo", Miller, ahora más fervientemente que nunca —con su voz solemne, suave y bondadosa—, por doquiera urgía a los hombres a arrepentirse:

"Os amonesto a arrepentiros; huid en procura de socorro al arca de Dios, a Jesucristo, el Cordero que fue inmolado una vez, para que podáis vivir, porque él es digno de recibir todo el honor, el poder y la gloria. Creed y viviréis. Obedeced la Palabra del Señor, a su Espíritu; aceptad sus llamados, sus invitaciones; no hay tiempo que perder; no lo posterguéis, os ruego; no, ni por un momento. ¿Queréis uniros a ese coro celestial que canta el nuevo canto? Entonces venid en el día señalado por Dios; arrepentíos. ¿Queréis tener un hogar, no hecho de manos humanas, eterno, en los cielos? Entonces, uníos de corazón y con toda el alma con este pueblo feliz, cuyo Dios es el Señor. ¿Queréis tener parte en la Nueva Jerusalén, la ciudad amada? Entonces, afirmad vuestro rostro como un pedernal en vuestra marcha hacia Sion; convertíos en peregrinos, a la buena manera antigua. 'Buscad primeramente el reino de Dios —dice Cristo—, y todas estas cosas os serán añadidas'"⁴

Pero, por desgracia, a pesar de todos los sermones predicados, a pesar de todas las publicaciones distribuidas, a pesar de todos los congresos campestres realizados, a pesar de la clara evidencia de la Biblia presentada por Miller, y a pesar de su milagroso llamado a proclamarlo al mundo, el año del fin del mundo pasó, y Cristo no regresó.

Los creyentes estaban perplejos. No habían establecido sus esperanzas para un día en particular dentro del año, de manera que su chasco en la primavera de 1844 no fue tan doloroso como iba a resultar el del 22 de octubre. El movimiento todavía alentaba vida, pero su pulso disminuyó y su ánimo decayó.

Entonces, millares de milleritas informaron que eran misteriosamente sostenidos por la obra interna del Espíritu Santo.

Volviendo otra vez a sus Biblias, leyeron Habacuc 2:3: "Aunque la visión tardará aún por un tiempo... aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará". En particular, les resultaron de mucho ánimo las palabras de Cristo: "Tardándose el esposo", todas las vírgenes cabecearon y se durmieron hasta que a medianoche se oyó el clamor: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" (Mateo 25:5,6).

El descubrir que la Biblia predecía un tiempo de demora llegó a ser una fuente de verdadero ánimo. En el mes de mayo de 1844 Josías Litch publicó el *Advent Shield*, un folleto en el que pasaba revista a la manera en que Dios había dirigido e impartido sus enseñanzas hasta ese momento en el despertar adventista. Esto también era una fuente de ánimo.

Más o menos por ese tiempo, la oposición a la esperanza adventista que se había estado desarrollando en las diversas denominaciones protestantes alcanzó su punto culminante, y los milleritas fueron expulsados como miembros de sus respectivas iglesias. Al ver a sus iglesias madres rechazando el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14, consideraron que éstas habían llegado a ser las iglesias "caídas" de "Babilonia", predichas por el segundo ángel de ese capítulo. Esto contribuyó más a fundamentar su confianza en que eran el pueblo de la profecía y en que Dios estaba con ellos.

Unos pocos adventistas, particularmente Samuel Sheffield Snow y sus amigos, recordaron una carta que Guillermo Miller escribió a *Signs of the Times* el 13 de mayo de 1843, en la cual mostraba que así como Jesús había muerto en el tiempo de Pascua en el "primer mes" (en la primavera del año ceremonial bíblico), tal vez se esperaba que regresara el día de expiación en "el séptimo mes" (en el otoño). Ese pensamiento era una semilla destinada a germinar y florecer.

De esta manera, en el verano de 1844 los milleritas se vieron a sí mismos como las vírgenes en el tiempo de demora, proclamando y cumpliendo tanto el primer mensaje como el segundo de Apocalipsis. Se aferraron a las promesas, estudiaron las profecías, distribuyeron sus publicaciones, continuaron sus servicios de oración y las reuniones en los tabernáculos, se reunieron en número de muchos millares en congresos campestres frecuentes, y oraron por el clamor de medianoche.

Capítulo 4

El clamor de medianoche

En un inolvidable congreso campestre realizado en Exeter, New Hampshire, en agosto de 1844, se oyó por fin el clamor de medianoche.¹

José Bates, ex capitán de barco, un hombre que había invertido su fortuna en la causa, exhortaba de todo corazón a los milleritas a mantener su esperanza, animándolos con alusiones a sus antiguos viajes marinos.

En el calor bochornoso la congregación se sentía incómoda, carente de convicción. En ese momento apareció un jinete, desmontó y ocupó un asiento en el extremo de un banco. Todos se dieron vuelta para mirar. Los que estaban más cerca iniciaron una animada conversación con él. Pero José Bates seguía hablando con voz monótona.

De repente, la señora de Juan Couch se puso resueltamente de pie. Era hermana de Samuel Snow, el jinete que acababa de llegar. Habló cortésmente y con convicción. Dijo:

—¡Hermano Bates! Es demasiado tarde para que empleemos nuestro tiempo en estas verdades que nos son familiares. El tiempo es corto. El Señor tiene siervos aquí que tienen alimento a tiempo para su casa. Que ellos hablen, y que la gente los escuche.

Al hablar ella —informa un testigo presencial—, el Espíritu del Señor se movió en la asamblea como una brisa que soplaba sobre un lago en calma.

Fervorosos clamores se levantaron por doquiera.

—Amén, hermana; sí, sí.

Había hombres y mujeres que soltaron lágrimas de gratitud, anticipando una respuesta a sus oraciones. Cortésmente Bates abandonó el púlpito, diciendo:

—Si el hermano Snow tiene alguna verdad del Señor para nosotros, que venga y presente su mensaje.

En el tren a Exeter había sido impresionado de que tal cosa ocurriría. Snow estaba listo; pero se convino en darle la reunión de la hora fresca de la mañana.

A la hora temprana del día siguiente, snow recordó a los millares de oidores reunidos, lo siguiente:²

"Nuestro bendito Dios ha prometido que vendrá de nuevo y recibirá a su pueblo a sí mismo.

"En cuanto al tiempo de su regreso, Jesús les dijo a sus discípulos que 'de aquel día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre' (Marcos 13:32). Muchos creen que este pasaje

prueba que los hombres nunca llegarán a conocer el tiempo. Pero si prueba esto, también prueba que el Hijo nunca conocerá el tiempo, porque se hace la misma declaración con respecto al Hijo, a los hombres y a los ángeles. Por consiguiente, si este versículo no prueba que Cristo nunca sabrá el tiempo de su regreso, tampoco prueba que los hombres y los ángeles nunca lo sabrán.

"Cuando Jesús vino por primera vez —continuó Snow—, apareció a *tiempo* y tenía un mensaje *acerca del tiempo*. El declaró: 'El tiempo es cumplido' (Marcos 1:15). Yo os pregunto, hermanos y hermanas, ¿qué tiempo se había cumplido?"

—El tiempo profético —replicó la multitud—. La sexagésimo-novena semana de las 70 semanas de Daniel.

—Muy bien, muy bien —prosiguió con ánimo Snow—. Todos nosotros conocemos las profecías de Daniel 8 y 9 sobre los 2.300 años y las 70 semanas de años que estaban "determinadas" (o "cortadas" de ellos). Y ha sido común entre nosotros llevar los 2.300 años hasta "más o menos 1843".

"¡Pero hemos pasado por alto algunas cosas! Dijimos que los 2.300 años comienzan en la primavera del año 457 AC y termina en la primavera de 1844. Pero los 2.300 años no habían de empezar al comienzo del año, sino con la 'salida de la orden para restaurar y reedificar a Jerusalén' (Daniel 9:25). Ahora bien, en Esdras 7:8 se nos dice que este decreto no llegó a Jerusalén sino hasta el quinto mes del año. Mis hermanos, si los años bíblicos empezaban y terminaban en la primavera, y si el decreto no se puso en efecto sino hasta cinco meses después del comienzo del año, ¿no deben extenderse los 2.300 años por lo menos cinco meses más allá del comienzo de la primavera?"

—Amén, así es. Por supuesto que es así —respondió la gente.

—Entonces estamos equivocados al esperar el regreso de Cristo para la primavera de 1844.

—¡Sí, sí! ¡Gracias a Dios por esta luz!

—La próxima verdad que tiene su efecto sobre el tiempo del regreso de Cristo —continuó Snow con su argumentación con seguridad—, es una comprensión más completa de lo que significan la primavera y el otoño en la ley de Moisés.

"La fiesta principal de la *primavera* era la ceremonia de la Pascua, realizada 'el primer mes' del año bíblico. La principal fiesta del *otoño* era el día de expiación, que caía en 'el séptimo mes' del año. Ahora, pues, ¿en qué día murió Jesús sobre la cruz?"

—En la Pascua —replicó la multitud, que lo seguía con atención.

—¡Correcto! "Cristo nuestra pascua" fue crucificado por nosotros (1 Corintios 5:7) en el primer mes, en la primavera del año, el mismo día cuando el cordero pascual era sacrificado. Pero eso no es todo. ¿A qué hora del día era sacrificado el cordero pascual?"

—Por la tarde —replicó la audiencia.

—Sí; más precisamente, "entre las dos tardes", como decían los hebreos; no a la puesta del sol, sino a la mitad de la tarde. Decidme, ¿a qué hora Cristo nuestra pascua entregó su vida por nosotros?

—A las tres de la tarde —fue la respuesta.

Basándose en el historiador judío Josefo y en el respetado cronólogo Guillermo Hales, Snow estableció la fecha de la muerte de Cristo en la primavera del año 31 de nuestra era, a la mitad de la septuagésima semana de Daniel.

"Yo os declaro hermanos, basado en la palabra de Dios, que cuando Jesús vino la primera vez, murió como nuestro cordero pascual en el año preciso predicho por la profecía de Daniel y en el mismo día prescrito en el ceremonial judío. De hecho en la misma hora establecida en la ley. Ni un punto de ella falló. Ni una jota ni un tilde. ¡El tiempo se cumplió estrictamente!

"Ahora hermanos, así como la Pascua era el tipo o símbolo principal de la primavera, el día de expiación es el símbolo principal del otoño. ¿Y qué hacía el sumo sacerdote en el día de expiación?"

—Purificaba el santuario —respondió la congregación.

—¡Sí, por cierto! ¿Y qué obra completará Jesús al fin de los 2.300 años de Daniel 8:14?

—¡La purificación del santuario! —fue la respuesta de nuevo.

—¡Exactamente! Ahora, si se cumplió estrictamente el tiempo cuando Jesús murió como nuestro sacrificio pascual, ¿no significa esto que se cumplirá con exactitud el tiempo cuando nuestro Sumo Pontífice realizará la purificación del santuario? ¿No es cierto que Jesús cumplirá la profecía de Daniel 8:14, no sólo en general en el año de Daniel 8, sino en forma más precisa, en la fecha exacta del día de expiación?

Los milleritas miraron con sorpresa y profunda gratitud sus Biblias, después a Snow, y luego el uno al otro.

Snow continuó presentando su argumento:

—Y entonces, hermanos, ¿en qué día cae el día de expiación del calendario ceremonial bíblico?

—En el décimo día del séptimo mes —replicaron éstos casi en coro.

—¡Correcto de nuevo! Levítico 23:27 dice: "A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación". Hermanos, si el tipo o símbolo de la purificación cayó el día décimo del séptimo mes, ¿cuándo, en la realidad, completará Jesús la purificación del santuario? —Su vehemencia era desbordante. La concurrencia replicó de nuevo:

—En el décimo día del séptimo mes.

Snow hizo una pausa y respiró antes de presentar su última evidencia.

"En base al cómputo más cuidadoso preservado en la providencia de Dios por los judíos karaístas, *el décimo día del séptimo mes cae este año el 22 de octubre.* —Hizo un silencio; y entonces lanzó su llamado culminante.

"Hermanos, pensad en esto. Es ahora la segunda semana de agosto. En menos de tres meses el Señor completará la purificación y saldrá del

santuario. para bendecir a su pueblo que lo espera. (Levítico 9:22,23.) En menos de tres meses la obra de Dios estará completada. No habrá más ningún invierno en esta tierra vieja y fría. En menos de tres meses el Esposo estará aquí para tomar consigo a su esposa que lo aguarda. ¿No es tiempo ahora de que se haga resonar el clamor de medianoche: 'He aquí el Esposo viene; salid a recibirle!'"

Lágrimas de gratitud y gozo rodaron por las mejillas. A Snow se le pidió que repitiera su discurso al día siguiente para que todos pudieran estar seguros de haberlo entendido. Otros dirigentes exhortaron al pueblo a usar bien los limitados días que faltaban.

Los creyentes, solemnes, humildes, pero electrificados por el mensaje y la esperanza, volvieron a llenar trenes, barcos y diligencias para regresar a sus hogares. Llevaron la noticia a todas partes. Un congreso campestre tras otro presenció la misma tranquila y emocionante respuesta.

Las montañas de granito de Nueva Inglaterra pronto resonaron con el eco del "clamor de medianoche". Con un poder casi irresistible volaba en las alas del viento de una parte a otra del país. Desde Canadá hasta Maryland, desde el Atlántico hasta el Medio Oeste, simultánea y casi unánimemente, el "movimiento del séptimo mes" se esparció a toda ciudad, aldea y villorrio. Al principio, Himes lo puso en duda, pero luego asumió una posición afirmativa, asegurando que Dios estaba con él. Guillermo Miller estudió el asunto en forma cuidadosa, oró sobre ello intensamente, y luego escribió acerca de ello con gozo:

"Veo en el 'séptimo mes' la gloria que nunca había visto antes. Estamos casi en el hogar. ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!"

¡22 de octubre! ¡En esa fecha Cristo vendría! Sólo faltaban unos días para el fin.

¡Qué tiempo para vivir aquí!

A medida que los días pasaban, los comerciantes adventistas cerraban sus negocios, los mecánicos clausuraban sus talleres; los empleados abandonaban sus empleos. En los congresos campestres, veintenas confesaban sus faltas y acudían al frente para que se orara por ellos. Grandes cantidades de dinero fueron donadas para que los pobres pudieran cancelar sus deudas y se pudieran publicar los periódicos, hasta que los editores dijeron que los fondos sobran, y los donantes vieron con pesar que no se recibían más ofrendas.

En el campo, algunos agricultores abandonaron su cosecha para manifestar su fe. Las papas permanecieron en la tierra, las manzanas se caían de los árboles, el heno se aplastaba en los campos. En las ciudades,

*El cielo cuidó las papas. En Nueva Ipswich, New Hampshire, un tizón afectó las papas cosechadas al debido tiempo, pero las que se recogieron más tarde por Leonardo Hastings habían sido protegidas por el suelo y se vendieron a un precio especialmente bueno.

la gente —muchos maestros de escuela, varios jueces de paz, y aún un magistrado de Norfolk—, renunciaba a sus puestos.

En Filadelfia, un sastre de la calle quinta cerró su negocio "en honor al Rey de reyes que aparecerá en torno al 22 de octubre". Una gran empresa de Brooklyn despidió a sus empleados. Los metodistas, los congregacionalistas, los presbiterianos, acudían a las aguas del bautismo.

Las prensas a vapor marchaban día y noche para producir la revista *Midnight Cry*, y otros periódicos. Cientos de miles de ejemplares eran publicados en Nueva York y Boston. Además, otros miles en Rochester, Topsham, Filadelfia, Lancaster, Utica, Cleveland, Cincinnati, Detroit y Toronto.

Expectativa. Publicación. Preparación. Congregación. Y el clímax al final de todo.

Octubre 15. Todavía había siete días. Octubre 16, seis días. Octubre 17. Octubre 18. Octubre 19.

El 19 de octubre se detuvieron las prensas. La gran tienda ya había sido desarmada por última vez. Los predicadores habían regresado a sus casas para unirse con sus familias. Josué V. Himes se apresuró a llegar a Low Hampton para estar con Miller.

En medio de estos movimientos, los creyentes esperaron con gozoso anhelo. La jovencita Elena Harmon escribió más tarde: "Este fue el año más feliz de mi vida. Mi corazón estaba lleno de alegre expectativa".³

Afuera, el mundo esperaba en suspenso. Millares que nunca se habían unido al movimiento escudriñaron sus corazones por temor de que todo fuera cierto.

Octubre 20. Octubre 21. Octubre 22 de 1844.

Al amanecer el 22 de octubre, los milleritas se reunieron en grupos grandes y pequeños. En sus tabernáculos, en iglesias, en carpas, en hogares privados; en expectativa solemne, con oración y gozosos cantos de alabanza. En Low Hampton, New York, los amigos de Miller se congregaron en el bosquecillo de arces junto a su casa, en lo que hoy se conoce con el nombre de Rocas de la Ascensión, para esperar todo el día, porque no sabían a qué hora su Señor vendría.

El sol se levantó por el este, "como un esposo que sale de su cámara". Pero el Esposo no apareció.

Alcanzó el meridiano, cálido y lleno de vida, "con salud eterna en sus alas". Pero el Sol de justicia hasta esa hora no brilló.

El astro se puso en el occidente, llameante, fiero, "imponente como ejércitos en orden". Pero el que se sienta sobre el caballo blanco no regresó como el jefe de las huestes del cielo.

Las sombras de la noche se extendieron y el fresco cayó sobre la tierra. Las horas nocturnas pasaron con lentitud. En medio del desconsuelo, los relojes dieron las doce de la medianoche en los hogares de los milleritas. El 22 de octubre había terminado. Jesús no llegó. ¡No había venido!

—¡Sí, queridos!

El martes de noche, suspirando inquirieron:

—¿Por qué papá no vino hoy?

Había muchas familias semejantes a ésta en aquellos días. Con hijos o padres jóvenes que habían muerto de tuberculosis, cólera, tos convulsa, y otras enfermedades terribles, muchas esperaban una reunión feliz cuando Jesús viniera de nuevo. No sin razón el 22 de octubre de 1844 pasó a la historia como el día del "gran chasco".

Jaime White escribió años más tarde:

"Cuando el pastor Himes visitó Portland, Maine, pocos días después de transcurrido el tiempo, y declaró que los hermanos debían prepararse para otro frío invierno, no pude dominar mis sentimientos de pesar. Sali del lugar de reuniones y lloré como un niño".³

En otra ciudad, setenta desconcertados adventistas permanecieron juntos en una casa grande donde se habían reunido para encontrar al Señor, animándose el uno al otro a no desechar su confianza, y compartiendo los gastos de un fondo común compuesto de todo el dinero que les quedaba y que habían colocado en una lechera. Un dirigente millerita logró persuadirlos a que regresaran a sus hogares y reanudarán su vida normal.⁴

Un buen número de milleritas, sin embargo, no pudieron ajustarse con facilidad a la situación. Ya no poseían casas a donde pudieran regresar. Habían vendido sus granjas y donado las entradas a la causa. En París, Maine, Eduardo Andrews invitó a la familia de Stowell —ahora empobrecida— a establecerse con él, un acto de generosidad que Dios recompensó ampliamente, como veremos más adelante en otro capítulo.

Por doquiera milleritas desilusionados se preguntaban el uno al otro: "¿Dónde estamos ahora? ¿Qué es lo que hemos entendido mal?"

Miller y los otros dirigentes admitieron francamente que habían cometido un error, pero que estaban desconcertados, pues tenían la clarísima evidencia de que "el clamor de medianoche" (que Cristo vendría el 22 de octubre), y "el movimiento del séptimo mes" (la ansiosa proclamación de este mensaje y la ferviente respuesta de la gente a él) habían sido maravillosamente bendecidos por Dios.

Himes habló por Miller y por muchos otros: "Hemos estado equivocados en una creencia que nosotros pensábamos que estaba respaldada por la Palabra, el Espíritu y la Providencia de Dios".

En el movimiento del séptimo mes "parecía haber un poder irresistible que lo doblegaba todo". Su mensaje "alcanzó los corazones en diferentes y distantes lugares en forma casi simultánea, y de una manera que puede ser explicada sólo admitiendo que Dios estaba dirigiendo las cosas. Produjo por doquiera el más profundo escudriñamiento del corazón y la humillación del alma delante del alto Dios del cielo. Determinó una transferencia de afectos de las cosas de este mundo —la culminación de una cantidad de controversias y animosidades, la confesión de errores, humillación delante

de Dios, y penitentes súplicas de personas con corazón, quebrantado por perdón y aceptación". "Sólo podíamos exclamar: *¿Quiénes somos nosotros, que resistamos a Dios?*"⁵

"El gran Dios ha obrado grandiosamente en nuestro favor —escribió F. G. Brown, otro prominente adventista—. Nuestros prejuicios, educación, gustos, tanto intelectuales como morales, estaban todos opuestos a esta doctrina de la venida del Señor... El Espíritu Santo obró... en lo más íntimo de nuestras almas", hasta que la segunda venida llegó a ser "nuestra esperanza, nuestro gozo, nuestro todo". "La Biblia habla de ella; cada página está llena de la inmediata venida del Señor".⁶

Cuando Brown dijo que cada página de la Biblia está llena de la inmediata venida del Señor, exageró tan sólo un poco. ¡El Nuevo Testamento la menciona trescientas veces! Jesús prometió: "Si me fuere... vendré otra vez" (Juan 14:3). Los ángeles predijeron: "Este mismo Jesús... vendrá así como le habéis visto ir" (Hechos 1:11). Pedro habló del tiempo "cuando aparezca el Príncipe de los pastores" (1 Pedro 5:4). Pablo dijo: "El Señor mismo... descenderá del cielo" (1 Tesalonicenses 4:16). Juan aseguró claramente: "He aquí que viene con las nubes" (Apocalipsis 1:7).

Aun cuando la promesa no fuera explícita, ella podría inferirse fácilmente de todo lo demás que la Biblia dice respecto a Dios. Su amante y todopoderoso Autor no dejará a multitudes de la tierra abandonadas para siempre. ¡Algún día realizará el gran cambio!

Miller estaba indiscutiblemente en lo cierto al predicar la segunda venida. También tenía una posición totalmente correcta cuando urgía a la gente a prepararse. Jesús dijo: "Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis" (Mateo 24:44).

El énfasis en la preparación era tan prominente en la mente de Miller, que para él el tiempo del regreso de Cristo, aunque tenía importancia, era secundario. "Mi objeto total era un deseo de convertir a las almas a Dios —escribió después del chasco—, e inducir a mis semejantes a hacer una preparación del corazón que los capacitara para encontrar al Señor en paz".⁷ En uno de sus primeros itinerarios expresó su preocupación por los que quedaban en su localidad. "Oh Señor, despierta al pueblo de Hampton... ¡Convierte, Padre mío, a mis hijos!"⁸ Muchos de sus vecinos aceptaron a Cristo; y en cuanto a su familia, hacia 1843 podía regocijarse en las siguientes palabras: "Tengo una esposa y ocho hijos; tengo amplios motivos para creer que todos son hijos de Dios, y creyentes en la misma doctrina conmigo".⁹

Tanto mayor era el énfasis de Miller en la preparación del corazón, que en el cálculo del tiempo, que cuando Jesús no vino el 22 de octubre podía decir con toda sinceridad: "Yo quisiera averiguar si mis enseñanzas han sido materialmente afectadas" por la desilusión.¹⁰

Miller, por supuesto, estaba equivocado en cuanto al acontecimiento ligado a "la purificación del santuario" al final de los 2.300 días; pero no

necesitaba pedir disculpas por su cálculo del tiempo. Su interpretación de los 2.300 años estaba fundada en el concepto de que los días simbólicos en la profecía equivalen a años literales (Ezequiel 4:6). Muchas profecías en la Biblia contienen símbolos. Mujeres que representan iglesias, animales a imperios, aguas a pueblos, y así por el estilo. Aun oponentes vigorosos de Miller, como el reverendo Jorge Bush, admitió, hablando con él, que "al tomar un día como la representación profética de un año... usted está respaldado por la exégesis más sólida, y fortalecido por nombres tan prominentes como Mede, sir I. Newton, el obispo Newton, Kirby, Scott, Keith, y una hueste de otros personajes".¹¹

Al hacer esta admisión, Bush estaba en lo cierto. Los 2.300 días habían sido reconocidos como 2.300 años por muchos hombres antes de Miller, y eso remontaba hasta Nahawendi, en el siglo noveno, icasi mil años antes que Guillermo Miller naciera!¹²

Martín Lutero y un buen número de otros reformadores creían en el principio de "día por año", como también Isaac Newton, uno de los mayores hombres de ciencia de la historia. Newton, en realidad, estudió teología e historia de la iglesia durante toda su vida, y escribió más palabras (1.300.333) sobre estos temas que sobre asuntos científicos.¹³ Para su mente matemática, las largas profecías temporales de la Biblia presentaban una fascinación especial.

En el siglo XVIII se realizó un descubrimiento capital, bajo la dirección de Dios, por parte de Juan Petri (1718-1792), un pastor de Alemania perteneciente a la Iglesia Reformada.¹⁴ Petri fue el primero (1768) en reconocer que los 2.300 días de Daniel 8 empezaban al mismo tiempo que la profecía de las setenta semanas de Daniel 9, lo cual hizo posible, por fin, calcular con certeza el término de la misma, como ahora lo sabemos.

La validez de los argumentos de Petri es confirmada por el descubrimiento independiente de líneas de razonamiento similares seguidas por Hans Wood, en Irlanda (1787); Juan A. Brown, en Inglaterra (1810); y W. C. Davis, ministro presbiteriano de Carolina del Sur (1811),¹⁵ todos anteriores a Guillermo Miller y un laico bautista de Nueva York, que llegó a la misma conclusión general en forma independiente, en 1818. De acuerdo con el punto de arranque tomado por los distintos autores y la precisión de sus cálculos, todos estos hombres concluyeron que los 2.300 días terminarían en la década de 1840, o (en el caso de Hans Wood), en la de 1880.

Manuel de Lacunza, un sacerdote jesuíta chileno; José Wolffe, un cristiano judío; Enrique Drummond, un banquero inglés y miembro del parlamento; Guillermo Cunningham, Heinrich Richter, Mortimer O'Sullivan, Louis Guassen, Guillermo Pym, Jorge Croly, Enrique Manning, Alejandro Keith, James A. Begg, Jorge Stanley Faber, y una gran cantidad de otros, en Escocia, Irlanda, Francia, Alemania, Holanda, Suiza, Sudamérica, el Medio Oriente, y (el mayor número de ellos) en Inglaterra,

escribieron libros, predicaron sermones, publicaron periódicos, y dictaron conferencias en la época del despertar del segundo advenimiento. Los temas eran más o menos paralelos con los que predicaba Miller en Norteamérica.

El despertar europeo no tuvo la unidad del norteamericano, y no descubrió la fecha precisa del 22 de octubre de 1844, pero hacia 1844 una gran cantidad de ministros, incluyendo 700 anglicanos,¹⁶ estaban proclamando el segundo advenimiento en iglesias de piedra y en pequeñas capillas por toda Inglaterra, tomando como texto el mensaje del primer ángel: "La hora de su juicio ha llegado". Tomás B. Macaulay, el famoso historiador y miembro del parlamento, tomó nota del hecho de que en 1844 el número de los que creían en un retorno inminente de Cristo incluía a hombres "distinguidos por su posición, riqueza, y capacidad... Hombres nobles —añadía—, y miembros del parlamento han escrito en defensa de lo mismo".¹⁷ Igualmente impresionante fue la aparición en este tiempo de "predicadores niños", en Suecia. Comenzando con 1841 y continuando hasta el verano de 1844, jóvenes y aún niños pequeños llamaban confiadamente al pueblo a una reforma, a una preparación para el regreso de Cristo.

En Suecia, por ley, ningún adulto podía predicar sin permiso de la iglesia del estado. Para obviar este inconveniente, Dios llamó a los niños. Aún así, algunos fueron perseguidos. Ole Boqvist, por ejemplo, fue inclementemente azotado en presencia de su hermano, y luego, sin explicación, puesto en libertad para que continuara.

Una niña muy pequeña jugaba con sus muñecas en forma natural mientras los vecinos se reunían en su hogar. Luego les predicaba con autoridad por una hora más o menos, después de lo cual regresaba a sus juegos.

El Dr. Sven Erik Sköldberg, que por treinta años fue médico oficial del gobierno, examinó la "enfermedad de la predicación", como la llamaban sus enemigos, e informó que algunos de los niños predicaban acostados, con los ojos cerrados, inconscientes, y aparentemente sin respirar. Lis Andersdotter, Mary Swensdotter, y tal vez otros adolescentes, si sus labios y sus fosas nasales eran comprimidos mientras ellos cantaban, continuaban entonando la melodía. El Dr. Sköldberg informó que los niños proclamaban los elementos esenciales del cristianismo: Cristo, la oración, el arrepentimiento y la conversión. Pero no dio explicación de sus manifestaciones físicas. Cuando se le pidió a los niños que ellos mismos la dieran, citaban Joel 2:28: "Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones".

¿Y cuál era el tema de su mensaje? Básicamente el mismo que el de Miller y el de los adventistas ingleses: el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14: "La hora de su juicio ha llegado".¹⁸

Si "papá no volvió" al hogar de Carlos Fitch el 22 de octubre de 1844, no era porque Miller había inventado una teoría descabellada, basada en

interpretaciones particulares. Su mensaje era, en la mayor parte de sus puntos esenciales, absolutamente correcto. Y era parte del gran despertar del segundo advenimiento: un movimiento intercontinental, interdenominacional, que proclamó una gran verdad profética, cuyo tiempo había llegado.

Capítulo 6

Entrada triunfal II

"Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel" (Lucas 24:21). Es útil que recordemos que la tragedia del 22 de octubre de 1844 no fue el primer grande desengaño experimentado por los hijos de Dios. ¡Pensemos en la tristeza que se produjo cuando Jesús murió en la cruz!

El domingo inmediato al drama de la cruz, ignorantes del hecho de que Jesús había resucitado de los muertos, dos de sus seguidores transitaban por un camino rural cuando Jesús los alcanzó. Sin imaginarse, ni por asomo, que se encontrarían con él de nuevo, no lo reconocieron, y hablaron con él muy tristemente acerca de la crucifixión. Cleofas, uno de los caminantes, suspiró con dolor, y dijo: "Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel".

Dos mil años después en el tiempo, y a miles de kilómetros de distancia de ese lugar, todavía nos impresiona la tristeza de la voz del transeúnte.

Y las suyas no eran las únicas lágrimas de desilusión.

Imagináos a una joven pareja que pocos días antes traía a su niño enfermo a la fiesta de la Pascua. Todo dependía de que pudieran mantenerlo vivo unos pocos kilómetros más, por cansadores que fueran; unas pocas horas más, llenas de ansiedad, hasta que llegaran a Jerusalén a la presencia del gran Sanador. Por muchos años, ese Sanador había asistido regularmente a la fiesta. Por fin lograron terminar esos últimos kilómetros cansadores, esas últimas horas terribles. Llegaron con su niño todavía vivo, tan sólo para saber que el Sanador mismo había muerto crucificado.

Miles compartían su dolor. "Por todos lados se oía el clamor: ¡Queremos a Cristo el Sanador!... Pero fueron ahuyentados de los atrios del templo, y se colocaron soldados a las puertas... Los que sufrían... quedaron abatidos por el chasco... Se consultaba en vano a los médicos; no había habilidad como la de Aquel que yacía en la tumba de José".¹

"Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel". Sufrían un gran chasco, otra gran desilusión.

El dolor del fin de semana de la crucifixión era acrecentado por el hecho de que, sólo unos pocos días antes de su muerte, Jesús protagonizó la emocionante entrada triunfal en Jerusalén.

No debemos olvidar este hecho. En gran manera, esto nos ayuda a entender el chasco millerita.

El domingo anterior a su muerte, Jesús envió a dos de sus discípulos para que encontraran un pollino, lo desataran y se lo trajeran. Cuando ellos se manifestaron sorprendidos, Jesús les dijo que le explicarían al dueño: "El Señor lo necesita". Los discípulos le trajeron el asno, y Jesús cabalgó sobre él hasta Jerusalén, en cumplimiento de lo que la Biblia dice en una profecía del Antiguo Testamento: "Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino, hijo de asna" (Zacarías 9:9).

Cuando la gente lo vio cabalgar en un asno en cumplimiento de la profecía de Zacarías, estaba segura de que Jesús iba a proclamarse rey, liberarlos de los odiados romanos y hacer de Jerusalén, no de Roma, la capital del mundo. Sencillamente, Cristo tomó la iniciativa en una empresa que dejó a la gente con una muy falsa impresión de él mismo, una situación que, en consecuencia, produjo un trágico chasco.

¿Cómo podía Cristo, el camino, la verdad y la vida, participar en tan calculada decepción? ¿Cómo podía el Príncipe de paz, en forma planeada, crear el escenario para el quebrantamiento de corazón que siguió?

¿O son estas preguntas decepcionantes? ¿Era Jesús el que "había de redimir a Israel"? ¡Por cierto! ¡Era el salvador de todo el mundo! ¿Era realmente Jesús un rey cuando se sentó sobre el asno? ¡Era el rey del universo!

Luego, cuando Jesús indujo al pueblo a considerarlo como rey ¿lo engañó? ¡Por supuesto que no!

Entonces, ¿qué fue lo que un poco más tarde confundió tanto a la gente con respecto a él, y la desconsoló? Fue su propia incomprensión de la realidad.

A fin de que nos aseguremos perfectamente bien de que Jesús no era responsable por la falta de comprensión del pueblo y su subsiguiente desilusión, hagámonos esta pregunta: ¿Alguna vez advirtió Jesús a sus seguidores que él no era la clase de rey que ellos pensaban, y que iba a ser muerto? La respuesta es la siguiente: Más o menos nueve meses antes de la crucifixión "comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto y resucitar al tercer día" (Mateo 16:1).

¡Cristo no podía haber sido más explícito! Sin embargo, el Cielo hizo más que esto para que la gente supiera la verdad de antemano. Jesús fue presentado por Juan el Bautista desde el primer momento en que empezó oficialmente su ministerio como el *Cordero* de Dios. (Juan 1:29). Todo el mundo sabía que en el servicio del santuario los corderos de Dios morían como sacrificios todos los días del año y, anualmente, en ocasión de la Pascua. Daniel 9, escrito quinientos años antes del nacimiento de Cristo, revelaba que "a la mitad de la semana", la última de las setenta semanas de años, se le quitará la vida al Mesías. Isaías 53, escrito unos setecientos años antes de la era cristiana, predecía que el siervo de Dios, como un

cordero, iría al matadero (versículo 7). Génesis 3:15, la primera promesa de un Salvador, revelaba que el enemigo "heriría" a la simiente de la mujer. ¡Así, por 4.000 años el Cielo hizo lo mejor que pudo para prevenir a la gente de este engaño y del consiguiente chasco!

¿Pero, por qué Jesús protagonizó la entrada triunfal, después de todo? ¿Por qué no quedó en el banco de carpintero de Nazaret y evitó toda ocasión de malentendido?

¡Sabemos la razón! Había llegado el tiempo para que realizara el acto más significativo de toda la historia. Iba a morir sobre la cruz como expiación por los pecados del mundo, para hacer posible el perdón de todo ser humano, y para restaurar la confianza en el carácter de Dios y en su gobierno en todo el universo sideral.

Aquel domingo de mañana de su entrada triunfal, Jesús sabía que a la mitad de la septuagésima y última semana profética de años, predicha en Daniel 9 —específicamente, en el viernes de la pascua próxima, a la misma hora, las tres de la tarde, en que el cordero pascual era sacrificado— él, el Creador de los cielos y la tierra, había de expiar en una cruz el pecado del mundo, fuera de los muros de la vieja Jerusalén. Sabía que con este acto demostraría el amor de Dios en forma inconfundible, abriendo el camino para la redención del hombre y haciendo posible la vida eterna para todo pecador. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

¿Pero de qué utilidad habría sido este amor si ninguna persona jamás hubiera llegado a conocerlo? Tal bondad exigía la mayor publicidad para que el hombre pecador pudiera aprender, y creer, y vivir.

Esta es la razón por la cual Jesús realizó la entrada triunfal. Hizo todo lo que pudo para evitar el malentendido del pueblo. Pero cuando la gente persistió en su idea errónea, de todas maneras avanzó, sabiendo que a su debido tiempo muchos, que de otro modo nunca se habrían preocupado llegarían a entenderlo claramente.

Pero antes que dejemos la "entrada triunfal I" debemos hacernos dos preguntas más acerca del "gran chasco I" que siguió después. En el camino a Emaús, ¿a quién y por qué medios explicó Jesús lo que había ocurrido?

¿Podemos nombrar a los dos discípulos que iban camino de su aldea? Sabemos que uno era Cleofas. ¿Recordamos el nombre de la otra persona? No. La Biblia no lo da.

Después del gran chasco del fin de semana de la crucifixión, Jesús realizó la más significativa revelación de sí mismo, la más útil explicación de la causa de la equivocación de sus seguidores, no a los discípulos más importantes, como Pedro, Santiago, Juan, sino a dos más bien desconocidos, a dos dedicados cristianos laicos.

¿Y de qué manera les explicó el chasco que experimentaban? "Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera

estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Lucas 24:25-27).

Helo ahí. Aparentemente les recordó versículos tales como los que mencionamos hace un momento: Génesis 3:15, acerca de la serpiente hiriendo a la simiente de la mujer; Isaías 53, acerca del cordero que es conducido al matadero en el sistema del santuario; Daniel 9, respecto del Mesías, a quien se le quitaría la vida; y muchos otros pasajes. Mientras Cristo hacía esto, Cleofas y su compañero deben haber exclamado: "¡Hemos escuchado esto mismo cien veces! ¿Por qué no pudimos verlo antes?" Y sus corazones ardían dentro de ellos mientras les abría las Escrituras.

Un poco más tarde, después que reconocieron a Jesús, el Señor los dejó. Y entonces, cómo corrieron de vuelta a Jerusalén, tropezando en el pedregoso camino a la luz de la luna de pascua, para contar a los principales discípulos lo que habían llegado a conocer y a quién habían visto!

Los dirigentes estudiaron de nuevo cuidadosamente las Escrituras por sí mismos. Pronto, fortalecidos por la gracia de Dios, fundaron un nuevo movimiento religioso: la iglesia cristiana.

Entrada triunfal II

Esto es suficiente con respecto a la "entrada triunfal I" y su secuela, "el gran chasco I". De la misma forma, si se nos permite, podemos llamar al dolor del 22 de octubre de 1844 el "gran chasco II", y al gran despertar del segundo advenimiento, la "entrada triunfal II".

Tal como lo veremos en capítulos subsiguientes, el 22 de octubre de 1844 Jesús comenzó una nueva obra de expiación, tan esencial como la expiación hecha en el Calvario. En la providencia de la gracia de Dios, tal como Jesús murió en la cruz a las tres de la tarde el viernes de pascua, cerca del fin de las setenta semanas, así Jesús comenzó este otro ministerio de la expiación precisamente el día de expiación ceremonial, el martes 22 de octubre de 1844, al final de los 2.300 años-días de Daniel 8:14. Y así como en la primera ocasión fue clavado en la cruz en las afueras de la vieja Jerusalén, en ese día de octubre ocupó su lugar junto a las tablas de la ley en el lugar santísimo del santuario de la Nueva Jerusalén. Este nuevo ministerio de expiación es, como veremos, un proceso lleno de exquisita misericordia, y se denomina a veces el "borramiento de los pecados", un ministerio destinado a quitar todo el pecado de los corazones, de la vida y de los registros de los amados creyentes en Cristo, y prepararlos para la unidad eterna con el Padre.

Un acto de expiación tan grande y tan lleno de misericordia exigía la más amplia publicidad, para que de nuevo los hombres pudieran aprender,

y creer, y vivir. Y recibió esa amplia publicidad, como hemos visto, tanto en el antiguo como en el nuevo mundo.

¿Pero cómo pudo Dios llamar a Miller y a tantos otros a predicar un mensaje equivocado?

Hemos visto que Miller estaba muy cerca de la verdad. Sobre la literalidad de la segunda venida, la clase de preparación necesaria, la importancia vital de ganar almas, y el cálculo de los 2.300 días, estaba mucho más acertado que ninguno de sus contemporáneos.

Se había equivocado únicamente al pensar que el santuario que debía ser purificado en Daniel 8:14 estaba en la tierra, y al concluir que la purificación del santuario se cumpliría con la venida de Cristo a la tierra a limpiar el mundo y juzgar a la iglesia como Rey de reyes.

No cometió un error mayor que los discípulos cuando pensaron que las profecías predecían la venida de Cristo como rey en el año 31 de nuestra era.

Pero, ¿por qué Jesús no le aclaró a Miller su equivocación y trató de que fuera acertado en todo?

La respuesta es que el Señor procuró hacerlo, así como trató había intentado iluminar a sus propios discípulos antes de la entrada triunfal I. Frases que se encuentran en Daniel 7, Lucas 12, Hebreos 8 y 9, Apocalipsis 10 y 11, debidamente entendidas, habrían evitado el chasco de 1844, así como otras frases del Antiguo Testamento podrían haber salvado a los discípulos de su desengaño.

Además, existe una sorprendente analogía entre la advertencia de Jesús a sus discípulos respecto de que él sufriría muchas cosas, moriría y resucitaría el tercer día, con lo que sucedió con su pueblo a mediados del siglo pasado. En la primera parte de la década de 1840 el Señor eligió a dos milleritas, Guillermo Foy (un ministro negro de piel clara) y Hazen Foss, para mostrarles en una visión profética que el tiempo continuaría más allá del 22 de octubre de 1844.² Una vez más el error estaba en la mente del pueblo, no en la voluntad de Dios.

Pero si en estos elementos específicos Miller estaba equivocado, ¿por qué el Señor le permitió predicar? ¿Por qué no le dejó seguir sembrando granos y ordeñando vacas por el resto de su vida? Después de todo, eso es lo que Miller quería. Entonces no habría habido un gran chasco.

Acabamos de dar la razón. Jesús estaba por entrar en un gran proceso de expiación que igualaba en gracia y efectividad a su muerte en la cruz, y el mundo necesitaba saberlo, de manera que los hombres pudieran aprender, y creer, y vivir.

¿Y a quién, cuándo y cómo explicó Jesús la mala comprensión de su misión después del chasco?

El 23 de octubre, la misma siguiente mañana del día 22, un adventista activo, pero casi desconocido, Hiram Edson, iba a campo traviesa por un sembrado de maíz en compañía de un amigo, cuando de repente se hizo la luz en su mente y comprendió la verdadera explicación de las principales

frases de Daniel 7, Lucas 12, Apocalipsis 10 y 11, y (pocas horas más tarde, cuando llegó a su casa) Hebreos 8 y 9, que los milleritas hasta allí habían pasado por alto o se habían equivocado en su interpretación.

En otras palabras, Jesús le reveló, en base de las Escrituras, las cosas concernientes a sí mismo. Hiram Edson era el Cleofas adventista que transitaba por el campo con un compañero cuando Cristo se llegó junto a él.

La nueva comprensión de Edson fue estudiada y reestudiada. De ella surgió, a su debido tiempo, un nuevo y grande movimiento mundial: la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Capítulo 7

El Cleofas del campo de maíz

—Papá, ¿puedo ser bautizada esta noche? ¡Por favor!

—Es tarde ya, tú lo sabes, Ofelia, y tenemos todavía como 17 kilómetros en trineo abierto antes que podamos llegar a casa.

—Ya lo sé, papá; pero realmente me gustaría ser bautizada antes.

—¿Te das cuenta que el lago está probablemente congelado en las orillas, y que tendríamos que viajar unos tres o cuatro kilómetros muy fríos de ida y vuelta?

—Sí; pero está bien —respondió la niña—. Yo lo puedo soportar.

Viendo su resolución, un ministro del grupo se volvió a un amigo, y le preguntó:

—Pastor, ¿tendría usted a bien ir con Ofelia al interior del lago, junto con su padre, y bautizarla?

—Será un placer para mí hacerlo —replicó el buen hombre.

Y de inmediato Hiram Edson acompañó a su hija de doce años en las aguas heladas, presenció su bautismo en la oscuridad, y llegó a casa a una hora bien tarde, indudablemente tiritando de frío, pero muy feliz en el Señor.¹

Este incidente, que ocurrió al final de un reavivamiento producido en 1855, doce años después del gran chasco, nos presenta a Hiram Edson como un devoto padre cristiano. Tenía seis hijos en total, contando uno que había muerto en la infancia. En ese mismo reavivamiento Edson fue ordenado, aparentemente como anciano local, lo cual nos lo muestra como un activo laico cristiano. Durante muchos años después del chasco, es decir por tanto tiempo como lo permitió su salud, Edson exploró nuevas verdades, se sacrificó para publicarlas, y viajó para esparcir las. En la primera parte de la década de 1850 acompañó a José Bates, John Andrews, Juan Loughborough y una cantidad de otros ministros, buscando incansablemente interesados en perspectiva, a menudo cubriendo cientos de kilómetros, con frecuencia a pie, y de ordinario en el invierno. Durante los veranos trabajaba como agricultor para pagar sus gastos. Dos veces vendió su granja, y una vez, un rebaño de ovejas para ayudar a la causa. Cuando envejeció, se le concedieron como recompensa credenciales ministeriales. Murió en 1882.²

Pero estamos anticipándonos a los hechos. La primera esposa de Edson murió en 1839, cuando él tenía 32 años. Con el propósito de proporcionarles una nueva madre a sus tres hijitos, pronto contrajo enlace por segunda vez. Esto ocurrió mientras vivía en Port Gibson, Nueva York

(un terreno rellenado arrebatado al Canal Erie). En 1843 el mensaje adventista llegó a Rochester, que distaba unos cincuenta kilómetros. Pronto se difundió en Port Gibson. Edson, siendo metodista en ese tiempo, lo aceptó durante una serie de reuniones evangelísticas.

La misma noche en que finalizó la serie, Edson fue impresionado por lo que parecía una voz audible que le decía que concurriría al hogar de un vecino moribundo, y lo sanara en el nombre del Señor. Eso lo perturbó, porque pensaba que los milagros de sanamiento habían terminado en los tiempos bíblicos. Incapaz, sin embargo, de sacudirse de encima la convicción, entró en el hogar de su amigo tarde de noche. Recorrió la distancia que lo separaba de la cámara del enfermo a la luz de una vela, puso sus manos sobre el paciente, y dijo: "Hermano, el Señor Jesús te sana". Para gran gozo de Edson, el hombre se sentó de inmediato, se quitó las frazadas, bajó sus pies de la cama, y caminó por la habitación alabando a Dios. Pronto toda la familia se había levantado, y alababa al Señor.³

Esa misma tarde, Edson había oído una voz que le decía: "Ve y presenta la verdad (adventista) a tus vecinos y a tus semejantes". Pensó después que era más difícil testificar que ayudar a un enfermo a sanarse. Luchó durante días. Pero cuando finalmente se rindió, a semejanza de Guillermo Miller, encontró que Dios podía hacer buen uso de él. Pasaba todo el día visitando hogares y ayudando en reuniones de noche, y pronto vio a trescientos o cuatrocientos de sus vecinos y semejantes aceptar a Jesús y unirse al movimiento adventista.

Ocupados de esta suerte, él y su familia llegaron al 22 de octubre. Ese día desdichado la luz diurna dio lugar a la entrada de la noche. En su transcurso, el incansable tic tac del reloj advirtió que se estaba agotando el tiempo. Pero podemos estar seguros de que mientras esto ocurría, la familia y sus amigos que se habían reunido con ferviente espíritu para esa ocasión repasaron las evidencias de su fe: los 2.300 días que iban desde el otoño del año 457 AC hasta el otoño de 1844; el despertar adventista como cumplimiento del primero y del segundo mensajes; el "tiempo de demora" después de la desilusión de la primavera, y el "clamor de medianoche" en el congreso campestre de agosto; y, especialmente, la clara exposición de Samuel Snow con respecto a la purificación del santuario celestial a la luz del día de expiación ceremonial.

Hoy, se dijeron, 22 de octubre, "décimo día del séptimo mes", Jesús está terminando su obra especial de purificación en el lugar santísimo del santuario del cielo, y sin duda ha de abandonar ese lugar par venir a la tierra y bendecir a su pueblo anhelante.

"Nosotros esperábamos confiadamente ver al Señor Jesús y a todos los santos ángeles con él —escribió más tarde Edson—. Y que su voz llamaría a Abrahán, Isaac, y Jacob, y a todos los santos del pasado, así como a los queridos amigos cercanos que nos han sido arrebatados por la muerte... Nuestras expectativas eran grandes. De esta manera esperábamos la venida del Señor, hasta que el reloj dio las doce de la medianoche".

Hasta esa hora, la familia de Edson y sus amigos, como los milleritas por doquiera, contaron los minutos con corazones que se iban desilusionando lentamente. Cuando después de medianoche no podía oírse otra cosa que el ritmo metálico y permanente del tic tac del reloj, se convencieron de que "el día había pasado" y "su desilusión llegó a confirmarse". "Nuestras más caras esperanzas y expectativas se volatizaron y nos dominó un espíritu tal de llanto como nunca lo habíamos experimentado antes... Lloramos y lloramos hasta que alboreó la mañana", recordó Edson.

Pero a medida que transcurrían las horas, su mente repasaba la manera en que Dios lo había bendecido desde que había aceptado la esperanza adventista: Le había sido dado el poder de sanar en el nombre de Cristo; había visto centenares de vidas cambiadas para lo mejor; había gozado de una paz admirable. Comenzó a recobrar su confianza.

"Vámonos al galpón de cereales", les dijo a los hombres que todavía estaban con él en su casa. Y a la hora matinal fresca y gris de ese día de fines de octubre, encabezó al grupo de creyentes confundidos, pero todavía luchando para no perder la fe. Entraron en el granero, cerraron la puerta, y se arrodillaron para orar.

"Continuamos en ferviente oración hasta que recibimos el testimonio del Espíritu de que nuestra oración era aceptada, y que recibiríamos luz; que nuestro chasco sería explicado, y el misterio nos sería satisfactoriamente aclarado".

Ninguna explicación vino a esa hora; pero pronto brotó en sus corazones la confianza de que Dios es amor, y aunque no entendían lo que había acontecido, él lo aclararía algún día.

Sintiéndose mejor, comenzaron a desfilas hacia la cocina para tomar el desayuno. Edson sugirió a uno de sus amigos, evidentemente O. R. L. Crosier, que fueran a visitar a algunos de los milleritas vecinos a quienes ambos habían ayudado a llevarlos a Cristo, a fin de animarlos con esa nueva confianza. Tal vez para ganar tiempo comenzaron a cruzar un sembrado de maíz.

Mientras lo estaban atravesando, dice Edson, "fui detenido a mitad de camino en el campo. El cielo parecía abierto ante mi vista, y vi distinta y claramente, que en lugar de que nuestro Sumo Pontífice saliera del lugar santísimo del santuario celestial para venir a la tierra (el 22 de octubre),... por primera vez *entró* ese día en el segundo recinto del santuario; *donde tenía una obra que realizar* antes de su regreso a este mundo.

Tan sencillo este evento; y sin embargo se cuenta entre los momentos más dramáticos de la historia religiosa.

Abrahán era solamente un pastor de ovejas nómada cuando Dios lo llamó para que fuera el padre de su pueblo escogido.

Daniel recibió su llamado especial siendo un joven cautivo en una tierra extraña.

Jesús fue un rabino itinerante en una remota provincia romana cuando su muerte salvó al mundo.

Cleofas era un discípulo casi desconocido cuando Cristo le dio la explicación de los sucesos del Calvario, lo que condujo a la fundación de la iglesia cristiana.

Hiram Edson, el "Cleofas del campo de maíz" del adventismo, se ganaba la vida como agricultor en el norte de Nueva York, siendo al mismo tiempo un devoto y estudioso laico ganador de almas, cuando Dios le reveló el ministerio de Cristo en el santuario celestial, una verdad completamente nueva en la historia de la teología. En un sentido muy especial, la Iglesia Adventista del Séptimo Día nació en ese momento, en ese campo, cuando ese agricultor contempló a Cristo.

Capítulo 8

Nueva luz de la Palabra de Dios

El adventismo del séptimo día es básicamente un mensaje acerca de Jesús, acerca de lo que él está haciendo *ahora* para dar a los hombre y a las mujeres, de cualquier edad, la liberación del pecado, y transformarlos en personas felices, generosas y ayudadoras como él mismo.

Todos los cristianos bíblicos creen que Jesús murió por los pecadores en la cruz, y que desde su resurrección vive "siempre para interceder por ellos" (Hebreos 7:25). La mayor parte de los teólogos, si le han prestado a este ministerio de Cristo una atención especial, dan por sentado que el Señor ha estado realizando siempre esta intercesión en el lugar santísimo del santuario celestial. Los adventistas del séptimo día, sin embargo, creen que después de su ascensión comenzó esta obra en el lugar santo, el primer compartimiento del santuario celestial, y que en 1844 pasó al segundo compartimiento, al más íntimo, el lugar santísimo.

Esta diferencia no es de ninguna manera geográfica. Aunque el ministerio de Cristo como sumo sacerdote en el Cielo ha sido siempre inefablemente maravilloso, su nueva obra en el lugar santísimo sobrepasa por lejos en importancia, en gracia transformadora y en poder a la primera fase. Dedicaremos varios capítulos a este tema a continuación, y regresaremos al mismo a menudo en este libro.

Mientras Cleofas y su compañero iban camino de Emaús, Jesús los reprendió por no creer "todo" lo que los profetas habían dicho acerca de él (Lucas 24:25). Tanto los discípulos como los milleritas, aunque descubrieron verdades con respecto a Cristo —a las cuales la mayor parte de la gente se oponía o las ignoraba—, pasaron por alto o entendieron mal expresiones que habían estado durante siglos en la Palabra de Dios. Lo que Hiram Edson y otros encontraron acerca de ministerio de Cristo también estaba en la Biblia sin ser hallado durante centurias. Ahora, cada cristiano puede y debe comprenderlo.

¿Tuvo Hiram Edson, como algunos sugieren, una visión profética en el campo de maíz? Puede ser. Sin embargo, Edson no dice que vio a Jesús entrar en el lugar santísimo. En cambio, de acuerdo con sus mejores recuerdos, expresa que vio "que" Jesús entró en ese lugar el 22 de octubre. En un relato diferente no hace ninguna alusión acerca de "ver" algo, sino que recuerda que escuchó una voz que le hablaba. Posiblemente él mismo no supo con exactitud cómo recibió esta valiosa revelación, pero tratar de establecerlo es innecesario. Lo que importa es que Edson aprendió algo que nosotros también podemos aprender de la Biblia.

Reproduzcamos un párrafo más de lo que él afirma y analicémoslo. "Yo vi... que él (Cristo) vino a la boda en ese tiempo (el 22 de octubre de 1844); en otras palabras al Anciano de días, para recibir reino, dominio y gloria; y debemos esperar su regreso de las bodas; y mi mente fue dirigida al capítulo décimo de Apocalipsis donde vi que la visión había hablado y no mentía; el séptimo ángel había comenzado a tocar la trompeta; habíamos comido el librito, que fue dulce en nuestra boca, y llegó a ser amargo en nuestro vientre, amargando todo nuestro ser. Vi que debemos seguir profetizando, etc., y que cuando el séptimo ángel comenzó a hacer sonar la trompeta, el templo de Dios fue abierto en el cielo, y allí se vio el arca de su testimonio, etc."

Cuando los milleritas leyeron Daniel 8:14 ("hasta 2.300 tardes y mañana; luego el santuario será purificado"), dieron por sentado que el santuario estaba en la tierra, y que una profecía tan larga como la de los 2.300 días alcanzaba hasta el fin del mundo.

En 2 Timoteo 4:1 leyeron que Cristo "juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación", y entendieron que ese juicio es el único juicio que se iba a realizar. Luego volvieron sus ojos a Daniel 7:10-13, e interpretaron en forma incorrecta "el Juez se sentó... y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre". (La versión inglesa de King James dice: "Vino en las nubes del cielo" ["a la tierra"]), pensaron ellos.

En el maizal, sin embargo, Edson repentinamente se dio cuenta de que Daniel 7:13 no dice: "a la tierra" sino "hasta el Anciano de días". Aunque por cierto ocurrirá un juicio cuando Cristo venga a la tierra (2 Timoteo 4:1), la Biblia aquí predice otro juicio que se realizará antes del fin, en el cual Jesús, después de venir a la presencia del Padre, recibe "dominio, gloria y reino". Esto es tan importante que lo analizaremos de nuevo en el próximo capítulo.

Los milleritas concentraron tanto su atención en la parábola de Cristo de las diez vírgenes (Mateo 25) que esperaban la venida del esposo a las bodas, que pasaron por alto la otra parábola de bodas de Cristo que se presenta en Lucas 12.

El "tiempo de demora" después del chasco de la primavera, el "clamor de medianoche" de agosto, y el arreglo de las lámparas durante el "movimiento del séptimo mes" que era profundamente espiritual, concordaban en forma tan convincente con la parábola de las vírgenes que no dudaron que el esposo vendría el 22 de octubre.

Y por cierto que él vino, pero no a la tierra. Vino a las bodas, como la parábola dice que vendría. Vino en las nubes a la presencia del Padre a recibir su reino, esto es, para "contraer enlace" con su reino. (Esta es una antigua expresión bíblica.)

Allá en el campo de maíz, con el aliento cortado y echando bocanadas de vapor al aire congelado, Edson había dirigido su mente a la palabra de Cristo que se encuentra en Lucas 12:35 y 36: "Estén ceñidos vuestros lomos,

y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas".

Edson estaba tan sorprendido que cuando escribió el relato subrayó las palabras "regrese de las bodas". Uno puede imaginarlo gritando de alegría en el campo: "¡Hemos de esperar hasta que Jesús regrese de las bodas! Las bodas son el matrimonio de Cristo con su esposa, la nueva Jerusalén, la capital de su nuevo reino" (Apocalipsis 21). El 22 de octubre se esperaba que entráramos en las bodas con él *por fe*. Cuando las bodas estén terminadas, entonces él vendrá para tomarnos y llevarnos a la cena de bodas (Apocalipsis 19). ¡Si solamente hubiéramos notado esto, nos habríamos ahorrado el chasco!"

Por supuesto que no lo notaron, y resultaron desilusionados; ipero el gran chasco mismo en realidad fue una prueba de que estaban bien encaminados! La Biblia lo dice en el capítulo 10 de Apocalipsis, el pasaje al cual enseguida fue llamada la atención de Edson.

En ese capítulo, un ángel poderoso aparece en pie sobre el mar y sobre la tierra, lo cual simboliza un movimiento profético mundial. En una mano tiene un "librito abierto"; la otra la levanta al cielo y jura que "el tiempo no será más". Precisamente los milleritas vieron el librito como símbolo de las profecías referentes a un período de tiempo, que están en el libro de Daniel, inadecuadamente entendido ("sellado"; véase Daniel 12) hasta sus propios días, pero que durante el gran despertar del segundo advenimiento fue proclamado por un movimiento profético intercontinental.

En la primera parte de Apocalipsis 10:10, Juan dice de su visión: "Tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel". Sencillamente esto prefiguraba el gozo de los adventistas cuando esperaban al Rey. Firmaban sus cartas: "Suyo en la bendita esperanza". "El año más feliz de mi vida", era para Elena de White.

En su felicidad dejaron de comprender las palabras que seguían: "Pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre". Sin embargo, en la mañana que siguió al 22 de octubre, estas palabras no parecían ya incomprensibles. Escribió Edson: "Vi que la visión había hablado y no mentía;... habíamos comido el librito, que fue dulce en nuestra boca, y llegó a ser amargo en nuestro vientre, amargando todo nuestro ser".

¡De manera que el gran chasco del 22 de octubre de 1844 había sido predicho con dos mil años de anticipación! ¡Lejos de ser esto un argumento en contra del despertar adventista, sirvió para confirmarlo como un genuino cumplimiento de la profecía!

Después de las palabras que hablan de la amargura del vientre, Apocalipsis 10 termina con este versículo: "Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes". Aquí había una declaración que ni aún Edson podía comprender. Los mismos adventistas no entendieron plenamente esta frase hasta muchos años después. Pero, por el momento, era suficiente que notaran, como Edson, que "debemos profetizar otra vez, etc.". Los períodos de tiempo profético terminaron el

22 de octubre, sin embargo, el verdadero tiempo para predicar el Evangelio continuaría hasta que el misterio de Dios fuera consumado.

Finalmente, nos dice Edson, notó en el maizal que "cuando el séptimo ángel hizo sonar la trompeta, el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se vio en el templo". Esta es una referencia a Apocalipsis 11:15-19. Cuando el séptimo ángel hace sonar su trompeta, "los reinos de este mundo" vienen a ser los reinos de Cristo. Llega entonces el "tiempo de los muertos", para ser "juzgados". Y el "templo de Dios" se abre en el cielo, y el "arca de su pacto" se ve allí. Los milleritas aplicaron todo esto al juicio que había de ocurrir en ocasión de la segunda venida, el 22 de octubre. Edson vio que mucho más que esto estaba implicado y comenzó a preguntarse si ahora que Jesús había entrado por primera vez en el lugar santísimo del santuario celestial no vendría nueva luz con respecto a la observancia de los Diez Mandamientos que estaban en el arca del testimonio. Este era un pensamiento pleno de interés, pero no le resultó claro precisamente entonces.

Durante todo el tiempo que Edson estaba detenido en el maizal, lleno de excitación acerca de esta nueva comprensión de la Biblia, su compañero continuaba caminando solo, demasiado concentrado en sus propios pensamientos para notar la ausencia de su amigo. De repente se detuvo, volvió la cabeza inquisitivamente, y gritó:

—Hiram, ¿por qué se ha detenido usted por tanto tiempo?

—El Señor está contestando nuestra oración de la mañana, dándome luz con respecto a nuestro chasco —replicó Edson.

Capítulo 9

"Mira un poco más arriba"

"Mientras estaba orando en el altar familiar, el Espíritu Santo cayó sobre mí, y me pareció estar elevándome más y más alto, muy por encima del oscuro mundo. Me volví para mirar al pueblo adventista en la tierra, pero no lo pude encontrar. Entonces una voz me dijo: 'Mira de nuevo y mira un poco más arriba'".

No fue sólo a Hiram Edson a quien Cristo le dio una nueva iluminación sobre el chasco. Después de su crucifixión y resurrección, Jesús apareció no solamente a Cleofas y a su compañero en el camino a su aldea, sino también a María en el jardín, a los once discípulos en el momento de la cena, a quinientos creyentes en Galilea, a Pablo en una visión, y a otros. De la misma manera, después del 22 de octubre proporcionó nueva luz a Edson en un campo de maíz, a José Turner "aparentemente" en la quietud de su estudio, y a Elena Harmon en una visión profética.

José Turner publicaba un periódico millerita. En diciembre de 1844 llegó a comprender también que los santos debían esperar hasta que el esposo regresara de las bodas. Junto con Apolos Hale, otro prominente adventista, publicaron inmediatamente su comprensión del problema en el *Advent Mirror*.

Elena Harmon se crió en Gorham y Portland, Maine. Su padre, Roberto Harmon, un fabricante de sombreros, y su madre Eunice, eran laicos activos en la Iglesia Metodista Episcopal. "Tuvieron el gozo de ver a sus ocho hijos, todos convertidos y reunidos en el redil de Cristo".¹

Cuando niña, siendo alumna de la escuela primaria, fue herida en la cara por una piedra que le arrojó una niña mayor. Esto le produjo considerable pérdida de sangre en ese momento y un daño permanente en su sistema respiratorio.

Siendo que se desconocían los servicios médicos modernos, su condición empeoró en forma alarmante y, por muchos años, cualquier infección ordinaria precipitaba una crisis. Cuando sus nervios ya no podían habilitarla para manejar su cuaderno de clase, llena de desánimo abandonó la escuela.

Cuando tenía doce años, su familia oyó a Guillermo Miller y aceptó su mensaje. Al hacer éste un llamado, Elena pasó al frente, pero sintiendo agudamente su pecaminosidad, no experimentó ningún sentimiento de estar salvada. El siguiente verano, en un campamento metodista oró intensamente, y su carga le fue quitada tan repentinamente que se sintió

culpable! Luego la dominó un dulce sentimiento de aceptación. Pronto ella y varios otros fueron bautizados cerca de Portland, en la Bahía de Casco.

De nuevo intentó obtener una educación asistiendo a una escuela para niñas, pero una vez más tuvo que abandonar su propósito.

Miller regresó a Portland. Elena lo vio detenerse en la mitad de su sermón para ayudar a algunos ancianos a encontrar lugar en la atestada sala de reuniones. Este gesto la cautivó. Fue profundamente impresionada con sus fervientes sermones bíblicos. Pero su gozo en el segundo advenimiento pronto quedó contrarrestado por la predicación sobre el infierno de fuego de parte de un ministro no adventista que hacía de Dios una persona muy cruel. Como consecuencia, sus dudas regresaron. Quedaba despierta toda la noche, orando por misericordia. Su mamá la envió a ver al pastor Stockman.

El pastor Levi Stockman, un joven ministro metodista que, como los Harmon, había aceptado el mensaje de la esperanza, le dijo a Elena que Dios no es un tirano, sino un amante Padre celestial que anhela atraer a sí a sus hijos. Podemos acercarnos a él con una fe sencilla y confiada, y él nos aceptará como sus criaturas. "Siéntete libre, Elena —le dijo él—. ¡Dios te ama!" También le manifestó que Dios debía tener un plan muy especial para ella, por cuanto, siendo una persona tan joven, existía en ella una experiencia religiosa tan profunda. Oró por Elena, y ésta se sintió mucho más feliz.

Con la convicción de que restaba sólo poco tiempo para la segunda venida, Elena trabajó hasta el máximo en la ganancia de almas, y atrajo a Dios a la mayor parte de aquellos por los cuales se empeñó.

Todo el resto de su larga vida recordó vívidamente la semana que precedió al 22 de octubre. "Con diligente escudriñamiento de corazón y humildes confesiones, llegamos en actitud de oración hasta el tiempo de nuestra expectativa. Cada mañana sentíamos que nuestro primer trabajo era asegurarnos de la evidencia de que nuestras vidas estaban en armonía con Dios... Oramos mucho con otros y por otros... El gozo de la salvación nos era más necesario que nuestro alimento y nuestra bebida"² —escribió más tarde.

Cuando Jesús no apareció el 22 de octubre, la familia de Elena estaba tan desilusionada como cualquier otra. De los ocho hijos, solamente los cuatro más jóvenes estaban todavía en casa: Sara, de edad de 22 años; Roberto, de 18; y Elena y su hermana gemela, Elizabeth, ambas de 16. De aquellos que habían dejado el hogar, dos hermanas casadas vivían en Portland, Maine, a unos cincuenta kilómetros.

Roberto y Elizabeth pronto abandonaron toda esperanza en la segunda venida. Pero Roberto regresó a ella después de unos años, y parece que Elizabeth finalmente murió en la misma fe.³ Sin embargo, durante el mes de noviembre y la primera parte de diciembre de 1844, Elena, Sara y sus padres vivían día tras día esperando, con una fe que se iba debilitando, que Cristo todavía podía volver.

En diciembre, en ese estado mental, Elena fue llevada en una silla de ruedas⁴ a visitar a la señora Haynes, una amiga de la familia. Ahora tenía 17 años. Los había cumplido el 26 de noviembre. Una mañana, un pequeño grupo de otras mujeres adventistas se unió con ellas en oración, indudablemente para obtener luz con respecto al chasco, y para implorar misericordia sobre sus seres amados cuya fe se había debilitado.

Al arrodillarse, sintieron la hermosa seguridad de la presencia del Espíritu Santo en el lugar. En ese momento, Elena recibió su primera visión.

En esta visión, la que marcó el inicio de las 2000, aproximadamente que tuvo en su vida, buscó en vano al pueblo adventista en el mundo, hasta que un ángel le dijo: "Mira de nuevo, y mira un poco más arriba". Entonces vio un sendero, muy elevado por encima de la tierra, por el cual los creyentes viajaban rumbo a la Santa Ciudad.

El pueblo, el sendero y la Ciudad, sin embargo, eran sencillamente un marco para el verdadero mensaje que la visión intentaba darle. La agradecida atención de Elena fue atraída a "una luz brillante que aparecía detrás de ellos al comienzo del sendero, la cual, me dijo el ángel, era el clamor de medianoche".

¡Aquí había una respuesta a sus oraciones! El Cielo había dicho que el clamor de medianoche —la proclamación acerca de la venida del esposo el 22 de octubre— era una luz, una luz genuina. ¡No hubo ninguna explicación del chasco, pero se trataba de algo que infundía nueva seguridad!

La luz brillaba "al comienzo del sendero". Esta era una nueva revelación. Los adventistas habían esperado que el clamor de medianoche marcaría el fin del sendero. Evidentemente, Dios esperaba que sus seguidores se encaminaran por una nueva senda de experiencia y de servicio.

La luz "brillaba a lo largo de todo el sendero e iluminaba sus pasos para que no tropezaran". Pero no era ésta su única fuente de luz. Cristo estaba delante de ellos, guiándolos a la Ciudad y animándolos con la luz que emanaba de "su glorioso brazo derecho".

Trágicamente, Elena vio que algunos adventistas "temerariamente negaban la luz que brillaba detrás de ellos y dijeron que no era Dios el que los había traído tan lejos". Sostenían que los 2.300 días no tenían importancia y que el 22 de octubre era un error. Para ellos, la luz se apagó y fueron dejados en completa oscuridad. "Tropezaron, perdieron de vista el blanco y a Jesús, y cayeron del camino al oscuro y malvado mundo que estaba debajo".⁵

Antes que terminara la visión, Elena recibió otra sorpresa que contar a las señoras presentes. El pastor Stockman, así como el pastor Carlos Fitch, habían muerto antes del 22 de octubre. Cerca del fin de la visión, se le mostró que cuando ocurriera finalmente la segunda venida, ambos serían

llevados al Cielo. Esta también era una buena noticia, y proporcionó una evidencia adicional de que Dios estaba con el movimiento adventista.

Una semana después de esta feliz visión, Elena recibió otra en la cual el Señor la llamó formalmente a trabajar por él como profetisa. Le advirtió acerca del gran sacrificio que esto significaría, pero también le prometió la abundancia de su gracia.

Elena se sobrecogió de terror. Estando tan débil que apenas podía cruzar la habitación o hablar con una voz un poquito más elevada que el susurro, se sentía feliz por dar lo último que tenía para salvar a los perdidos, pero temía la oposición y los malos entendidos. Se convocó una reunión de adventistas en su casa. No estando dispuesta a verlos, escapó a una casa vecina usando un trineo.

Pero después de poco tiempo se rindió. En el servicio de oración, una luz bien visible brilló sobre ella. Dio su testimonio a los adventistas de Portland, y al final oyó que sesenta personas confesaban que habían abandonado la fe en el clamor de medianoche, pero que ahora estaban de nuevo convencidos de que el movimiento era de Dios. Poco tiempo después, mientras visitaba a su hermana María, en MacGuire's Hill, cerca de Portland, presentó sus visiones a un grupo de adventistas. Empezó hablando con un susurro, pero Dios le dio una voz fuerte durante cerca de dos horas. Cuando terminó y la gente empezó a hacerle preguntas después de la reunión, volvió a hablar con voz de susurro.⁶

Demasiado enferma hasta para leer, en medio del frío invierno de Nueva Inglaterra, Elena se propuso visitar a otros adventistas que vivían al "este", a lo largo de la costa de Maine. En una pequeña reunión realizada en Exeter, Maine, tuvo una visión de excepcional significado.

"Vi un trono —le dijo a la gente después que terminó la visión—, y sobre él estaban sentados el Padre y el Hijo". Hasta ese momento sólo había sabido que el 22 de octubre era una fecha importante, pero no conocía la razón. Ahora se le mostró el interior del santuario celestial. Al observar, "vio al Padre levantarse de su trono, y en una carroza de fuego lo vio entrar en el lugar santísimo, dentro del velo, y sentarse".

Jesús también bajó del trono. Y al hacerlo, levantó su brazo y dijo a sus seguidores que estaban adorándolo allí: "Esperad aquí; voy a mi Padre a recibir el reino; mantened vuestras vestiduras inmaculadas, y dentro de poco regresaré de las bodas para recibirlos conmigo".

Fascinada, observó "una carroza de nubes, con ruedas como de fuego ardiente, rodeada por ángeles, venir a donde estaba Jesús. El subió a ella y fue llevado al lugar santísimo, donde se hallaba sentado el Padre".

"Allí —dijo Elena—, contemplé a Jesús, el gran Sumo Pontífice, en pie delante del Padre".⁷

Esta fue la oportunidad en que aprendió que el Esposo había ido a la fiesta de bodas el 22 de octubre y regresaría de allí en ocasión de su segunda venida. Pero aún con más claridad que Edson o Turner, vio el cumplimiento preciso de Daniel 7:9-14. Después que las cuatro "bestias",

los diez "cuernos" y el terrible "cuerno pequeño" realizaron su obra tremenda y la historia se acercaba a su terminación, Daniel vio que se establecerían tronos majestuosos a donde vendría el Anciano de días y ocuparía su lugar. "El Juez se sentó, y los libros se abrieron". Aquel que era "como un Hijo de hombre" vendría en las nubes del cielo al Anciano de días para recibir dominio y reino.

Así la Biblia predijo que antes de la segunda venida, cuando llegara el tiempo del juicio, el Padre se trasladaría de una parte del cielo a otra, y el Hijo lo seguiría. En Exeter, Maine, en febrero de 1845, a Elena se le mostró, para su total sorpresa, que esta profecía ahora se había cumplido.

¡Por eso es tan importante el 22 de octubre!

También tuvo una idea de la magnificencia del santuario celestial. Lo suficientemente grandioso como para contener carrozas de fuego y un séquito de ángeles. "Ninguna estructura terrenal podía representar su vastedad".

Ese verano, con su salud un poco mejorada, ella y su hermana Sara empezaron una gira de ocho meses entre los adventistas de Massachusetts, alojándose a veces en la casa de la familia de Otis Nichols, en Dorchester; y de vez en cuando haciendo un rápido viaje a su casa en Portland.⁹ En octubre, en Carver, Massachusetts, tuvo una tercera visión especial, relativa al "clamor de medianoche" y al "Esposo".

En esta visión observó el tiempo, todavía futuro, cuando Cristo completaría su ministerio sacerdotal en el lugar santísimo y empezaría "el tiempo de la angustia de Jacob". Nunca antes había escuchado semejante cosa. El pensamiento de que los hombres tendrían que vivir por algún tiempo sin mediador era solemne.¹⁰

Mientras Elena viajaba, acompañada por su hermana Sara, y también a veces por otros, incluyendo a Jaime White y su medio parienta Luisa Foss, relató sus visiones a todo millerita adventista que quería escucharla, y llevó comprensión y gozo a muchos de ellos.

Capítulo 10

¿Qué está haciendo Jesús ahora?

"De manera que sabemos *dónde* está Jesús ahora; está en el lugar santísimo del santuario celestial. Y sabemos lo que está haciendo allí; está asistiendo a las 'bodas' y participando en el 'juicio' del preadvenimiento. ¿Pero qué significa todo esto en lenguaje sencillo? ¿Qué *está* haciendo él ahora?"

Edson y Crosier estaban sentados a la mesa en la casa rural de Edson, en Port Gibson, donde Crosier se hospedaba parte del tiempo. Un tercer amigo se les había unido, el Dr. F. B. Hahn, de Canandaigua, secretario de la sociedad médica de su condado. Delante de ellos, sobre la mesa, había Biblias, un ejemplar o dos de la Concordancia de Cruden, y probablemente algunas publicaciones milleritas.

El artículo de José Turner en el *Advent Mirror* iba a aparecer unas semanas más tarde, y las visiones de Elena permanecerían desconocidas para ellos por más de un año. Así, estas tres personas en Port Gibson buscaban la respuesta en el mejor de todos los lugares, en sus Biblias.

Los tres se reunían vez tras vez para estudiar y orar por nueva luz; y mientras lo hacían, su comprensión del santuario celestial se profundizaba. Llegaron a convencerse, por ejemplo, de que éste era un lugar real, tan real como "la ciudad que tiene fundamentos" (Hebreos 11:10) en la cual el santuario está ubicado, y tan real como las "mansiones" que Cristo ha ido a preparar en la casa de su Padre (Juan 14:1-3).¹

Pero el estudio que ellos hacían era guiado principalmente por frases claves de Hebreos 8 y 9: "Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo". "Habiendo aún sacerdotes... los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales". "El primer tabernáculo era 'figura y sombra'". "Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así [por los sacrificios animales]; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos".

Así llegaron a darse cuenta de que el sacrificio de Cristo en la cruz y su sacerdocio en el santuario eran simbólicamente prefigurados en el ritual ceremonial del Antiguo Testamento. Aprendieron que Dios dirigió a Moisés en la construcción del tabernáculo y de sus servicios, los cuales habían de ser una lección objetiva para enseñar las grandes verdades relativas a Cristo Jesús. Y vieron también que si queremos saber lo que Jesús, nuestro gran Sumo Pontífice, está haciendo hoy en el santuario celestial, es vital que descubramos lo que los sacerdotes hacían en el

santuario del Antiguo Testamento hace mucho tiempo. ¡Aquí había una llave para abrir un inmenso tesoro!

Leyendo en Exodo y en Levítico, no les tomó mucho tiempo aprender que el santuario terrenal (o "el tabernáculo", como se lo llamaba a menudo) era una tienda portátil de dos ambientes usada por los israelitas durante el largo viaje por el desierto desde Egipto a la tierra prometida. Cada día, cuando las personas venían a confesar sus pecados, ofrecían un animal en sacrificio y eran perdonados. Entonces el sacerdote, ora en forma directa o indirecta, tomaba una parte pequeña de la sangre del animal y la llevaba al primer compartimento ("lugar santo") depositándola sobre el hermoso altar de oro que había allí. Al hacerlo, registraba el pecado confesado; y debido a que el pecado es algo terriblemente sucio, aun este registro de pecados confesados mancillaba el santuario.

Una vez al año, en el día de la expiación, el sumo pontífice llevaba la sangre del sacrificio directamente al segundo recinto (el "lugar santísimo"), y asperjaba algo de ella sobre el cofre con cubierta de oro, llamado "el arca", que contenía los Diez Mandamientos, los cuales, al pecar, el pueblo había quebrantado.

A Edson, a Crosier y a Hahn, el día de expiación les parecía el acontecimiento más significativo de todos. Fue el día de expiación el que en el congreso campestre realizado en Exeter, New Hampshire, le proveyó a Samuel Snow la prueba de que los 2.300 días terminaban el 22 de octubre de 1844; y evidentemente ésa era la ocasión más solemne y destacada del antiguo calendario ceremonial.

Pero antes de encontrar lo que ellos descubrieron con respecto al día de expiación, consideremos por un momento la palabra "expiación". Estas personas estudiaban en idioma inglés. En inglés, la palabra expiación es "atonement". Esta interesante palabra se basa en una expresión que significa "estar unidos, ser uno" (*to be one*). Guillermo Tyndale, que tradujo la Biblia al idioma inglés a costa de su vida en la primera parte del siglo quince, usó la palabra "atonement" (estar unidos, ser uno, "at-one-ment") para significar la *restauración* de las relaciones amigables entre Dios y los pecadores, y también para *proveer los medios* por los cuales se restablecían estas relaciones amigables. De la Biblia de Tyndale esta palabra fue transferida un siglo más tarde a la versión del rey Jaime, y de allí entró en el vocabulario inglés corriente del mundo.

Los pecadores están enemistados con Dios, separados de él por sus pecados (Isaías 59:2). Pero como no pueden restaurarse a sí mismos, alguna otra persona debe proveer la reconciliación ("at-one-ment"). Para

*En muchos casos el sacerdote comía una porción de los sacrificios del pueblo. Más tarde, cuando hacía su propio sacrificio, llevaba la sangre al lugar santo, y así asentaba un registro no sólo de sus propios pecados, sino también de los del pueblo (véase Levítico 4:27-35; 1-7, 13-20; 6:24-30).

llenar esta necesidad, Jesús dio su vida; y ésta es la razón por la cual la mayor parte de los teólogos protestantes hablan de la muerte de Cristo como de "la" expiación (at-one-ment"). Sin embargo, el adventismo, en su afán de aprender todo lo posible con respecto a Jesús, ha llegado a entender la expiación en un sentido significativamente más amplio.²

Hiram Edson y sus amigos, por ejemplo, notaron que en los servicios del santuario terrenal, cuando las personas ofrecían sus sacrificios y confesaban sus pecados día tras día, eran perdonadas y se hacía una expiación por ellas. (Véase Levítico 4:26, 31 y 35.) Sin embargo, cada año sus pecados perdonados eran repasados y completamente limpiados, borrados el día de expiación.

En este solemne día (Levítico 16), Dios requería que sólo el sumo pontífice realizara los ritos. Ningún sacerdote común podía hacerlo. Este día especial de todo el año, el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, donde la presencia de Dios estaba simbolizada por una luz sobrenatural que brillaba encima del arca. El propósito de la presencia del sumo sacerdote en ese día especial y en ese lugar particular es declarado enfáticamente en las Escrituras: para hacer "la expiación por el santuario santo", y también para hacer "expiación por todo el pueblo de la congregación" (Levítico 16:33 y 30).

La purificación del santuario y la purificación del pueblo perdonado iban a la par en los tiempos del Antiguo Testamento. Por lo tanto, Edson y sus amigos razonaron que la purificación del santuario celestial y la purificación final de los santos perdonados por Dios debe ser el propósito del ministerio especial de Cristo en el lugar santísimo desde el 22 de octubre de 1844. Con la ayuda de sus concordancias, Edson, Crosier y Hahn estudiaron las palabras "expiar" y "expiación" cada vez que ocurrían en la Biblia, y descubrieron que estaban asociadas con "purificar, reconciliar, purgar, perdonar, santificar, justificar, redimir, borrar".³ Prestaron particular atención a la promesa de Hechos 3:19-21, que dice que los pecados serán "borrados" precisamente antes que Dios envíe de vuelta a Jesucristo a la tierra, al fin del mundo.

Razonaron que la expiación diaria era un símbolo de la muerte misericordiosa de Cristo en la cruz y de su ministerio en el *lugar santo* del santuario celestial, para *perdonar* el pecado del pecador arrepentido; y que el día de expiación anual era un símbolo de su ministerio en el *lugar santísimo* del santuario celestial, para *borrar* los pecados de todo creyente que ha permanecido sincero desde su confesión. Así llegaron a la fascinante conclusión: A través de los siglos, al buscar los pecadores el perdón, Jesús ha llevado el registro de sus pecados confesados al lugar santo, lo cual ha mancillado el santuario celestial. Y así como era necesario que "las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas" con sacrificios animales, era necesario, a su debido tiempo, que "las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos" fueran purificadas (Hebreos 9:23). La purificación del santuario, ahora en marcha, es una obra grandiosa de

unificación y reconciliación; no es otra cosa que la eliminación definitiva y el borramiento final de todo pecado que separa al pueblo de Dios de su Creador.

Crosier, el mejor escritor del grupo, recibió el encargo de redactar los resultados de la investigación. Enoch Jacobs, editor y amigo adventista, de Cincinnati, aceptó publicar el artículo en un número especial (o "extra") de su periódico, el *Day Star*, al costo de 30 dólares. Pero tan estrechos eran sus recursos que Edson y Hahn, que se comprometieron a sufragar los gastos si Crosier redactaba el trabajo, se vieron en figurillas para reunir aun la mitad de esta suma. Edson tuvo que vender parte de su vajilla de cocina para ayudar. Esperaban que el resto sería sufragado por lectores agradecidos.

Algunos adventistas de Massachusetts y otras partes de Nueva Inglaterra, a los cuales Elena Harmon visitaba en ese tiempo, evidentemente estaban en la lista de interesados; y cuando el *Day Star Extra*, del 7 de febrero de 1846, llegó a sus manos, ella sintió una gran alegría. Las conclusiones armonizaban notablemente con las visiones que había recibido.

Su entusiasmo se vio rápidamente fortalecido. En otra visión que tuvo poco después, el Señor le mostró que "el Hno. Crosier tiene la luz verdadera con respecto a la purificación del santuario, y que era la voluntad de Dios que el Hno. Crosier publicara sus descubrimientos transmitidos en el *Day Star Extra*, del 7 de febrero de 1846". Comentó, además: "Me siento plenamente autorizada por el Señor para recomendar ese número extra a todo santo".⁴

Muchos años más tarde, después de recibir mucha luz adicional sobre el tema, todavía hablaba, como ellos lo habían hecho antes, de "esa gran obra de expiación", el "borramiento del pecado".⁵ Denominó a su nuevo concepto uno de los "hitos" del mensaje adventista del séptimo día.⁶ A menos que entendamos esto, dijo, "será imposible" que "ejerzamos la fe esencial en este tiempo".⁷ Cerca del fin de su vida reiteró con énfasis: "El santuario es el fundamento de nuestra fe".⁸

¡El santuario es el fundamento de nuestra fe!

La Iglesia Adventista del Séptimo Día existe para llevar al mundo el mensaje de lo que Cristo está haciendo ahora por los hombres que ponen su confianza en él.

Aun en los tiempos del Antiguo Testamento, cuando el sumo pontífice purificaba el santuario, purificaba también a la gente, como el Señor le dijo al pueblo por medio de Moisés: "Para que seáis limpiados de todos vuestros pecados delante del Señor". "El paso del tiempo en 1844 —escribió Elena de White en 1889—, fue un período de grandes acontecimientos, que abrió delante de nuestros asombrados ojos la purificación del santuario, la cual estaba ocurriendo en el cielo, acontecimiento decididamente relacionado con el pueblo de Dios que estaba en la tierra".⁹

Cuando ella se refiere a cuán gloriosa y cuán personal es esta relación con el pueblo de Dios que está en la tierra, en *El Conflicto de los Siglos*, página 485, dice: "Así se cumplirá de un modo completo la promesa del nuevo pacto: 'Perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados'. 'En aquellos días y en ese tiempo, dice Jehová, será buscada la iniquidad de Israel, y no la habrá, y los pecados de Judá, mas no podrán ser hallados' (Jeremías 31:34; 50:20)".

Edson y sus amigos aprendieron mucho acerca de Jesús; pero hemos de esperar los capítulos posteriores para tener una explicación de las importancia fundamental del ministerio sumosacerdotal de Cristo relacionado con las bodas y el juicio, y también con el mensaje del tercer ángel, el sello de Dios, el espíritu de profecía y, en particular, con el reposo sabático.

Capítulo 11

Una viuda da testimonio

En 1843, en ocasión del congreso general de los bautistas del séptimo día de Norteamérica, se tomó un acuerdo que merece nuestra especial atención.

Varias decenas de "mensajeros" asistieron a la sesión para representar a 5.500 miembros que residían mayormente en Rhode Island, Nueva Jersey y esparcidos en varios estados. Un aluvión de proyectos de ley dominical en la legislatura del estado y en el congreso federal había aumentado recientemente el interés del público en el sábado. Los tiempos parecían maduros para la causa del santo día de reposo de Dios; y la conferencia votó una recomendación inusitada para su iglesia: "Que el primer día de noviembre próximo sea observado por nuestras iglesias como un día de ayuno y oración para que el Dios todopoderoso se ponga de pie e interceda en favor de su santo sábado".¹

Los fieles bautistas del séptimo día que votaron esta recomendación sobre el miércoles primero de noviembre de 1843, poco imaginaron la manera o la magnitud de la respuesta que Dios había estado preparando con siglos de anticipación.

Aún mientras estaban orando y ayunando, una de sus feligreses, la Sra. Raquel Oakes (Sra. Preston después de su nuevo casamiento), de Verona, condado de Oneida, Nueva York, estaba pensando en mudarse a la aldea serrana de Washington, New Hampshire, donde vivía su hija soltera de 18 años, Delicia, que había aceptado un trabajo de maestra de escuela en ese lugar. Siendo viuda, le parecía razonable pasar el invierno con ella. Además, tendría la oportunidad de testificar de su fe en esa localidad, y para eso llevó consigo una provisión de folletos sobre el sábado.

Uniendo la acción al pensamiento, la Sra. Oakes se encontró en la última parte del invierno de 1844 asistiendo a la Iglesia de los Hermanos Cristianos de su residencia adoptiva. Formaban una congregación no afiliada que con su ministro, había aceptado el mensaje adventista de Guillermo Miller. Observaban el domingo, pero siendo que no había ninguna iglesia bautista en la cercanía, la Sra. Oakes guardaba el sábado lo mejor que podía con su hija Delicia, y el domingo asistía a la iglesia para participar del compañerismo cristiano. Un domingo en particular era el de la comunión, y el pastor Federico Wheeler, ministro itinerante metodista joven, de Hillboro, distante 17 kilómetros, estaba predicando el sermón. De repente expresó algo que casi hizo que la Sra. Oakes se pusiera de pie para llamarle la atención sobre lo dicho.²

Sin embargo, se contuvo hasta que Wheeler fue a visitar, como buen pastor, a la buena señora, procedente de Nueva York, que asistía a su iglesia.

—Mientras Ud. estaba hablando, pastor Wheeler —le dijo con franqueza—, apenas me pude contener. Ud. afirmó que debemos observar los Diez Mandamientos y; sin embargo, Ud. mismo viola constantemente uno de ellos.

—¿Por qué, Hna. Oakes, dice Ud. esto?—, —exclamó el buen pastor.

—Yo quiero decirle que el cuarto mandamiento reza: "Mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios", pero Ud. observa el primer día, el domingo del papa, en lugar del sábado del Señor.

Si el pastor se sintió o no irritado lo ignoramos, pero lo que sí sabemos es que en cierto momento de ese mismo invierno, posiblemente el 16 de marzo de 1844,³ Wheeler hizo su decisión de observar el séptimo día como el día de reposo.

Así fue como Federico Wheeler, un millerita adventista metodista, de Hillsboro, New Hampshire, llegó a ser el primer ministro adventista observador del sábado en los Estados Unidos. Y aunque no predicaba en ese tiempo acerca del sábado en su iglesia de Washington, parecía que lo hacía en una escuela cercana a su hogar, y que discutió privadamente el asunto por lo menos con otro ministro que, como él, había abrazado la esperanza adventista. Hacia agosto de 1844, Tomás M. Preble, anteriormente bautista de la libre voluntad, que pastoreaba una congregación en una localidad fabricante de zapatos —Weare, de New Hampshire—, situada a unos veinte kilómetros de Hillsboro, llegó a ser el segundo ministro adventista observador del sábado en los Estados Unidos.

En la primera parte de octubre de 1844 había por lo menos otro adventista observador del sábado, además de los mencionados: la Hna. S. Blake, de Rhode Island, que puede haber sido bautista del séptimo día como la Sra. Oakes.⁴

Aproximadamente en ese tiempo o aún antes, fuera de los Estados Unidos un buen número de otros adventistas de la primera hora adoptaron la observancia del sábado. Uno de éstos fue Francisco Hermógenes Ramos Mexía (1773-1825), de Argentina, un prócer prominente que introdujo reformas sociales y políticas en sus estancias, gran parte organizadas para evangelizar a los indios. Hizo un buen número de conversos, y fue arrestado en 1821 por observar el sábado. Otro, Santiago A. Begg (1800-1868) de Escocia, bien conocido en las Islas Británicas por sus obras escritas sobre las profecías y el segundo advenimiento, comenzó a guardar el sábado hacia 1832.⁵

Pero debemos regresar a Washington, New Hampshire. Parece que Delicia Oakes vivía en la gran casa de campo de Farnworth. Se supone que su madre probablemente se hospedaba también allí con ella. Muchos deben haber sido los comentarios que se cruzaron acerca del sábado y del

domingo entre la Sra. Oakes con su franca personalidad y sus generosos y honestos hospedadores.

Parece, por otra parte, que Ciro, uno de los hijos de Farnsworth, estaba enamorado de la maestra de escuela. (Más tarde se casaron.)

Pero por encima de todo otro pensamiento, lo que más les preocupaba era el fin del mundo. Cristo volvía, y había poco tiempo para que la mayor parte de los adventistas le dieran importancia a la obligación de guardar un nuevo día de reposo. Así fue como entre los que esperaban la pronta segunda venida del Señor el 22 de octubre de 1844, había sólo tres que observaban el sábado: Federico Wheeler, en Hillsboro; Tomás Preble, en Wear; y la Hna. Blake, en Rhode Island. A menos que la Sra. Oakes, que hasta ese momento aparentemente había fracasado en persuadir a los de Washington a que empezaran a guardar el sábado, se hubiera convertido entonces al adventismo. (No sabemos cuándo abrazó la fe adventista, pero la encontramos en sus filas algún tiempo más tarde.) En este caso, había por lo menos cuatro.

Después que pasó el 22 de octubre, los adventistas de Washington no abandonaron su fe, sino que continuaron pacientemente esperando el regreso del Señor. Al mismo tiempo, volvieron su atención con un interés más profundo al tema del sábado de la Sra. Oakes.

Un poco más tarde, cuando la pequeña pero fuerte Iglesia de los Hermanos Cristianos realizaba solemnemente sus cultos un domingo de mañana, Guillermo, el hijo mayor de los Farnsworth, se puso de pie en la reunión de testimonios, y anunció delante de la gente que lo conocía desde su nacimiento, que él había decidido respetar la observancia del sábado del cuarto mandamiento de allí en adelante. Jesucristo no había cambiado el día de reposo, sino que el papa, en cumplimiento de la profecía. Quería ser contado entre los observadores del sábado del Señor y no entre los que violaban ese día y guardaban el día del papa.

Apenas se hubo sentado, su hermano Ciro, puesto de pie, dio el mismo resonante testimonio.

La Sra. Oakes y su hija derramaron lágrimas de alegría y alabaron al Señor.

Sin embargo, no todos estaban contentos. La mayor parte de la congregación no aceptó el sábado en ese tiempo, aunque muchos sí lo hicieron más tarde. Los que lo guardaban, dejaron de usar esa iglesia mientras tanto, y se reunían en la espaciosa casa de Farnsworth. Esa fue la primera congregación de adventistas observadores del sábado en Norteamérica.

Pero antes de volver al futuro del sábado, es del mayor interés y al mismo tiempo útil echar una breve mirada retrospectiva acerca del verdadero día de reposo. Después de todo, los adventistas del séptimo día recibieron el sábado de la Sra. Oakes; y ella, que antes era metodista, de los bautistas del séptimo día. ¿Hasta cuándo puede remontarse la historia del sábado?

¡Hasta la creación, por supuesto! Pero en los siglos recientes es valioso rastrear por lo menos desde la década de 1520, cuando Lutero y los otros grandes reformadores, enseñaban que la verdad debía buscarse en "la Biblia y la Biblia sola". No era inusitado entonces que se suscitara el diálogo entre sus seguidores sobre el tema del sábado y del domingo. El sábado se enseña en las Escrituras con la misma claridad que casi cualquier otra cosa.

Había cristianos en Europa en la década de 1520 que preguntaban: "Si Lutero dice que debemos seguir la Biblia y la Biblia únicamente, ¿por qué no lo hace él mismo?" Entre estos había algunos que adoptaron el "bautismo del creyente" en lugar del bautismo infantil, y fueron denominados con el apelativo de anabaptistas. Entre los anabaptistas se destacaron dos hombres de particular interés. Los dos habían sido sacerdotes católicos contemporáneos. En su búsqueda de la verdad abandonaron sus carreras como sacerdotes y se hicieron luteranos. Al continuar estudiando, llegaron a ser anabaptistas. Después de un estudio mayor, adoptaron el sábado y llegaron a ser los primeros "anabaptistas sabatistas".

Lutero envió a algunos teólogos para disuadirlos. Leyendo sus informes nos enteramos de que estos dos hombres, Osvaldo Glait y Andrés Fischer, no habían hecho su decisión a favor del sábado de una manera liviana. Habían estudiado su posición en forma cuidadosa. El sábado, decían ellos, no puede ser parte de la ley ceremonial, porque fue instituido en la creación, antes de que surgiera la necesidad de una ley ceremonial. Por lo tanto, es parte de la ley moral, y todavía está en vigencia. Citando Mateo 5:17,18, muestran que Jesús rehusó alterar una jota o un tilde de la ley; y refiriéndose a Santiago 2:10, añadían que los apóstoles no lo cambiaron tampoco. El guardar el domingo, señalaban ellos, era el cumplimiento de la profecía de la obra del cuerno pequeño (Daniel 7:25) que había de intentar "cambiar los tiempos y la ley".

En esos días, los hombres no podían tomar una posición semejante, aun en los países protestantes, y esperar vivir vidas normales. En 1529, Andrés Fischer y su esposa fueron sentenciados a muerte, ella por ahogamiento, y él en la horca. Ella fue ahogada, pero su esposo, cuando lo iban a colgar, cayó al suelo y escapó.

Pero no para siempre, desgraciadamente. En 1539 o 1540 fue aprehendido por los soldados de un caballero, arrastrado a su castillo, y arrojado desde lo alto de un muro.

Osvaldo Glait sobrevivió muchas aventuras mientras viajaba por Europa central para animar a los fieles y hacer nuevos observadores del sábado. En 1545 fue capturado. Después de un año y seis meses de prisión fue despertado a medianoche por el paso de los soldados en el pasillo. Se abrió la puerta de su celda. A la luz brillante de las antorchas leyó la horrenda crueldad en sus rostros, y adivinó su muerte inminente. Fue

conducido por la ciudad silenciosa hasta las márgenes del Danubio, atado de pies y manos, y arrojado al río.

Cuando los soldados escucharon el chapoteo del agua al contacto de su cuerpo, poco se imaginaron que la verdad por la cual él daba su vida viviría por siglos en Alemania, recibiría nueva luz en Gran Bretaña, sería llevada a las colonias norteamericanas, y en el siglo veinte cautivaría los corazones de millones en el mundo entero.

Se sabe que otros observadores del sábado de este período vivieron en los Países Bajos, en Suiza, Moravia, Suecia⁷ y, de acuerdo con recientes investigaciones, en Sevilla, España.⁸

Todos saben que los puritanos norteamericanos eran extremadamente estrictos en la observancia del domingo, pues creían que este día debía ser observado en cumplimiento del cuarto mandamiento. Los puritanos británicos eran lo mismo. Pero durante la década de 1600 ocurrió tal conmoción en Inglaterra acerca del cuarto mandamiento que una cantidad de personas fueron inducidas a observar el sábado. Se considera que los bautistas del séptimo día son los pioneros de este movimiento.⁹

Entre los primeros de este grupo se encuentran Juan y Dorothy Traske. El era un ministro puritano celoso, y ella, una maestra de talento, que tenía una habilidad especial para ayudar a los niños pequeños de hogares adinerados a aprender a leer. Los dos fueron enviados a la cárcel por su observancia del sábado. Traske fue sentenciado (en torno a 1617) "a ser expuesto a la burla pública en Westminster, y de allí a ser azotado hasta el edificio de la armada, donde debía permanecer preso".

Había unos tres kilómetros desde Westminster hasta la cárcel de la armada. ¡Cómo debió haber sufrido, atado detrás de un carro y recibiendo azotes durante todo el camino! Pero cuando transcurrieron unos tres años de su sentencia se retractó y abandonó el sábado. Su esposa, sin embargo, sacó valor de su cobardía. En su celda inmundada, invadida por las pulgas y las ratas, se mantuvo fiel durante 15 ó 16 años, hasta su muerte.

Francisco Bampfield era un ministro de la Iglesia de Inglaterra, que fue encarcelado en 1662 por haber rehusado en conciencia jurar. En la cárcel pronto llegó a ser un observador del sábado como resultado del estudio personal de la Biblia. Al predicar casi cada día durante los restantes nueve años de su sentencia, hizo surgir un grupo de observadores del sábado en la prisión! Una vez puesto en libertad al poco tiempo fue apresado de nuevo. Al salir en libertad nuevamente, se mudó a Londres, donde fue encarcelado tres veces más por predicar la verdad relativa al sábado. Finalmente terminó su vida en la cárcel húmeda y fría de Newgate.

Juan James, otro ministro observador del sábado, estaba predicando un sábado de tarde, el 19 de octubre de 1661, cuando la policía entró en su iglesia y demandó en el nombre del rey Carlos II que dejara de hacerlo. Siendo un hombre de valor, continuó.

Surgió entonces una conmoción. James fue arrestado, convicto por un jurado colmado de gente —la acusación era la de presentar un engaño— y sentenciado como traidor a ser colgado, ahogado y descuartizado.

A pesar de dos valientes apelaciones que su esposa hizo ante el rey, Juan James fue colgado por la nuca, en Newbury, y después de quitado de la horca, su cuerpo fue descuartizado, su corazón extraído de su pecho y arrojado en el fuego, y su cabeza expuesta en una estaca fuera de su iglesia como una terrible advertencia para cualquiera que quisiera guardar el séptimo día como reposo.

Para muchos de los primeros bautistas del séptimo día, el sábado era un día por el cual valía la pena morir.

No todos los observadores del sábado en la Inglaterra del siglo 17 se vieron obligados a sufrir persecución. El Dr. Pedro Chamberlen, médico obstetra favorito de varias damas reales y nobles de Inglaterra, observó el sábado con seguridad por 35 años. Hablaba varios idiomas, recomendaba agua fría y caliente para el tratamiento de enfermedades, e incidentalmente, inventó un carruaje sin caballo impulsado por el viento. Con su brillo y capacidad intelectual, era demasiado valioso para que la corona británica lo persiguiese.

La observancia del sábado fue llevada a los Estados Unidos por Esteban Mumford, que inmigró de Inglaterra en 1664 y organizó, en Rhode Island, en 1671, la primera Iglesia Bautista del Séptimo Día de Norteamérica. En la primera parte de la década de 1700 había también observadores del sábado moravos en Bethlehem, Pennsylvania. Después de visitarlos, el conde Nicolaus von Zinzendorf decidió guardar el sábado, además del domingo. Había también otros observadores del sábado alemanes en varias partes de las colonias.

Los bautistas del séptimo día de Norteamérica se organizaron en una asociación general en 1802 con una feligresía de alrededor de 1.200 creyentes. Aunque crecieron en número, nunca fueron enérgicos en su evangelismo. Para ellos, el sábado era un día que debían respetar más bien que compartir. Sin embargo, algunos de ellos compartieron ese conocimiento con otros, y esto nos trae de vuelta a su congreso general de 1843, cuando se tomó la resolución de apartar el 1 de noviembre de 1843 como día de ayuno y oración para que "Dios se levantara e intercediera en favor de su santo sábado".

Por medio de la Sra. Raquel Oakes, esa oración fue contestada en tal forma que sobrepasó sus más caros sueños.

Capítulo 12

El capitán esparce el conocimiento de la Palabra

La manera en que el sábado pasó de los bautistas del séptimo día a los futuros adventistas del séptimo día se parece al fuego que recorre su camino por una mecha hasta llegar al barril de pólvora.

La Sra. Oakes lo pasó a Federico Wheeler y a un puñado de adventistas de Washington. Wheeler predicó acerca de él sin mucho efecto en ese tiempo, y (aparentemente) lo pasó a Tomás M. Preble.

Preble escribió acerca del sábado en el *Hope of Israel*, de febrero de 1845, un periódico editado por el mismo José Turner, quien en diciembre de 1844 descubrió la misma verdad que Edson y Elena con respecto a los cristianos que esperaban el regreso de Cristo de las bodas.

Tan pronto como pudo hacerlo, Preble revisó su artículo y lo volvió a publicar en un folleto titulado adecuadamente: "Folleto que demuestra que el séptimo día debe ser observado como día de reposo". Concluyó su mensaje en forma vigorosa, usando una cantidad de letras mayúsculas y frases en cursiva. "Así vemos cómo se cumplió Daniel 7:25, al 'cambiar el cuerno pequeño los tiempos y la ley'. Por lo tanto, me parece que todos los que observan el primer día de la semana como su 'día de reposo' *son observadores del domingo papal* y ¡¡VIOLADORES DEL SABADO DE DIOS!!!"

El artículo y el folleto obtuvieron resultados. El uno o el otro pudo haber sido la razón por la cual J. B. Cook, teólogo millerita, abogó por el sábado durante unos pocos años. Un ejemplar del folleto fue enviado a París, Maine, donde convenció a varias personas, incluyendo a la familia de Eduardo Andrews, y eso fue algo importante, como lo veremos más tarde. Un ejemplar del artículo también fue leído por el capitán de barco convertido en dirigente millerita, José Bates. Mediante su intervención la mecha empezó a arder.

Bates era un hombre de acción. Inmediatamente abandonó todo lo que estaba haciendo y se puso a estudiar la Biblia. Recorrió el camino de 140 millas en coche tirado por caballos, por ferrocarril y a pie —tal vez enteramente a pie— hasta Hillsboro, para encontrarse con Federico Wheeler. Llegó tarde, despertó a la familia, y estudió con él el resto de la noche. (El hijo de Wheeler, Jorge, contaba lo que pasó esa noche por el resto de su vida.) A la mañana siguiente, Bates y Wheeler fueron a Washington, y bajo una arboleda de arces hablaron acerca del sábado

hasta el mediodía con algunos de los miembros de la familia Farnsworth. Luego Bates volvió a su casa en Fairhaven, Massachusetts. En el camino luchó con el efecto que su cambio al sábado tendría sobre sus vecinos, la familia y los amigos. "¿Qué a tí? Sígueme tú", eran las palabras bíblicas que resonaban en sus oídos.

Cruzando el puente que une New Redford con Fairhaven, Bates logró su primer converso al hablar del sábado a uno de sus amigos adventistas.

—¿Qué novedad tiene, capitán Bates?— le preguntó James Madison Monroe Hall. —La novedad —replicó el capitán—, es que el séptimo día es el día de reposo del Señor nuestro Dios—. Hall guardó el próximo séptimo día como su día de reposo.

Lo dicho es suficiente acerca de lo que pasó en 1845. Los bautistas del séptimo día pueden no haber sido muy evangelísticos en cuanto al sábado, pero José Bates era un ex capitán de barco, un dirigente natural por definición. Además, era un adventista y estaba ansioso de ayudar a la gente a prepararse para encontrar al Señor. Nunca se imaginó —dijo una vez—, "que nuestro glorioso Comandante se propusiera que dejáramos nuestros sacrificios humeando sobre el altar de Dios, en medio de los enemigos del país, sino que debíamos progresar de victoria en victoria".

En 1846 leyó el artículo de Crosier en el *Day Star Extra*, de febrero 7, y se convenció que el santuario que debía purificarse está en el cielo, y es un verdadero templo, como lo es la nueva Jerusalén. Se sentó y escribió un folleto acompañante titulado "Los cielos abiertos", en el cual añadió evidencias adicionales extraídas de la astronomía y de la Biblia. No contento con esto, recorrió todo el camino hasta Port Gibson para comparar notas con Edson, Crosier y Hahn, y los convirtió a todos a la observancia del sábado.

Mientras tanto, escribió su folleto más famoso: *El reposo del séptimo día, una señal perpetua*. Dios bendijo el sacrificio y los medios invertidos en esa pequeña obra. Esta logró numerosos conversos al sábado, entre los cuales estaban Jaime y Elena de White, que aceptaron su mensaje poco tiempo después de su matrimonio, el 30 de agosto de 1846.

En vista de todo esto, y de sus labores posteriores, José Bates puede ser considerado con justa razón el padre de la verdad del sábado entre los adventistas del séptimo día en el mundo entero.

Detengámonos un poco para familiarizarnos con José Bates.¹

¡Qué hombre era él! Intrépido, infatigable, disciplinado, dedicado, original y bondadoso. Patriarca de los adventistas del séptimo día, viajó más y estuvo menos tiempo enfermo que cualquiera de los otros fundadores de la iglesia. Vivió hasta los ochenta años.

Bates nació en 1792 a sólo 18 kilómetros de distancia de las escenas, los sonidos y los olores de New Bedford, Massachusetts, un puerto que estaba llegando rápidamente a ser el centro ballenero del mundo.

Inevitablemente se hizo a la mar como grumete cuando tenía 15 años. Su padre esperaba que el trabajo le resultara desagradable y lo abandonara.

Pasó por un tiempo difícil, pero perseveró. Durante su primer viaje cayó desde el cordaje al Océano Atlántico, pero fue rescatado antes que un tiburón, que buscaba alimento del otro lado del barco, pudiera convertirlo en su víctima.

En el segundo viaje, mientras estaba en tierra en Liverpool, fue forzado a servir en la armada real según una práctica británica brutal que ayudó a precipitar la guerra con los Estados Unidos en 1812. Pasaron cinco años desde aquella fecha hasta que pudo verse libre. La mitad del tiempo lo pasó como marinero en viajes y la otra mitad como prisionero de guerra o confinado a la cárcel terrible de Dartmoor. Varias veces intentó escapar, pero fracasó todas las veces.

Una vez libre, hizo diez viajes entre 1815 y 1828, progresando hasta ocupar el puesto de segundo piloto y luego primer piloto; y por fin, fue capitán de su tripulación y dueño parcial del barco. En 1818, entre dos viajes, se casó con la novia de su niñez, Prudencia Nye.

Su vida fue siempre una serie de aventuras. Un día, mientras inspeccionaba las cadenas de su ancla como miembro de la tripulación, notó que se estaban formando capas de hielo alrededor de su bote a remos y que era llevado mar afuera en medio de la oscuridad creciente. ¡Su capitán pensó que se había perdido y leyó el servicio fúnebre para él!

En otra ocasión, regresando de Europa con un pesado cargamento de hierro, y sólo a tres días de su puerto, su barco se vio atrapado por una furiosa y larga tempestad. Su navío fue empujado de vuelta al Atlántico durante semanas, mientras sobre su casco crecían largas algas marinas y se adherían grandes crustáceos de mar, que retrasaban sensiblemente su progreso. Siete veces su capitán hizo señas a barcos que pasaban para rogarles que le dieran un poco de agua y otras provisiones. José Bates creyó, hasta el día de su muerte, que la oración del cocinero negro, la primera que ensuchó a bordo de un barco, fue la única razón de su llegada a salvos al puerto.

Uno por uno, cinco niños (el primero de los cuales murió en la infancia) fueron añadidos al hogar de Bates; al mismo tiempo, uno por uno, el alcohol, el vino, la profanidad y el tabaco fueron abandonados en la vida privada de José por una firme resolución. Llegó a ser más cuidadoso con respecto a su salvación. Prudy (como él llamaba a su esposa) colocó un Nuevo Testamento en el baúl del marino. El buen Libro impresionó profundamente al capitán. Al principio, deprimido por la condición de su alma, pensó arrojarse por la borda. En tierra, en Sudamérica, se trepó a un árbol para librarse de las serpientes y oró en voz alta. Poco a poco la paz aumentaba en su corazón; pero aún no sentía completa confianza en Dios.

De vuelta a Fairhaven introdujo el culto regular de familia en su hogar, y empezó a asistir a la iglesia. En su niñez, antes de hacerse a la mar, había entregado su corazón a Dios y asistía con agrado a las reuniones de oración. Pero esa experiencia había quedado muy lejos en el pasado, y ahora tenía que empezar de nuevo. De repente, sus temores

desaparecieron y el gozo invadió su corazón. "Mi lengua se soltó para alabar a Dios... Todas las dudas y las tinieblas con respecto a mi conversión y a mi aceptación por parte de Dios fueron eliminadas como el rocío de la mañana, y una paz como un río, ocupó mi corazón y mi mente durante semanas y meses".

En esos días mejores, estando de viaje, rogó al Señor por escrito: "Usame, oh Señor, te lo ruego, como instrumento en tu servicio; cuéntame en tu pueblo peculiar".

Más adelante, esta oración había de ser maravillosamente contestada.

El día de su bautismo comenzó a organizar una sociedad de temperancia, una de las primeras en Estados Unidos. En su viaje final, que siguió inmediatamente, ordenó a sus hombres, todos desconocidos de Boston, que evitaran toda profanidad, se abstuvieran completamente de bebidas alcohólicas, y que observaran el día de reposo (que para él, en ese tiempo, por supuesto, era el domingo). Su gente disfrutó del viaje de menos piezas de toda su carrera. Pronto cuarenta barcos, y más tarde, otros setenta y cinco de New Bedford y Fairhaven, seguían el ejemplo establecido por Bates y sus hombres.

En 1828, después de veintidós años en el mar, José Bates se retiró de la navegación y vendió todo. Ya le había prometido a Prudencia que se quedaría en casa cuando hubiera ahorrado 10.000 dólares. Parecía que había alcanzado su blanco. Pero además había otra razón que lo indujo a quedar en tierra. Quería tener más oportunidad para testificar por el Señor. Mientras explotaba una granja para producir seda y vendía propiedades, llegó a ser miembro activo de la iglesia local de la Conexión Cristiana y de varias sociedades de reforma, incluyendo la que luchaba contra la esclavitud.

Pero por el tiempo en que su granja de seda estaba empezando a producir, escuchó el primer sermón millerita, y al punto se consagró a sí mismo y todo lo que él tenía al movimiento adventista. Habiendo trabajado con J. V. Himes en la causa de la temperancia en la década de 1820, rápidamente llegó a ser uno de los líderes del pueblo adventista. Presidió uno de los congresos generales adventistas.

En 1843, Bates unió sus manos con H. S. Gurney, un rudo herrero que tenía una hermosa voz de cantor, para realizar una gira evangelística por las Islas Kent, situadas frente a las costas de Maryland. Por este tiempo había abandonado el abolicionismo (el movimiento contra la esclavitud), creyendo que el segundo advenimiento sería su única solución efectiva. Quería ahora conducir a los esclavos a la libertad en Cristo. Pero sus dueños lo miraban con sospecha.

—Yo pensaba que Ud. era abolicionista —dijo uno—, que venía a arrebatar nuestros esclavos.

—Yo he venido a arrebatar a todos: a vuestros esclavos y también a vosotros —replicó Bates—. Quiero que seáis salvos.

Un hombre contrariado interrumpió una reunión y amenazó con levantar una turba y llevarlo a él y a Gurney cabalgando sobre un palo de cerco fuera de la ciudad para mofarse de él.

Bates respondió serenamente, con aire divertido: "Si Ud. pone una montura sobre el palo, preferiríamos cabalgar a caminar". El auditorio se rió y obligó al que interrumpía a sentarse. Bates y su "evangelista cantor" lograban muchos conversos, tanto entre negros como entre blancos.

Antes de la primavera de 1844, vendió su casa, pagó sus deudas antes de la venida del Señor, y procedió a entregar prácticamente el resto de su fortuna a la causa. Cuando Prudencia protestó diciendo que era algo imprudente, Bates confiadamente replicó: "El Señor proveerá".

Aunque el Señor no vino como se esperaba, proveyó los medios para la familia Bates, a menudo en forma totalmente inesperada.

El martes 22 de octubre de 1844 encontró a José casi sin un centavo, y sin su hijo único José. Este, decidiendo seguir las aventuras juveniles de su padre antes que sus convicciones religiosas, el lunes 21 de octubre, a los catorce años, se lanzó al mar en un barco ballenero. Después de los veinte años José fue herido por una ballena; y luego de cumplir los treinta, murió en el mar.

El día posterior al chasco encontró al capitán Bates profundamente confundido. Como miembro altamente respetado de su comunidad había urgido a sus vecinos a prepararse para la segunda venida. Ahora éstos se mofaban de él en las calles. Ansiaba que la tierra se abriera y lo tragara.

Pronto se sobrepuso a esta situación y se contó entre los adventistas que esperaban que sus cálculos estuvieran errados y que Jesús todavía viniera pronto. Ya hemos visto lo que ocupó parte de su tiempo en los años 1845 y 1846. Aceptó el sábado por su contacto con Preble y por su estudio de la Biblia, y también la nueva luz acerca del santuario descubierta por Edson, Crosier y Hahn. Se convenció en 1846 de que Elena de White era una verdadera profetisa. Desde entonces pasó a ser, junto con Jaime y Elena de White, uno de los tres dirigentes máximos del movimiento adventista del séptimo día que se estaba gestando.

Acostumbrado a viajes interminables en alta mar, Bates continuó andando de aquí para allá. Hasta 1852 se empeñó en llevar la nueva luz a los milleritas desde Maine hasta Michigan; después de esto viajó más lejos, tratando de dar testimonio ante cualesquiera personas que quisieran escucharlo, desde los vagabundos que encontraba en su camino hasta a un gobernador (W. H. Crapo, de Michigan). Los trenes eran como los aviones de ahora. A veces los empleaba, y distribuía folletos a los pasajeros. A veces caminaba; era más económico, y le daba la oportunidad de encontrarse con más personas. A veces, carente de dinero para el pasaje, se veía obligado a recorrer largas distancias a pie.

A menudo atravesaba varias millas por la nieve para buscar a una sola familia. En varias ocasiones arribó a tiempo para orar por un niño gravemente enfermo y verlo sanarse. Una vez, después de pasar meses en

el camino, regresó a Fairhaven, para salir otra vez a visitar al "rebaño esparcido" (después de sólo un fin de semana! (La Sra. Bates durante muchos años tuvo la compañía de su madre viuda y luego de una hija casada.)

Aunque era capaz de mantener interesadísimos a grandes auditorios, el procedimiento normal de Bates era dirigirse a pequeños grupos en iglesias, escuelas públicas o casas de campo. La gente interesada invitaba a los vecinos de varios kilómetros a la redonda y le proveían a Bates un lugar para dormir una noche o dos. Así a menudo surgían unos pocos nuevos observadores del sábado como consecuencia de su visita.

El mal tiempo no era un gran obstáculo para este hombre acostumbrado a hacer frente a las tormentas del océano. Cuando tenía 65 años, bautizó a siete personas en un río, en un hueco de un metro de profundidad cavado en el hielo. La temperatura era treinta grados bajo cero F.

Favorecido con una energía natural y con un sentido de tacto extraordinario, y siendo casi 30 años mayor que Jaime White, fue elegido para presidir la mayor parte de las más importantes conferencias realizadas por los adventistas que observaban el séptimo día, práctica que duró hasta la organización formal de la Asociación General, en mayo de 1863. Así el capitán continuaba estando en un puesto de mando.

El reformador también continuó reformando. A las mejoras que introdujo en su método de vida en la década de 1820, agregó en 1844 el abandono del té, el café, la carne y los postres concentrados. Prefiriendo dar testimonio con su ejemplo, Bates comentó poco acerca de su régimen alimentario en público, hasta la visión que Elena de White tuvo en 1863 acerca de la reforma pro salud. Después de esto, comenzó a hablar más libremente acerca del tema y, al observarlo, la gente se veía obligada a escucharlo! Habiendo caído enfermo sólo unas pocas veces en toda su vida, podía afirmar a los 79 años: "¡Estoy completamente libre de achaques y dolores!"

Jaime White, quien muy pocas veces no estuvo aquejado de dolores y problemas físicos, pudo decir acerca de Bates: "Era erguido como un monumento y caminaba por las aceras con la ligereza de una zorra".

Habiéndose disciplinado a sí mismo, como oficial de barco, de llevar puntualmente un diario de navegación con respecto a su trabajo y a la tripulación, Bates pudo, a pesar de sus incasantes viajes, enviar centenares de informes y artículos a la oficina de la *Review*. Muchos suscriptores, una cantidad de ellos bautizados personalmente por él, agradecían por estos artículos.

Esta capacidad que tenía como escritor nos trae de vuelta adonde empezamos. Bates, el devoto capitán observador del domingo, llegó a ser el observador del sábado y adventista más devoto. Y, como hemos visto, fue un folleto que escribió en 1846, titulado *El reposo del séptimo día, una señal perpetua*, lo que ganó a Jaime y Elena de White, así como a muchos

otros, a la causa del sábado. En 1855 le contó a J. N. Loughborough un incidente que tuvo mientras escribía uno de sus tres libros sobre el sábado. Es una historia famosa y bien vale la pena volver a contarla.

Antes que se explotaran las minas de plata del Oeste, en la década de 1870, la plata era un artículo muy escaso en los Estados Unidos. Se usaban comúnmente monedas españolas e inglesas. Cuando ocurrió el incidente de esta historia, las reservas monetarias de Bates estaban reducidas sencillamente a un chelín de York. Reconstruyamos el relato como si él mismo lo estuviera contando:²

"Un día mientras estaba orando, me dominó la convicción de que debía escribir un libro acerca del sábado y que Dios proveería los medios para publicarlo. De manera que me senté en mi escritorio con mi Biblia y una concordancia a mano, y comencé la tarea. Después de una hora, la Sra. Bates vino, y me dijo:

—José, no tengo harina suficiente para el pan de hoy.

—¿Cuánto te falta? —le pregunté.

—Unas cuatro libras —contestó ella.

"Fui y compré la harina, la traje a casa, y me senté de nuevo en mi escritorio. Pronto la Sra. Bates vino de nuevo, y exclamó:

—¿De dónde vino esta harina?

—¿Por qué? —pregunté yo. ¿No es suficiente?

—No entiendo —dijo ella. ¿Tú, capitán Bates, que has piloteado navíos desde New Bedford hasta las partes más lejanas del mundo, has ido a comprar *cuatro libras* de harina?

"Hasta este momento la Sra. Bates (que todavía no observaba el sábado) no sabía mi verdadera condición financiera. Reconociendo que debía hacerla partícipe de la verdad, calmadamente le dije:

—Querida, he gastado por este alimento el último dinero que tenía en la tierra.

"La Sra. Bates comenzó a sollozar amargamente, y preguntó: ¿Qué vamos a hacer ahora?

"Me puse de pie como si fuera todavía el capitán que dirigía mi barco, y dije:

—Voy a escribir un libro para esparcir la verdad del sábado en el mundo.

—¿Pero de qué vamos a vivir?

—El Señor abrirá el camino.

—Oh, ¡el Señor abrirá el camino! ¡El Señor abrirá el camino! Esto es lo que tú siempre dices—. Y estallando en llanto salió de la pieza.

"Continué escribiendo durante una media hora, y en ese momento tuve la impresión de que debía ir al correo. Fui, y por cierto, encontré una carta. Pero carecía de la estampilla de cinco centavos. Me resultaba humillante decirle al jefe del correos, el Sr. Dew, un amigo mío, que no tenía ni siquiera cinco centavos, pero me dijo en forma bondadosa:

—Llévesela y págume más tarde.

—No —repliqué yo—, no retiraré la carta hasta que no esté pagado el franqueo. Tengo la impresión, sin embargo, de que hay dinero en la carta. ¿Quisiera Ud. abrirla, por favor? Si hay dinero, cobre Ud. el franqueo primero.

"El jefe del correo cumplió con el pedido y encontró un billete de diez dólares. Provenía de una persona que decía haber sido impresionada por el Señor a enviarle diez dólares al capitán Bates, pues los necesitaba inmediatamente.

"Con corazón alegre fui entonces a un negocio de comestibles y compré un barril de harina por cuatro dólares, un poco de papas, azúcar y otras cosas necesarias. Cuando expliqué dónde debía entregarse la mercadería, les advertí: 'Probablemente la señora objetará que se trata de un error. Pero no presten atención a lo que diga. Descarguen los productos en el porche del frente'.

"Entonces fui a ver a Benjamín Lindsey, el impresor, y arreglé para que publicara mi libro con el entendimiento de que pagaría por el trabajo tan pronto como recibiera dinero, y que los libros no serían míos hasta que la cuenta estuviera totalmente saldada.

"Sabía que nadie me debía nada, pero sentía que era mi deber escribir el libro y que Dios impresionaría a la gente para que me enviara recursos. Compré un poco de papel y lápices para dar tiempo a que los comestibles llegaran a casa antes que yo. Entonces fui, y entré silenciosamente por la puerta de atrás, y me senté de nuevo para seguir mi trabajo. Pronto la Sra. Bates vino a mi estudio, y dijo emocionada:

—José, imira el porche de la entrada! ¿De dónde vino eso que trajeron? Yo le dije al hombre que era un error, pero él insistió en descargarlo.

—Bueno —dije yo—, creo que está bien.

—¿Pero de dónde vino?

—El Señor lo envió.

—El Señor lo envió, el Señor lo envió. Eso es lo que tú siempre dices.

"Le extendí la carta que había recibido. La leyó y se puso a llorar de nuevo, pero con un llanto muy diferente del de la primera vez. Y, entonces, dulcemente me pidió perdón por su falta de fe.

"Y el dinero llegó a veces de personas que ni me conocían. De hecho, la cantidad final que necesitábamos —nunca descubrí de dónde vino— llegó el mismo día en que los libros se terminaron de editar"

Aunque José Bates nunca descubrió el origen de la cantidad final, J. N. Loughborough, en 1884, lo descubrió. Supo que H. S. Gurney, el herrero cantor, amigo de Bates desde el viaje a la Isla Kent, había provisto ese dinero. Cuando Gurney decidió hacer ese viaje, su empleador lo despidió con enojo y rehusó abonarle los sueldos que le debía. Ahora, precisamente a tiempo, el Señor indujo al empleador a aplacarse y pagar.³

La providencia de Dios al ayudar al capitán Bates a esparcir el mensaje relativo al sábado en 1846 y 1847, fortaleció a los primeros

adventistas observadores del sábado en esa creencia, que soportó la prueba de tiempo, y los convenció de que Dios estaba por cierto con ellos.

La mecha había encendido la bomba. ¡Comenzaba a brillar una radiante nueva luz con respecto al día santo de Dios!

Dilo al mundo

Capítulo 13

El mensaje del tercer ángel

Cuando en 1846 Elena Harmon y José Bates se encontraron por primera vez, ella no aceptaba el reposo sabático de éste último, ni tampoco el capitán creía en las visiones proféticas de Elena Harmon.

Elena encontró en Bates, más de treinta años mayor que ella, un segundo padre bondadoso. Sin embargo, estaba intrigada por qué un cristiano tan genuino daba énfasis al cuarto mandamiento.

¿No sabe él, se preguntaba, que hay otros nueve? Por su parte, Bates aceptaba a Elena como una joven cristiana maravillosa, pero aunque no encontró nada contrario a las Escrituras en sus visiones, 'se sintió alarmado e irritado en gran manera' por ellas, y creía que eran el producto de su estado de salud deprimido.

Les hizo muchas preguntas a ella y a su hermana fuera de las reuniones públicas. En noviembre de ese año Elena tuvo una visión acerca de las estrellas y los planetas. Bates sabía que ésta era ignorante acerca de este tema, en tanto que él, como marino, tenía bastante conocimiento al respecto. Resultó tan impresionado por la visión, que finalmente reconoció el don de la joven como el verdadero espíritu de profecía.

Mientras tanto, los milleritas adventistas, que hasta el 22 de octubre de 1844 habían permanecido gloriosamente unidos en su creencia de que Cristo vendría para purificar el "santuario" de la tierra y la iglesia, se dividieron en varias ramas diferentes. Una gran cantidad rechazaron totalmente el concepto y, o bien regresaron a sus antiguas congregaciones o abandonaron la fe cristiana.

Por contraste, un grupo pequeño, pero enérgico, decidió creer que estaban en lo cierto acerca del tiempo del regreso de Cristo. Jesús había venido el 22 de octubre, en efecto, pero *en forma invisible* y *sólo* para los verdaderos discípulos, es decir *para ellos mismos*.

De acuerdo con estas personas, Jesús había limpiado su santuario (ellos mismos) de toda mancha de pecado, con el resultado de que ya no podían volver a pecar.

Para su gran perplejidad, Elena recibió de Dios la orden de ir a ayudar a encausar a estas personas para que salieran de su engaño. Al ver que sus pretensiones de santidad iban acompañadas de desatinos y aún de inmoralidades, desarrolló una fuerte aversión a toda clase de fanatismo. En los años siguientes constantemente dio amonestaciones contra la pretensión de estar libres de pecado.

Un gran grupo de milleritas compuesto por tal vez 40.000 personas o más, continuó creyendo que Cristo vendría a purificar a la iglesia y a la tierra al final de los 2.300 días, pero dijeron que se habían equivocado en la fecha inicial de sus cálculos (457 AC). Estos adventistas se reagruparon en abril de 1846 en una conferencia en Albany, Nueva York. Durante décadas continuaron fijando nuevas fechas para el regreso de Cristo. Todavía existen, y son unos treinta mil en número, agrupados bajo el nombre de Iglesia Cristiana Adventista.

Fue precisamente entre estos adventistas desilusionados, pero todavía creyentes, donde Edson y Crosier (con la luz que habían recibido sobre el santuario), Elena Harmon (con su luz sobre el santuario y el espíritu de profecía), y Bates (con su luz sobre el sábado) ejercieron sus esfuerzos.

Antes del fin de 1846, diversos núcleos de creyentes en el sábado, el santuario y el espíritu de profecía se habían formado en diferentes lugares de Nueva Inglaterra y el estado de Nueva York. Se los podía encontrar en Fairhaven y Port Gibson, por supuesto; y también en Topsham, Maine, por ejemplo, bajo la dirección de un ingeniero del condado, llamado Stockbridge Howland; y en Dorchester, Massachusetts, al sur de Boston, bajo la dirección de Otis Nichols, un litógrafo.

Tal vez los primeros adventistas que aceptaron los tres descubrimientos —el sábado, el santuario y el espíritu de profecía— fueron los miembros de la familia de Otis Nichols. Estas personas honradas dieron la bienvenida a Elena y a su hermana Sara en 1845 cuando todas eran observadoras del domingo. Aceptaron el sábado por su contacto con José Bates muchos meses antes de que Elena lo aceptara. Tal vez debiéramos adjudicarles el honor de ser llamados los primeros "adventistas del séptimo día".¹

Otis Nichols, de paso, le escribió a Guillermo Miller una carta en Abril de 1846,² instándolo a que aceptara a la Hna. Elena como profetisa de Dios, y también como alguien que había recibido nueva luz sobre el santuario como verdad divina. Miller, es triste decirlo, era ya demasiado anciano y estaba cansado para entender las cosas.

Puede ser que nunca nos pongamos de acuerdo sobre quiénes fueron los primeros adventistas del séptimo día. Sea como fuere, Jaime White y Elena Harmon se casaron en Portland, el 30 de agosto de 1846. Habiendo sido despedidos de sus iglesias anteriores debido a su fe adventista, realizaron la ceremonia ante un juez de paz.

Jaime había tenido mucho éxito como evangelista adventista. Fue él quien logró que una gira evangelística de seis semanas hecha un invierno, a la cual nos referimos en el capítulo dos, resultara en mil conversiones. Visitando Portland de tiempo en tiempo, fue impresionado por el hecho de que la Hna. Elena fuera invitada por diferentes ministros a dar testimonio en sus respectivas iglesias. Después del chasco, se encontró de nuevo con ella por el tiempo en que tuvo la visión con respecto al "esposo". Después de esto, tuvieron ocasión de viajar juntos, siempre acompañados, por

supuesto, por Sara Harmon o Luisa Foss o a veces hasta por media docena de otras personas, para animar a los adventistas desilusionados. Ahora, —casi totalmente desprovistos de recursos— se casaron. El Sr. Roberto Harmon y la señora, que se habían mudado de vuelta a Gorham, los invitaron a hacer de su hogar su residencia, y alegremente aceptaron.

Poco después, Jaime y Elena de White estudiaron el nuevo libro de José Bates acerca del sábado, lo compararon con la Biblia, y encontraron que el séptimo día es en realidad el verdadero día de reposo de Dios. Dos meses más tarde —fue inmediatamente después que Bates había aceptado las visiones de Elena— ésta estuvo tan enferma que algunas personas pensaron que moriría. Sus padres, sus hermanas y su esposo oraron fervientemente, pero no se produjo ninguna mejoría hasta que Otis Nichols envió a su hijo Enrique desde Dorchester, para expresarle su pesar. Cuando Enrique llegó, tuvieron otra reunión de oración. El joven Nichols tuvo una impresión tan fuerte que se levantó de sus rodillas, atravesó la habitación, y colocó su mano sobre la frente de la enferma. "Hna. Elena —le dijo—, Jesucristo te sana". Al día siguiente, Elena estaba lo suficientemente bien como para viajar más de 55 kilómetros con Jaime para asistir a una reunión. Y por un buen tiempo después se sintió mejor que lo que había estado durante años. Cuando nació su primer hijo, el 26 de agosto de 1847, lo llamaron Enrique Nichols White en memoria de este joven y de esta feliz ocasión.

Durante el mismo otoño e invierno de 1846-47, después de visitar a Edson y Crosier, en Port Gibson, y presenciar la visión que Elena tuvo sobre un tema de astronomía en Topsham, Bates fue a su casa de Fairhaven para revisar y ampliar su libro sobre el sábado, cuya existencia estaba casi agotada.

En la segunda edición del *Seventh-day Sabbath, A Perpetual Sign*, (El Reposo del Séptimo Día, una Señal Perpetua), Bates desarrolló una clara exposición del mensaje del tercer ángel. También expuso el pensamiento de Hiram Edson en el sentido de que tal vez Apocalipsis 11:18 y 19 se estaba cumpliendo entonces. Notó que Preble, Cook, y otros, incluyéndose a sí mismo, habían sido impresionados a publicar la luz sobre el asunto del sábado. Y sugirió que la razón podría haber sido que cuando "el séptimo ángel... comience a tocar la trompeta", en 1844, "el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto" (que contenía los Diez Mandamientos) se vio allí.

Bates fue modesto en cuanto a este segundo punto. "Yo no digo que este enfoque es positivo —advertió—, pero creo que la inferencia es poderosa".³ En la primera parte de la primavera, sin embargo, sus dudas desaparecieron. Elena había recibido dos notables visiones.⁴ La una la tuvo el 6 de marzo de 1847, y la otra el 31 de abril. Estas eran similares entre sí, de manera que podríamos relatar la historia de la segunda para abarcar las dos.

Imaginémonos la escena, reconstruida a partir de los primeros relatos.⁵

Por fin la bienvenida primavera entraba en Topsham, Maine. Indudablemente la nieve se iba derritiendo, los azafranes empezaban a florecer, y los petirrojos cazaban insectos en el pasto reverdecido. El sábado 3 de abril, en el interior de la casa de Stockbridge Howland, los creyentes se arrodillaron en oración buscando la luz y la verdad de Dios. De repente Elena, con su voz cálida y agradable, exclamó: "¡Gloria! ¡Gloria!" Todo el mundo supo que entraba en otra visión.

Un sentimiento de emocionada reverencia se posesionó del grupo. Ya sus oraciones estaban siendo contestadas. Sabían que cuando su visión terminara, Elena tendría alguna ayuda para ellos.

Mientras estaba en visión se puso en pie y caminó hasta la mesa donde habían colocado sus Biblias y otros libros antes de arrodillarse. El resto del grupo también se levantó de sus rodillas y se sentó en las sillas para observar y orar silenciosamente por la bendición de Dios.

Sin titubeos, Elena tomó una Biblia y la sostuvo en alto por encima de su cabeza, de manera que le era imposible que leyera en ella. Manteniéndola en esa forma, la abrió en una promesa bíblica. Luego caminó para enfrentarse con una persona que necesitaba el ánimo que encerraba ese texto en particular, citó el versículo mientras miraba hacia el cielo, y bajó la Biblia suavemente hasta el pecho de esa persona. Cuando ésta tomó la Biblia para leer el pasaje por sí misma, Elena regresó confiadamente a la mesa, tomó otra Biblia, y repitió el proceso en favor de otro creyente. Esto sucedió varias veces antes de sentarse. La visión continuó.

Después de un tiempo tomó una profunda inhalación, la primera desde que había comenzado la visión. Todos estaban ansiosos por saber lo que tendría que decir. Miró alrededor de la pieza mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad de la tierra después de haber visto el brillo del Cielo.

—¿Puedes decirnos lo que el Señor te ha mostrado? —le preguntó Jaime rápidamente.

—Sí, sí, puedo hacerlo —contestó Elena.

—Vi a un ángel volar raudamente hacia mí. Me llevó con velocidad desde esta tierra a la Santa Ciudad. En la Ciudad había un templo, en el cual entré. Luego pasé al lugar santo. Jesús levantó el velo y yo pasé al lugar santísimo. Allí vi un arca, cubierta de oro purísimo. Jesús estaba al lado de ella. Dentro había tablas de piedra cerradas la una contra la otra como un libro. Jesús las abrió, y al hacerlo, vi los Diez Mandamientos. En una tabla estaban escritos los cuatro primeros mandamientos y en la otra los seis últimos. Los cuatro de la primera tabla brillaban con mayor resplandor que los otros seis, pero el cuarto, el mandamiento del sábado, tenía más brillo que ninguno. El santo sábado parecía glorioso. Un halo de gloria lo rodeaba".

Cuando dijo estas palabras, los circunstantes se miraron el uno al otro con sorpresa, y Elena notó su reacción.

—Yo también estaba admirada —agregó—. Yo no tenía idea de que el sábado era *tan* especial a la vista de Dios. Después de una pausa continuó:

"Vi que el santo sábado es y continuará siendo el muro de separación entre el verdadero Israel de Dios y los no creyentes; y que el sábado es el gran asunto que ha de unir los corazones de los queridos santos de Dios que esperan en él".

De nuevo hubo miradas de sorpresa que se cruzaron en toda la habitación. Elena pensó un momento, luchando por encontrar las mejores palabras para expresar lo que había visto y deseaba contar.

"Vi que Dios tenía hijos que no están informados y no guardan el sábado. No han rechazado la luz sobre este punto. Y cuando comenzó el tiempo de angustia, nos vimos llenos del Espíritu Santo y salimos a *proclamar el sábado con mayor plenitud*. Esto encolerizó a las iglesias y a los adventistas nominales, porque no podían refutar la verdad del sábado. En ese tiempo todos los escogidos de Dios vieron claramente que teníamos la verdad, y salieron y resistieron la persecución junto con nosotros".

Años más tarde, cuando comprendió mejor la visión, agregó que en esa oportunidad le fue mostrado que "el tercer ángel que proclama los mandamientos de Dios y la fe de Jesús representa al pueblo que recibe este mensaje, y alza su voz para amonestar al mundo a guardar la Ley de Dios como la niña de su ojo; y que en respuesta a esta exhortación, mucha gente abrazaría la verdad del sábado del Señor.⁶

Mientras tanto, lo que ella entendió en ese tiempo, lo escribió inmediatamente, y en el término de días José Bates tenía impresos mil ejemplares de una página. Jaime White levantó una donación de 7,50 dólares para pagar los gastos de Bates. Poco después, White volvió a publicar la visión, junto con varios otros asuntos, en un folleto titulado *A Word to the Little Flock* ("Una palabra a la manada pequeña"). Más tarde (en 1851) publicó las visiones en un librito titulado *A Sketch on the Christian Experience and Views of Ellen G. White* (Un Bosquejo de la Experiencia Cristiana y las Visiones de Elena G. de White"). Hoy esto está incluido en el libro *Primeros Escritos*.

Cuando los creyentes leyeron la visión del 3 de abril de 1847, algunos estaban perplejos. Estos entendían que después que empezara el tiempo de angustia, el tiempo de gracia para todos habría terminado y sus casos estarían decididos. "¿Qué bien hará —se preguntaban—, predicar el sábado entonces?" Elena de White lo explicó en su próximo libro⁷ (ahora incluido en *Primeros Escritos*):

"El comienzo del tiempo de angustia' mencionado aquí, no se refiere al tiempo cuando las plagas empezarán a ser derramadas, sino a un corto período anterior a su derramamiento, cuando Cristo está en el santuario. En ese tiempo, mientras se termina la obra de la salvación, habrá angustia en la tierra, y las naciones estarán airadas, sin embargo, serán mantenidas sujetas para que no impidan la obra del tercer ángel. En ese tiempo, 'la

lluvia tardía', o el refrigerio de la presencia del Señor, vendrá para dar poder a la fuerte voz del tercer ángel, y preparar a los santos para estar en pie durante el derramamiento de las siete postreras plagas".⁸

Los primeros adventistas observadores del sábado estaban fascinados con la predicción de que debían "proclamar el sábado más plenamente".

¿Más plenamente que quién? ¿Más plenamente que qué? ¿Más plenamente en qué sentido? La importancia de estas preguntas no puede exagerarse.

Allá por 1847, la respuesta era por lo menos la siguiente: Ellos debían asignar al sábado un significado mucho mayor y una experiencia personal más profunda que la que los anabaptistas sabatistas le habían atribuido en su tiempo o la que los bautistas del séptimo día, de quienes los adventistas habían recibido el sábado, le habían asignado.

Los bautistas del séptimo día y los anabaptistas sabatistas, como recordamos, habían dicho que el sábado es obligatorio por las siguientes razones: (1) es parte de la Ley moral, (2) Jesús y los apóstoles lo apoyan, y (3) la iglesia apóstata cambió ese día en cumplimiento de la profecía. ¿Había algo de erróneo en esa posición? No. Era bíblica, y revelaba una gran consideración hacia el cumplimiento de la profecía en la historia pasada.

Pero había mucho más que esto con respecto a la verdad del sábado. Y hoy en día no es algo incierto, confuso, lo que distingue a los adventistas del séptimo día de los otros observadores del sábado. Hay una forma vitalmente distinta de vivir y pensar envuelta en este asunto, una comprensión mucho más amplia de por qué existimos y de lo que se espera que nosotros hagamos y seamos.

Esta diferencia implica comprender términos bíblicos tales como "el sello de Dios", "los mensajes de los tres ángeles", "la marca de la bestia", "el santuario", y "el juicio". Los adventistas del séptimo día aceptan esencialmente todo lo que enseñaron los bautistas del séptimo día, pero por el estudio de la Biblia han añadido conceptos altamente prácticos que se relacionan con la profecía de los últimos días.

Cuando el puñado de pioneros adventistas estudió los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14, llegaron a la solemne evidencia de que *ellos mismos estaban cumpliendo un papel específico en un tiempo específico predicho en las Escrituras*.

A semejanza de los milleritas en la primera parte de la década de 1840, habían ayudado a proclamar el mensaje del primer ángel concerniente a la *hora del juicio y al Evangelio eterno* (Apocalipsis 14:6,7). En 1843 y 1844, a proclamar el mensaje del segundo ángel de que *Babilonia había caído y el pueblo de Dios debía en consecuencia salir de las iglesias de Babilonia* (Apocalipsis 14:8; 18:1-4). En 1846, notaron que el tercer ángel proclamaba un mensaje Cristocéntrico acerca de la *observancia del sábado*, precisamente la verdad que entonces estaba atrayendo su atención (Apocalipsis 14:9-12).

Para su sorpresa, empezaron a darse cuenta de que, *ellos estaban llamados a cumplir el mensaje del tercer ángel, así como habían ayudado a cumplir la proclamación del mensaje del primer y segundo ángeles.*

Su descubrimiento, basado en la Biblia, fue confirmado por las visiones de Elena de White del 6 de marzo y del 3 de abril de 1847. Y su sentido de tiempo fue fortalecido todavía más por estas visiones mediante la indicación de que desde el 22 de octubre de 1844, Jesús estaba junto al arca mostrando la Ley y el halo de gloria en torno al mandamiento del sábado. Otra visión, recibida dos años después, en marzo de 1849, proporcionaba la información específica de que *"el tiempo para que los mandamientos brillaran con toda su importancia... era cuando la puerta fue abierta en el lugar santísimo (esto es, el 22 de octubre de 1844)... donde [Jesús] está ahora en pie junto al arca".*⁹ En otra visión, Elena vio a un ángel repitiendo el mensaje del tercer ángel, y al hacerlo, señalando hacia arriba al santuario celestial.¹⁰

Aquí había un avance muy significativo sobre lo que creían los bautistas del séptimo día. Proporcionaba un nuevo sentido de destino, una conciencia de que estaban llamados a cumplir todavía otra profecía cuyo tiempo había llegado.

Ahora bien, Jesús no estará en el lugar santísimo para siempre. Según lo vimos en el capítulo nueve, en octubre de 1845 Elena vio llegar el momento cuando Cristo dejará ese lugar y ascenderá a la nube que lo conducirá a la tierra, mientras que los juicios de Dios caen sobre los pecadores. Apocalipsis capítulos 15 y 16, también predice este tiempo e indica que los juicios de Dios caerán en forma de plagas.

El mensaje del tercer ángel no habla solamente acerca de la observancia del sábado, sino también dice específicamente quién es la gente que tendrá que sufrir estas plagas finales. Está compuesta por aquellos que no tienen suficiente fe para guardar los Diez Mandamientos de Dios, y en cambio aceptan mentalmente la "marca de la bestia".

Llegó a ser completamente claro para los adventistas del séptimo día de la primera hora que el Apocalipsis habla de dos distintivos opuestos que la gente recibirá antes del fin de la gracia: "la marca de la bestia" y "el sello de Dios". Debido a que la marca de la bestia será colocada sobre los que no guardan los Mandamientos, los primeros adventistas comenzaron a ver que el sello de Dios es para quienes los observan todos, incluyendo el sábado.

Descubrieron, en realidad, que el sello de Dios *es* el sábado, debidamente observado por la fe en Jesús. Y esta interpretación resultaba confirmada por un extenso estudio de la Biblia y por una o más visiones dadas a Elena de White.¹¹

Al examinar el capítulo 7 del Apocalipsis, vieron que en los últimos días se comisiona a otro ángel especial para ayudar en el "sellamiento" del pueblo de Dios en la experiencia del sábado. Comprendieron también que

las siete postreras plagas no caerán hasta que todo sincero seguidor de Jesús haya sido sellado.

Al reflexionar sobre estas cosas, se posesionó de los pioneros del mensaje un sentido de urgencia y de propósito basado en la comprensión de que el sábado es importante debido a que el tiempo es corto y Cristo viene pronto.

A medida que Cristo realica su obra *final* en el Cielo, llama la atención al sábado. En estos días postreros de la historia está borrando el pecado, y el quebrantamiento del sábado es por cierto un pecado.

Mientras se acumulan las oscuras nubes del tiempo de angustia final en el cielo y la tormenta inminente está por estallar con furia, el gran conflicto entre Cristo y Satanás alcanza su punto culminante en la tierra. Los buenos ángeles y los demonios malvados están tratando de atraer la lealtad de los hombres a Dios o a la bestia. En el proceso se están formando irrevocablemente caracteres a la imagen de Dios o a la semejanza del maligno. Nadie puede escapar de esta alternativa. Todo el mundo tendrá que tomar partido. Y solamente aquellos que escojan la verdad de Dios escaparán de las plagas y participarán del gozo de la segunda venida de Cristo.

Todo adventista observador del sábado que entiende los tiempos está llamado a entrar en esta lucha con toda su energía, con sus recursos y talentos: "*Haced que el mensaje vuele, porque el tiempo es corto*"¹²

¡Cuán diferente es este énfasis del que la Sra. Oakes llevó a Washington, New Hampshire, cuando esta buena señora bautista del séptimo día presentó la verdad del sábado! Los adventistas, en efecto, en su mayoría replicaron que siendo que Jesús venía pronto, no había tiempo ni necesidad de considerar el tema del reposo en el séptimo día.

Pero cuando Bates, Gurney, Edson, Jaime y Elena de White, David Arnold, Stockbridge Howland, y otros adventistas observadores del sábado habían avanzado en su investigación, encontraron que era precisamente porque Cristo viene pronto y el tiempo es corto por lo que ellos debían aceptar el sábado —la gran prueba de genuina lealtad a Jesús— y proclamarlo por doquiera.

Esto, pues, es por lo menos parte de lo que estaba implicado en "proclamar el sábado más plenamente". Es también el corazón del mensaje del tercer ángel.

Y el tercer ángel de Apocalipsis 14 proclama su mensaje "a gran voz". Para que esta parte de la profecía se cumpliera, el mensaje debía volar hasta los que no lo conocían. Comprendiendo esto, los creyentes comenzaron a sentir la responsabilidad de lanzar una publicación regular.

Capítulo 14

La buena y antigua Review

El periódico que Jaime White inició en noviembre de 1850 ha sido llamado por los hombres de antaño durante más de un siglo como "la buena y antigua Review". Está registrada en el correo como *The Advent Review and Sabbath Herald* (La Revista Adventista y el Heraldo del Sábado).¹ (Su título actual *Advent Review* se originó en 1978.)

¿Revista Adventista? Si "adventista" viene de "advenimiento", y esta palabra significa la segunda venida de Cristo, ¿cómo puede un periódico recordar un acontecimiento antes de que acontezca?

La respuesta en 1850 era que el advenimiento de la *Review* "reviewed", es decir, revivía, remiraba, revisaba el gran despertar del segundo advenimiento. Después del chasco de la primavera de 1844, Josías Litch había iniciado *The Advent Shield* (El Escudo del Advenimiento), y exponía la providencia de Dios y el cumplimiento de la profecía en el movimiento adventista hasta aquel tiempo. En el verano de 1847 José Bates escribió *Second Advent Waymarks and High Heaps* (Hitos del segundo advenimiento en gran cantidad), una historia al día del mismo asunto.

Elena había visto en su primera visión que la luz brillante del clamor de medianoche iba a resplandecer a lo largo de todo el sendero que nos conduce a la Ciudad Santa. Esta es una de las razones por la cual ha habido tantos relatos con respecto al adventismo primitivo, incluyendo el que Ud. está leyendo ahora. Esta es la razón también por la cual se fundó *The Advent Review* (La Revista Adventista).

And Sabbath Herald (Y Heraldo del Sábado). El nuevo periódico debía ser vocero de un mensaje crucial de Jesús desde el lugar santísimo destinado a separar del pecado a los hombres y a las mujeres y atraerlos a sí mismo.

Entre el tiempo de los descubrimientos iniciales del sábado en el santuario y la inauguración de la *Review and Herald*, pasaron dos años y medio muy significativos y formativos, en los cuales se realizaron veinte² conferencias de fin de semana. Estas continuaron las reuniones de fin de semana anteriores, del año 1846, que tenían por escenarios hogares seleccionados en los diversos centros geográficos donde había en formación grupos que observaban el sábado, ya sea en cocinas, salones, un depósito de carruajes, una "gran sala no terminada", y en varios galpones previamente acondicionados.

La conferencia realizada en abril de 1848 fue particularmente notable. Acostumbrado a una asistencia de una docena de personas en Topsham,

Jaime White quedó profundamente impresionado cuando más o menos cincuenta personas llegaron para la reunión que se celebró en el hogar de Alberto Belden, en Rocky Hill, Connecticut. Años más tarde, afirmó que esta conferencia había sido "la primera reunión general realizada por los adventistas del séptimo día. En cuanto a número e influencia, señalaba una nueva era en la causa".³

Una conferencia podía durar desde el viernes hasta el domingo o desde el jueves por la tarde hasta el lunes de mañana. O sólo un domingo y un lunes, como en una ocasión. Jaime White, como representante de la Advent Review, presentaba la evidencia de que los verdaderos acontecimientos predicados por el movimiento millerita culminaban con la entrada de Cristo en el lugar santísimo. José Bates, siendo él mismo un viviente "Sabbath Herald", predicaba sobre el sábado en relación con el arca del testimonio de Cristo y la necesidad de obedecer el mensaje del tercer ángel.

Los hombres y las mujeres que asistían a estas reuniones habían pasado por la preparación y el chasco de 1844. Ahora, varios años después de ese éxtasis y de esa agonía, se preguntaban el uno al otro si todo aquello era verdadero. ¿Terminaron en realidad los 2.300 días en 1844? ¿Entró Jesús en verdad en el recinto interior del santuario celestial? ¿Predicamos nosotros el primero y el segundo mensajes? ¿Es nuestro "deber" ahora proclamar el tercero, vivir en plena armonía con los Diez Mandamientos?

Tenían experiencia en el sacrificio que comportaba sostener una teología impopular. No estaban experimentados en las vaguedades de los filósofos liberales. Su criterio era el mismo que el de Lutero en la Dieta de Worms: la Escritura, el sentido común, y la conciencia. Cuando encontraron que la Biblia hablaba claramente sobre la obligación de observar el séptimo día como día de reposo, la mayor parte de ellos, con toda buena voluntad, amoldaron sus vidas a esa verdad.

"Muchos de nuestros hermanos —escribió Elena de White en 1904— no se dan cuenta de cuán firmemente ha sido establecido el fundamento de nuestra verdad. Mi esposo, el pastor José Bates, el padre Pierce, el pastor (Hiram) Edson, y otros hombres nobles, veraces y de agudo pensamiento, estaban entre los que... investigaron la verdad como quien busca un tesoro escondido. Yo me reunía con ellos, y estudiábamos y orábamos con fervor. A menudo permanecíamos juntos hasta tarde en la noche, y a veces la noche entera, orando por la luz y estudiando la Palabra. Una y otra vez estos hermanos se reunían para estudiar la Biblia, a fin de que pudieran entender su significado, y estar preparados para enseñarla con poder".

El papel que desempeñó Elena de White misma fue limitado, pero valioso. "Cuando en su estudio llegaban a algún punto donde decían: 'No podemos hacer más', el Espíritu del Señor venía sobre mí —informa ella—, y yo era arrebatada en visión, y se me daba una clara explicación de los pasajes que habíamos estado estudiando, con la instrucción de cómo debíamos trabajar y enseñar con eficacia".

Los hermanos al instante examinaban sus sugerencias en sus Biblias y concordancias, y se emocionaban al encontrar que esas explicaciones realmente aclaraban los puntos en estudio.⁵ Estas contribuciones de Elena de White resultaban particularmente impresionantes, porque "los hermanos sabían que cuando no estaba en visión —afirma ella—, yo no podía entender estos asuntos". El bosquejo general de la verdad le era claro, por supuesto. Pero a menudo no podía entender los textos bíblicos o el agudo razonamiento que empleaban los hermanos para sostener sus diversos puntos de vista.

"Yo estaba en esa condición mental —dice ella—, hasta que los puntos principales de nuestra fe resultaban claros para nuestras mentes, de acuerdo con la Palabra de Dios". Evidentemente, era el propósito de Dios que los hermanos comprendieran que la verdad que él los llamaba a sostener y proclamar estaba arraigada en la Biblia misma y no —como algunos se verían tentados a decir— meramente en los sueños o visiones de una joven.

En la reunión realizada en la casa de David Arnold, cerca de Volney, Nueva York, en el verano de 1848, Elena de White informa⁶ que "en torno a 35 personas estaban presentes —todos los amigos que podían reunirse en esa parte del estado—. Pero de este número, difícilmente había dos que concordaban. Algunos sostenían serios errores, y cada uno insistía en su punto de vista, declarando que estaba de acuerdo con las Escrituras".

Al empezar a celebrar la Cena del Señor, uno de los hermanos se puso de pie para decir que él creía que debía observarse únicamente una vez al año, en el tiempo que Jesús mismo la celebró. Otro enseñaba que el milenio estaba ya en el pasado.

"Estas extrañas diferencias de opinión arrojaban una carga muy pesada sobre mí" —recordaba Elena de White años más tarde—. "Yo vi —escribió— que se habían presentado como verdad muchos errores. Me parecía que Dios era deshonrado. Sentía gran pena en mi espíritu, y desmayé bajo la carga. Algunos temían que me estaba muriendo. Los Hnos. Bates, Chamberlain, Gurney, Edson y mi esposo oraron por mí. El Señor escuchó las oraciones de sus siervos, y reviví".

"La luz del cielo —continuó— reposó sobre mí, y pronto perdí conciencia de las cosas del mundo".

En su visión se le mostró qué era erróneo en las ideas que estos hombres estaban presentando, y cuál debía ser su verdadera posición. Se le "pidió que les dijera que debían abandonar sus errores, y unirse en las verdades del mensaje del tercer ángel". El desenlace fue que la reunión terminó triunfalmente. "La verdad obtuvo la victoria", y el movimiento ganó varios nuevos miembros.

Costaba algún dinero conducir estas conferencias. Elena pagaba la mayor parte de los gastos. Convencida de que Dios la estaba llamando a ir en su nombre, con lágrimas dejó a su hijo infante Enrique al cuidado de

sus queridos amigos, los Stockbridge Howlands, y lo visitaba sólo de vez en cuando durante varios años, como Ana, con un presente.

Para reunir dinero a fin de asistir a la conferencia que se realizaría en la granja de David Arnold, Jaime White segó con una hoz un campo de heno, a razón de 87 centavos y medio por acre; así ganó cuarenta dólares.

Mientras regresaba a su hogar a lo largo del canal Erie con la familia White, después de las reuniones realizadas en el galpón de los Edson, en Port Gibson, el querido Hno. Bates intentó subir a un barco que estaba en el canal con un dólar precioso en su mano para pagar su pasaje. Como el barco se movió, Bates perdió el equilibrio y cayó al agua. Sin amedrentarse, nuestro ex capitán empezó a nadar "con su cartera en una mano, y el billete de un dólar en la otra. Se le voló el sombrero, y al rescatarlo perdió el billete, pero mantuvo asida su cartera". Después, él y los White hicieron una visita sorpresiva a un matrimonio que recientemente había comenzado a guardar el sábado, el Hno. William Harris y su esposa, con la esperanza de que Bates pudiera secar allí su ropa.

La reunión final de 1848 se realizó en el hogar de Otis Nichols, en Dorchester, el 18 y el 19 de noviembre. En un sentido, era la más significativa de esa temporada. Siendo que los creyentes habían llegado a una mayor unidad sobre los grandes temas que estaban estudiando, se vio la necesidad de publicar esas verdades. ¿Debía el pastor Bates, tal vez, escribir otro libro?

En Dorchester oraron mucho solicitando dirección con respecto a la publicación del mensaje. Un domingo, la Sra. White tuvo una visión durante la cual habló en voz alta acerca del sábado como el sello de Dios (Apocalipsis 7) que se levantaba en el este como el sol y se hacía más cálido y más brillante hasta que los santos recibieran la inmortalidad. Después de la visión pidió al Hno. Bates que publicara lo que ella había dicho.⁷ Volviéndose a su esposo añadió: "Tengo un mensaje para ti. Debes comenzar a publicar un pequeño periódico y mandarlo a la gente".

Un pequeño periódico. Los libros son buenos, por supuesto, pero muchas veces se los descuida. Los periódicos son más persistentes.

La Sra. White opinó sobre el periódico propuesto: "Que sea pequeño al comienzo; pero cuando la gente lo lea —prometió—, te mandará recursos con los cuales imprimir, y será un éxito desde el principio".

Después de una pausa, añadió: "Se me mostró que de este pequeño comienzo surgirán rayos de luz que circundarán todo el mundo". ¡Esa fue una profecía impresionante dirigida a un puñado de pioneros totalmente pobres!

Siguió un tiempo de prueba. Algunos de los hermanos que deseaban que se imprimiera el periódico querían que alguien pagara por él. El pastor White no tenía dinero para publicarlo por su cuenta. Totalmente dedicado a su ministerio, dependía, para cualquier entrada, de trabajos ocasionales que podía lograr entre giras evangelísticas, y también de pequeñas

donaciones. Cuando buscó ayuda para el propuesto periódico, la respuesta fue sorprendentemente deprimente.

En enero de 1849 José Bates llenó la brecha con un libro: *A Seal of the Living God; A Hundred Forty-four Thousand of the Servants of God Being Sealed in 1849* (Un Sello del Dios Vivo; Ciento Cuarenta y Cuatro Mil de los Siervos de Dios que son Sellados en 1849). Basado en lo que Elena de White dijo acerca de que "rayos de luz circundarían el mundo entero", él con toda confianza predijo la proclamación del sábado en Francia, Gran Bretaña, Rusia y los países que estaban al este del Eufrates.

Un año más tarde, en la primera parte de 1850, Jaime White también publicó un himnario de cuarenta y ocho páginas, titulado: *Hymns for God's Peculiar People, That Keep the Commandments of God, and the Faith of Jesus* (Himnos para el Pueblo Peculiar de Dios, que Guarda los Mandamientos de Dios y la Fe de Jesús). También éste llevaba el mensaje respecto al sello de Dios, "el mensaje claro, que asciende del este". Una estrofa decía:

Oh Dios, Dios viviente,
aplícanos tu sello,
y de la vara de la destrucción
protégenos para que no perezcamos.

Un himno titulado "Historia del Segundo Advenimiento" delineaba el desarrollo de los mensajes del primero y segundo ángeles, hasta que "un tercer y solemne mensaje proclame ahora los juicios finales de Dios". Otro celebraba las primeras visiones de Elena de White. Fue escrito por W. H. Hyde, que fue sanado cuando la Hna. White oró por él en los primeros meses de su ministerio profético:

Hemos oído del país santo y luminoso,
y estas gratas nuevas alegraron nuestro corazón.

En sus años finales, a menudo se oía a la Sra. de White entonar suavemente este himno.¹⁰

Los libros de diversas clases eran buenos, ipero Dios había dicho que necesitaba un periódico!

En 1848, Jaime White había segado heno, a razón de ochenta y siete centavos y medio el acre para ganar el dinero necesario para asistir a una conferencia. En julio de 1849, después de meses de pedir ayuda sin resultado en favor del periódico, decidió ganarlo de nuevo cortando heno.

—Voy a buscar un campo para segar heno—, le anunció a su esposa.

Al salir él afuera aquella mañana de verano, una gran carga oprimió el corazón de Elena y se desmayó. Se hicieron oraciones por ella, y pronto se sintió mejor. Entonces recibió una visión.

—¿Cuál era el tema de la visión? —preguntó Jaime más tarde.

—Acerca de ti.

—¿Qué viste?

—El Señor me mostró que él te bendijo el año pasado cuando fuiste a cortar heno, pero que si pruebas la misma cosa ahora, él te mandara una enfermedad. Tu trabajo es *escribir, escribir, escribir* y actuar por fe.

Aquello resolvió el problema. Jaime buscó papel y pluma, y con su Biblia y su concordancia comenzó a preparar sin demora artículos y editoriales. Al buscar algunos textos, a veces encontró difícil entenderlos. Entonces él y Elena se arrodillaban y pedían a Dios que se los explicara. Y así continuaba escribiendo.

En ese tiempo, el pastor White y su esposa vivían temporariamente en la nueva casa de campo de Alberto Belden, cerca de Rocky Hill, Connecticut. La primera conferencia de 1848 se había reunido en su "gran sala inconclusa", (de unos siete metros por diez). Jaime y Elena, después de tres años de matrimonio, todavía no tenían muebles. Todas sus pertenencias podían guardarlas en un baúl de un metro de largo.

Cada centavo que ahorraban iba a la causa. La Srta. Clarisa Bonfoey, una mujer con una disposición alegre, que vivía cerca de Middletown, y cuya madre había muerto, ofreció traer sus cosas para vivir en esa casa. Los White estaban encantados. Se llevaron los muebles de Clarisa en carro, y se hicieron divisiones en el segundo piso. Así los White empezaron a tener su propio hogar.

Era un arreglo extraordinario. La Srta. Bonfoey vivía con los White y a su vez todos ellos vivían con los Belden. Creencias iguales pueden sellar amistades para hacerlas más fuertes que el parentesco sanguíneo. El afecto continuó, y la hermana de Elena, Sara, más tarde se casó con el muchacho de los Belden, Esteban, y llegó a ser la madre de Francisco E. Belden, el autor de himnos.¹¹

En el mismo mes en que nació el periódico (julio de 1849) también nació el segundo hijo de los White. El nuevo bebé se llamó Jaime Edson, y el nuevo periódico, *Present Truth* (La Verdad Presente).

El título fue tomado de 2 Pedro 1:12. En su primer editorial White escribió: "En el tiempo de Pedro había una verdad presente, o sea una verdad aplicable a aquel tiempo presente. La verdad presente ahora, es la que muestra los actuales deberes, y la debida posición que debemos tomar quienes estamos por ser testigos del advenimiento de un tiempo de angustia tal como nunca existió". La "verdad presente" era, por supuesto, el sábado.

Cuando terminó de escribir el material, Jaime White caminó hasta Middletown soportando el calor de julio, subió las escaleras que conducían a la oficina de un impresor local, y le pidió que imprimiera mil ejemplares.

Jaime sufría de un dolor agudo en la pierna. Recorrió cojeando los trece kilómetros de ida y los trece kilómetros de vuelta.

Cuando el impresor, llamado Carlos Hamlin Pelton, echó un vistazo, primero al título propuesto y luego al encabezamiento del artículo escrito de puño y letra de Jaime White, se confundió. "El día de reposo instituido

en la creación, y no al pie del Sinaí" —leyó—. ¿Es esta "la verdad presente"? —se preguntó.

Pero un trabajo es un trabajo. Se encogió de hombros y señaló la línea punteada. White firmó el contrato, y cojeando bajó la escalera. Pero cuando Pelton empezó a componer a mano los pequeños tipos, el misterio se resolvió. "Viene la tormenta —leyó—. Guerra, hambre y pestilencia ya se ven en el campo de matanza. Ahora es el tiempo, el único tiempo para buscar amparo en la verdad de un Dios vivo".

La mayor parte del material de los primeros tres números, aunque era completamente novedoso para el impresor, constituía una sólida y antigua enseñanza de los bautistas del séptimo día. En el tercer y cuarto números aparecían temas característicos del adventismo: Jesús en el santuario, el mensaje del tercer ángel, el sábado como sello de Dios, y una discusión de Isaías 58:12-14, donde se llama a los observadores del sábado de los últimos días "reparadores de portillos" (o sea de brechas) en la ley de Dios. "Ha llegado el tiempo —declaraba Jaime White— en que el sábado sea proclamado más plenamente".

La cojera del pastor White continuó por todo el tiempo que siguió caminando de ida y de vuelta, leyendo pruebas y asegurándose de que el material estuviera compuesto e impreso a su entera satisfacción. Cuando estuvieron listos los ejemplares, pidió un coche del Hno. Belden para llevarlos a casa.

Se los colocó en una pila sobre el piso. Se llamó a los creyentes de las granjas vecinas. Con lágrimas fervientes los hermanos se arrodillaron alrededor de los periódicos y pidieron a Dios que los bendijera. Luego los doblaron, cortaron los bordes, pusieron las direcciones de todos aquellos que pensaron que gustarían leerlos. Jaime iba colocando una cantidad en su maleta y llevándolos a Middletown para despacharlos por correo. Casi inmediatamente empezaron a llegar cartas y contribuciones para animarlo a continuar.

Después de publicar cuatro números en Middletown, los White dejaron la casa de Alberto Belden, pasaron unos pocos días felices con Enrique, su niño de tres años, en casa de los Stockbridge Howland, de Topsham, Maine; luego pidieron prestados muebles de los hermanos locales, y se establecieron por un tiempo en Oswego, Nueva York. La Srta. Bonfoey fue para cuidar al pequeño Edson mientras Elena viajaba con su esposo.

Con todos los viajes de aquí para allá *Present Truth* dejó de aparecer por un par de meses. Cuando White encontró un nuevo impresor y preparó el material del número de diciembre, se halló con la sorpresa de que el entusiasmo por el periódico estaba casi muerto. Aun Bates se oponía a su publicación¹² (sólo fue por un tiempo), tal vez razonando que la preparación del material para el periódico retenía al redactor demasiado tiempo en su escritorio.

Tan escasas eran las ofrendas que White se sintió obligado a anunciar: "Por el momento carezco de recursos, y tengo algunas deudas".¹³ Elena añadió a raíz de una visión: "El ver a las pobres almas morir por falta de la verdad presente, y a algunos que profesan creer la verdad dejarlas que mueran, debido a que retienen los recursos necesarios para proclamar la Palabra de Dios, era demasiado penoso para mí, y le pedí al ángel que quitara la escena de mi vista".¹⁴ Ahora el dinero empezó a llegar. La apatía fue reemplazada por el ardor, y Jaime White pronto se halló editando dos periódicos!

A *La Verdad Presente* añadió el *Advent Review*. Entonces, en noviembre de 1850, después que los White se mudaron a Centerport, Nueva York, y más tarde a Paris, Maine, apareció el primer número del primer volumen de la *Second Advent Review and Sabbath Herald*,¹⁵ una continuación de las dos revistas unidas en una. En adición a los artículos relativos al sábado y al santuario, la revista publicaba una variedad de temas bíblicos; también cartas de observadores del sábado, y noticias acerca del paradero y las actividades de los pocos ministros que viajaban.

La suscripción, al principio gratuita, fue establecida en un dólar por año para los que podían pagar, aunque todavía se ofrecía gratis a los que no podían. Casi cada hogar adventista la recibía, y la mayor parte la pagaban. Llegó a ser un vínculo de amor que unía el movimiento entre sí y lo encausaba hacia adelante.

Hoy en día la "buena y vieja *Review*", muy mejorada y ampliada, todavía aparece para mantener a la Iglesia Adventista del Séptimo Día unida y progresando mientras se recuerda el pasado. En los años recientes, el gran crecimiento en feligresía fuera de los Estados Unidos ha inducido a la publicación de ediciones especiales adaptadas a los lectores de otros lugares, tales como en Europa y Sudamérica.

Después de iniciar el nuevo periódico, los White continuaron viajando bastante, trabajando duro, con un pago sumamente exiguo. Había un gran mensaje que debía llevarse a la gente y pocos mensajeros para cumplir la tarea. En 1851, Jaime White llegó a estar tan desanimado por exceso de trabajo que fijó un día para entregar al impresor una nota que debía insertar en la próxima *Review*, la que anunciaría que ése era el último número. Pero Elena de nuevo se desmayó cuando su esposo salió de la casa, y éste regresó para ayudarla. Oraron, la fe revivió, y el periódico continuó.¹⁶

Mientras residían en Saratoga Springs, el pastor White decidió que debían dejar de imprimir en imprentas comerciales y establecer su propio taller. Es muy malo, pensó, que un periódico consagrado a proclamar el sábado fuera impreso en sábado, como ocasionalmente sucedía. También creyó que los creyentes harían el trabajo con mayor fidelidad que los no creyentes y, por otra parte, esperaba ahorrar algún dinero para la causa.

A fin de comprar el equipo necesario, tendría primeramente que encontrar el dinero. Lanzó el pedido, los fondos llegaron, y adquirió una

prensa de mano Washington, muy parecida a la que Gutenberg usó en el siglo XV.

Mientras tanto, otra mudanza había traído a los White y a la *Review* a Rochester. Se alquiló una vieja casa, a razón de 175 dólares por año. Era suficientemente grande como para acomodar la prensa, los tipos, la existencia de papel, la familia de los White, y más o menos a una docena de dedicados voluntarios y colaboradores. Estos recibían muy poco más que su pieza y alimentación, y a veces la alimentación consistía nada más que de gachas de harina o frijoles, comida tras comida.

Entre los que se unieron al equipo en aquellos días se destacaba Ana Smith y más tarde su hermano Urías.

Anita ayudaba dondequiera se la necesitara, especialmente como correctora de originales y de pruebas y, a veces, como redactora sustituta cuando el pastor White estaba ausente. Tenía talento poético y hay todavía diez de sus himnos en el himnario adventista en inglés. La mayor parte de estos interpretaban el movimiento adventista con expresiones líricas.

Su muerte temprana por tuberculosis, a la edad de 27 años, fue profundamente lamentada.

Urías Smith también era poeta, con un gusto afín a modelos más clásicos, pero igualmente útil para la *Advent Review*.

Tenía veinte años cuando abandonó sus planes para obtener su educación en Harvard, y se mudó a la gran casa de Rochester. A la edad de 23 años, en 1855, fue nombrado redactor. Con pocas interrupciones, sirvió a la *Review* durante cincuenta años, la mayor parte del tiempo como redactor en jefe, pero también por muchos años como contador, gerente de oficina, o corrector de pruebas.

Smith tenía una habilidad especial para trabajar con herramientas lo mismo que con la pluma. Por mucho tiempo fue el único grabador responsable para hacer las ilustraciones labradas en madera. Hacía sus propios escritorios, dos de los cuales todavía se preservan.¹⁷ Sacó una patente para una pierna artificial que ideó —había perdido una cuando era muchacho—, que le permitía arrodillarse cuando oraba. Más tarde patentó un escritorio de escuela.

Por muchos años Urías Smith ocupó el cargo de secretario de la Asociación General. Entre las nueve y las doce de la noche también encontraba tiempo par escribir libros. Su obra más famosa es *Daniel y Apocalipsis*, que siguió siendo la norma adventista para la interpretación de los dos grandes libros proféticos hasta décadas después de su muerte. De hermosa presencia, cortés y consagrado, era uno de los dirigentes adventistas mejor conocidos durante sus días. Murió de una hemorragia cerebral mientras caminaba para ir a su trabajo un viernes, en marzo de 1903, a la edad de 71 años.

¡Pero volvemos a los primeros días! En 1855, los creyentes de Michigan invitaron a los esposos White a mudarse de Rochester a Battle Creek y ofrecieron edificar un pequeño taller para ellos allí. La ofrenda fue

gratamente aceptada, y pronto quedó erigida una estructura de madera de dos pisos.

Durante las décadas que siguieron, un equipo a vapor reemplazó la pequeña prensa a mano. Edificios progresivamente más espaciosos reemplazaron al primer taller pequeño, hasta que la imprenta a vapor de los adventistas del séptimo día de Battle Creek llegó a ser el establecimiento más grande y mejor equipado de todo el estado de Michigan.

Pero los adventistas nunca olvidaron que su primer centro fue el hogar que albergó la prensa de Rochester, y que la primera institución fue una casa editora. Siendo que había que obtener la personería jurídica de esta casa editora como asociación publicadora legalmente establecida, los dirigentes, en 1860, tuvieron que seleccionar el nombre de la denominación. Y como las oficinas de la Asociación General estaban también en Battle Creek (desde 1863 hasta 1903), éstas ocuparon dependencias de la planta *Review & Herald*.

Todo esto es simbólico. La Iglesia Adventista del Séptimo Día fue llamada a la existencia para un mensaje especial de los últimos días. Su misión es la de vivir ese mensaje y la de hacer que otros se enteren del mismo (por medio de libros y periódicos y de otras maneras) a fin de que ellos también puedan vivirlo.

Capítulo 15

Lo que los adventistas deben a otros cristianos

Los pioneros adventistas del séptimo día llamaban al mensaje que descubrieron "la verdad". Denominaron el primer periódico *La Verdad Presente*. Sus sucesores todavía hablan de los que ingresan a la Iglesia como personas que "abrazan la verdad" y califican a los apóstatas como individuos que "abandonan la verdad".

En 1881, Elena de White escribió: "Es un hecho tan cierto que nosotros tenemos la verdad como que Dios vive; y Satanás, con todas sus artes y su poder diabólico, no puede cambiar la verdad de Dios transformándola en una mentira".¹

¡Esto casi da la impresión de que los adventistas del séptimo día piensan que son los *únicos* que poseen la verdad! Sin embargo, por el contrario, reconocen su gran deuda a innumerables otros cristianos que a través de los siglos han albergado y transmitido la verdad de una generación a otra, a menudo con peligro de sus propias vidas.

Ya hemos mencionado la deuda especial que los adventistas tienen para con los bautistas del séptimo día. Analicemos brevemente su deuda hacia otros.

Pero, en primer lugar, ¿qué es la verdad? Jesús contestó: "Yo soy... la verdad" (Juan 14:16), y "tu palabra es verdad..." (Juan 17:17). Así que la verdad es "Cristo", y también la "doctrina bíblica".

"Doctrina" significa "enseñanza". La Biblia enseña la verdad de Dios. Jesús también enseñó la verdad acerca de la divinidad. En un tiempo cuando muchos consideraban al Ser Supremo como un Dios enojado por las deficiencias humanas, o falto de simpatía y de interés en sus sufrimientos, Jesús lo presentó como un amante Padre celestial.

Enseñó que Dios está lleno de misericordia, que ofrece salvación a cuantos confían sencillamente en él de todo corazón. "Todo aquel que en él cree" tiene vida eterna! (Juan 3:16). La segura promesa que Jesús dejó es: "No se turbe vuestro corazón... Y si me fuere... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:1-3). También prometió que hasta que aquel día feliz llegue, él estaría con los seres humanos en un sentido muy personal mediante su representante, el Espíritu Santo, que es como él. (Véase Juan 14:15-18, 25-29; 15:26,27; 16:7-14.) Para darles esta seguridad, invitó a sus seguidores a participar en una comida sencilla, la Cena del Señor, que les recordaría

mientras tanto, que deseaba estar *en* ellos, y llegar a ser una parte *de* ellos, como el alimento.

Enseñó que cuando una persona muere, Dios no lo atormenta en algún lugar escondido, sino que le permite descansar, "dormir" pacíficamente, hasta la resurrección. (Véase Juan 11:11-14; 5:28,29.)

También enseñó la verdad de que Dios quiere que cada uno sea libre. Nadie debe ser obligado; ni siquiera a ser cristiano. En primer lugar, la gente debe ser instruida, y luego bautizada, si escoge creer. (Véase Mateo 28:18-20 y Marcos 16:16.) Además, enseñó que si deseamos continuar siendo sus amigos, debemos guardar sus mandamientos. Pero para cumplirlos, nos prometió la ayuda necesaria, añadiendo que el vivir en armonía con la voluntad de Dios nos traería felicidad. (Véase Juan 15:1-11.)

Jesús presentó tantas verdades maravillosas acerca de Dios que todos los que lo escuchaban "estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca" (Lucas 4:22). Aun a riesgo de perder sus empleos, hasta la policía del templo una vez desobedeció una orden de arrestarlo. "¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!", fue la explicación que dieron (Juan 7:46).

Cuando Jesús se fue de la tierra, dio a los apóstoles "el espíritu de la verdad" para que continuaran enseñando la verdadera doctrina: la verdad acerca de la Verdad.

Pero triste es decirlo, la verdad pura sería abandonada. Como Pablo había advertido, se levantaron falsos maestros. (Véase Hechos 20:28-31 y 2 Timoteo 4:3,4.)

En un tiempo trágicamente corto, falsas doctrinas introdujeron un concepto distorsionado de Dios, y con él vino la pérdida de la espiritualidad.

La justificación por la fe nunca fue totalmente olvidada, y en todos los siglos algunos cristianos se adhirieron fielmente a su fe en Dios. Pero en la confusión de la Edad Media, a la gente ansiosa de encontrar la paz con Dios, a menudo se les enseñaba que, además de "creer", debían participar en difíciles peregrinaciones, visitar santuarios, y realizar penitencias² de varias clases, porque esa era la voluntad de Dios. Por encima de todo, se les inculcaba que debían permanecer en buenos términos con sus pastores, pues los sacerdotes recibieron de Dios las llaves del cielo y del infierno, para cerrar el cielo a cualquier persona que hiciera lo malo. Puesto que en aquellos días muchos sacerdotes eran deshonestos y corruptos, muchas personas llegaron a despreciar a Dios en la misma forma en que despreciaban a los sacerdotes.

Los infantes eran bautizados tan pronto como nacían, y convertidos en miembros de iglesia antes que supieran lo que significaba ser cristianos.

La segunda venida literal de Cristo no fue negada, pero los teólogos medievales prefirieron pensar que ya había ocurrido. Aplicando

incorrectamente Apocalipsis 20:4, decían que Cristo, en su venida había puesto a sus obispos en sus tronos (cátedras) en sus iglesias (catedrales).³

En vez de enseñar que durante la muerte el ser humano duerme, la iglesia enseñaba que las personas no bautizadas iban directamente a la tortura eterna en el infierno, y que a menudo los fieles pasaban por el purgatorio, un lugar intermedio, donde eran quemados, para purificarse, durante un período de tiempo indefinido antes de ir al cielo. Se inventaban leyendas para sostener estas teorías. Se decía, por ejemplo, que una tumba en Inglaterra se levantaba y descendía de tiempo en tiempo, prueba positiva para los piadosos de que el alma enterrada allí estaba sufriendo tormentos. Cuando los jóvenes preguntaban si ellos podían ayudar a sus padres y abuelos muertos a pasar rápidamente por el purgatorio en camino al cielo, los sacerdotes les asignaban penitencias adicionales. Si preguntaban: "¿Hemos hecho ya suficiente?" La respuesta era: "Nadie lo sabe".

Diarios y obras devocionales de monjes y santos revelan que para muchos cristianos de la Edad Media la Cena del Señor continuó celebrándose como una ocasión para estrechar el compañerismo íntimo con un Salvador personal. Pero se creía que las sencillas palabras de Jesús: "Esto es mi cuerpo" —traducido al latín: "*Hoc est corpus meum*"— convertían el pan de la comunión en la carne verdadera de Cristo,⁴ y que hacían al vino tan sagrado que a los laicos se les prohibía beberlo, no fuera que accidentalmente derramaran la "sangre de Dios".

Personas supersticiosas entraban en las iglesias a media noche para robar fragmentos del cuerpo de Cristo y esparcirlos entre sus repollos para su buena suerte. Se creía popularmente que había poca necesidad de sermones, o de cualquier clase de culto, excepto el momento cuando se hacía sonar una campanilla de mano y el sacerdote pronunciaba las palabras: "*Hoc est corpus meum*". Se celebraban los servicios para que este momento místico viniera más rápido. Las palabras de Cristo, que se referían a un compañerismo espiritual, vinieron a ser para millones poco menos que mágicas.

Al olvidarse la verdad con respecto a Dios y al ser ésta reemplazada por falsas doctrinas, la gente se fue haciendo más y más descuidada y supersticiosa acerca de la religión personal. En general, consideraban a Dios como un ser enojado y desprovisto de sentimientos, parecido a lo que pensaban los judíos antes que Jesús viniera para rectificar este falso concepto.

¡Cómo anhelaba Dios presentar al mundo una vez más la verdadera evidencia acerca de sí mismo! ¡Cuánto se habrá agradado él de que Juan Wiclef abriera su mente a una nueva verdad!

Wiclef, un teólogo católico leal, amaba al Señor Jesús y creía que Cristo era la fuente de toda verdad. Rogaba a sus hermanos católicos que dejaran a un lado las diversas tradiciones inventadas por los hombres y siguieran las Escrituras como la única guía del cristiano.

Los enemigos amenazaron con matarlo. Una vez en que estaba enfermo, vinieron para burlarse de él. Pero Wiclef se sentó en la cama, y dijo: "No moriré, sino viviré, y otra vez denunciaré los malos hechos de los frailes".

Wiclef fue el padre de la primera traducción de la Biblia entera al inglés popular de su época. Circularon centenares de ejemplares copiados a mano. Se enviaron predicadores especiales, llamados los lolardos, por toda Inglaterra, vestidos de manera característica, para que leyeran esta Biblia al pueblo y le enseñaran a poner las Escrituras por encima de la tradición.

Pasó un siglo, y apareció Martín Lutero, que a menudo estaba sobre sus rodillas delante de Dios en procura de la verdad. Como profesor de una universidad católica, se le pidió que enseñara la Biblia como la Palabra de Dios. Pero se exigía hacer tantas penitencias que el cielo parecía imposible para él, y Dios un juez airado. "¿Amar a Cristo? —se preguntó en un momento de angustia—. Lo odio".

Los escritos de San Agustín lo ayudaron. Un día, con intensa excitación descubrió en la Biblia que los pecadores no eran salvados por las "obras", sino sencillamente por la fe en la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. Descubrió "el sacerdocio de los creyentes", la emocionante verdad de que cada hombre puede venir a Cristo directamente, sin la mediación de los sacerdotes y de los santos. "Los portales del Paraíso se abrieron de par en par —dijo entonces—, y yo entré directamente en él".

Lutero concordaba con Wiclef en que la Biblia y únicamente la Biblia es la regla de fe. En la Dieta de Worms, en 1521, declaró con un valor admirable: "A menos que se me convenza por las Escrituras y la razón sencilla, no puedo hacer otra cosa; mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios".

Lutero también aceptó lo que Wiclef había descubierto acerca de la Cena del Señor, es a saber, que el pan no se convierte en el cuerpo de Cristo ni el vino en su sangre.³ Destacó que es una ocasión suprema en la cual Jesús nos asegura el perdón de todo pecado. Así Lutero aceptó el redescubrimiento de la verdad de cristianos anteriores, añadió otras que él mismo había descubierto, y las pasó a millones de personas después de él.

Por todo el norte de Europa multitudes de católicos se regocijaron con Martín Lutero. Miles de personas dieron sus vidas en aras de su fe. Los ministros luteranos a veces eran ahorcados en los árboles en grandes tandas a la vez. Les parecía poca cosa entregarse a sí mismos por completo por sostener la verdad acerca de su Salvador.

En Francia y Suiza otros devotos católicos continuaron su estudio y descubrieron verdades adicionales que habían sido oscurecidas durante la Edad Media. El más notable de estos, Juan Calvino, padre de los presbiterianos y los congregacionalistas, tenía una mente tan lógica, como la tenía de entusiasta Lutero.

Calvino sistematizó las verdades bíblicas que se iban descubriendo. Es desafortunado que hoy en día el nombre de este reformador esté asociado desdeñosamente con la "predestinación".

Es cierto que la enseñó, pero para la gente de sus días esa doctrina no sonaba como hoy para nosotros. Al pueblo se le había instruido entonces que su destino dependía del capricho de los sacerdotes y obispos que "tenían las llaves" del reino de los cielos. Calvino aseguró que los seres humanos están por cierto predestinados, no por los hombres, sino por Dios, desde antes de la fundación del mundo!

Es difícil imaginarnos hoy el inmenso alivio que sintieron las congregaciones calvinistas cuando aprendieron de la Biblia que su destino estaba tan desconectado de los caprichos volubles de los pastores y sacerdotes, porque era fijado por Dios miles de años antes que esos hombres nacieran.

Sin embargo, Calvino no estaba completamente en lo cierto. Sostenía que un individuo elegido por Dios para la salvación, no podría perderse aunque quisiera. Con todo, cuando puso el destino de cada hombre en las manos de Dios, antes que en las manos de los hombres, acercó significativamente al pueblo a la verdad bíblica.

Más que Lutero, Calvino enseñó a sus seguidores la posibilidad de la victoria sobre el pecado y los desafió a vivir cada día mejor que el anterior. En tanto que Lutero recuperó mayormente la doctrina de nuestro *estado* transformado delante de Dios (justificación por la fe), Calvino dio énfasis a la transformación del *carácter* (santificación por la fe), que la gracia de Dios hace posible.

Miles de católicos aceptaron con gratitud la verdad recuperada que Calvino les enseñó, y muchos de éstos dieron su vida por esta fe.

En Inglaterra, en un tiempo, los seguidores de Calvino se denominaron puritanos, debido a su preocupación de purificar lo que a ellos les parecía un cristianismo inmaduro de la nueva Iglesia Anglicana.

A los puritanos les debemos la traducción de la Biblia al inglés llamada del rey Jaime o Jacobo. En 1603, solicitaron al rey Jacobo I que autorizara una nueva traducción para ser usada en los servicios religiosos. El rey accedió y designó a 47 eruditos de su reino para que emprendieran la tarea. Ocho años más tarde, en 1611, la famosa versión del rey Jaime o Jacobo salió de la prensa. ¿Quién puede justipreciar lo que esta traducción ha hecho para la gloria de Dios?

En la parte continental de Europa, devotos anabaptistas enseñaron "el bautismo de los creyentes", y dieron su vida por esta creencia cuando fue necesario. El primer anabaptista en morir parece ser una hermosa señorita suiza, cuya cabeza fue mantenida bajo el agua en una batea de caballos como imitación burlesca del bautismo de los creyentes. Otros murieron de la misma manera, o fueron ahogados en ríos, o quemados en la estaca, o asados a fuego lento, o metidos a la fuerza en féretros demasiado pequeños para ellos por soldados que los pisaban con sus botas herradas.

Semejantes a los anabaptistas de la parte continental de Europa, los bautistas de Inglaterra y de Norteamérica⁶ también insistieron en que únicamente los creyentes, y no los infantes, debían ser bautizados. Pero a diferencia de los anabaptistas, ellos dieron un paso más adelante al enseñar "el bautismo por inmersión".

En el siglo XVIII, la enseñanza de la predestinación comenzó a hacerse obsoleta. Millones que nunca habían sentido miedo a los sacerdotes comenzaron a temer que Dios mismo los hubiera predestinado a la perdición. Juan Wesley recuperó del Nuevo Testamento la verdad de que la salvación es libre para todos: para "todo aquel que en él cree" (Juan 3:16).

Wesley fundó la Iglesia Metodista, que aceptaba los principios de "la Biblia y la Biblia solamente", "el sacerdocio de los creyentes", la Cena del Señor como un acto conmemorativo que por la fe traía un saludable sentimiento de la presencia de Cristo, y la doctrina de que la vida cristiana debía ser una transformación. Mantuvo el bautismo de los infantes, pero él y su iglesia permitieron el bautismo por inmersión a los que lo deseaban. (Elena Harmon fue bautizada por inmersión en la Iglesia Metodista.)

Lo que hicieron los metodistas fue típico de la actitud de otros cristianos. Aceptaron la verdad transmitida por los que fueron anteriores a ellos y añadieron nueva luz. De esa manera, la verdad de Dios era entendida cada vez con mayor claridad.

Durante todos los siglos, había también personas cristianas que aprendieron que "Dios no tortura a los pecadores después de la muerte, sino que les permite descansar. Wiclef creía en "el sueño inconsciente que media entre la muerte y la resurrección". Martín Lutero enseñó que "la muerte en Cristo es un sueño hermoso y dulce". En Inglaterra, el anglicano Francisco Blackburne, el bautista Mateo Caffyn, y el poeta puritano Juan Milton compartían esta creencia. En los Estados Unidos el ex ministro metodista Jorge Storrs y el ex ministro congregacionalista Carlos Fitch también enseñaron que la muerte es un sueño. Estos son unos pocos ejemplos de un gran número de personas que creían en la misma verdad.⁷

La referencia a Storrs y a Fitch nos recuerda que en la primera parte del siglo XIX ocurrió un gran despertar *interdenominacional* relacionado con el segundo advenimiento, en el cual la verdad acerca de la segunda venida de Jesús brilló con mayor lustre que nunca, desde el segundo siglo. De ese despertar se levantó la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Ana Smith fue bautista.

Raquel Oakes era bautista del séptimo día.

Hiram Edson, Federico Wheeler y Elena Harmon fueron metodistas.

José Bates y Jaime White fueron miembros de la Conexión Cristiana.

Stockbridge Howland fue congregacionalista.

Al hacerse adventistas del séptimo día, éstos y otros crecientes millares de personas en los primeros días del nuevo movimiento, no renunciaron a la hermosa verdad relativa a Dios que habían aprendido en sus anteriores

denominaciones. En lugar de esto, hallaron nueva gloria en ella al llegar a conocer conceptos aún más amplios y profundos.

La justificación por medio de Cristo, la victoria por el Espíritu Santo, la salvación sólo por la fe, la Biblia y solamente la Biblia como regla de fe, el sacerdocio de los creyentes, el bautismo por inmersión, el pronto regreso de Cristo —todo esto, y más todavía, los adventistas del séptimo día lo recibieron de sus iglesias anteriores—. A estas verdades agregaron el sábado (de los bautistas del séptimo día) y convirtieron su llama en una antorcha brillante.

Más que nadie antes de ellos, enseñaron que un Dios lleno de gracia y misericordia permite a los que mueren quedar en un estado de inconsciencia hasta la resurrección. Y por encima de todo, ofrecieron al mundo las nuevas emocionantes acerca del gran ministerio de Jesús ahora en el cielo.

De manera que cuando los adventistas afirman que tienen "la verdad", quieren decir que profesan la verdad que otros cristianos sostenían antes que ellos, y que tienen, además, la verdad presente, la verdad especial que se aplica particularmente a este tiempo.

El conocimiento de que Jesús está en el lugar santísimo, borrando los pecados, no era una verdad en los días de Martín Lutero, pues Jesús no estaba en el lugar santísimo entonces. Pero hoy sí lo está. Y las implicaciones de ese hecho son inmensas.

Cuando los adventistas invitan a un amigo a abandonar su denominación para hacerse adventista del séptimo día, no esperan que deje todo lo que sabe como metodista o bautista, o presbiteriano o católico. ¡Lejos de ello! Toda hermosa faceta de la verdad que aprendió acerca de Jesús en su iglesia anterior, la debe continuar albergando aún con mayor calor en la Iglesia Adventista, añadiendo a las cosas gloriosas que él ya sabe las grandes y vitales verdades descubiertas por los adventistas del séptimo día.

Cuando un adventista dice que tiene "la verdad", no se está jactando. No es *su* verdad. Es la verdad de Dios. Es la que Dios ha revelado, no para satisfacer la curiosidad, sino para esparcirla por doquiera y presentarla a cuantos quieran escucharla, a todos aquellos por quienes Cristo dio su vida y a los cuales vive para salvar.

Dios ha puesto su gloriosa verdad en *nuestras* manos. Y nos pide urgentemente, anhelosamente, que corramos con ella y la proclamemos por doquiera en el mundo.

Capítulo 16

Jesús y el juicio investigador

Si Juan y María, adventistas, pudieran levantarse muy temprano un sábado de mañana durante una primavera de la década de 1980, saltar a un artefacto volador que avanzara en sentido retrospectivo en el tiempo, para asistir a la iglesia con los adventistas del séptimo día de 1851, necesitarían estar preparados para algunas sorpresas muy reales.

Aunque encontrarán que los Howland o los Belden o los Chamberlain o los Arnold (o cualquier persona cerca de la cual se sentaran durante los servicios) aceptaban muchas doctrinas con las cuales Juan y María están familiarizados, pronto descubrirían que varios de los aspectos importantes del adventismo moderno estarían extrañamente ausentes en ese tiempo.

Por una parte, los servicios religiosos no se realizaban en una iglesia. Los adventistas observadores del sábado erigieron edificios de culto por primera vez en Battle Creek, Michigan y en Bucks Bridge, Nueva York, en 1855. Cuando Jaime White incluyó cierto himno metodista favorito en su obra *Himnos para el Pueblo Peculiar de Dios* en 1850, dejó fuera las palabras: "En este tu día, en esta tu casa".¹ Los primeros adventistas se reunían en sus propias casas, con varias familias que adoraban juntas bajo el mismo techo.

Muy probablemente no habría predicación el sábado de mañana cuando Juan y María llegaban de visita. En 1851, las filas del ministerio se habían ampliado para incluir a Guillermo Ingraham, Jorge Holt, y otros, que se sumaban a José Bates y Jaime White; pero de ninguna manera había suficientes predicadores para contar con uno en cada una de las reuniones semanales de la "manada esparcida". Por lo tanto, los sermones de sábado de mañana eran raros. En un sábado típico se cantaban himnos con el acompañamiento de un armonio u órgano accionado a pedal (si es que la familia que dirigía el culto era lo suficiente afortunada para poseer uno), un laico local leía pasajes de la Biblia y artículos de la *Review* en voz alta, se hacían comentarios al respecto, se ofrecían oraciones y, muy probablemente, se tenía una reunión de testimonios, durante la cual los creyentes se confesaban sus faltas el uno al otro o presentaban un testimonio de su fe.

Si Juan y María llevaban sus Biblias consigo, harían buen uso de ellas, pero sus carteras permanecerían sin abrir. Por indispensables que sean las ofrendas en las reuniones adventistas modernas, eran desconocidas en 1851. Muy raramente se oyó hablar de misiones en el extranjero hasta la

década de 1870, y los pastores adventistas de la década de 1850 a menudo realizaban sus deberes mayormente sin recibir pago alguno.

Juan y María recibirían una tremenda sorpresa al mediodía cuando, invitados al almuerzo, vieran carne de cerdo puesta sobre la mesa, y observarían a algunas de las otras personas invitadas al almuerzo iencender sus pipas mientras esperaban la comida!. El fumar, aunque apenas aprobado, era permitido con renuencia entre los hermanos en 1851. La primera visión abarcante sobre la reforma pro salud que tuvo Elena de White había de venir doce años más tarde.

Otro choque lo recibirían Juan y María como a las seis de la tarde. Estando la puesta del sol todavía varias horas más adelante, los visitantes observarían incrédulos que sus hermanos de 1851, exactamente a las seis, emprendían de nuevo sus deberes ordinarios de la semana. No sería sino hasta noviembre de 1855 cuando los pioneros adventistas descubrirían que "de tarde a tarde" (Levítico 23:32) significa desde la puesta del sol hasta la puesta del sol, más bien que, como ellos suponían, de seis a seis de la tarde.

Y si durante la cena, antes de volar de vuelta a la década de 1980, Juan y María hablaran ansiosamente acerca de la condición laodicense de la iglesia, se encontrarían con miradas de incompreensión. Los adventistas observadores del sábado aplicaban el mensaje de Laodicea a los adventistas que guardaban el domingo, hasta que recibieron una luz más clara (y más embarazosa) en 1856.

Todos estos puntos señalan el hecho de que el descubrimiento de nueva luz no finalizó con el establecimiento de las doctrinas características² de fines de la década de 1840. Grandes y nuevas verdades continuaron recibándose en la década de 1850, y en la de 1860 (notablemente la referente a una vida sana). También en la década de 1870 (respecto a misiones en el extranjero y educación); en la de 1880 (una comprensión más profunda de la justificación por la fe), y en la de 1890 (una captación más completa de la persona de Cristo). De hecho, el conocimiento adventista de la Biblia continuó avanzando considerablemente después de 1900, y especialmente en los decenios de 1950, 1960 y 1970.

Pero regresamos a la década de 1850. Vale la pena examinar una creencia particular que se había desarrollado durante ese período, muy característica del movimiento adventista: la doctrina del "juicio investigador".

Cuando preguntamos hoy: ¿Qué nueva obra comenzó Jesús en 1844?" Un adventista instintivamente contesta: "El juicio investigador". Para nuestra sorpresa, cuando el amigo de Hiram Edson escribió acerca de la grandiosa luz nueva sobre el día de expiación en el *Day Star Extra*, la publicación de la cual Elena Harmon dijo que estaba "totalmente autorizada por el Señor para recomendarla a todo santo", el autor no dijo una sola palabra acerca del juicio investigador! Su énfasis, en cambio, era

sobre la obra de Cristo de borrar nuestros pecados en el santuario y de la purificación de la gente.

Probablemente eso fue providencial. El propósito primario del día de expiación antiguo era, por cierto, el borramiento del pecado en el santuario y la purificación de los hijos de Dios. El Señor instruyó a Moisés que el sumo sacerdote debía entrar en el lugar santísimo para hacer "la expiación por el santuario santo", y para hacer "expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová" (Levítico 16:33,30).

Pero el día de expiación era *también* un día de juicio. Se esperaba que los israelitas afligieran sus almas ese día. Debían escudriñar sus corazones profundamente para ver si estaban realmente arrepentidos de los pecados que habían confesado día tras día durante el año anterior. Todo israelita que no lo hiciera debía ser examinado por los ancianos y cortado de la congregación. (Levítico 23:29.) Pero el día de expiación no era primariamente *un día de juicio*, sino, sobre todo, *un día de íntima comunión con Dios y de purificación final del pecado*. Los que habían apostatado eran desligados de la congregación entonces, no tanto por ser un día de juicio, cuanto porque era *un día de suprema oportunidad espiritual*, y ellos *no le prestaron atención*.

La mayoría de los milleritas asociaban el juicio con la purificación del santuario, no porque hubieran encontrado juicio en el día de expiación de Levítico 16, sino porque el fin de los 2.300 días de Daniel 8:14 era paralelo a la escena del juicio de Daniel 7:9-14, un acontecimiento que interpretaban erróneamente como la segunda venida de Cristo. Josías Litch, sin embargo, al comienzo de 1840, y otros adventistas inmediatamente después, llegaron a ver que el juicio de Daniel 7 tenía que *preceder* a la segunda venida. Cuando Jesús no llegó el 22 de octubre de 1844, algunos líderes milleritas, incluso Miller mismo, sobre la base de muchos pasajes bíblicos, discernieron que el juicio del día de expiación de Daniel 7 comenzó en esa fecha. Pero como Jesús no apareció, abandonaron la idea.

En 1846, Otis Nichols escribió a Miller animándolo a creer que, en verdad, el juicio había comenzado en 1844. Bates exhortó a otros adventistas desilusionados a creer lo mismo en *Second Advent Waymarks and High Heaps* y en otros folletos (1848-1850). En 1850 y años siguientes aparecieron varios artículos sobre el tema en la *Review*. En 1857 Jaime White le dio el nombre de "juicio investigador".

Es evidente que el mensaje del primer ángel ("la hora de su juicio ha llegado") precede a los mensajes del segundo y tercer ángeles. Por lo tanto, la hora del juicio de Dios debe realizarse antes del fin del mundo, porque tiene que transcurrir un tiempo para que estos dos últimos mensajes se prediquen. Es decir, después que el juicio comience.

El juicio del día de expiación en el antiguo Israel tenía que ver *solamente con el pueblo de Dios*. Abarcaba a los que habían confesado sus pecados durante el año. Eran los pecados de esas personas los que tenían

que ser borrados. Y eran los israelitas, y *no los gentiles*, los que estaban sujetos a ser "cortados".

Jesús se refirió a este juicio especial de los creyentes en sus parábolas. Habló de los pescadores que recogen toda clase de peces (convertos) en su red (la iglesia) y luego se sientan (en el juicio) para conservar lo bueno y desechar lo malo. (Véase Mateo 13:47-50.) Contó el caso de un rey que había invitado a todos a la fiesta de bodas de su hijo, pero precisamente antes de la comida, inspeccionó a los huéspedes para ver si todos los que habían aceptado la invitación también se habían puesto el vestido de bodas que él había provisto gratuitamente. Encontró a un hombre que pensó que su propia ropa era suficientemente buena, y por lo tanto, no se puso el manto gratuito que debía cubrirlo. El rey ordenó que lo expulsaran de la cena. (Véase Mateo 22:1-14.)

También Jesús habló de un hombre que debía a su empleador 10.000 talentos. Cuando pidió misericordia, se le perdonó toda la deuda. Pero cuando salió y abusó de un colaborador que le debía cien denarios, el patrón decidió enviarlo a la cárcel. "Así también —concluyó Jesús—, mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonareis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas" (Mateo 18:23-35).

Cuando en 1844 Jesús inició su obra de juicio previo al segundo advenimiento, comenzó una investigación en los registros de los santos para ver si *los que habían aceptado* su invitación a la salvación *se pusieron el manto* de su justicia; para constatar si recibieron el perdón de sus pecados equivalentes a 10.000 talentos al momento de la conversión, *más tarde habían perdonado* a otras personas que les debían cien denarios.

Una doctrina tan importante como ésta ha ocupado los pensamientos de los adventistas del séptimo día desde los años en que fue descubierta. Elena de White escribió acerca de ella frecuentemente y con claridad. Dijo, por ejemplo, que el ministerio final de Cristo en el santuario celestial es por cierto un tiempo de juicio, en el cual cada nombre escrito en el libro de la vida del Cordero es examinado uno a la vez, y que algunos nombres son conservados, en tanto que otros son borrados. (Véase Apocalipsis 3:5; 21:27; 22:19.)

Ahora bien, Daniel 7 dice que este juicio se realiza para que el "reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo". Su gran punto culminante, por lo tanto, a diferencia de lo que pasa con muchos tribunales terrenales, no es mayormente la condenación de los acusados, sino la *justificación de los redimidos*.

Debido a que Dios realmente anhela honrar a su pueblo en este juicio, trae a la consideración el libro de memorias (Malaquías 3:16), donde todo acto de justicia realizado por su pueblo, "toda tentación resistida, todo pecado vencido, toda palabra de tierna compasión, están fielmente consignados", junto con todo sacrificio y dolor padecido por la causa de Cristo.⁴

Por supuesto que Dios conoce el veredicto de antemano. Pero realiza el juicio en la presencia de innumerables ángeles (Daniel 7:10) para que ellos puedan saberlo también. Anhela que todo habitante no caído del universo entero esté orgulloso de los santos del Señor, terrenales pero fervientes, que pronto compartirán la delicia de la eternidad con ellos. El juicio, dijo Elena de White en 1898, se "realiza en la presencia de otros mundos, [de manera que] el amor, la integridad, el servicio del hombre en favor de Dios *pueda ser honrado en grado máximo*".⁵

¡Maravillaos, oh cielos! ¡Maravillate tú también, oh tierra!

"Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe". Este pasaje no habla de piedrecitas o de piedras, sino de joyas, "tesoros" (Malaquías 3:17).

En la estimación del carácter Dios no comete errores. Notemos las palabras de Elena de White: "¡Qué pensamiento tan solemne! Cada día que transcurre lleva consigo su caudal de apuntes para los libros del cielo... Nuestros actos, nuestras palabras, hasta nuestros más secretos motivos, todo tiene su peso en la decisión de nuestro destino para dicha o desdicha".⁶ Los "creyentes" que no han crecido en gracia no podrán entrar en la Santa Ciudad.

Pero cuando Cristo ve que un hijo suyo se ha aferrado firmemente a él hasta el fin, reclama triunfalmente en favor de esa persona justificación completa y total. Acerca de ese tiempo glorioso cuando los pecados de los justos serán borrados en forma definitiva, completa y para siempre, Elena de White escribió: "Cristo vestirá a sus fieles con *su* propia justicia... Así se realizará el *cumplimiento total* de la promesa del nuevo pacto: 'Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado'. En aquellos días y en aquel tiempo, dice Jehová, la maldad de Israel será buscada, y *no aparecerá* (Jeremías 31:34; 50:20)".⁷

Parece incomprensible: "No me acordaré más de su pecado". ¿Puede el Dios infinito olvidar algo? ¿No están las cosas del pasado, del presente y del futuro todas siempre en su omnisciencia?

Pero la Biblia no dice que Dios no puede recordar nuestros pecados, sino que no se acordará más de ellos.

¡Cuánto revela esto respecto a nuestro Padre celestial! ¡Con cuánta ansia debe esperar este momento del borramiento de nuestros pecados! ¡Cuán profundamente ha anhelado, desde que empezó la rebelión, limpiar el universo y a su pueblo de la transgresión y eliminarla de una vez para siempre! Cuando cierra los casos de su pueblo decidiendo en su favor, no se acordará más de sus faltas, no porque no pueda hacerlo, sino porque enfáticamente y con todo amor no quiere hacerlo.

Cuando los pecados de los santos sean borrados, no *tendrán* la pretensión de ser impecables. No necesitan. Reclaman la impecabilidad de *Cristo* y se aferran a ella.

El recuerdo de que estaban muy lejos de la gloria de Dios, y la conciencia que tienen de que dependen totalmente de Jesús para su

salvación y su seguridad, es suficiente para impedir cualquier pretensión de justicia propia. Sin embargo, cuando termina la gracia y empieza el tiempo de angustia de Jacob,⁸ aun cuando los santos "sienten un profundo sentido de su indignidad, no tienen pecados escondidos que revelar".⁹

Sus pecados confesados están borrados, y no han dejado ninguno sin confesar. "Han ido delante de ellos al juicio".¹⁰ Han sido "conducidos a la tierra del olvido".¹¹ "Sus pecados han sido... borrados".¹² Y los heraldos del cielo anuncian con gozo: "Estáis limpios de todos vuestros pecados delante del Señor".

¿Pero, pueden los pecados ser meramente borrados de los registros del Cielo? Supongamos que después, los santos cometen nuevas faltas. ¿Qué habría significado el borramiento?

Dios puede borrar los pecados de los que mueren en la fe sencillamente juzgando sus registros. Están muertos y no pueden pecar otra vez. ¿Pero no será vitalmente distinto para los que *están vivos* cuando su caso sea examinado en el juicio? ¿Pueden sus pecados ser borrados en el Cielo a menos éstos sean completamente vencidos en la tierra? El borramiento de los pecados debe realizarse primero en los corazones de los santos vivos antes que se proceda a eliminarlos de los libros de registro.

Elena de White escribió muy seriamente acerca de esto en *El Conflicto de los Siglos*: "Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación... Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiera sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia".¹³

El mismo año en que estas líneas aparecieron, Elena de White pronunció un sermón¹⁴ un sábado por la tarde en el congreso de la Asociación General de 1888, realizado en Minneapolis, en el cual recordó a la congregación que "ahora Cristo está en el santuario celestial". Luego preguntó: "¿Qué está haciendo él?"

"Haciendo expiación por nosotros —contestó ella misma—; purificando el santuario de los pecados del pueblo".

¿Y entonces? "Entonces debemos entrar por la fe en el santuario con él; debemos comenzar la obra en el santuario de nuestras almas. Hemos de limpiarnos a nosotros mismos de toda contaminación. Debemos limpiarnos a nosotros mismos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios".

¿Debemos hacerlo nosotros? ¿Debemos limpiarnos de toda nuestra contaminación? ¿Está esto en la Biblia?

¡Por cierto que está! Ella citó el pasaje de 2 Corintios 7:1. Y Santiago 4:8 añade: "Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones".

Refiriéndose a la multitud que en los Cielos está vestida de blanco, Apocalipsis 7:14 los describe no como personas cuyos mantos Cristo ha lavado, sino como seres que "han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero". ¿Dónde las han lavado? En la sangre del Cordero, por supuesto. No hay otra fuente de justicia. Pero llevaron sus ropas a la sangre; Jesús no hizo el lavamiento por ellos mientras dormían. Elena de White, escribiendo en 1882, declaró en forma clara que muchos desean que la justicia sea puesta sobre ellos como un manto. La multitud de los redimidos vestidos de blanco, está compuesta de los que han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Cristo ha presentado el asunto de esta manera: "Agonizad para entrar por la puerta estrecha; porque muchos tratarán de entrar, y no podrán".¹⁵

Todas las cosas dependen de nuestra relación con Cristo, nuestra entera sumisión a la voluntad y a la obra del Salvador. Aunque nuestro Sumo Pontífice está ocupado en su obra de expiación final, nosotros, a semejanza de los israelitas de antaño, debemos afligir fervorosamente nuestras almas, nuestras almas orgullosas y llenas de suficiencia propia; porque si no hacemos esto, nosotros, como ellos, seremos cortados, no porque hayamos pecado (el mismo propósito de la expiación es perdonar pecados), sino porque Jesús estaba empeñado en una obra muy especial de gracia, y nosotros no le prestamos atención.

Gracias a Dios, la misericordia de Cristo es un poderoso detergente purificador. Si nos sometemos a él, podemos convertirnos en personas limpias, de una fragancia exquisita para la eternidad. "El es como fuego purificador, y como jabón de lavadores", dice Malaquías 3:2; y luego, hablando de la obra que Jesús está realizando ahora en el santuario celestial, Malaquías añade en el próximo versículo: "Limpiará a los hijos de Leví".

¡El purificará a los hijos de Leví! En el caso del Israel antiguo los sacerdotes eran los hijos de Leví. Puesto que todos los creyentes en Cristo son llamados ahora sacerdotes (1 Pedro 2:9; Apocalipsis 1:6), esta promesa de purificar "a los hijos de Leví" es también una promesa de limpiar a todo cristiano que aprovecha la oportunidad. La purificación del santuario, pues, involucra el limpiamiento del pueblo que mira al santuario. El borramiento de los pecados no tiene que ver meramente con los registros, sino también con las actitudes; no meramente con la cantidad de pecados confesados, sino también con la calidad de la vida cambiada.

Aquí es donde aparece la verdad del sábado. Este día exige la misma santidad que se requiere para el borramiento de los pecados en la experiencia diaria de una persona. "A fin de santificar el sábado, los hombres mismos deben ser santos... Cuando fue dado a Israel el mandato: 'Acordarte has del día de reposo para santificarlo', el Señor también les dijo: 'Me seréis varones santos'".¹⁶ (Véase Exodo 20:8; 22:31).

Ahora bien, "la santidad no es éxtasis: es una entrega total de la voluntad a Dios; es vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios; ...es confiar en Dios en la prueba...; es hablar por fe...; es... descansar en su amor".¹⁷

A fin de santificar el sábado en un sentido pleno, la persona vivirá el día entero con su voluntad en completa sumisión al poder y la santidad de Cristo: viviendo por la Palabra, caminando por fe, descansando en amor. ¿Quién puede hacer esto todo el día sábado a menos que lo practique todos los días durante la semana entera? Así la verdadera observancia del sábado y el borramiento del pecado son una misma cosa.

Pero el sábado no solamente exige santidad, también señala la única posible fuente de santidad. "Y les di también mis días de reposo, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico" (Ezequiel 20:12).

Mientras Cristo está junto a los Diez Mandamientos en el lugar santísimo borrando los pecados en el Cielo, por su gracia derrama una luz preciosa sobre el mundo para ayudar a hombres y mujeres, a jóvenes y niñas, a alcanzar la norma que los capacitará para estar en pie en el tiempo de angustia después que Jesús abandone el santuario celestial. "Desde el lugar santísimo —escribió Elena de White en 1887—, se realiza la gran obra de instrucción".¹⁸ El aceptar esta obra de instrucción, el creer en ella, el cooperar con ella, sea el precio que haya que pagar, es parte de lo que involucra llevar la vida de uno a Cristo para ser lavada, para tener borrados sus pecados en un sentido experimental. "Debe ser una purificación de las almas aquí en la tierra, en armonía con la purificación que Cristo hace del santuario en el cielo."¹⁹

La instrucción relativa al *santuario* nos informa lo que Jesús, el Cordero del Calvario, está haciendo ahora; y, además, nos dice que vivimos en un momento particularmente crucial de la historia humana.

El sábado y el santuario nos recuerdan juntos que mientras en el lugar santísimo Jesús quita los pecados de los registros, también trata en una forma única de quitar los pecados de la vida del pueblo.

El mensaje del *sellamiento* señala el momento culminante cuando por medio de una relación indisoluble con Jesús, y una comprensión inteligente del sábado y del santuario, el pueblo de Dios será establecido en la verdad, tanto intelectual como espiritualmente, de manera que no pueda ser movido.

La doctrina del *sueño de los muertos* nos advierte en contra de la suposición de que la gente va al cielo o al infierno cuando muere, una creencia que hace que no tenga sentido cualquier día de juicio. ¿Por qué juzgaría Dios a personas después que han sido enviados al cielo o al infierno?

Dentro de este contexto total, el *espíritu de profecía* manifestado en las labores de Elena de White se ve como una serie de mensajes enviados por

nuestro Sumo Sacerdote, para guiar con amor a sus seguidores a la genuina y cristiana santidad de carácter que él tanto anhela.

Todos estos conceptos en conjunto constituyen una obra verdaderamente grande de expiación —unificación— en la cual Jesús trata de vincular a su pueblo con un lazo final y eterno de unidad consigo mismo.

Jaime White escribió en 1868: "Los adventistas del séptimo día se espacian en este tema [de Cristo en el santuario] con gran delicia... Lo tratan... en sus sermones y en sus libros, y encuentran lugar para el mismo entre los símbolos proféticos de sus diagramas... Es el gran centro alrededor del cual convergen todas las verdades reveladas relativas a la salvación, y contribuye más que ninguna otra a definir su actual posición".

Aunque la gran verdad de Jesús y el juicio investigador llegó a ser clara por primera vez en la década de 1850, el movimiento estaba creciendo a un paso muy rápido, y la necesidad de una organización central, muy temida por algunos, era fuertemente defendida por otros. Ahora nos volvemos de los asuntos doctrinales, al crecimiento, y a la organización de la Iglesia Adventista del Séptimo Día a través de los años.

Capítulo 17

Necesidad de un "orden evangélico"

"Debo decir, queridos hermanos, que espero que decidamos qué nombre vamos a tener; cómo queremos ser llamados. Yo me encuentro muy a menudo con amigos que me preguntan el nombre de nuestro pueblo; y me resulta muy embarazoso no poder darles ninguno. Ponemos nombres a nuestros hijos cuando tienen pocas semanas o pocos meses de edad. Al empezar a trabajar en esta obra, cuando la causa era joven y los individuos que la habían abrazado eran pocos, no veíamos la necesidad de tomar este paso. Pero me parece que el niño ahora está tan crecido que resulta excesivamente embarazoso no tener un nombre para él".¹

Así habló el pastor Jaime White el domingo 30 de septiembre de 1860, por la mañana, a una de las conferencias más significativas relizadas en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Por fin, dieciséis años después que había nacido el movimiento del sábado y del santuario, los hermanos se estaban imponiendo la tarea de elegirle un nombre.

La conferencia en cuestión se había iniciado la noche anterior, inmediatamente después de terminar el sábado, y continuó hasta que esa tarea quedó terminada el lunes de mañana. Los delegados se reunieron en la segunda iglesia adventista de Battle Creek. La primera, edificada solamente cinco años atrás, resultó demasiado pequeña para la asamblea. Pero esta segunda, que podía acomodar a trescientas personas, por el momento era demasiado grande para la congregación local. Sin embargo, los enérgicos hermanos adventistas de Battle Creek la habían planeado para que fuera un centro de grandes conferencias adventistas. Aun así, apenas soñaron que pronto se necesitaría una tercera iglesia, y luego se levantaría una cuarta con capacidad para casi 4.000 personas.

Desde mucho tiempo atrás, los primeros adventistas observadores del sábado se oponían a estructurar una organización de la iglesia. Eso era desacostumbrado en aquellos días. Los protestantes norteamericanos todavía debatían enérgicamente la cuestión de si el Espíritu Santo trabajaba mejor por medio de congregaciones independientes o a través de una denominación unida por presbiterios, conferencias o asambleas generales. Los metodistas y los presbiterianos creían en una amplia cooperación denominacional, pero los bautistas y los congregacionalistas argüían en forma igualmente fuerte para mantener la autonomía de las congregaciones locales.

En la década de 1850, Jaime y Elena de White, así como otras personas, instaron a que se realizara una forma de organización

presbiteriana; pero al principio, no todos los hermanos estaban de acuerdo con ellos. En particular, el establecimiento de una nueva denominación era temida por muchos que fueron antes milleritas. Habían pertenecido a las denominaciones protestantes establecidas de aquella época y, de hecho, habían figurado entre los miembros más dedicados de las mismas. Pero las iglesias que amaban se habían vuelto contra ellos, ridiculizando su esperanza adventista, y expulsándolos de su seno.

En su perplejidad, los milleritas habían buscado una explicación en las Escrituras, y la habían descubierto en Apocalipsis 14:6-8. Después del mensaje del primer ángel relativo a la hora del juicio, que ellos estaban entonces proclamando, notaron que el mensaje del segundo ángel decía: "Ha caído, ha caído Babilonia". Vinculaban esto con el llamado de Cristo que se encuentra en Apocalipsis 18:1-4: "Salid de ella (de Babilonia) pueblo mío", y con otros pasajes en otras partes de Daniel y Apocalipsis. La conclusión parecía clara.

Las iglesias que los habían tratado tan desconsideradamente rechazaban la verdad crucial y de esa manera llegaron a ser iglesias "caídas", tan seguramente como que "Babilonia" era la madre iglesia caída (o la "ramera"), y como que de ella habían salido esas iglesias en los tiempos de la Reforma y en épocas posteriores. Estaban sinceramente temerosos de que si instituían otro cuerpo religioso, ellos también, a su tiempo, rechazarían nuevas verdades bíblicas y perseguirían a los verdaderos hijos de Dios. Debido a que tan recientemente habían salido de Babilonia, es comprensible que no tenían ningún deseo de encontrarse otra vez en una nueva Babilonia.

¿Pero qué es lo que hace de un grupo de cristianos una "Babilonia"?

El error, por supuesto. Pero las iglesias que los expulsaron de su seno, ¿se caracterizaban por algunas otras cosas?

En el importante periódico millerita llamado *The Midnight Cry* (El Clamor de Medianoche), en el número del 15 de febrero de 1844, Jorge Storrs advirtió a los creyentes que en ese momento eran expulsados de sus iglesias, lo siguiente: "Cuidados de tratar de manufacturar otra iglesia. Ninguna iglesia puede organizarse por invención humana sin convertirse en Babilonia en el momento en que lo hace". De manera que la organización era temida por muchos como una marca distintiva de Babilonia.

Los milleritas fueron excomulgados porque sus ideas adventistas eran consideradas contrarias a los credos de sus denominaciones. Por lo tanto, muchos adventistas creían que debían evitar los credos, porque de lo contrario se convertirían de nuevo en Babilonia.

Y un día, cuando Roswell F. Cottrell, un firme converso de ascendencia hugonote, que anteriormente había sido bautista del séptimo día (y como tal "un congregacionista" muy estricto), reexaminó el capítulo 11 de Génesis para estudiar la historia de la fundación de la primitiva ciudad de Babilonia, quedó impresionado con las palabras de los edificadores: "Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide

llegue al cielo; y *hagámonos un nombre*, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de la tierra".

¡Hagámonos un nombre! El 22 de marzo de 1860, el pastor Cottrell escribió en la *Review* que en su opinión sería erróneo adoptar un nombre denominacional, puesto que "esa práctica "yace en el fundamento de Babilonia".

Por extraños que nos parezcan hoy los argumentos acerca de organización, credo y nombre, éstos sonaban entonces como una nota válida de advertencia. La ramera que se llama Babilonia en Apocalipsis representa una iglesia o grupo de iglesias. Y una iglesia es un cuerpo organizado de cristianos que sostienen un conjunto característico de creencias, o sea un credo. Además, debido a que una iglesia se adhiere a ellas, tiende a considerar las otras como herejía. Y por causa de que una iglesia está unificada mediante una estructura organizada, tiene el ánimo de proseguir. Cuando reflexionamos sobre el dolor y el pesar que los milleritas sufrieron al ser expulsados de sus respectivas iglesias, podemos entender mejor su hesitación. Organización, credos y nombres pueden ser perjudiciales.

También es cierto, por supuesto, que la ausencia de estas cosas puede ser dañina.

No todos los adventistas del séptimo día se oponían a la idea de la organización. Jaime White estaba de acuerdo con ella. En 1850 expresó la esperanza² de que la iglesia pronto se reuniera y avanzara para establecer un orden evangélico. Abogó por ese orden en la *Review*. Usaba la expresión "orden evangélico" para expresar su convicción de que la moderna organización de la iglesia debe seguir las directivas y los modelos que se hallan en el Nuevo Testamento.

El joven J. N. Loughborough y el maduro José Bates vigorosamente secundaron sus esfuerzos. Pero los más conservadores se mantenían en la retaguardia. Y así, sin nombre, sin organización y sin credo, los observadores del sábado se referían a sí mismos como la "manada pequeña", "las ovejas esparcidas", "el remanente", "los santos" o "los amigos".

A pesar de su temor a una unidad basada en una organización y en un credo, estos primeros adventistas se consideraban a sí mismos, con toda convicción, como miembros de la verdadera iglesia. Y se mantenían ligados en una verdadera unidad por diversos factores.

Es evidente que lo que los mantenía juntos, especialmente en los primeros años, es decir de 1845 a 1850, era su experiencia común. Casi todos ellos eran ex milleritas que habían pasado por el chasco de 1844. Otros factores unificadores incluían sus numerosas conferencias, la dinámica dirección de José Bates y de los jóvenes White, las visiones de Elena, y más especialmente aún, sus doctrinas características.

Debido a que "la verdad presente" significaba tanto para ellos, escribían artículos y folletos para propagar esa verdad. A su vez, se unían por esas publicaciones. Por un tiempo se les permitió el uso del *Day Star*,

editado por Enoc Jacobs, de Cincinnati. Cuando Jacobs se hizo miembro de la congregación de los shakers (tembladores), usaron el *Day-Dawn* de Crosier, por un corto período. Pero en 1849 comenzaron a publicar un periódico propio, *Present Truth*, que pronto fue reemplazado por la *Review & Herald*. Los creyentes mandaban por correo cartas y artículos a Jaime White, y se animaban al leer acerca de la fe y la experiencia de otros creyentes, publicadas ahora en su propio periódico.

Esto constituía suficiente aglutinante para mantenerlos unidos mientras eran solamente unos pocos centenares, y no tenían ninguna institución; pero en la década de 1850 adquirieron una casa editora, y su número se expandió tal vez de unos doscientos a unos tres mil, un aumento de casi treinta por ciento por año; o sea, aproximadamente seis veces el que se registró en la década de 1970. En verdad, parecen haber aumentado a unos dos mil en los primeros dos años de la década,³ una increíble proporción de más de doscientos por ciento por año, aunque ésta quedó desgraciadamente reducida por algunas apostasías y separaciones en los años siguientes.

Con este crecimiento numérico vino también la expansión geográfica a Michigan, Illinois, Wisconsin, y al este y oeste de Canadá; y también se produjo un salto a la dorada California. Inevitablemente, las condiciones que se desarrollaron requerían elementos de organización adicionales y más avanzados. También muchas personas que no habían sido milleritas y que, por lo tanto, no tenían temor a la organización de la iglesia, se unieron también al movimiento.

En noviembre de 1851 se envió un informe a la *Review* desde la cuna del adventismo observador del sábado, Washington, New Hampshire, dando cuenta que "se había elegido una comisión de siete (véase Hechos 6) para atender las necesidades de los pobres".⁴ Los creyentes de Washington no permitieron que su temor a la organización les impidiera realizar su deber cristiano para con los que eran menos afortunados. Pero no se atrevieron a llamar "diáconos" a los siete hombres. ¡Después de todo, el capítulo 6 de los Hechos no usó el término "diáconos" tampoco! Sea como fuere, poco tiempo después empezaron a aparecer informes de otros lugares acerca de la ordenación de hombres para la tarea de diáconos. Por ejemplo, de Fairhaven, la ciudad de José Bates.

Más significativa todavía que la ordenación de diáconos es la de ministros. Con el incremento extraordinario de miembros vino un aumento correspondiente de hermanos que predicaban: hermanos que daban conferencias, hermanos que viajaban, hermanos mensajeros, o misioneros, o de cualquier otra manera que fueran designados. Aparecen nombrados más de 45 en la *Review* entre 1852 y 1853, un poco más que dos por ciento de la feligresía. Siendo que no había un cuerpo oficial para "llamar" a los hombres, todos eran voluntarios. Muchos de ellos, como Hiram Edson, predicaban en tiempo frío, y en la estación más templada trabajaban para ganarse la vida. Mucho de su esfuerzo espiritual lo empleaban, no para

confirmar a los fieles, sino en favor de los observadores del domingo, interesados en el mensaje del tercer ángel por los observadores del sábado. Viajaban de aquí para allá, desde Maine hasta Wisconsin, respondiendo a llamados publicados en la *Review*, que hacían hermanos laicos activos o solitarios localizados en lugares aislados. Durante un fin de semana o durante una semana o dos, posiblemente realizaban un bautismo de tres o cuatro en un río o un lago, y luego continuaban viaje para responder a otro llamado.

Algunos de estos hombres habían sido ordenados al ministerio por las iglesias a las cuales habían pertenecido antes. Por ejemplo, Federico Wheeler, José Baker, M. E. Cornell, Juan Byington y Jaime White. Otros, tal vez la mayor parte, eran miembros laicos dedicados, como J. P. Kellogg, Otis Nichols, H. S. Gurney, Stockbridge Howland, y muchos más. Pocos hombres, aun de los ordenados, recibieron una educación formal; y no todos continuaban mucho tiempo en sus esfuerzos. El cordial Hno. E. L. H. Chamberlain demostró ser un mejor mezclador de pinturas que un pastor, y después de probar su talento por un tiempo, por sugerencia de Elena de White se retiró para continuar con su oficio anterior.

Se entendía generalmente que nadie podía "celebrar las ordenanzas de la casa del Señor", es decir, presidir la cena del Señor y realizar el bautismo por inmersión,⁵ sin haber sido primeramente ordenado. Esto, por supuesto, era un serio obstáculo para el interés que se iba extendiendo rápidamente entre vecinos y amigos.

La primera ordenación conocida de un pastor por los adventistas del séptimo día —una ocasión más bien informal según las normas establecidas más tarde—, ocurrió en East Bethel, Vermont, durante el verano de 1851. La Hna. F. M. Shimper informó más tarde a la *Review*⁶ que el Hno. Washington Morse había sido "puesto aparte" por la imposición de manos, para que realizara la administración de las ordenanzas de la casa de Dios". Aparentemente, esta ordenación fue realizada por Jorge Holt, que había sido ministro ordenado en su anterior denominación.

Una ordenación mucho más formal⁷ ocurrió el lunes 5 de septiembre, dos años más tarde, en lo que se conoció como la "Conferencia de Potsdam", debido a que se realizó en Bucks Bridge, distrito de Potsdam, del condado de St. Lawrence, Nueva York. Juan Byington preparó un lugar sombreado frente a su casa para acomodar a unas trescientas personas para una reunión que se realizaría el "primer día" (domingo), a la cual se había invitado a la gente. El y su esposa se sintieron recompensados por su trabajo cuando ochenta creyentes asistieron el sábado, incluyendo dos hermanas que recorrieron más de cien kilómetros en carruaje privado, y más tarde informaron que habían sido bien alimentadas por la fiesta espiritual. Jaime y Elena de White vinieron de Rochester; pero, debido a que el pastor White estaba algo enfermo, dejó que el brillante joven Juan Andrews tuviera a su cargo la mayor parte de la predicación. El domingo por la noche realizaron un servicio a dos millas de distancia en Grass

River, en la Iglesia Wesleyana de Morley, donde los buenos wesleyanos se reunieron para escuchar la predicación sin ningún prejuicio contra Juan Byington por haberlos dejado un año antes para unirse al grupo adventista.

Pero el clímax vino el lunes de mañana, probablemente en el hogar de Byington. "Se hicieron observaciones con respecto a la importancia del orden en la iglesia", presumiblemente por parte de Jaime White, que con seguridad debe haberse sentido mejor entonces. Se presentó "un testimonio sencillo", presumiblemente por Elena de White. Lágrimas de arrepentimiento y de compañerismo rodaron por las mejillas. Y se realizó la ordenación de un dedicado obrero laico que tenía poco más de veinte años, Horacio W. Lawrence, de West Bangor, Nueva York. El Hno. Lawrence había sido bautizado en 1842 en la "Iglesia Cristiana", se unió con los milleritas en 1843, pasó por el chasco de 1844, obtuvo licencia de los adventistas del primer día como un exhortador, y luego fue rebautizado en el mensaje del sábado por José Bates. Probó ser un testigo laico muy efectivo, y aun ayudó a ganar a Juan Byington y a su esposa a la causa del sábado, lo cual resultó un gran premio a sus esfuerzos. Además, unas pocas semanas antes, arrebatado por un celo y un sentido de necesidad, había celebrado un bautismo y la cena del Señor en favor de algunos creyentes aislados sin haber sido ordenado.

Los que lo conocieron mejor estaban convencidos de que era tiempo de imponerle las manos. Los otros estuvieron de acuerdo. Y así, el pastor White escribió más tarde: "Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros apartar a nuestro querido Hno. Lawrence para la obra del ministerio evangélico, para administrar las ordenanzas de la iglesia de Cristo, por la imposición de las manos. La iglesia —agregó White— estaba unánimemente de acuerdo con esto".

De paso, al arrodillarse los hermanos dirigentes para la oración de ordenación —Juan Byington y H. G. Buck, ministros recientemente convertidos del wesleyanismo; Jaime White, ordenado en la Conexión Cristiana, y Juan Andrews—, nadie anticipaba que tres de ellos llegarían a ser los primeros tres presidentes de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día.

En ese tiempo no había Asociación General. No había siquiera Iglesia Adventista del Séptimo Día, estrictamente hablando.

Además del clamor por aumentar el número de obreros en el movimiento que crecía, otra crítica situación que también requería por lo menos una semejanza de organización era el manejo de la situación que planteaban una y otra vez los problemas en la iglesia y los apóstatas.

Rutinariamente Jaime White o algún otro dirigente reconocido atendía estos problemas cuando hacía sus visitas periódicas a las congregaciones donde vivían las personas que causaban perturbación. Las dificultades eran francamente discutidas con oración, y se tomaba un voto abierto. Luego la *Review* publicaba la noticia de que "los hermanos" en tal lugar "se sintieron llamados a retirar de la feligresía a una persona que ha caído en peligrosos

errores y los está enseñando"; o que en otro lugar "existía un estado de cosas más bien desfavorable como consecuencia de la influencia perniciosa de un profeso maestro a quien tuvimos necesidad de separar de la feligresía".⁸

Poco después que aparecían estos informes, podría aparecer también una confesión de la persona que había seguido una conducta pecaminosa, en esta forma: "Puedo decir libremente, que... (lo que hice) estaba equivocado. También ahora veo que yo tenía el privilegio, así como el deber, de haberme sometido a la voz de la iglesia". O algo semejante a lo siguiente: "Quiero decir que me siento muy agradecido por el espíritu bondadoso que habéis manifestado hacia mi indigna persona, después de haber agraviado al Espíritu de Dios, y haber traído reproche y haber dañado su causa... Confieso que soy culpable de esos errores... Lamento las pruebas que he traído a este pueblo".

Y con tales confesiones aparecía una tercera crónica posterior, de parte de los hermanos dirigentes, como la siguiente: "Por lo tanto esperamos que el Hno... será restaurado a la confianza de sus hermanos como si la prueba mencionada no hubiera existido".⁹

Para ayudar a mantener puro el movimiento, en otras ocasiones el Señor intervenía directamente. Retrocedamos, por ejemplo, al otoño de 1852. En septiembre, la *Review* se trasladó a una casa grande ubicada en Mount Hope Avenue, en Rochester. Juan Loughborough, que había sido un predicador adolescente en la Iglesia Adventista del Primer Día y ahora tenía veinte años, fue a la sala de culto de esa residencia para oír predicar a Juan Andrews (de 23 años de edad) acerca del sábado, y se convenció de su vigencia. Los White regresaron de un viaje a Maine el primer viernes de octubre. Al día siguiente, durante los servicios, Loughborough alegró los corazones de todos haciendo pública su resolución de observar el sábado como santo.

Oswaldo Stowell, que había aceptado el sábado en París, Maine, después de leer el mismo ejemplar del folleto de T. M. Preble que había convencido a Juan Andrews, estaba enfermo de pleuresía y escuchaba desde una pieza contigua.

Los médicos habían desahuciado a Oswaldo, pero éste pidió que los creyentes oraran por él. Al arrodillarse los hermanos junto a su cama, el pastor White lo ungió. En el momento de ponerse de pie, Oswaldo estaba sentado en la cama, y pellizcándose los lados del cuerpo que habían estado tan doloridos, mientras exclamaba: "¡Estoy totalmente sanado! ¡Puedo ir a manejar la prensa de mano mañana mismo!"

Elena de White permaneció sobre sus rodillas. Su esposo la estudió por un momento, y luego señaló: "Elena está en visión. Ella no respira mientras está en esa condición. Si alguno de Uds. desea plena satisfacción en este asunto, está en libertad de examinarla".

Estaba con sus ojos abiertos, mirando inteligentemente a objetos que solamente ella podía ver. Durante una hora y veinte minutos, todo el

tiempo que duró la visión, nadie pudo detectar la menor evidencia de respiración, aunque de vez en cuando pronunciaba palabras o sentencias en relación con lo que observaba. Su rostro tenía un color natural, y los movimientos que hacía con las manos y los brazos eran llenos de gracia.

Cuando terminó la visión, buscó a Loughborough, a quien conoció por primera vez la noche anterior, y le dijo algunas cosas con respecto a él mismo que él pensaba que nadie sabía.

Luego habló de alguien a quien no conocía. Dijo que estaba viajando lejos de su casa, testificando con énfasis acerca del cuarto mandamiento, pero violando el séptimo. Ocurrió que uno de los recientes conversos de Andrews estaba en Michigan en ese tiempo. Había sido siempre un esposo fiel y nadie suponía que la visión se refería a él.

Pero seis semanas más tarde, cuando este hermano regresó a su hogar, Elena de White lo reconoció al instante, reunió a varios hermanos en torno a él como testigos, y le dijo con todo fervor lo que Dios le había revelado, concluyendo con las palabras de Natán a David: "Tú eres el hombre".

Rápidamente el nuevo converso, que estaba en pecado, se arrodilló delante de su esposa, confesó con lágrimas que lo dicho era cierto, que era la primera vez que había ocurrido, y prometió sinceramente que sería la última.¹⁰

Pero si alguno de los problemas a que hacía frente la "manada esparcida" podían ser resueltos por las publicaciones semanales, las ordenaciones ocasionales, las excomuniones realizadas con oración, y las revelaciones tan oportunas, muchas otras cosas quedaban sin solución. Y así como Jaime White observó al comienzo de este capítulo, tarde o temprano los adventistas tendrían que dar al niño un nombre y organizar a la hermandad como iglesia.

Capítulo 18

Hay que darle un nombre al niño

Un día, después de pasar horas refregando su ropa en una tina de agua jabonosa caliente, cierta señora adventista de la aldea de Jackson, Michigan, tendía por fin su ropa lavada, cuando una vecina, que frecuentemente ventilaba sus amarguras contra los observadores del sábado, arrojó desde su ventana un balde de agua para salpicar barro sobre las ropas colgadas.

"¡Tú, ...tú, bruja!", gritó la señora adventista en un arranque de cólera y lágrimas, mientras arrancaba las ropas de la sogá para enjuagarlas de nuevo.

Los rumores del incidente se esparcieron; o mejor dicho, una versión diferente fue la que se propagó. En esos días simples, el buen nombre de la iglesia era de importancia primordial para todo miembro de la misma. Por consiguiente, se convocó a una reunión en la casa del herrero Dan Palmer, dirigente adventista local para considerar el caso de esta hermana. H. S. Case y C. P. Russell, dos de los numerosos ministros que en esos días habían empezado a trabajar por iniciativa propia, reprendieron severamente a la mujer y la acusaron de haber empleado una determinada palabra mala. Pero ella insistió enfáticamente que no había usado esa palabra.

Mentes más tranquilas pronto sugirieron que se tuvieran oraciones. Y mientras el grupo estaba de rodillas, Elena de White, que se había detenido en ese lugar con su esposo en camino al oeste, recibió una visión. Por invitación del pastor White, Russell y Case examinaron a Elena cuidadosamente hasta que se convencieron de que la experiencia era auténtica. Cuando terminó la visión, la Sra. de White relató que se le había revelado la verdad con respecto a la señora en cuestión, y que por cierto ésta había hecho algo malo. Después de relatar esta parte, descubrió que no podía recordar nada más.

Case y Russell estaban jubilosos. Enfáticamente declararon que tenían plena confianza en que la Sra. de White como profetisa tenía auténticamente un don del cielo. ¡Y exigieron que la desafortunada mujer confesara su falta!

El viernes de noche, durante el culto de familia realizado en otro hogar adventista, la misma visión le fue repetida a la Hna. White. El sábado de mañana, en la casa de Dan Palmer, la Sra. de White volvió a encarar este asunto. La mujer acusada hizo algo incorrecto, repitió, pero el Señor también le reveló que la hermana no había usado la palabra

específica que Case y Russell decían que había empleado. Dios le había mostrado, además, que él estaba profundamente disgustado por la falta de bondad manifestada por estos dos ministros, cuando, en cambio, deseaba compasión.

La reacción fue notable. La mujer derramó lágrimas, confesó lo que *había hecho*, y pidió perdón. Russell y Case, por otro lado, se quejaron indignados de las críticas injustificadas de la Sra. de White, y condenaron sus visiones y las declararon indignas de confianza.

Fue de esta manera como en junio de 1853 nació el primer movimiento disidente de los adventistas observadores del sábado.¹ Los dos hombres pronto iniciaron una publicación con la cual atacaron a los esposos White y a otros dirigentes. Y debido al título de esa revista, *Messenger of Truth* (Mensajero de Verdad), los seguidores de los disidentes se llamaron "los mensajeros", o el "grupo de los mensajeros".

Por ese tiempo, el pastor Jaime White se enfermó gravemente por exceso de trabajo. Parecía tan probable que iba a morir, que cuando se edificó su primera casita en Battle Creek, puso la escritura a nombre de su esposa.² El *Mensajero* se divertía con su enfermedad, citándola como una evidencia final de que Dios lo quitaría del camino.

Cuando Jaime leyó ese comentario carente de caridad, su fe revivió, y a semejanza del Wicléf de antaño, se sentó en la cama, y exclamó: "No moriré, sino que viviré, y declararé las obras del Señor, y aun podré predicar en el funeral de esa gente".³

Durante dos largos años los pastores leales sintieron que era su deber defender a los White y denunciar las acusaciones y ataques del *Mensajero*. Pero después de una visión que la Hna. White tuvo en Oswego, Nueva York, en junio de 1855, instruyó a los pastores leales a no contestar más los cargos, sino a dedicar su tiempo y energía a proclamar "la verdad, la verdad presente".⁴ Y en nombre del Señor prometió que si ellos obedecían estas instrucciones divinas, los dirigentes del movimiento disidente pronto empezarían a luchar entre ellos mismos, su revista expiraría y su movimiento se desvanecería. También prometió que cuando llegara ese tiempo, los adventistas (si seguían el consejo divino) hallarían que sus propias filas se habían duplicado.⁵

Por un tiempo parecía que sus palabras nunca podrían cumplirse, pues en la última parte de ese mismo año se formó un segundo grupo disidente bajo la dirección de J. M. Stephenson y D. P. Hall. La nota tónica de esas personas era que la oportunidad del hombre para la salvación continúa durante "la edad venidera" (esto es, durante el milenio), creencia que les valió la designación de "grupo de la edad venidera". Los dos habían sido ganados para el sábado por J. H. Waggoner, cuando éste caminó ochenta kilómetros con el expreso propósito de instruirlos acerca de la verdad.

Al principio, ambos habían condenado a Russell y Case en su *Mensajero del Error* por su "escandalosa... exposición" de doctrina.⁶ Pero después de un tiempo, descubrieron que concordaban con aquéllos en

rechazar la dirección de Jaime White y las visiones de Elena, y se unieron a ellos. El grupo del *Mensajero* parecía crecer en lugar de desintegrarse. Pero los hermanos obedecieron los consejos de Elena de White, y ese grupo (incluyendo el auxiliar "de la edad venidera"), se disolvió a su debido tiempo. Por su parte, el pastor White informó en la *Review* el 14 de enero de 1858 que las suscripciones habían aumentado en tres años de mil a dos mil.

El destino final del director del *Mensajero* fue sombrío. Encontrándose sin trabajo por haber perdido a sus lectores, fue a enseñar en una escuela para ganarse la vida. "Pero no habiendo aprendido a gobernarse a sí mismo, fracasó completamente en gobernar a sus alumnos". Enojado con un alumno insubordinado, lo amenazó con su revólver, y para escapar al linchamiento, huyó a lugares desconocidos.⁷

Otro movimiento disidente surgió en 1858, el cual, debido a su práctica, podría llamarse el grupo de "fumar y mascar". El uso de tabaco, aunque todavía no constituía una prueba de discipulado, era mal considerado por la mayor parte de los observadores del sábado. Sin embargo, unos pocos creyentes, de las vecindades de Otsego, Michigan, hallaron a un ministro a su gusto, llamado Gilberto Cranmer, que los animó a conservar ambas cosas, el sábado y el uso del tabaco. A semejanza del grupo del *Mensajero* y del grupo "de la edad venidera", también publicaron un periódico, *The Hope of Israel*, (La Esperanza de Israel), y negaron con vehemencia la inspiración de Elena de White. Al igual que los otros, también desaparecieron pronto del escenario.⁸

Para no volver a los movimientos disidentes por el momento, debemos agregar aquí que en 1856 el remanente de estos tres grupos recibieron algún refuerzo cuando los pastores B. F. Snook y W. H. Brinkerhoff fueron separados de las filas de la iglesia en la Asociación de Iowa. Estas dos personas querían una iglesia congregacional, independiente de la estructura denominacional, y se oponían con vigor al pastor White y señora. Debido a que establecieron su sede en Marion, Iowa, se conocieron como el "grupo de Marion". Pero Brinkerhoff pronto reasumió su trabajo de abogado, y Snook se volvió universalista. El movimiento todavía existe bajo el nombre de Iglesia de Dios del Séptimo Día (Denver, Colorado).⁹

Loughborough oyó la curiosa, pero no imposible versión de que los cuatro separatistas imprimían sus periódicos en la misma pequeña prensa manual. Según esa leyenda, cada grupo sucesivo la compró a su predecesor.¹⁰

El cuerpo principal de creyentes no tomaba ninguna sanción legal ni económica contra los que deseaban separarse. Difícilmente podrían imponerla aun cuando lo hubieran querido. Pero había algunas implicaciones administrativas que difícilmente podrían pasarse por alto. Los dirigentes de estos diversos grupos disidentes habían llegado a ser bien conocidos por medio de la *Review* durante la época en que fueron leales,

y ahora se hacían pasar por firmes sostenedores del movimiento. ¿Quién podía probar que no lo eran?

Por otra parte, en 1854, en una ocasión en que una gran concurrencia en un ciclo evangelístico sobrepasó la capacidad del edificio de la escuela donde predicaba Juan Loughborough, surgió la idea de usar una carpa. Los miembros laicos locales de inmediato reunieron el dinero, y Merritt Cornell tomó el tren y pocos días después regresó con una. Pronto los creyentes de varios estados unieron sus recursos para comprar "tiendas o carpas del estado", para que las usaran los predicadores itinerantes en sus respectivas zonas, y tanto la asistencia como los bautismos aumentaron de una manera animadora. En Wisconsin, los descontentos ministros de los grupos "de la edad venidera" y "mensajeros" se apropiaron de la "tienda del estado" para su propio uso. *¿Y quién había allí para decirles que no podían hacerlo?*

Había, además, otros problemas que requerían una organización central. El único medio unificador regular y confiable era la *Review*. Si un ministro se sentía impresionado a viajar a cierto punto, anunciaba sus planes en el periódico de la iglesia. Cuando aparecían los números subsiguientes, pedía prestados los ejemplares de cualquier creyente en cuya casa posaba para tomar nota de las respuestas de personas que vivían en la zona a la cual se dirigía. Estas cartas le indicaban dónde eran más necesarios sus servicios, y dónde existía la mayor probabilidad de éxito.

Por otra parte, si los creyentes de un punto determinado deseaban la ayuda de cierto pastor, se lo comunicaban por medio de la *Review*. La siguiente noticia, por ejemplo, apareció en el número del 21 de enero de 1858:

"¿No pueden el Hno. White y señora, los Hnos. Loughborough y Waggoner, o algún otro, comprometerse para dirigir una reunión en Gilboa (Ohio), y anunciarlo en la *Review*? Hemos esperado este anuncio en cada correo por seis semanas. ¿No tiene alguien compasión de nosotros? —T.J.B."

No sin razón los ministros eran denominados "hermanos viajeros". En barcos fluviales y en tren, por caminos de troncos y senderos helados, muchos de ellos cabalgando y a veces andando a pie viajaban en una y otra dirección, desde Maine hasta Minnesota, creyendo que eran guiados por el Espíritu Santo. Y sin duda alguna a menudo lo eran. Pero "Dios no es Dios de confusión" (1 Corintios 14:33).

Ansiosos de terminar la obra, los hombres aceptaban un llamado urgente tras otro apresurándose de pasar de un estado al otro, sin asegurarse primero si los nuevos creyentes estaban suficientemente cimentados, o si otro pastor, que ya trabajaba en las inmediaciones, podía atender la necesidad más eficientemente. Además, junto con los hombres que en verdad habían sido llamados por Dios, existían, como hemos visto, otros pastores designados por sí mismos, cuyas labores eran infructuosas

y aún peor. Y había también hombres inexpertos que necesitaban consejo y orientación especial para ayudarlos a madurar.

Se necesitaba una dirección central para tomar decisiones respecto al más eficiente empleo de los obreros o, para usar una buena expresión adventista, para lograr "la distribución más favorable del trabajo".

Otro serio problema era proporcionar un sueldo a los pastores. En una cultura esencialmente agrícola, la mayor parte de los miembros disponían de poco dinero efectivo. Algunas personas abnegadas hacían sacrificios desproporcionados. Sara Harmon, en una ocasión, dio cinco semanas de trabajo a razón de un dólar por semana, para ayudar a financiar los viajes de José Bates. Kellogg vendió una granja, en tanto que Edson en distintas ocasiones, vendió dos granjas y un rebaño de ovejas para ayudar a esparcir el mensaje. Pero muchos miembros se contentaban con dejar que los ministros hicieran el sacrificio, y si les daban algo, generalmente consistía en productos de granja o, tal vez, algún traje usado. Muchas veces no daban absolutamente nada.

Un concepto sutil y egoísta era disfrazado en aquellos días como verdad bíblica. Debido a que Jesús había contrastado al verdadero pastor, que da su vida por las ovejas, con el pastor que huye cuando viene el lobo, muchos cristianos de las diferentes denominaciones justificaban su falta de generosidad con el argumento de que la iglesia no podía ser servida por un ministerio a sueldo.

En consecuencia, la mayoría de los pastores tenían que trabajar para ganarse la vida, aparte de la predicación y la visitación. Algunos dependían del trabajo que podían conseguir por pocos días en uno u otro lugar. Otros, de sus granjas, y viajaban cortas distancias para predicar cuando estaban libres, para luego volver a trabajar para su sustento. Esta era una situación que Loughborough asemejaba despectivamente a la de un caballo maneado.¹¹

En 1855, Juan Andrews, que no tenía mucho más de veinte años, se encontró tan exhausto por tener que trabajar para ganarse la vida mientras predicaba y escribía que casi se quedó ciego, y por poco perdió la voz. Su familia esperaba para él una muerte prematura. Se retiró a Waukon, Iowa, donde una comunidad de creyentes adventistas provenientes del oeste, estaba cultivando el rico suelo de la pradera.

Juan Loughborough, su converso y estrecho colaborador, también se desanimó un año más tarde, y se trasladó a la misma localidad, y para su propia sorpresa se convirtió en un "caballo maneado".

Loughborough y María, su esposa, merecen nuestra simpatía.¹² Ambos contaron el costo antes de entrar en el ministerio. Poco después de aceptar el sábado, Juan sintió un insistente llamamiento a predicar. Pero sabía que esto le acarrearía tiempos duros, y esa era una época en que le iba realmente bien vendiendo cerraduras de ventanas. Sus ahorros ascendían a treinta y cinco dólares, el equivalente a un sueldo de seis o siete semanas, pues un operario ganaba un dólar por día. Al resistir el llamado, vio

declinar precipitadamente sus ventas, hasta que en unas pocas semanas quedó con una simple moneda. Cayendo de rodillas ante Dios, confió su futuro a la voluntad divina, y se levantó en paz.

Poco tiempo después, cuando María pidió dinero para comprar hilo de coser y fósforos, su esposo le pidió que comprara solamente un centavo de cada cosa y que le trajera el vuelto, para no quedar completamente desprovisto de dinero, y de inmediato le entregó una moneda de plata de tres centavos. (Tales monedas se acuñaron en Estados Unidos desde 1851 hasta 1873.)

—¿Qué vamos a hacer, Juan?" —le preguntó ella en tono quejumbroso.

—Entrar en el ministerio y confiar en el Señor —contestó su esposo.

Entonces la Sra. Loughborough, a semejanza de la Sra. Bates unos pocos años antes, en una situación similar, se retiró para llorar.

Pronto Juan oyó a su esposa salir de la casa; y mientras ella estaba ausente, un extraño apareció en la puerta, se presentó y le preguntó si podía proporcionarle cerraduras de la marca que él vendía por un monto de ochenta dólares.

¿Podía él hacerlo? ¡Por supuesto que sí!

Cuando María volvió, encontró a su esposo cantando. Su ganancia neta, a razón del 33 por ciento de comisión, ascendió a veintiséis dólares. Desde ese momento, ella estaba lista para ir con él a cualquier parte, y confiar en el Señor.

O, por lo menos, casi dispuesta. La esposa de ministro, que permanece en casa mientras su esposo viaja por semanas, no ve, como él, almas salvadas del pecado. Y a menudo le es difícil emular su consagración. María era bien leal, es cierto, pero la suerte de una esposa de ministro le iba pareciendo cada vez más difícil de soportar. Y cuando, después de tiempos particularmente duros, ambos se enteraron de las familias adventistas que se habían trasladado a Waukon para testificar con el ejemplo, mientras ganaban buen dinero para donar a la causa, ella al punto estimuló los anhelos que Juan tenía de unirse a ellas.

Pero el invierno llegó temprano ese año (1856), haciendo imposibles los trabajos de granja cuando llegaron. Y al descubrir que no había casi pecadores cercanos a los cuales dar el mensaje en la solitaria pradera, y que aun los santos, no importándoles los sacrificios, disputaban el uno con el otro, se entregó a trabajos de carpintería y comenzó a orar, con la conciencia atribulada, por una forma decente de salir de la situación.

El pastor White y su esposa estaban en Round Grove, Illinois, a unos trescientos kilómetros al sur, cuando en visión se le mostró a Elena la condición en que estaban los hermanos de Waukon. La reacción de ambos fue salir enseguida en esa dirección para ayudar. Pero el frío que a destiempo había limitado los cultivos de Iowa, había congelado también el norte de Illinois, seguido por un deshielo. Las fuertes lluvias de Iowa habían convertido los caminos en lodazales. Con fe, oraron por dirección

divina. Pronto la lluvia se convirtió en nieve, congelando las lodosas carreteras, y haciéndolas transitables para trineo. "Aquí está nuestra señal —exclamó Elena—. Dios quiere que vayamos". Y salieron.

Entre la nieve que caía y flotaba emprendieron el viaje acompañados de Josías Hart y Elon Everts, dos ministros que White había ordenado junto con Andrews tres años atrás en el hogar de los Everts. La nieve se transformó en lluvia. Comenzó un nuevo deshielo. El hielo que cubría los ríos se debilitó. Repentinamente oyeron la advertencia: "¡No intenten cruzar el Mississippi!"

Una vez en la orilla del río, el Hno. Hart enfiló los caballos, se irguió en el trineo, levantó su látigo hacia el cielo, y exclamó: "¿Hacia Iowa o de vuelta a Illinois? Hemos llegado al Mar Rojo. ¿Cruzamos?"

La Sra. de White respondió: "Ve adelante, confiando en el Dios de Israel!"

Jaime White también apoyó lo dicho: "¡Sí, adelante!"

Durante todo el cruce continuaron orando. Las aguas heladas, de unos treinta centímetros por encima del hielo inseguro que estaba debajo, formaban remolinos alrededor de ellos. En cualquier momento podían hundirse. Una multitud de personas se reunió en la orilla opuesta para ver la escena. Pero, a semejanza de Israel en el Mar Rojo, los viajeros cruzaron a salvo.

La temperatura bajó de nuevo. Elena abrazó su manto de piel de mapache, y por cuatro días sucesivos hicieron frente a los vientos helados en su trineo abierto. Por la noche, en un hotel de la frontera, colgaron sus diagramas y cuadros en el salón de entrada y predicaron el mensaje a un público atento. Y el miércoles llegaron a Waukon.

La recepción que se les tributó fue casi tan fría como el tiempo. Los hermanos sabían por qué habían venido. *Para producir un reavivamiento*. Para restaurar su dedicación cristiana, para reencender su piedad primitiva. Hasta Loughborough resultó chasqueado por la respuesta a su oración. No había esperado que la Hna. White llegara en forma imprevista en un trineo mientras él trabajaba en una escalera, para escuchar las angustiosas palabra del llamado: "¿Qué haces aquí, Elías?"

Pero Jaime y Elena convocaron a una reunión y más tarde a otras en una serie que duró una semana. Los rumores habían hecho su obra funesta, y los Hnos. White pacientemente contaron el otro lado de la historia, hasta que todo el mundo quedó satisfecho. Noche tras noche los viejos himnos adventistas hicieron revivir recuerdos queridos. El estudio enfocó por fin la promesa de Cristo a la tibia Laodicea: "Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él". Después de una visión oportuna, Elena pronunció las palabras casi increíbles de un Dios lleno de misericordia: "Volveos a mí y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos, y os sanaré de todas vuestras rebeliones".

Tal bondad fue excesiva para María Loughborough. "Hno. y Hna. White —exclamó ella mientras sollozaba—, yo pensaba que nos habíamos

apartado a donde no podrían encontrarnos; pero estoy contenta de que hayan venido... ¡Dios me perdone... Abro las puertas de mi corazón. Señor Jesús, ven a nosotros!" Se hicieron confesiones, se presentaron disculpas, y la reunión continuó hasta pasada la medianoche.

La buena obra comenzó al día siguiente. María habló a algunos otros, y éstos a otros. Por fin, Juan Loughborough se puso de pie. "Yo he abandonado mi martillo —anunció—. ¡Ya he puesto el último clavo! De aquí en adelante mi mano manejará la espada del Espíritu y nunca la abandonaré. ¡Ayúdame, pues, Dios mío!"

Cuando los Hnos. White salieron de Waukon, lágrimas de afecto humedecieron todas las mejillas.

Dejando a María por un tiempo con algunos amigos, Loughborough regresó a Illinois con Hart, con Everts y con los White, e inmediatamente asumió sus responsabilidades —no ya como un caballo maneado— realizando reuniones evangelísticas en un lugar tras otro. Nunca abandonó otra vez el ministerio hasta su muerte en 1924. Tampoco lo abandonó María. Juan Andrews se reconstituyó al ministerio, pero podía predicar sólo unos pocos meses durante el año, hasta que recuperó su salud. Mientras tanto, la señorita adventista con la cual se casó en Waukon, Angelina Stevens, una amiga de la niñez, indudablemente hizo todo lo que pudo para mejorarlo.

Pero el pago a los ministros siguió siendo el mismo problema, o más bien empeoró. Una cosecha excepcionalmente buena que vino en 1857, sumada a una depresión nacional, abarató los precios hasta el punto de que casi no podía lograrse efectivo. En abril de 1858, mientras Andrews y Loughborough residían temporalmente en Battle Creek, Andrews dirigió una clase bíblica en la casa de Loughborough para estudiar las Escrituras, a fin de descubrir alguna luz con respecto al sostén del ministerio. A la Hna. White se le había mostrado en visión que la Biblia contenía ese plan, y ellos se habían propuesto encontrarlo.

El plan que descubrieron en ese tiempo se basaba en una combinación de textos del Antiguo Testamento sobre el diezmo y 1 Corintios 16:2: "Cada primer día de cada semana [es decir, regularmente] cada uno de vosotros [individualmente]" dé "según haya prosperado [proporcionalmente]". Llamaron este plan "benevolencia sistemática". Al finalizar el sábado 29 de junio de 1859, los hermanos se reunieron en la pequeña iglesia donde estaba la sede central y votaron recomendar que "cada hermano de 18 a 60 años de edad aparte el primer día de cada semana de cinco a veinticinco centavos", cada hermana de la misma edad, de dos a diez centavos; y que cada hermano y hermana, "dé de uno a cinco centavos por cada cien dólares de propiedad que posea". El dinero así acumulado sería usado por las congregaciones locales, mayormente para ayudar a los ministros cuando llegaban para predicar, y cuando realizaban reuniones evangelísticas en las vecindades.

Durante años, la "benevolencia sistemática" fué llamada por sus iniciales en inglés, "S.B.", o en forma más afectuosa, como "sister Betsy". Este método fue designado en forma menos exacta como sistema de "diezmo".

Los adventistas no perfeccionaron su concepto del sostén del ministerio sobre la base de un diezmo completo, sino hasta veinte años más tarde. Sin embargo, la benevolencia sistemática fue un paso valioso tomado en la debida dirección. La dadivosidad sistemática ha permitido que la Iglesia Adventista realizara una gran obra por todo el mundo.

Lo dicho hasta aquí, ¿da la idea de que la organización beneficia sólo a los ministros? Si el lector se ha formado esa idea, consideremos un poco más el problema. Los ministros son llamados para servir a los miembros laicos y a ganar a los perdidos. Pero, ¿cómo pueden servir y al mismo tiempo vivir, si no tienen un sostén? Les resultaría imposible hacerlo. ¿Cómo pueden los miembros confiar en ellos, si no están seguros de que representan la fe común? ¿Y cómo puede la gente sentirse libre de dar para la obra si conductores independientes pudieran a voluntad marcharse con la propiedad que pertenece a todos?

En verdad, fue el problema de la tenencia legal de las propiedades lo que finalmente persuadió a los miembros a decidirse en favor de una organización central. Los adventistas, durante la década de 1850 tenían tres clases de propiedades: carpas "de estado", unos pocos edificios de iglesia, y la casa editora de Battle Creek, incluyendo el papel, los libros y la maquinaria que se usaba en la misma.

Hablando con mayor precisión, la iglesia como tal no era dueña de ninguna de estas cosas.

Ya vimos cuán fácilmente un falso ministro podía apropiarse de una carpa de reuniones. En cuanto a las iglesias, éstas no pertenecían a las congregaciones que las edificaban y las pagaban, sino al miembro a cuyo nombre estaban registradas. Durante el movimiento millerita, dos miembros que tenían propiedades a su nombre apostataron, y una de las casas de culto llegó a convertirse en un galpón para depósito de vinagre! La propia iglesia de Battle Creek estaba situada en la propiedad privada de E. T. Belden. A los que todavía se oponían a la organización de la iglesia, Jaime White les decía que esa casa de culto podría llegar a convertirse en un depósito de vinagre.

Pero era la casa editora lo que más preocupaba a los White. Constituía la única institución adventista. El evangelismo de la iglesia dependía de los libros y periódicos que ella producía; y el movimiento entero estaba unificado en base a su revista mayor, la *Review & Herald*. Sin embargo, la empresa en su totalidad, el edificio, los libros, el papel y la maquinaria, eran desde el punto de vista legal, propiedad personal de los White.

El Hno. White lo sabía, y a él no le gustaba la idea. Por su propia iniciativa, en 1855 la imprenta pasó a depender de una comisión de publicaciones. Algunas decisiones mayores con respecto a su

funcionamiento —tales como la compra, en 1857, de una prensa a vapor Adams—, se habían tomado en una "asociación general" a la cual fueron invitados miembros de todas partes.

En una reunión de septiembre de 1860, White recordó a los hermanos nuevamente que "la propiedad que ha sido donada... la he considerado siempre como propiedad de la iglesia. Pero yo soy el único propietario legal de la misma, y estoy muy ansioso de pasarla a disposición de los dirigentes que elijáis, quienes la poseerán y la administrarán legalmente".

¿Qué hubiera ocurrido si el Hno. White hubiera muerto repentinamente? El estado de Michigan habría conservado la custodia de todas las cosas, por lo menos hasta que Enrique White, que tenía trece años en 1860, cumpliera 21 años. Pero para entonces, él concebiblemente podría haber abandonado la fe, llevándose consigo la imprenta; o podría haber muerto, complicando las cosas de diferente manera. Lo que resultó en realidad fue que Enrique murió cuando tenía 16 años.

La solución lógica era establecer una corporación legal con personería jurídica.

¿Una corporación legal? En aquellos días pretéritos, cuando la *Review* era un tipo de carta familiar, el pastor R. F. Cottrell, precisamente el consagrado hermano que objetó la idea de "hacernos un nombre", sometió para su publicación un ensayo sereno, pero devastador, en el cual argüía que una corporación legal implicaría una dependencia tan grande del gobierno que equivaldría a unir la iglesia con el estado, y haría del adventismo tan ciertamente una Babilonia que proporcionaría un trono en el cual se sentaría algún día el hombre de pecado.

Cottrell bien pronto se retractó de ambos puntos, admitiendo virilmente que los argumentos eran traídos de los cabellos; pero se requirieron meses de penoso esfuerzo de Jaime White, José Bates, Juan Loughborough, Merrit Cornell y otros, para desbaratar el daño que Cottrell había causado en la mente de muchas personas.

El pastor White se había propuesto proteger la propiedad adventista conservándola para todos los adventistas. Ocurrió, pues, que cerca del fin de septiembre de 1860, un grupo de dirigentes y miembros laicos se reunieron convocados por él, en el edificio de la iglesia de Battle Creek —el segundo, a nombre de S. T. Belden— y discutieron el asunto con franqueza por tres días. "No estamos con tal premura —explicó White— que no podamos escuchar las razones de los que objeten". Por otra parte, a fin de lograr unanimidad por el campo, el estudio fue publicado en la *Review* del 9, 16 y 23 de octubre de 1860.

Casi al comienzo, Juan Andrews hizo lo que otros habían sugerido los meses anteriores, pero que ninguno había articulado tan bien.

Expuso que no necesitábamos organizarnos legalmente como iglesia para poseer propiedades, y propuso que se nombraran representantes para formar una "asociación" que pudiera recibir personería jurídica. Añadió que esto estaba de acuerdo con el orden evangélico, porque los primeros

cristianos nombraron una comisión de siete para que velara por los asuntos administrativos. Podría haber indicado, también, que las asociaciones evangelísticas y de beneficencia, estructuralmente separadas de las denominaciones, eran algo común en el cristianismo contemporáneo norteamericano.

La distinción que hizo Andrews, de paso, resultó de ayuda permanente. Las propiedades de la iglesia que están en el territorio de una asociación adventista local, aun hoy técnicamente no son propiedad de la asociación, sino de una asociación legal con personería jurídica.

Después de dos días de discusión, se acordó aprobar un estatuto sencillo para una asociación publicadora (que todavía no tenía nombre). Pero bajo las leyes del estado de Michigan, no podía constituirse ninguna asociación innominada. De esta manera, debía encararse en última instancia este asunto, lo cual indujo a Jaime White a hacer sus memorables observaciones sobre lo embarazoso de tener un hijo para el cual no se había elegido un nombre.

Y ocurrió lo inevitable. La comisión votó que debían adoptar un nombre. ¿Pero cuál?

Algunos recomendaban "Iglesia de Dios", mientras otros alegaban que eso sonaba a pedantería. Se propuso "Iglesia Adventista del Séptimo Día".

De paso, los laicos se destacaron entre los 19 miembros conocidos de esta comisión que hizo época. Fue un hermano laico, Esdras Brackett, el que presentó la primera moción al mismo comienzo: "Quiero proponer que la Iglesia se organice". Fue otro laico, David Hewitt, el que al final presentó la propuesta siguiente: "Acordado, que adoptemos el nombre de Adventistas del Séptimo Día". "Adoptar un nombre", sin embargo, sonaba como a "hacerse de un nombre", y a fin de respetar aun los inescrutables escrúpulos de los que todavía no estaban convencidos, esta moción se cambió por la siguiente resolución: "Que nos llamemos Adventistas del Séptimo Día".

El progreso desde la etapa monumental de organizar y ponerle un nombre a la Asociación Publicadora Adventista del Séptimo Día hasta una organización total de la Asociación General, fue un proceso relativamente sencillo, aunque no del todo incuestionable. En los primeros meses de 1861 los dirigentes reunidos en Battle Creek recomendaron que las diversas congregaciones diseminadas por todas partes se organizaran bajo el nombre de "adventistas del séptimo día". En octubre de 1861 se dieron los pasos iniciales para la formación de una asociación en Michigan, con el nombramiento de una junta directiva presidida por José Bates.

Durante 1862 las congregaciones de varios otros estados formaron asociaciones locales. Michigan completó su propia formación en octubre de 1862, en la Iglesia de Monterrey, eligiendo a un hermano laico, Guillermo S. Higley, como su primer presidente.¹³

Finalmente, en mayo de 1863 los delegados de las nuevas asociaciones se reunieron en Battle Creek y redactaron un estatuto sencillo para la Asociación General.

Con mucho entusiasmo se eligió a Jaime White como primer presidente de la Asociación General. Pero declinó la aceptación del cargo. Desde 1850 había predicado, escrito, argüido y rogado en favor del "orden evangélico". Había sido tan prominente en la campaña que pensó que el aceptar la presidencia podría inducir a algunos a poner en tela de juicio sus motivos. (Dos años más tarde, en 1865, aceptó la responsabilidad. En total sirvió como presidente de la Asociación General por diez años, desde 1869 hasta 1871, y desde 1874 hasta 1880.)

En vista de la declinación de White, fue elegido Juan Byington, quien así llegó a ser el primer presidente de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Fue en su hogar de Bucks Bridge, Nueva York, donde se ordenó a Horacio Lawrence. Byington había servido a la Iglesia Metodista como dirigente en varios cargos, y luego a los wesleyanos (los metodistas abolicionistas) como ministro y constructor de iglesias. En 1852 aceptó el adventismo por la lectura de la *Review*, y más tarde construyó uno de los primeros edificios de iglesia levantados por los adventistas. Ayudó a su hija Marta en sus tentativas de fundar una escuela diurna para niños adventistas. En 1858 se trasladó a Battle Creek y viajó extensamente como ministro de sostén propio. Después de su elección para desempeñar la presidencia continuó viajando extensamente, predicando y bautizando, durante sus dos términos de un año cada uno. "Nadie conoce Michigan —decía la gente— como el padre Byington".

Además de aprobar un estatuto y elegir a un presidente y otros dirigentes, la primera sesión de la Asociación General también estableció un procedimiento para pagar a los ministros un salario regular —alrededor de cinco dólares por semana— mediante la benevolencia sistemática. Votó que los pastores llevaran consigo una credencial oficial que los identificara como portavoces del movimiento. También que ningún ministro debía viajar de una asociación a otra meramente por su propia decisión o a pedido de una iglesia local. Las invitaciones debían ser procesadas por las asociaciones implicadas.

Por lo tanto, las iglesias ya no corrían peligro de convertirse en depósitos de vinagre. Los ministros estaban en condiciones de dedicar su tiempo total a la causa. Las congregaciones podían determinar con facilidad si un pastor visitante era un ministro adventista auténtico o un portavoz de puntos de vista individuales. Los pastores ahora estaban en condiciones de ahorrar mucho tiempo y energía trabajando en zonas especificadas más bien que viajando interminablemente por todas partes del campo. Los miembros locales podían apelar a una autoridad más alta si creían que sus iglesias locales los habían tratado injustamente. Y, por fin, cada uno sabía quién era. Podía decir con confianza: "Yo soy un adventista del séptimo día".

Capítulo 19

¡Laodicea!

Aunque parezca extraño después de todo lo que hemos visto hasta ahora, los adventistas del séptimo día adoptaron un nombre cuatro años antes de la mañana de octubre de 1860 en que David Hewitt propuso ese nombre. Fue en octubre de 1856; y tomaron ese nombre directamente de la Biblia. El relato de lo que pasó tiene relación con los adventistas de hoy.

Desde el propio comienzo, como hemos observado, los adventistas observadores del sábado se consideraron a sí mismos como un pueblo con un propósito, un movimiento con un destino. Creyendo, como creían, en base de su experiencia y de la profecía, que tenían la verdad presente para los últimos días, llegaron a la razonable conclusión de que eran la verdadera iglesia para los días finales de la historia del mundo. Eran el Israel espiritual en un desierto moderno, que marchaba del Egipto de "Babilonia" hacia el nuevo mundo en ocasión de la segunda venida, restaurando en su camino el verdadero sábado como lo hizo el Israel de antaño en el Monte Sinaí. Eran el profeta Elías, cuya venida prometió Malaquías "antes que venga el día de Jehová, grande y terrible", para restaurar la lealtad a ley de Dios sobre el Monte Carmelo del cristianismo apóstata. Eran la sexta iglesia del Apocalipsis, "Filadelfia", la iglesia del amor fraternal.

Exaltaba un concepto atrevido. Muchas cartas que llegaban a la *Review*, escritas por miembros laicos aislados, reiteraban las alabanzas por la clara luz de la verdad. En esos tiempos pretéritos, una gran cantidad de los habitantes de los Estados Unidos sentían que debían observar un día de reposo, aun cuando la mayor parte no lo hacía. Una vez que se disipó el prejuicio relativo al chasco del adventismo, los conversos aflúan al seno de la hermandad. Jaime White hizo una estimación entusiasta, y dijo que la feligresía había crecido desde un puñado hasta dos mil en los dos primeros años de la década de 1850.

Hablamos acerca de este crecimiento en el capítulo 17. Ahora necesitamos examinar la pérdida espiritual que estaba asociada con él. "Es evidente —declaró Jaime White en un editorial unos pocos años más tarde— que con el incremento numérico... no se ha producido un crecimiento en la consagración o en los dones del Espíritu".²

Hasta algunos ministros ordenados abandonaron su trabajo para dedicarse a tareas de granja; entre ellos, Washington Morse y Horacio Lawrence. Estimulados por el materialismo de algunos de sus dirigentes, muchos miembros se preocupaban por sus asuntos comerciales e ignoraban

a los demás hermanos o desarrollaron sospechas mutuas. Grupos levantados por evangelistas tendían a deshacerse. Los folletos y libritos se apilaban en la oficina de la *Review* por falta de personas que los distribuyeran. La casa editora tenía fuertes deudas, y a pocos miembros parecía importarles esto. ¡Nadie comecía un asesinato ni asaltaba un banco! Pero como pueblo que se preparaba para la traslación y profesaba guardar un día como santo, se hallaba en una condición lamentable.

Sin darse cuenta, Jaime White mismo era parcialmente responsable de ello. Acosado por la crítica de que las doctrinas que enseñaba eran el producto de la imaginación de su señora, virtualmente cerró las columnas de la *Review* a las producciones de su pluma. Su propósito era bien noble. Quería que los creyentes en perspectiva reconocieran que el sábado, el santuario y el sueño de los muertos eran doctrinas bíblicas. Al mismo tiempo, al ser poco apreciadas, las visiones de Elena de White se hicieron menos frecuentes, y la iglesia quedó mayormente privada de sus profundos llamados espirituales.

Después de mudarse de Rochester a Battle Creek, los hermanos locales llamaron a una conferencia en su pequeña "Casa de Oración", y confesaron su pecado al respecto. Firmaron sus nombres al pie de una confesión para la *Review*, y acordaron sufragar el costo de publicar los consejos corrientes de Elena de White. De esta manera llegó a la existencia el primero de los testimonios, titulado "Testimonio para la Iglesia" No. 1. Apareció en la última parte de 1855 en forma de un folleto de 16 páginas, que en el medio siglo siguiente fue seguido por 36 otros testimonios, los cuales hoy en día están encuadrados en nueve tomos familiares.

Ahora bien, en el libro del Apocalipsis, Juan fue inspirado a escribir una carta a cada una de las siete iglesias que representaban siete fases o siete períodos de la historia desde sus días hasta la segunda venida. Los milleritas consideraban adecuadamente que la sexta, o Filadelfia, la iglesia del amor fraternal, era el símbolo de su propio movimiento. Después del chasco, los milleritas que aceptaron las doctrinas del sábado y el santuario disfrutaban de un compañerismo cristiano tan cálido que continuaban considerándose a sí mismos como Filadelfia, y hablaban de los otros adventistas como "Laodicea", la séptima iglesia.³ Las palabras "tibio" y "soy rico... y de ninguna cosa tengo necesidad", parecían aplicarse a los otros, que podían pasarlo sin el sábado y sin el espíritu de profecía.

Pero cuando la espiritualidad declinó señaladamente en sus propias filas, los creyentes más fervientes sentían que el título de Filadelfia correspondía cada vez menos a los observadores del sábado. Y aquí y allá familias preocupadas discutían la incómoda posibilidad de que ellos mismos fueran Laodicea.

Cerca del fin de "Testimonio" No. 1, la Sra. de White dirigió un llamado a los creyentes con frases que en realidad eran tomadas del mensaje a Laodicea.⁴ Desgraciadamente, sus palabras, aunque apreciadas, tuvieron poco resultado en ese tiempo. En mayo de 1856 relató por escrito

una visión acerca del pecado de familias adventistas que se conformaban con el mundo. Después que los creyentes de Battle Creek escucharon la lectura de la misma, acordaron unánimemente publicarla, y en agosto la publicación estaba en el correo con el título de "Testimonio para la Iglesia" No. 2. Esto confirmó la preocupación de los concienzudos; pero, a semejanza de "Testimonio" No. 1, tuvo limitados efectos inmediatos.

El verdadero impacto vino en octubre (recordemos este mes), cuando Jaime White lanzó una serie de artículos bien razonados en la *Review* para mostrar en forma convincente, por medio de la Biblia, que los adventistas observadores del sábado, la última iglesia de los días finales, sin sombra de dudas, era la séptima iglesia de Apocalipsis, la iglesia de Laodicea, tibia y satisfecha consigo misma.⁵

¡Aquí había un nombre para un niño en crecimiento!

Habían también evidencias bíblicas que confirmaban los propios temores de los hermanos y las visiones de Elena de White. Y la respuesta fue verdaderamente consoladora. Teniendo una lista de dos mil suscriptores, la *Review* recibió más de trescientas cartas en los próximos pocos meses, que agradecían al pastor White por su franqueza, y expresaban humildad y rededicación. Comenzó un auténtico reavivamiento y se lograron muchas victorias.

El papel de Elena de White en este reavivamiento fue significativo. Sus testimonios prepararon el camino para él. Al viajar con su esposo, recibía visiones que adaptaban el mensaje de Laodicea a necesidades locales. En Waukon —donde, como recordaremos, los esposos White llegaron de visita en diciembre de ese año— el cuadro pintado en el mensaje a Laodicea, de Jesús llamando a la puerta del corazón, indujo a María Loughborough a exclamar con lágrimas: "Abro la puerta de mi corazón. Señor Jesús, entra".

Dos testimonios dados en 1857 confirmaron en forma adicional la presentación del pastor White. Después de una visión, Elena de White informó que se le habían mostrado las pilas de desperdicios o "basura" que la gente necesitaba quitar de las puertas de sus corazones: diferencias con sus hermanos, amor a las cosas materiales, extravagancia en su estilo de vida, mal genio, y así por el estilo. "¡Cuán preciosa es esta promesa —exclamó— que me ha sido mostrada en la visión! 'Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo'".⁶

En verdad, la carta a Laodicea es rica en promesas y también por la amorosa presencia de Jesucristo. Es Cristo el que se presenta como el "Testigo fiel" y les manifiesta a los laodicenses engañados su verdadera condición. Es Jesús el que les dice que son tibios. Es Jesús el que les revela que necesitan oro, vestiduras blancas y colirio. Es Jesús, el "Comerciante celestial" el que llama a la puerta para ofrecer en venta estas cosas; es Jesús el que ofrece venir y cenar con nosotros. Y es Jesús, por fin, el que promete que todo vencedor se sentará con él en su trono.

Pero hay algo que debemos hacer: abrir la puerta. Jesús nunca invadirá nuestra privacidad sin nuestro permiso. Y debemos "comprar" lo

que él ofrece. Podemos adquirir de Cristo su justicia "sin dinero y sin precio" (Isaías 55:1). Pero nadie puede ser su discípulo si no abandona todo lo que tiene (Lucas 14:33).

En la segunda visión, Elena de White vio dos grupos de observadores del sábado que respondían al mensaje de dos distintas maneras. Uno era indiferente y descuidado. "Los ángeles de Dios los abandonaron". El otro, aceptaba el mensaje. Estos, con ansias limpiaron la basura, pero no con su propia fuerza; pedían fervorosamente en oración el poder de Dios. ¡Y obtuvieron la victoria! Abandonaron la crítica, el egoísmo, la suspicacia, y marcharon en perfecto orden, organizados como un ejército. Y fueron llenados con la lluvia tardía. Testificaban ante el mundo con éxito extraordinario, y pronto dieron la bienvenida a Cristo en su segunda aparición.⁷

¡Qué gloriosa oportunidad!

Y la reforma se realizó parcialmente. Al reunirse en sus cocinas, galpones y pequeñas iglesias, los observadores del sábado confesaron sus sentimientos duros y pidieron perdón. Padres e hijos hablaron de sus diferencias y malentendidos con una nueva actitud abierta y pusieron fin a sus enemistades. Con fe, la gente se aventuró a nuevos sacrificios, hasta que la fuerte deuda de la oficina de publicaciones se convirtió en un superávit tranquilizador. El número de bautismos aumentó. Todo el movimiento parecía caracterizarse por mejillas húmedas y rostros radiantes, mientras los laodicenses arrepentidos se rendían al Señor, se regocijaban en una nueva forma de vida, y diariamente anticipaban la lluvia tardía.

Permitir la entrada de Cristo en el corazón es lo mismo que recibir el Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es el representante personal de Cristo. Cuando las personas ponen en primer lugar a Jesús en todo aspecto de la vida, el Espíritu Santo los llena, preparándolos para la lluvia tardía.

Esta presencia de un espíritu de arrepentimiento en las filas del movimiento no fue total, sin embargo. Muchos feligreses permanecieron indiferentes. Otros preguntaban: "¿Por qué el Hno. y la Hna. Tal y Cual no cambian su forma de vivir?" Otros insistían en su independencia, y rehusaban confiar en la dirección de la obra. La lluvia tardía se demoró. Y aun los más fervientes, habiendo corregido unas pocas cosas, sintieron que habían hecho suficiente.

La visión del 15 de julio de 1859 (notemos por favor la fecha), reveló lo que no iba bien. "Debido a que no vieron realizarse la obra poderosa en un corto tiempo, muchos perdieron el efecto del mensaje". La Sra. de White comentó: "Vi que este mensaje no realizaría su obra en unos pocos y cortos meses".⁸

Pareció que Dios *a propósito* esperó que pasara la excitación, a fin de permitir que su pueblo obrara por principio más bien que por emociones. Así es como Dios obra siempre, explicó Elena de White: "Con el propósito de que sus hijos no sean engañados con respecto a su propia condición, él

les da tiempo para que pase la excitación, y entonces los prueba para ver si obedecen el consejo del Testigo fiel.⁹

Evidentemente, la obra que se necesitaba hacer para preparar a los adventistas para la lluvia tardía en la década de 1850, no se iba a realizar en un solo servicio de oración de toda la noche, o en varias semanas de devoción espiritual, o en "unos pocos y cortos meses". Era necesario que la hermandad buscara al Señor con todo el corazón durante un período más extendido, hasta que el carácter madurara sobre nuevas brillantes alturas.

Pero si la reforma adecuada requería más que unos pocos meses, ¿era necesario que pasaran muchos años para que descendiera la lluvia tardía?

En el testimonio que acabamos de citar aparecen también estas palabras electrizantes: "Dios ha dado al mensaje tiempo para hacer su obra".

Fue en julio de 1859 cuando la Hna. White escribió estas palabras, menos de tres años después que el mensaje a Laodicea fuera recibido por primera vez por los adventistas observadores del sábado. ¿Es posible? ¿Significa en realidad que antes de julio de 1859 los seguidores de Dios que habían errado, podían por su gracia, haber quitado toda la basura de sus vidas, podrían haber obtenido la victoria, haber sido llenados con el Espíritu como en el día de Pentecostés, y estar en camino de dar testimonio con un éxito fenomenal a toda nación, tribu, lengua y pueblo? ¿Antes de julio de 1859?

Capítulo 20

Sentido de misión

¡Ciento noventa y tres banderas! Era impresionante mirarlas, con su brillante colorido, flameando bajo la luz del sol en lo alto del auditorio municipal de la ciudad de Viena, Austria. Cada una de ellas representaba un país diferente en el que la Iglesia Adventista del Séptimo Día estaba dirigiendo obra organizada al tiempo de la quincuagésimosegunda sesión de la Asociación General, en julio de 1975.

¡Julio de 1975! Eran 116 años después de julio de 1859. Si los observadores del sábado se hubieran preparado para la lluvia tardía en la década de 1850, no habría requerido tanto tiempo el entrar en esos países. Sin embargo, el trabajar en 193 naciones representa un progreso real. Las iglesias protestantes más activas después de la Adventista trabajan en la mitad de ese número de países.

Los adventistas del séptimo día siempre han tenido un "sentido de misión". El artículo V de los cortos estatutos aprobados en la Asociación General de 1863 establecía una comisión ejecutiva de tres hombres para actuar como "Junta Misionera". Antes de esto, la primera aventura comercial de los adventistas observadores del sábado fue la compra de una prensa de mano para publicar la verdad. Después, en las conferencias realizadas en Rocky Hill y en Volney, los hermanos escucharon el relato de las visiones de Elena de White relativas a "cómo hemos de trabajar y enseñar con efectividad".¹ Y antes de esto, en el mismo inspirado momento en que Hiram Edson llegó a ser la primera persona que percibió a Cristo en el nuevo ministerio celestial, su mente captó las relampagueantes palabras del Apocalipsis: "Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes".

Desde sus primeros comienzos el adventismo del séptimo día fue más que una mera sociedad religiosa. Ha sido un movimiento con un mensaje y con un sentido de misión. "Hagamos que el mensaje vuele —escribió Jaime White—, porque el tiempo es breve.

"Porque el tiempo es breve". Teóricamente, la creencia de que Jesús vendría pronto podría haber impedido la propagación del mensaje del tercer ángel. Ella restringió en cierta forma la visión de los primeros creyentes; pero con un chelín de York y tres centavos de plata hicieron lo mejor que podían localmente, y a medida que se presentaron las oportunidades, avanzaron y ampliaron su visión en la misma medida.

Ya en febrero de 1845 Elena de White recibió una visión acerca de la tremenda tarea que Dios quería que hicieran antes del regreso de Cristo.

Los astronautas se entusiasmaron al ver desde la distancia la tierra brillando como un zafiro. Pero Elena de White vio al mundo envuelto en tinieblas espirituales.

Mirando con atención, observó "rayos de luz como estrellas" que aparecían aquí y allá, y luego más rayos, y más aún en otros lugares, "que se hacían más y más brillantes, refulgiendo desde el este y desde el oeste, desde el norte y el sur, e iluminando el mundo entero". La luz de estos rayos procedía de Cristo y representaba personas que tenían fe en la Palabra y la obedecían, y que se adherían al mensaje del tercer ángel.² Luego, en noviembre de 1848, tuvo la visión en que se le mostró el sábado brillando "como rayos de luz que circuían el globo".

Cuando los creyentes oyeron a Elena hablar de estas cosas, algunos la acusaron de estar postergando la segunda venida.³ Pero otros se alegraron. Bates se apresuró a imprimir la predicción de que el sábado se esparciría pronto por Francia, Gran Bretaña y Rusia, así como por el Medio Oriente.⁴ Jaime White, antes que pasara ese año, —1849— se convenció de que el sábado "se esparciría por varios países, como nunca se había esparcido el advenimiento".⁵ ¡Eso era verdadera previsión!

Los críticos del adventismo se han ocupado mucho acerca de una fase temprana e interesante del movimiento, conocida como "el período de la puerta cerrada". Los dirigentes milleritas a menudo hablaron sobre el particular. Miller creía que unos pocos días antes del 22 de octubre de 1844 la puerta de la misericordia sería cerrada frente a todos los que rechazaban el mensaje del primer ángel.⁶ Algunos observadores del sábado continuaron adhiriéndose a esa idea por un tiempo variable, después del chasco. Elena de White lo creía hasta que recibió su primera visión.⁷ Jaime White lo creyó por algún tiempo más, y José Bates aún por más tiempo.

Fuera o no lógico, sin embargo Bates, los White y otros que se unieron con ellos, compartieron en forma infatigable su fe con todos los que querían escucharlos, porque se hallaban poseídos de un gran sentido de urgencia para hacer que el mensaje volara, pues el tiempo era corto. Comprensiblemente, teniendo en su contra tanto prejuicio, ocurrió que prácticamente nadie los escuchó al principio, excepto los primeros milleritas.

El hecho de que al principio trabajaban mayormente por los ex milleritas puede compararse con la forma como los apóstoles, según el libro de los Hechos, lo hacían en sus alrededores, en Jerusalén y Judea, antes de ir a Samaria y a los confines de la tierra. ¡En todo caso, la "Samaria" adventista estaba pronto lista! En 1850, Elena de White escribió desde Oswego, Nueva York, que "venía gente de todas partes".⁹ Hacia 1852, muchos bautistas y metodistas salían de "Babilonia" para "andar en todos los mandamientos de Dios".¹⁰

Tan pronto como estos no adventistas quisieron unirse a sus filas, los observadores del sábado hicieron una cosa notable. En vez de aferrarse a nociones exclusivistas derivadas de una incomprensión del ministerio de

Cristo en el lugar santísimo, reexaminaron su teología para saber si habían pasado por alto algo. Y encontraron que aun cuando la obra primaria de Cristo desde 1844 es borrar los pecados de los creyentes, sin embargo, como Sumo Sacerdote todavía ofrece el perdón a todo pecador arrepentido.¹¹ Era teológicamente correcto, por lo tanto, dar la bienvenida a los conversos.

No solamente correcto, sino retrospectivamente animador también.

Una vez que el recuerdo del chasco comenzó a disiparse, muchos no milleritas se manifestaron crecientemente dispuestos a escuchar. En la primavera de 1852, tales personas componían la mayor parte de los conversos;¹² y a mediados de la década de 1850, como ya vimos antes, las tiendas evangélicas se multiplicaban en los diversos estados. Congregaciones de centenares de personas, y aun millares, concurrían a escuchar a Loughborough, White, Andrews, Cornell, Waggoner, Sanborn, Taylor, Hull y otros que predicaban la Palabra.

Pero el predicar a las multitudes desde Maine hasta Minnesota tampoco cumplía la comisión de Cristo de llevar el evangelio a todo el mundo. (Véase Mateo 24:14; 28:18-20.) Los observadores del sábado no negaban la comisión evangélica. En cambio, notaban la similitud entre la comisión de Mateo 24:14 ("Será predicado el evangelio del reino... para testimonio a todas las naciones") y el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14:6,7 ("...el evangelio eterno... a toda nación, tribu, lengua y pueblo"). Por un tiempo pensaron que habían cumplido la comisión según el mensaje del primer ángel esparciendo la esperanza adventista a toda estación misionera antes del 22 de octubre de 1844. Animados, sin embargo, por los muchos no adventistas que concurrían a sus carpas, una vez más examinaron su teología. En tanto que habían supuesto que el mensaje del primer ángel era dirigido a todo el mundo, y el tercero sólo a los santos, Elena de White los indujo a ver que el mensaje del tercer ángel también debía predicarse al mundo pecador.¹³ Y examinando aún más los mensajes de los tres ángeles, notaron que los tres corrían paralelos hasta la segunda venida.¹⁴ Esto los llevó a la conclusión de que el evangelio debía llevarse a toda nación, tribu, lengua y pueblo.

Siendo este el caso, el predicar la Palabra a todos los norteamericanos que hablaban inglés no parecía suficiente.

En 1855, José Bates urgió a sus hermanos a despachar publicaciones por correo a "algunas de las estaciones misioneras del extranjero, especialmente a las Islas Sandwich".¹⁵ En 1856, Jaime White amonestó: "Se necesita que un espíritu misionero haga cundir el clamor más extensamente en nuevos campos, y haga sonar la alarma por toda la cristiandad".¹⁶ En 1857, R. F. Cottrell predicó por medio de un intérprete a un grupo de indios séneca que vivían a lo largo del río Tonawanda.¹⁷ Ese mismo año, los hermanos Bourdeau, canadienses y bilingües (A. C. y Daniel T.) empezaron a evangelizar a la gente de habla francesa de Vermont, y al año siguiente fueron ayudados por un ex cura católico, M. B. Czechowski, de quien nos

ocuparemos luego. Juan Fisher, ex ministro bautista, publicó un folleto en holandés para los inmigrantes que vivían en las inmediaciones de Holanda, Michigan. Animado por tales progresos, en 1859, Urías Smith en un editorial de la *Review*, afirmaba que "tal vez" el mandato de predicar a pueblos, naciones y lenguas podía cumplirse en Norteamérica.¹⁸

Smith escribió con cautela sobre el tema. José Clarke, enérgico maestro de escuela de Ohio, no fue tan cuidadoso. "La obra no debe limitarse a secciones —advirtió—. Irlanda vale tanto como Ohio, y Rusia tanto como Iowa".¹⁹ Otros, de una visión más amplia que el redactor de la *Review*, habían despachado ya por correo libros y folletos a parientes de ultramar. En los primeros años de la década de 1860 llegaron informes de personas de Irlanda que habían comenzado a guardar el sábado en 1859, los cuales estaban profundamente agradecidos por la *Review* y por los "Testimonios" de la Hna. White. "Tanto yo, como mis dos hijos, así como una gobernanta —escribió uno de ellos— guardamos el séptimo día. Exijo que la mujer que hace los trabajos de la casa se abstenga de trabajar ese día".²⁰

Es fácil comprender por qué en la década de 1850 los adventistas mandaron publicaciones en lugar de predicadores a ultramar. Los ministros disponibles, con exceso de trabajo, con escasa remuneración, y sin dirección adecuada, no podían ni siquiera hacer frente a la demanda en la propia tierra. Jaime White pensaba que tenía veinte veces más pedidos que los que se podía atender. Y los ministros difícilmente podrían haber servido en el extranjero antes que la sede se organizara para sostenerlos.

De manera que volvemos a la organización de la Asociación General realizada en 1863, y a la organización de su Comisión Ejecutiva como Junta Misionera. Si era en realidad junta misionera, encargada de seleccionar el personal y la locación de los esfuerzos misioneros, ¿por qué necesitó once años para mandar al extranjero el primer misionero, J. N. Andrews? Por una parte, estaba ocupada enviando obreros a diferentes partes del propio país. Entre las primeras resoluciones tomadas en 1863 estaba la de que Isaac Sanborn fuese "como misionero a Minnesota". Este fue sólo uno de varios ministros enviados con carpas evangelísticas para la temporada próxima y a los cuales se los denominaba misioneros.²¹

A los evangelistas de las décadas 1850 y 1860 les cabía ese nombre. Ya en 1853, Loughborough y Cornell fueron enviados por la abnegada congregación de Jackson, Michigan, en una misión de varios meses a las praderas escasamente pobladas de Wisconsin e Illinois.²² Sanborn, en su misión a Minnesota, en la temporada de 1863-64, en ocho meses recorrió 3.800 kilómetros de camino áspero, en una zona solitaria. Y cuando J. N. Loughborough y Daniel Bourdeau se ofrecieron como voluntarios en la Asociación General de 1868 para realizar esfuerzos evangelísticos, en tiendas, en California, fueron como "misioneros", sin duda alguna. Viajaron al sur por el Atlántico, cruzaron Panamá por tierra, y navegaron luego

hacia el norte, a San Francisco, recorriendo así más de diez mil kilómetros, una distancia mayor que la que Andrews recorrería para ir a Suiza en 1874.

El hecho es, sin embargo, que a pesar de su pesada responsabilidad por los misioneros en el propio país, la Asociación General no esperó once años antes de *pensar* en enviar a un misionero al extranjero. Ansioso como un niño de escuela, Jaime White informó que la Comisión Ejecutiva, que tenía sólo unos pocos días de vida, estaba ya pensando en enviar a B. F. Snook como "misionero a Europa" antes del fin de 1863.²³ Providencialmente cambió de parecer, porque, como recordamos, Snook se volvió universalista.

En 1864, M. B. Czechowski pidió autorización para regresar a Europa como misionero. Contra su voluntad, la comisión tuvo que negarle ese permiso, con la esperanza de mandarlo más tarde.²⁴ Czechowski, como veremos en el próximo capítulo, logró el sostén financiero de adventistas que observaban el domingo y viajó a Europa de todas maneras. Pocos años más tarde, uno de sus conversos suizos, Jaime Erzberger, viajó a los Estados Unidos. Durante su permanencia fue ordenado al ministerio, de manera que pudiera regresar a Suiza "para participar en la gran obra de predicar la amonestación final a los hombres". Fue considerado como misionero, y Europa reputada como campo misionero, ya en 1870.²⁵

Mientras tanto, y mayormente sin que ello estuviera relacionado con estos acontecimientos, un grupo de señoras en la tranquila aldea de South Lancaster, Massachussets, animadas por el energético Stephen Haskell y dirigidas por una persona de recursos, Roxie Rice, se constituyó a sí mismo en la llamada Sociedad Misionera Vigilante.²⁶ De alguna manera, hallaban tiempo para orar, para visitar a sus vecinos, para ayudar a los enfermos y necesitados, y también para enviar por correo miles de folletos y libros a lugares de Norteamérica y de muchos otros países lejanos. Mantenían un excelente registro y escribían centenares de cartas. Al año siguiente, Haskell, recién elegido presidente de la Asociación de Nueva Inglaterra, organizó la Sociedad Misionera y de Publicaciones, dando lugar a muchas otras por toda Nueva Inglaterra. En 1873 se le pidió que dirigiera la formación de sociedades semejantes en todos los Estados Unidos. En más casos de los que cualquiera sabe, los primeros conversos al mensaje del tercer ángel en países distantes fueron ganados por los trabajos por correspondencia hechos por misioneros laicos de estas sociedades, años antes de la llegada de un misionero en persona.

Comenzamos este capítulo mencionando las banderas que flameaban en la Asociación General de 1975. El año anterior, 1974, fue escogido por la Iglesia para conmemorar "cien años de misiones mundiales" en honor a la partida de J. N. Andrews, en 1874. Pero debido a que los adventistas siempre han constituido un movimiento con un sentido de misión, otras fechas podrían haber sido escogidas también con ese propósito.

Por ejemplo, 1918 podría habernos recordado 1818, cuando el precursor del adventismo, Guillermo Miller, oyó el llamamiento de "proclámalo al mundo".

El año 1959 llegó un siglo después que el primer europeo aceptó el mensaje del tercer ángel.

Y 1964, el centenario de la partida de M. B. Czechowski en viaje a ultramar como primer misionero adventista del séptimo día "voluntario".

Capítulo 21

Ex sacerdote católico

—Perdóname, hijo. ¿Me permitirías cruzar la frontera escondiéndome debajo de la carga de tu carro?

El agricultor levantó los ojos, observó al extraño sacerdote que acababa de hacer el inusitado pedido, y murmuró:

—Sí, padre—, y lealmente procedió a esconderlo en el fondo de su estrecha carreta.

El sacerdote, M. B. Czechowski, huía por su vida. El monasterio franciscano del centro de Europa, del cual era monje, se vio peligrosamente envuelto en la política nacional. Casi había llegado a la frontera internacional. Estaría seguro si pudiera cruzarla.

Si pudiera...

Oculto debajo del heno en la décimonovena carreta de una extensa caravana, Czechowski saltaba y se movía de un lado a otro con el andar del vehículo toda la distancia que restaba hasta el punto de inspección. De repente, sintió que la carreta se detenía para ser revisada. Espiando furtivamente por una rendija para observar al funcionario de aduana mientras hacía su trabajo, se alarmó terriblemente al descubrir que el viejo inspector clavaba una espada en el heno para asegurarse de que no había nada debajo. La fuerza que esto requería no parecía cansarlo, a pesar del calor del bochornoso verano. Examinó la décimooctava carreta con la misma energía que la primera.

Czechowski oró. Entonces, al ponerse en posición la décimonovena, el inspector se detuvo. Dirigiéndose al conductor, preguntó:

—¿Tiene Ud. algo que declarar?

—Juro que no tengo ni siquiera una hogaza de pan— replicó el agricultor.

—Entonces, de prisa siga viaje. ¡No se quede aquí parado todo el día! —ordenó el funcionario.

Mientras el vehículo avanzaba, el sudoroso Czechowski acertó a espiar hacia atrás por otra rendija, y vio al inspector probar con la espada el contenido de la próxima carreta con tanto vigor como antes.¹

M. B. Czechowski es posiblemente uno de los más interesantes y posiblemente más controvertidos caracteres en la historia del adventismo. No hay total acuerdo aún sobre su nombre. Las iniciales M. B., ¿pertenecen a Miguel Belina o Miguel Buenaventura? El protagonista podía contar una docena de relatos como el que presentamos. Aun cuando no todos hubieran ocurrido exactamente como los relató, no es difícil

entender, luego de leer unos pocos de ellos, por qué, después de haberse propuesto regresar a Europa, buscó la manera de hacerlo por su cuenta.

Nació en Polonia en 1818. Entró en la orden monástica de San Francisco en su juventud, dando por sentado idealmente que los monjes modernos eran tan castos y abnegados como San Francisco de Asís. Desilusionado, trató de reformar el monasterio, con el resultado de que pasó de un excitante episodio a otro sin lograr su propósito. A su debido tiempo hizo una apelación personal al papa de Roma, fue arrestado y puesto en prisión por un año, se vio exiliado por tres años a Francia, y más tarde pasó a Suiza. Allí, en 1850 renunció tanto al sacerdocio como al catolicismo, y se casó.

Al año siguiente navegó a los Estados Unidos, donde después de trabajar por un tiempo para la Iglesia Bautista en Canadá, en 1857 se convirtió al mensaje del tercer ángel durante unas reuniones bajo tienda que se realizaron en Findlay, Ohio.

En la primavera siguiente, durante una conferencia celebrada en Battle Creek, que trataba del trabajo por los grupos de inmigrantes, a Czechowski se le asignaron tareas ministeriales junto con los hermanos Bourdeau entre los norteamericanos que hablaban francés.

Era estimulante tener a un ex sacerdote católico en las filas. Su sacrificio anterior y su celo actual fueron frecuentemente mencionados en la *Review*, y su pobreza permanente suscitaba respuestas generosas, particularmente de la familia White. Jaime White, sin embargo, que tenía tres hijos, se sentía cada vez más perplejo acerca de por qué Czechowski, que tenía cuatro, se hallaba en constante necesidad de recibir desproporcionadamente grandes subsidios para vivir. Antes de mucho, White comenzó a escribir en la *Review* respecto de los buenos "consejos" que Czechowski necesitaba de sus hermanos.³ Después de un activo año de trabajo entre los pobladores franceses de la frontera canadiense, imprudentemente Czechowski se embarcó en una costosa misión para extranjeros en la ciudad de Nueva York. Pronto se hundió en deudas, y emprendió una rápida retirada a su primer campo de labor.

En 1861 Jaime White se hallaba en una gira por los estados del este para organizar conferencias, pero encontró una desanimadora oposición. Seguramente Czechowski, a quien él como su esposa habían tratado con tanta generosidad como amigos, escucharía su consejo. El ex sacerdote insistió, sin embargo, en hacer lo que a él le parecía. Por eso, exasperado, White escribió en la *Review* con respecto a los sueños de Czechowski: "Vamos a poner punto final a la tarea de apoyar una empresa relacionada con la causa hasta el momento de encarar con sistema todas nuestras operaciones... Que otros que prefieran hacerlo prosigan la batalla en medio de la confusión".⁴

Este fue un punto decisivo. Czechowski pronto abandonó el equipo ministerial, intentó ganarse la vida como escritor independiente y, contra

el consejo de sus hermanos, volvió a vivir cerca de la ciudad de Nueva York.

El verdadero propósito de Czechowski era predicar en Europa. Cuando se organizó la Asociación General en 1863 y la *Review* informó del interés de los hermanos en enviar a ese continente a Snook como misionero, Czechowski tuvo la esperanza de que su sueño se convirtiera en realidad. Cuando J. N. Loughborough fue a Brooklyn el invierno siguiente para celebrar reuniones de evangelización y organizar una iglesia (de 16 miembros), Czechowski le rogó que mencionara su nombre en la Comisión Ejecutiva. Loughborough, en cambio, le aconsejó que esperara un tiempo. Muchos años más tarde, recordó que no se había sentido libre de recomendar sinceramente al misionero en perspectiva. Le había dicho que por el momento la Iglesia tampoco tenía recursos para enviarlo. Lo cual era verdad. Pero en realidad el hombre mismo era demasiado imprudente para ser enviado.⁵

En 1858, Czechowski le había confiado a Elena de White en una carta que tenía el profundo deseo de "visitar mi propio país natal allende los mares, y hablar a la gente acerca de la venida de Cristo, de la gloriosa restitución, y de cómo debían cumplir los mandamientos de Dios y tener la fe de Jesús".¹⁶

Por su parte, Elena de White le escribió una cantidad de cartas a lo largo del tiempo. En 1861 le dijo que se le mostró en visión que había hecho mal al rechazar el consejo de sus colegas en el ministerio. Lo elogió como un hombre "conciencizado y perfectamente honrado delante de Dios" —un elogio inusitado de parte de la mensajera del Señor—, pero le recordaba que había dado a sus hermanos motivo para sentirse chasqueados por su pobre juicio. Lo instó a no tomar decisiones por sí mismo, sino esperar las resoluciones de la Iglesia, y especialmente lo amonestó a no permitir que los no creyentes lo halagaran con falsos elogios.⁷

La dirección consideró su pedido de ser enviado al extranjero, pero no accedió a sus deseos, esperando que se desarrollara en un prudente administrador, antes de ser enviado un tiempo más tarde.⁸

Ante esto, Czechowski hizo precisamente lo que la Hna. White le había dicho que no hiciera. Fue a un congreso campestre que se realizó en Wilbraham, Massachusetts,⁹ dirigido por los adventistas cristianos —un grupo ajeno a nuestra iglesia—, les habló de sus sueños, y obtuvo grandes elogios y entusiasta promoción.

Los adventistas cristianos formaban una organización de ex milleritas que rechazaron el mensaje del sábado y del santuario, pero aceptaron el sueño de los muertos. Se habían organizado formalmente, con sede en Boston, en 1860, el mismo año en que los adventistas del séptimo día resolvieron adoptar un nombre.

Miles Grant, que editaba su periódico *World's Crisis* (La Crisis Mundial), le permitió a Czechowski solicitar fondos por las columnas de esa revista.

La rama principal de los milleritas, que creía en la inmortalidad del alma, se había organizado en 1858 bajo el nombre de Asociación Americana Milenial (más tarde se conoció a ese grupo como los adventistas evangélicos). El director de su periódico *Advent Herald* también se prestó para que el ex sacerdote usara su revista. (En 1860, los adventistas del primer día eran diez veces más numerosos que los adventistas del séptimo día.)

Sostenido de esta manera, y acompañado por su familia y la Srta. Ana Butler, hermana de Jorge I. Butler, que un día sería presidente de la Asociación General, Miguel Belina (o Buenaventura) Czechowski inició su viaje en barco a Europa el 14 de mayo de 1864.

Durante catorce meses trabajó diligentemente en las vecindades de Torre Pellice, en la zona de los valdenses de los Alpes italianos. Allí ganó a varias personas para la causa del sábado, y en forma notable a J. D. Geymet, Francisco Besson, y aparentemente un poco más tarde, a la Sra. Catalina Revel.¹⁰ Rindiéndose, por fin, a una oposición tremenda, y llevándose consigo a su familia, a Juan Geymet y a Ana Butler, en septiembre de 1865 transfirió sus operaciones a Suiza.

Czechowski y Geymet visitaban casa por casa, predicaban en salones públicos, imprimían y vendían folletos y editaban un periódico, *L'Evangile Eternel* (El Evangelio Eterno). Tres años más tarde, cuando Czechowski abandonó Suiza, dejó detrás de sí como cuarenta creyentes bautizados adorando a Dios en diversos grupos. Su iglesia principal, ubicada en Tramelan, fue organizada en 1867, y fue la primera iglesia adventista que existió fuera de Norteamérica.

Para conseguir sostén de parte de sus benefactores voluntarios, Czechowski solía publicar informes regulares en el *Advent Herald* y en *World's Crisis*, cuyos directores llegaron a ser más y más amigos de él. Ambos instaban a sus lectores a sostenerlo, y le enviaban sus contribuciones de tiempo en tiempo.

Ayudado por el hecho de que el inglés era para los creyentes europeos un idioma extraño, por tres años Czechowski consiguió mantener a sus conversos sin información acerca de los grupos adventistas de Norteamérica. Pero un feliz día del año 1867, Alberto Vuilleumier, que sabía lo suficiente de inglés como para defenderse con la ayuda de un diccionario, notó entre las pertenencias de Czechowski un ejemplar de la *Review* del 15 de julio. En forma vacilante, pero con creciente excitación leyó frase tras frase, hasta que descubrió que también había adventistas observadores del sábado en Norteamérica. Rápidamente despachó una carta en francés a Battle Creek. Después de alguna demora, debido al idioma, los hermanos de Battle Creek se enteraron con gran alegría de los adventistas observadores del sábado de la lejana Suiza.

Hubo buen intercambio de correspondencia, pero, el mutuo gozo quedó empañado por las noticias de que el edificio y el equipo que Czechowski había adquirido para predicar el evangelio eterno estaba grabado por fuertes deudas, y que el ex sacerdote se había cambiado a Italia para hacer su obra misionera. La debilidad de Czechowski había aflorado de nuevo en forma desastrosa.

Mientras los acreedores pospusieron la fecha límite para el pago de las deudas hasta enero de 1869, los norteamericanos invitaron a los suizos a que enviaran un representante, y se dispusieron a reunir el dinero para hacer frente a las obligaciones. Pero hubo una estipulación. Se creyó en esas circunstancias que si los norteamericanos proporcionaban el dinero en efectivo, el título de la imprenta no debía estar a nombre de ningún individuo, sino a nombre del conjunto de creyentes suizos. Czechowski dijo ¡no! y la imprenta se perdió.¹¹ Por ese entonces, se alejó de Suiza permanentemente. Trabajó por un poco de tiempo en Francia, Alemania y Hungría, para luego establecerse en Rumania, donde se sostenía a sí mismo y donde formó un grupo de conversos. En circunstancias desconocidas, falleció por "agotamiento" el 23 de febrero de 1876, en Viena, a la edad de cincuenta y siete años.

No hay duda con respecto a su celo misionero. Siempre pobre, viajó distancias increíbles a pie. Por lo menos en una ocasión recorrió penosamente incontables kilómetros por caminos barrocos, soportando una lluvia impetuosa de invierno. En otra oportunidad, resbaló sobre la nieve hasta el borde de un precipicio. El creía que Dios lo había llamado para un ministerio especial. En una ocasión, según informa, una familia influyente fue preparada, mediante un sueño, para recibirlo.¹²

La calidad de sus conversos también es notable. J. D. Geymet, Francisco Besson, Jonás Jones, así como otros más, pronto abandonaron todo cuanto tenían para convertirse en obreros misioneros de tiempo completo. Alberto Vuilleumier, relojero de profesión, actuaba también vigorosamente como anciano, y a veces hasta bautizó a algunas personas. Jaime Erzberger, que ya era un ministro en preparación, transfirió su lealtad a la iglesia que observa el sábado. La Sra. Revel, a pesar de una severa oposición de su casa, permaneció siendo una observadora del sábado por sesenta años, hasta su muerte a la edad de 99 años. La Sra. Piguéron, una de las tres primeras personas bautizadas en el lago Neuchatel, fue una fiel adventista durante setenta años. Varios de los matrimonios jóvenes que Czechowski bautizó, siguen siendo activos, a través de sus descendientes, en la obra adventista hasta el presente.

Cuando llegaron las noticias de que Czechowski estaba predicando el sábado en Europa, los diversos grupos de adventistas del primer día, mortificados y enojados, le retiraron su sostén lisa y llanamente. Comprensiblemente, en cambio, los adventistas del séptimo día, estaban deleitados y lo elogiaron como "este hombre de corazón noble". Se espaciaban poco en sus faltas y tenían la tendencia a culparse a sí mismos

por no haberlo ayudado a superarse. La Asociación General, en 1872, reconoció oficialmente "la mano de Dios en el establecimiento de la verdad en Suiza".¹³

Pero cuando Andrews viajó a ese país en 1874, halló que muchos de los suizos adventistas recordaban a Czechowski "con pena y tristeza".¹⁴ Las deudas, el desaliento y el diablo habían sembrado semillas de desilusión. Los suizos permanecían lealmente fieles a la verdad del sábado, pero también, inflexiblemente, albergaban rumores de que Czechowski había caído en el adulterio, y que al fin había apostatado.¹⁵ Aunque de todo corazón le dieron la bienvenida a Andrews, no estaban en posición de ayudarlo a obtener la nueva prensa que tanto necesitaba,¹⁶ y murió sin obtenerla.

El interés por Czechowski ha aumentado en los años recientes, estimulado en parte por el centenario de su muerte. Leales hermanos europeos están tratando, en lo posible, de demostrar lo infundado de todos esos trágicos rumores.

"Tenemos este tesoro —observó Pablo con respecto a todo evangelista cristiano— en vasos de barro".

Elena de White no dijo que si Czechowski iba a Europa Dios lo abandonaría. Evidentemente, Dios bendijo la predicación de este ex sacerdote católico. Sin embargo, sin hacer juicios, es tentador pensar cuánto más se habría logrado. ¿Qué habría ocurrido si, aplacando su orgullo natural, allá en 1858, Czechowski hubiera atribuido su flojera en la administración de las finanzas a los años que pasó en el monasterio (donde todas las necesidades temporales estaban suplidas), y hubiera aceptado el consejo amigable de sus compañeros de trabajo y la inspirada advertencia de Elena de White? Impulsado por la ola creciente de evangelismo, habría conquistado rápidamente una sólida reputación para constituir un equipo creativo. Destacado como era, habría ayudado significativamente a encauzar la ola en favor de la organización de la iglesia en una etapa crucial de su historia. Cuando la Asociación General consideró el plan de enviar a B. F. Snook a Europa, bien podría haberlo elegido a él en su lugar, diez años antes que J. N. Andrews fuera enviado. Su imprenta en Europa no hubiera fracasado. El flujo de misioneros hacia el viejo continente podría haber empezado una década antes de la fecha en que ocurrió. Y a su debido tiempo, M. B. Czechowski podría haber terminado sus días honrado y apreciado a ambos lados del Atlántico, como el primer misionero *oficial* adventista del séptimo día a ultramar.

Capítulo 22

Una familia misionera viaja a ultramar

En los Estados Unidos de mediados del siglo XIX, se necesitaba más que un poco de espíritu de independencia para "guardar el sábado en lugar del domingo", y los conversos que estaban de acuerdo en el día de descanso no concordaban necesariamente en mucho más. Sus propios dirigentes los consideraban benignamente como una fascinante "bolsa de botones", de todas formas, tamaños, y colores, con "más diferencias entre ellos que las cabezas y cuernos de cualquiera de las bestias de la Biblia".¹

Decir que todos los miembros estaban marcando el paso en un creciente cometido para divulgar el mensaje del tercer ángel por todo el mundo, sería totalmente falso. Había pilas de publicaciones acumuladas en la imprensa, porque los miembros no se preocupaban por comprarlas para su distribución. Y fue eso lo que convenció a Jaime White de que la iglesia se había convertido en Laodicea. Aun después de los informes acerca de los comienzos de la obra en Suiza, pasó mucho tiempo antes que la iglesia se dispusiera a cumplir su cometido en ultramar.

Elena de White hacía constantes llamados a los hermanos para que despertaran y extendieran la obra. Urgía a hacer esfuerzos especiales para trabajar en los lugares donde los ángeles de Dios abrían el camino.² No os establezcáis en cómodas colonias —decía—. No esperéis que la luz de la verdad os ayude, a menos que "la trasmitáis a otros".⁴ Sus palabras caían en muchos oídos sordos.

Así y todo, las noticias de Suiza despertaron interés. Y más todavía, la llegada de Jaime Erzberger. Este era un estudiante de seminario en el país helvético cuando por primera vez oyó hablar de los observadores del sábado. Y para manifestar su desdén por lo que él consideraba el legalismo de esa gente, apareció en una reunión de sábado vestido de ropas de trabajo. Pero hacia fines de 1868 Alberto Vuilleumier lo bautizó. En junio de 1869 llegó a la estación de ferrocarril de Battle Creek. Como no podía hablar inglés, levantó en alto un sobre que decía: "J. N. Andrews, Battle Creek, Michigan".

De inmediato los White le dieron la bienvenida en su propio hogar. Al instante Guillermo, el hijo de los Hnos. White, Adelina Howe, la cocinera, y Juan Kellogg, el futuro médico, comenzaron a darle lecciones de inglés que duraban todo el día. A las cinco semanas, el joven Erzberger dirigió una plática en inglés. A las nueve semanas hizo llorar a los asistentes a un congreso campestre que se realizaba en Ohio, al hacer un llamamiento en favor de Suiza. En respuesta al mismo, los adventistas reunieron lo que se

dio en llamar la primera ofrenda para las misiones en el extranjero, la cual ascendió a setenta y seis dólares. Pasado un poco más de un año, Erzberger fue ordenado al ministerio y emprendió camino a su tierra.

Mientras tanto, como hemos visto, se había formado una "Sociedad Misionera Adventista del Séptimo Día" para recoger fondos. La *Review*, por otra parte, publicaba en ese tiempo noticias regulares acerca de la Misión de Nueva Inglaterra, la Misión de California, y la Misión de Suiza. Sin embargo, un editorial de 1870 destacaba una penosa realidad: "Parece que Dios está abriendo el camino en forma notable delante de su pueblo, más rápidamente de lo que éste está preparado para responder".⁶ (La cursiva es nuestra.)

Ademar Vuilleumier, primo de Alberto, llegó a Estados Unidos, y asistió al colegio de Battle Creek. Su presencia debió haber llamado la atención. Pero cuando la Asociación General, en 1873, estudió las necesidades de Suiza, no tomó ningún acuerdo de enviar a un hombre a ese país. "Los campos están todos blancos, maduros y listos para la siega —fue la llamada enérgica de Jaime White—. Debemos enviar hombres a Europa para establecer la obra allí. Los hermanos de Suiza han estado pidiendo y todavía siguen pidiendo ayuda. Sugerimos que se nombre al pastor J. N. Andrews para que acompañe al Hno. Vuilleumier a Europa este otoño".⁷

Pero no había de ser así; no ese otoño, por lo pronto. El año 1874 sería mejor. Pero mientras esperamos que los hermanos se decidan, consideremos a este hombre a quien el pastor White recomendaba y a quien ya hemos encontrado tantas veces.

Juan Nevins Andrews nació quince años antes del chasco de 1844, en la localidad de Polonia, Maine (adonde, de paso, dos hermanas de la Sra. de White fueron a vivir, cuando años más tarde se casaron). A su debido tiempo, la familia Andrews se mudó a la población de París, Maine; aceptó el mensaje de Miller, y después del 22 de octubre recibió en su hogar a la familia Stowell, que había vendido su granja anticipando la venida de Cristo.

Esta generosidad de los padres de Juan fue bien recompensada. De alguna manera, un ejemplar del folleto de T. M. Preble llegó a ese hogar. Como recordamos, ésta fue la pequeña publicación que indujo a José Bates a aceptar el sábado.

Marian Stowell, que tenía quince años, vio ese folleto y lo leyó para sí. Impresionada, lo mostró a Osvaldo, su hermano mayor. El sábado siguiente fue observado por ambos, lo mejor que pudieron, pues estaban temerosos de hacerlo abiertamente.

El lunes, Marian ofreció el folleto a Juan, de 17 años de edad. Lo leyó, y preguntó:

—¿Han leído este folleto tu padre y tu madre?

—No —contestó Marian—, pero yo lo leí. ¿Estás dispuesto a guardar el verdadero día de descanso, Juan?

El siguiente fin de semana ambas familias, tanto los jóvenes como los padres, observaron el sábado, y realizaron un servicio religioso en una de las piezas de su casa.

Todos compartieron su fe, por supuesto, y pronto otras familias se reunían con ellos. Una de las chicas del grupo, Harriet Stevens, con el tiempo llegó a ser la esposa de Urias Smith; otra, su hermana Angelina, se casó oportunamente con J. N. Andrews.⁵

En septiembre de 1849 se realizó una notable reunión por los creyentes que vivían en París, Maine. Estaban presentes los White, José Bates, Stockbridge Howland y varios otros dirigentes de la primera hora. Mientras se ofrecía la oración, el rostro del Hno. Howland brilló con una luz celestial, el Espíritu descendió "en forma parecida al pentecostés", y padres e hijos, confesando sus faltas, se sintieron unidos en un espíritu de comprensión y amor. Los miembros de la familia Andrews estaban también allí. Juan se sintió tan impresionado por la evidencia de la dirección de Dios en el movimiento del sábado y del santuario que exclamó fervientemente: "Yo cambiaría mil errores por una verdad".

Más tarde, la Hna. White dijo que Dios derramó su bendición en forma especial sobre la reunión por causa del joven Juan. "El Señor estaba dirigiendo al Hno. Andrews para prepararlo a fin de que fuera útil en lo porvenir, y le estaba dando una experiencia que le fuera de gran valor en sus labores futuras".⁹

Cerca del fin del año siguiente, Jaime White publicó el primer número de *Second Advent Review and Sabbath Herald* (Revista del Segundo Advenimiento y Heraldo del Sábado). En el pie de imprenta de la revista, aparecía el nombre de J. N. Andrews como miembro del comité de redacción compuesto por tres personas. Era una clara indicación de la confianza que White podía depositar en el joven Juan.

La oficina de impresión no permaneció por mucho tiempo en París, Maine, y tampoco permaneció Andrews. Inmediatamente fue transferido al campo a trabajar como ministro, compartiendo la experiencia y los sacrificios de otros "hermanos viajeros". Después que la oficina de la *Review* se estableció en Rochester, pasaba parte de su tiempo allí. A menudo subsistía durante varios días con un poco más que frijoles y gachas mientras trabajaba más de lo que debía. Otros ayudantes también vivían a base del mismo régimen entre tanto cumplían su labor extenuante, una circunstancia que dañó la salud de varios y contribuyó a la muerte de Ana Smith. 

En octubre de 1851, cuando la *Review* estaba todavía en Saratoga Springs, escribió desde Cincinnati: "En medio de la tribulación y la aflicción mi alma se goza en Dios. Nunca me sentí más profundamente impresionado con la importancia de la obra en que estamos empeñados, que en el tiempo presente. Mi corazón está identificado con ella, y en una obra tan sagrada alegremente gastaría y sería gastado. Perecen almas que ahora pueden ser alcanzadas. El tiempo para trabajar es corto. La noche en que nadie podrá trabajar está cerca. ¿No haremos, mientras hay tiempo,

lo que podemos para salvar a algunos por todos los medios a nuestro alcance?¹⁰

Era sincero en cada palabra. Si tenía alguna característica buena era que estaba dispuesto a gastar y ser gastado. Fiel a esta expresión, en un corto tiempo llegó casi a gastar todo cuanto tenía. Por esa razón se retiró por un tiempo a Waukon. Y fue allí donde se casó, en 1856, con Angelina.

Elena de White dijo que Dios lo estaba preparando para que fuera útil a la causa, y comprobó ciertamente que era útil como predicador, como estudioso, como escritor, como administrador, así como misionero de avanzada.

En 1855, Andrews probó en forma concluyente que el sábado comienza a la puesta del sol, y no a la salida, como pretendían algunos adventistas; o a las seis de la tarde, como José Bates y la mayor parte de los demás afirmaban.

Su investigación indujo a adoptar, tres o cuatro años más tarde, la práctica de la benevolencia sistemática. En 1861 apareció una obra erudita escrita por él titulada Historia del Sábado y del Primer Día de la Semana, la que revisada y publicada en sucesivas ediciones continuó siendo la obra tipo de la Iglesia hasta bien entrado el siglo XX. Se decía que Andrews podía estudiar en siete idiomas, y él afirmó haber memorizado el Nuevo Testamento.

Andrews fue miembro de la comisión que en 1860 votó adoptar para la iglesia el nombre Adventista del Séptimo Día, y de la que en 1863 organizó la Asociación General. Sirvió como tercer presidente de la Asociación General (1867-1869), y por una cantidad de años fue uno de los redactores de la Review and Herald. En 1863 fue a Washington a explicar al gobierno la posición adventista sobre el servicio militar.

No es extraño que la Hna. White les escribiera a los suizos acerca de Andrews, lo siguiente: "¡Les hemos enviado al hombre más capaz en todas nuestras filas".¹¹

¡Pero eso ocurrió mucho tiempo después que llegó! Es tiempo que nos ocupemos ahora del año (1874), un año memorable en la historia adventista.

El 16 de marzo de ese año, la Sociedad Educativa Adventista del Séptimo Día obtuvo su personería jurídica, o sea que fue reconocida oficialmente; paso necesario para la fundación (antes de terminar el año) del Colegio de Battle Creek, la primera institución adventista de enseñanza superior.

El 4 de junio de 1874 se inició la publicación de la revista Signs of the Times (Señales de los Tiempos), preparando así el camino para la fundación de la Pacific Press al año siguiente.

En agosto de 1874 se realizó una reunión conjunta de congreso campestre y sesión de la Asociación General, en Michigan, que según Urías Smith, era la mayor asamblea de observadores del sábado congregada en cualquier parte del mundo en muchos siglos.

En esta reunión conjunta Jaime White expuso sus argumentos en favor de que alguien fuera enviado con el mensaje del tercer ángel al resto del mundo. "La nuestra es una misión mundial", insistió él.

Ahora bien, el miércoles primero de abril de ese mismo año memorable, mientras los White vivían temporariamente en Oakland, California, Elena recibió una visión realmente notable. Poco tiempo después la redactó, registrando las palabras habladas por el mensajero celestial:

"Vosotros tenéis ideas muy limitadas acerca de la obra para este tiempo. Estáis tratando de planearla de manera que podáis abarcarla con vuestros brazos... [Pero] vuestra casa es el mundo". Ella mencionó específicamente Australia, Europa y las islas del mar como sitios para realizar un esfuerzo misionero intensivo. Estimuló a los dirigentes con esta frase vital: "Habéis de hacer avanzar la palabra de vida, de manera que todos puedan tener la oportunidad de recibir la verdad si lo desean". Retomando las palabras del mensajero celestial, imploró: "Nunca perdáis de vista que el mensaje que lleváis es un mensaje mundial. Debe ser dado a todas las ciudades, a todas las aldeas".²

A diferencia de algunos de los hermanos, Elena de White nunca olvidó la razón de la existencia del movimiento adventista del séptimo día. Jesús ha entrado en el lugar santísimo del santuario celestial para ocuparse en la tarea de borrar para siempre los pecados de su pueblo. Para estimular un estado de santidad final, está junto al arca proyectando sobre la tierra la gloria de la santidad del sábado. Pero no estará allí por mucho tiempo más, y cuando salga, todo caso habrá quedado decidido, ora para la bienaventuranza, ora para la perdición.

El mensaje del sábado, de lealtad a Dios basado en una relación vital con Jesús, debe ir a toda alma viviente, de manera que cada uno tenga la oportunidad de cambiar su forma de vida antes del fin del tiempo de gracia, el derramamiento de las siete postreras plagas y el más cruel ataque de Satanás durante el tiempo de angustia. Escribió: "No se permitirá que ninguno sufra la ira de Dios hasta que la verdad resulte completamente clara a su mente y a su conciencia, y sea rechazada... Cada uno ha de tener luz suficiente para hacer su decisión en forma inteligente. El sábado será la gran prueba de lealtad".³

El 14 de agosto de 1874, la Asociación General respondió, por fin, a los llamamientos de la Sra. de White, a los de su esposo y de los hermanos suizos. Bajo la tienda de un congreso campestre azotada por el viento se tomó el histórico acuerdo de trasladar oficialmente el adventismo fuera de los Estados Unidos: Este reza así: "Acordado, que la Asociación General instruya a la Comisión Ejecutiva a que envíe al pastor J. N. Andrews a Suiza tan pronto como resulte posible".

Andrews estaba listo. Y un mes más tarde, el 15 de septiembre, en Boston, emprendió la navegación hasta Liverpool en su viaje a Suiza.

Junto con él, a bordo del barco *Atlas*, de la compañía Cunard, viajaron Ademar Vuilleumier, su intérprete en la primera hora, y los hijos sobrevivientes: María, de doce años, y Carlos, de diecisiete. Andrews tenía la misma edad de su hijo cuando aceptó el sábado en París, Maine. Angelina había fallecido en marzo de 1872. También habían muerto dos niños menores. "Deja casi la mitad de su familia en la tumba silenciosa", observó Jaime White con compasión.

La ausencia de una esposa y madre había de tener nefastos resultados para la salud de esta familia misionera, pero Andrews había hecho frente a indecibles dificultades como misionero en su propio país, y no había de amedrentarse por ninguna consideración como misionero en el extranjero. También sus hijos se sometieron a la voluntad de Dios.

Inmediatamente después de su arribo, Andrews se consagró a su trabajo. Citó a los creyentes a una asamblea, y recibió una bienvenida real. Viajó con Erzberger a Prusia para reunirse con un grupo no adventista de observadores del sábado que había allí; pero la gran preocupación que tenía era la de publicar una revista similar a *Signs of the Times* en francés, *Les Signes des Temps*. Sabiendo que los franceses no se sentían atraídos por un extranjero que torturaba su sintaxis, realizó todo el esfuerzo posible para dominar el idioma a la perfección. No quería tener ninguna barrera innecesaria entre su mensaje y el pueblo. María y Carlos se le unieron en esto. Después de dos años estaban listos para entrar en un solemne pacto, escrito y debidamente firmado, por el cual se comprometían a hablar sólo francés en la casa. Podrían usar alemán como excepción, si lo querían. Pero el inglés debía ser reservado únicamente para los casos angustiosos.

La familia vivía en un departamento de la zona de habla alemana de Basilea. Allí Andrews reprodujo más o menos el modelo de Rochester, pues usaba la vivienda como oficina de publicación y al mismo tiempo como hogar. Con mucho trabajo escribía artículos para su periódico, o los traducía con exactitud de la *Review* y la *Signs* de California. Carlos, con el mismo esfuerzo que el padre, componía el tipo. María, que aprendió a hablar francés con la misma facilidad que un nativo, ayudó a leer las pruebas.

Las páginas de tipo eran entonces trasladadas en una carretilla al taller de una sucesión de impresores. Andrews había elegido Basilea, en parte por su fama de tener buenas imprentas. Pero para su ojo perfeccionista, todos los buenos impresores eran deshonestos y los honestos no eran buenos. Una vez detuvo la prensa cincuenta veces en una sola tirada para corregir el trabajo descuidado del impresor.

Rogó a Battle Creek que le consiguieran una prensa propia y hombres para manejarla. Jaime White lanzó una campaña para reunir diez mil dólares, pero en ese tiempo logró sólo una pequeña cantidad.

Parece que a Andrews no se le había asignado un salario regular, sino que se esperaba que de las contribuciones que llegaran ocasionalmente de los Estados Unidos tomara para sus gastos. Esto resultaba una ironía para

el hombre que lanzó la idea de la benevolencia sistemática. Siendo un cristiano concienzudo, se sentía impedido de tomar un centavo más de lo que consideraba absolutamente necesario. En la práctica, retiraba menos de lo indispensable. Durante meses él y sus hijos comieron muy poco más que pan, papas, gachas de cereal Graham, unas pocas uvas durante la estación, y ocasionalmente alguna otra fruta.

El paralelo con Rochester era demasiado similar también en otros aspectos. En 1878, cuando Maude Sisley y la familia de Guillermo Ings llegaron para ayudarlo, la Sra. Ings comenzó a sospechar que algo andaba mal con María. Llegaron a los Estados Unidos noticias ominosas de que la familia misionera temía que María estuviera aquejada de tuberculosis.

Andrews fue invitado a asistir a la sesión de la Asociación General de 1878. Preguntó si podía llevar con él a María. El costo del pasaje de su hija correría por su cuenta. Todavía contaba con algún dinero de la venta de su casa antes de partir.

Fue el último viaje de María. Aun el brillante y joven médico Dr. Kellogg no podía ofrecer ninguna esperanza. María extrañaba a su madre y le pidió a su padre que se quedara a su lado. El Dr. Kellogg le advirtió acerca de la probable consecuencia si accedía, pero María había ido voluntariamente a Europa sin madre y estuvo al lado de su padre con toda fidelidad, y él no la abandonaría ahora.

Antes de terminar el año, María falleció a los diecisiete años.

Andrews, que había entrado en una lenta declinación de su salud cuando murió su esposa en 1872, nunca se recuperó de la pérdida de su hija. "Parece que me estoy aferrando a Dios con una mano atarida", suspiró poco después.

Dios lo amó en su soledad. Le dio a Elena de White un mensaje para él: que Angelina, María y los dos infantes que habían muerto estaban seguros en Cristo y serían resucitados para vivir de nuevo.¹⁴

El verano siguiente Andrews volvió a Europa. ¡Carlos se alegró de verlo de nuevo! Idearon nuevos métodos para atraer la atención del público, y la circulación de *Les Signes* aumentó de quinientos a unos cinco mil. Ahora sin María, tenía un personal de doce personas, y trabajaban en una oficina bien soleada y bien equipada. Estaban publicando folletos en alemán (para Erzberger) y en italiano, así como en francés. *Les Signes* era enviada a direcciones en cincuenta de los 62 distritos o departamentos de Francia, a casi todos los países de Europa: Suecia, Austria, Hungría, Prusia, Sajonia, Alsacia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Gales, Escocia, Italia, Sicilia, España, y también, por supuesto, Suiza; y además a Rusia, India, Egipto, Norte y Sudamérica.¹⁵

Andrews viajó por Italia, Alemania, Inglaterra y Francia, pero la revista en sí le agotaba las fuerzas. Empezó a ver en sí mismo, uno tras otro, los síntomas de María. Cuando su condición empeoró, la Asociación General proclamó un día de ayuno, y pidió que J. N. Loughborough, su converso de los días de Rochester, viajara de Inglaterra, donde estaba

empeñado en el evangelismo, para unirlo. Andrews sobrevivió todavía un tiempo, pero pronto vendría el fin. En el verano de 1883, su anciana madre llegó de Waukon acompañada por el pastor B. L. Whitney, a quien los hermanos le habían encomendado "asistirlo en su debilidad".

La mente de Andrews continuó lúcida y su espíritu lleno de esperanza en el Señor. Yacía en cama, hecho un esqueleto vivo, dando instrucciones a sus ayudantes casi hasta el final. Falleció a la puesta del sol del domingo 21 de octubre de 1883, a la edad de 54 años.

De pie, junto a su tumba en el cementerio Wolf, en las afueras de Basilea, uno puede casi oír su voz repitiendo sus propias palabras: "Están pereciendo almas que ahora pueden ser alcanzadas. El tiempo para trabajar es corto, y la noche en que nadie puede obrar está cerca. ¿No haremos, pues, todo lo que podemos mientras dura el día, para salvar a algunos por cualquier medio a nuestro alcance?"

Capítulo 23

Un movimiento misionero mundial

Después de la muerte del pastor Andrews, no apareció ningún elogio de él en la *Review*.

Eso era lo que él quería. Y los redactores de la revista, aunque de mala gana, cumplieron con su deseo. Sin embargo, los hechos han escrito una gran apología en su favor. Misioneros y familias misioneras que han abandonado sus países en una corriente continua para servir al Señor en climas desconocidos, le han rendido el último tributo al seguir sus pasos.

Aquí puede residir la diferencia cualitativa entre su servicio misionero y el de M. B. Czechowski. Debido a que Andrews salió del país con pleno acuerdo de la dirección de la obra y bajo su mandato, la organización entera, en un sentido, fue con él; y en muy poco tiempo, la Iglesia como un todo se vio a sí misma como un movimiento misionero mundial.

No es que la Iglesia comprendió plenamente el concepto en ese tiempo. Quizá no lo comprenda aún ahora. Pero casi inmediatamente comenzó a tomar en serio su cometido mundial. Así, el año siguiente votó formar una comisión ejecutiva de tres personas compuesta por Jaime White, de Battle Creek; Juan Loughborough, de California; y Juan Andrews, de Suiza. También sería la Comisión Misionera. Esta providencia pareció "muy apropiada" al redactor Urías Smith, porque según expresó, "el mensaje que los adventistas del séptimo día están dando es un mensaje mundial".¹

Si de paso mencionamos de nuevo a Czechowski, no sería más que justo observar que Andrews también tenía el tesoro del evangelio en un vaso de barro. Indudablemente, no necesitaba morir tan pronto. Elena de White, como mensajera del Señor, le aconsejó a menudo que no trabajara tan exhaustivamente, y que cuidara mucho mejor su salud. Andrews prometió tratar de hacerlo, y luego justificó su excesivo trabajo alegando que el éxito de la causa lo requería. Considerando las cosas a posteriori, es muy fácil simpatizar con él, pero no tan fácil aceptar su juicio. Cerca del fin, confesó con arrepentimiento que había hecho mal.²

Sin embargo, Dios lo bendijo maravillosamente, y usó su intrépido espíritu de resolución para impresionar a miles de otros vasos de barro a fin de que se dispusieran a servir con devoción en lugares lejanos.

El sacrificio de María también tuvo su influencia. Su servicio fúnebre reunió a la mayor congregación que hubo hasta ese día en la historia de Battle Creek; y junto con el solemne llamamiento del padre a la juventud,

ese servicio impresionó a muchos jóvenes de ambos sexos que asistían al colegio de Battle Creek a emular algún día su consagración.³

Viviendo hoy en la era de los aviones a chorro, es difícil concebir que poco antes de la partida de la familia Andrews hacia Europa, el presidente de la Asociación General, Jorge I. Butler había disculpado la poca disposición misionera de algunos, señalando que "nuestros jóvenes considerarían tal empresa con temor y hasta con horror".⁴

Diez años más tarde, al año siguiente de la muerte de J. N. Andrews, cuando Butler desempeñaba de nuevo el cargo de presidente de la Asociación General, había ya vencido su indecisión y había resuelto hacer un viaje a Europa él mismo, durante el cual ayudó a establecer casas publicadoras en Suiza, Noruega e Inglaterra, y mejoró la organización incipiente de toda la obra en ese lugar. Por entonces, había unos mil adventistas del séptimo día, y misioneros no sólo en Italia, Francia y Suiza, (países en los cuales Czechowski y Andrews realizaron los primeros trabajos); sino también en Dinamarca, Noruega y Suecia, donde la familia de Juan Matteson y otros estaban trabajando; y en Inglaterra, donde trabajaba la familia de Guillermo Ings, Juan Loughborough y otros. En 1882, Esteban Haskell, con su fama como misionero, ayudó a convocar el primer Concilio Europeo de Misiones Adventistas del Séptimo Día (que inicialmente formó la Asociación Europea) en Basilea, con representación de los campos británicos, escandinavos y los de Europa central.

El relatar la historia del adventismo en todos los países requeriría literalmente muchos volúmenes. Casi cada país tuvo su propio José Bates, cuyos haberes quedaron reducidos al equivalente de un chelín, pero que avanzó contra una oposición más o menos manifiesta o sutil, aprovechando puertas abiertas por la providencia de Dios.⁵

A semejanza de Andrews, Juan G. Matteson siguió el modelo de Rochester en su ministerio en Escandinavia. Había aprendido algo acerca de impresión en los Estados Unidos, obligado por las circunstancias. Cuando sus conversos en ese país pidieron folletos en danés, y la *Review* no los pudo proveer, reunió mil dólares de parte de sus escasos daneses y noruegos, tomó el tren a Battle Creek, aprendió a componer tipos y preparó él mismo las publicaciones.

En Noruega estableció una imprenta en el edificio donde vivía su familia. No estando familiarizado con los productos locales, combinó erróneamente cierta clase de papel con cierta clase de tinta, y en la primera tirada las impresiones tardaron en secarse. Con la ayuda de su familia colgó las páginas sobre hilos durante una semana. Pero los inconvenientes menores no impidieron que Matteson y sus asociados establecieran un firme fundamento para el adventismo en Escandinavia.

Entre los primeros adventistas del séptimo día que hubo en Rusia figura Romualdo Bartola,⁶ un comerciante italiano itinerante, y Gerhard Perk, un ex menonita. O Andrews o Czechowski ayudó a ganar a Bartola. Parientes de habla alemana de los Estados Unidos enviaron folletos en

alemán a los amigos de Perk. Apenas Perk echó un vistazo a estos folletos, hizo la siguiente advertencia: "Estas publicaciones son tan peligrosas que pueden engañar a un menonita". Pero la curiosidad lo venció. Escondiéndose en un galpón de heno, leyó un ejemplar de *El mensaje del tercer ángel*, aceptó la verdad, y pidió más ejemplares a Battle Creek.

Por el tiempo en que Perk se convirtió, trabajaba en Alemania L. R. Conradi, un joven alemán que había emigrado a los Estados Unidos, había aceptado el sábado mientras cortaba madera en Iowa, se había graduado en el Colegio de Battle Creek en un tiempo récord, y rápidamente había demostrado un don admirable de ganar un gran número de otros inmigrantes. La Asociación General le pidió que regresara a Europa a ayudar al pastor Erzberger. Atraído por la correspondencia de Perk, Conradi tomó el tren que iba a Rusia y allí realizó una gran obra junto con Perk. En muchos lugares encontraron observadores del sábado que los esperaban. Los bautizaron y, entre muchas aventuras, en una ocasión fue echado en la cárcel junto con Perk. En consecuencia, Conradi llegó a ser el dirigente del adventismo en Europa Central durante décadas, y también un misionero mundial en todo el sentido de la palabra, pues dirigió campañas evangelísticas en Africa y Sudamérica, así como en Alemania. Escribió, además, una cantidad de libros importantes.

El primer adventista del séptimo día que hubo en Turquía parece haber sido Teodoro Anthony, un turco que, a semejanza de Conradi, había salido de su país y aceptado el sábado en los Estados Unidos. Estaba arreglando zapatos en San José, California, cuando el Espíritu lo indujo a volver a su país.

Hong Kong llegó a convertirse en un campo misionero en circunstancias ampliamente conocidas. Abram LaRue, en un tiempo marino, y también pastor de ganado, pero entonces leñador en el condado de Sonoma, California, oyó a Juan Loughborough predicar el mensaje del tercer ángel durante los primeros tiempos del adventismo en el Oeste de los Estados Unidos. Sintiendo sobre sí una carga por la necesidad de China, rogó a los hermanos que lo autorizaran a trabajar entre los millones que pueblan ese país. No pidió un sueldo. Solamente quería el apoyo moral. Pero la dirección de la obra declinó darle el visto bueno debido a su edad. Tenía sesenta años.

Derrotado, pero impávido, consiguió otra misión "a una de las islas del Pacífico". Como anteriormente había vivido en Hawai, se pensó que podría ir a ese lugar, y fue. Por un tiempo colportó en Honolulu. Allí despertó tal interés que el evangelista Guillermo Healey fue enviado para levantar la cosecha. Entonces, silenciosamente LaRue viajó al punto donde tenía su corazón, a Hong Kong, una verdadera isla china del Pacífico.

Africa, el continente en el que muchos piensan primero cuando se habla de misiones, dio su primer adventista del séptimo día en 1863. La Srta. Hannah More, mientras visitaba Conneticut en sus vacaciones de Sierra Leona, recibió de Esteban Haskell, entre otras cosas, un ejemplar

del libro *La Historia del Sábado*, escrito por Juan Andrews. Cuando regresó a África como maestra de un orfanato episcopal protestante en Liberia, lo estudió cuidadosamente, y examinó también todas las demás publicaciones que Haskell se aseguró de que recibiera por correo.

Acostumbrada a la devota observancia del domingo, al principio le fue difícil realizar el cambio, pero al tiempo en que escribió su primera carta (publicada en la *Review* el 2 de enero de 1864), ya había ganado a otro misionero, el australiano Alejandro Dickson, al mensaje del tercer ángel. Aseguró a los lectores de la *Review*: "Su pueblo tiene adventistas totalmente consagrados en África. Aquí estamos en verano —les dijo—. Las aves cantan, las ranas croan, los insectos zumban, y las flores se abren. Toda la naturaleza sonrío. Solamente el hombre es vil. ¡Qué lástima que este hombre vil guarde silencio mientras toda la naturaleza canta!"⁷

Qué lástima, además, contar el final de la historia de esta simpática dama. Su propia sociedad misionera, al descubrir sus nuevas convicciones, la despidió. Sin desanimarse, visitó las otras estaciones misioneras de la costa occidental del África y dejó publicaciones en cada una de ellas. Al volver a los Estados Unidos fue bautizada en South Lancaster, Massachussets, y continuó distribuyendo publicaciones en su viaje a Battle Creek, algunas de las cuales produjeron fruto.⁸

En Battle Creek, sin embargo, halló que las mentes de los creyentes se concentraban en las cosas materiales. Los White estaban ausentes. La Srta. More, financieramente pobre, trató de hallar empleo entre los hermanos, pero no le prestaron atención. Demasiado tarde halló un lugar donde refugiarse. Fue en el hogar de un ex ministro de su fe anterior, con quien había trabajado en Sierra Leona, que vivía en la península de Michigan. Falleció prematuramente, perpleja por la falta de hospitalidad; sin embargo, todavía una íntegra adventista.

Al saber de su experiencia, la Sra. de White reprendió a la iglesia de Battle Creek como un verdadero profeta, no por haber sido peores que otros, sino por no haber sido mucho mejores. Los hermanos habían dejado de hospedar a un ángel sin saberlo.⁹

Tal vez la Srta. Hannah More, misionera en el África, compartiendo su fe en el Cristo del sábado y del santuario en 1863, debiera ser honrada como la primera misionera adventista del séptimo día de ultramar. ¿Por qué no?

La antorcha de la "verdad presente" fue encendida de nuevo en el continente africano por Romualdo Bartola, con quien nos encontramos hace un momento en Rusia, y quien hizo surgir un grupo de creyentes adventistas, a quienes bautizó, durante un viaje de negocios a Alejandría. Luego la antorcha fue llevada por el Dr. H. P. Ripton, médico inglés que aceptó el sábado por su contacto con el misionero norteamericano J. Andrews, mientras vivía en la ciudad italiana de Nápoles, y siguió viaje a Egipto en 1878 por causa de la salud de su hija. Después de haber hecho una buena obra, Ripton fue muerto en 1882, con dos de sus conversos

observadores del sábado, durante un levantamiento en contra de los extranjeros.

Sudáfrica podría contarnos acerca de Guillermo Hunt, un minero que llevó el mensaje del sábado consigo desde los campos de oro de Nevada a las minas de diamante de Kimberly. A semejanza de LaRue, aceptó el sábado mientras Loughborough estaba iniciando la obra en el norte de California; y como La Rue, sirvió al Señor a sus propias expensas. Mientras tanto, en Sudáfrica, Pedro Wessels y G. J. Van Druten, agricultores africanos, llegaron a conocer el sábado por sí mismos. Wessels, miembro devoto de la Iglesia Escocesa Reformada, comenzó a preocuparse tanto por el ordeño de sus vacas en domingo, que consiguió que su vecino, Van Druten, empezara a estudiar con él el problema del día de reposo en la Biblia. Pronto ambos hombres estaban observando el séptimo día, sin saber que hubiera otros observadores del sábado en el mundo. Providencialmente llegaron a relacionarse con Guillermo Hunt, sea por medio de las publicaciones o por haberlo encontrado "al acaso" en los campos de diamantes —los relatos difieren—; y por Hunt los dos africanos descubrieron para su gozo que existía la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Otros miembros de la familia Wessels también se unieron a ella. Su generosidad, estimulada por la venta de un rico campo de diamantes, escribió un interesante capítulo en la historia del adventismo, no sólo en Africa, sino también en Australia y aun en Chicago, adonde ayudaron al Dr. Kellog a financiar la obra de beneficencia que hacía en favor de los pobres de la ciudad.

Hasta aquí, la obra africana en Egipto, Liberia y el sur había sido realizada mayormente entre inmigrantes convertidos al cristianismo, sus descendientes y otras personas blancas. El primer obrero específicamente dedicado a trabajar en favor de los negros no cristianos fue Jorge James, un inglés violinista que aceptó la verdad en los Estados Unidos. En los primeros años de la década de 1890, cuando James se ofreció como voluntario para el servicio misionero, la Junta Misionera para el Extranjero de la Asociación General (que había reemplazado a la Comisión Ejecutiva en este cometido), declinó enviarlo debido a que había escasez de fondos.

Inmediatamente James vendió todo lo que tenía, excepto el violín y su ropa, y costó sus propios gastos al campo misionero. Durante dos años de trabajo en el corazón del continente oscuro atrajo a los nativos usando su "caja cantante". Su corazón se alegró cuando supo que la denominación había inaugurado una estación regular en Solusi, y así se dispuso a saludar con gozo a sus hermanos en ese lugar. Pero estando en viaje en un pequeño barco fluvial, falleció de paludismo, y fue enterrado en una tumba solitaria, a orillas del río, sin señal alguna.

Nos dirigimos ahora a Solusi. En 1894, en un terreno autorizado por Cecil Rhodes, los adventistas abrieron su primera estación misionera regular entre la población no cristiana (los matabeles).¹⁰ ¡Veinte años después de 1874! ¡Medio siglo después de 1844!

Al año siguiente la iglesia abrió una segunda estación misionera para personas no cristianas (los hindúes) en Calcuta, India.

Los límites de este libro nos impiden decir mucho acerca de los orígenes del adventismo en la mayor parte de los lugares, y ni aun de Australia, la mayor de las islas y el menor de los continentes, adonde llevó el mensaje Alejandro Dickson. Lo había recibido cálidamente de Hannah More, y lo predicó en la década de 1860, sólo para terminar descorazonado con los resultados y abandonar la empresa. En 1886, el siempre presente S. N. Haskell, junto con su familia y un grupo de asociados con sus familias, y probablemente con una imprenta, hizo que el mensaje avanzara en ese lugar. En 1891 y hasta 1900 Elena de White trabajó allí, consolidando la obra.

Pero regresemos al Africa por un momento. Más o menos al mismo tiempo en que Jorge James fue por su cuenta, la Asociación General le pidió al pastor Lawrence Chadwick que estudiara las posibilidades misioneras de la costa occidental. Cuando su barco llegó al pequeño puerto de Apam, Costa de Oro (ahora Ghana), tres o cuatro docenas de adventistas le dieron una entusiasta bienvenida. Su dirigente, Francisco Dolphijn, un nativo de la tribu Fanti, remó hasta el barco para saludarlo y ascendió a los saltos la escalera de sogas gritando con alegría: "¿Está aquí el pastor Chadwick?"

Chadwick también encontró otros grupos de conversos que lo esperaban, uno en Sierra Leona, dirigido por un pastor Coker; y otro en Liberia, conducido por un señor Gaston. Dolphijn y, aparentemente también Coker habían hallado la verdad leyendo publicaciones enviadas por la Sociedad Misionera y de Tratados de los Estados Unidos. Gaston se había enterado de la verdad en un viaje a Sudáfrica, y regresó para transmitirla a su pueblo.¹¹

Volvimos al Africa sólo para llamar la atención otra vez a la obra de los hermanos laicos en la empresa misionera adventista. Dolphijn y Gaston no eran ministros y, sin embargo, compartieron su fe con eficacia antes de encontrarse con algún misionero ordenado. Ribton, LaRue, Anthony, Bartola, Hunt, todos ellos dejaron sus países y se convirtieron en *misioneros al extranjero* sin ser ordenados, ¡ni siquiera pagados! Es axiomático el hecho de que la mayor parte de las personas ganadas para Cristo y para el mensaje del sábado y el santuario en los Estados Unidos y en otras partes del mundo, lo fueran totalmente o en parte por personas no ordenadas, tanto norteamericanas como extranjeras, sino fervientes cristianos laicos.

Esto nos recuerda que debemos rendir tributo a una clase especial de ministros laicos: los colportores evangélicos. En muchos países fueron los pioneros.

Por ejemplo, en Chile. Los primeros conversos de ese país eran inmigrantes de habla francesa que habían aceptado el sábado después de leer *Les Signes des Temps*, en Argelia. Pero los primeros "obreros" (1894) fueron Claire Nowlen, un colportor de la Argentina; y Federico Bishop y

Tomás Davis, colportores de California. Bishop y Davis viajaron en barco desde California con muy poco más que las ropas que llevaban puestas y un cajón de libros. No hablaban nada de español y tenían muy poco dinero. Pero entre sus conversos se cuentan los notables hermanos Thomann, Eduardo y Víctor, a quienes Dios les presentó a los extranjeros en un sueño. Eduardo y Víctor llegaron a ser colportores, y en cierto tiempo se vieron en tales estrecheces que entre ambos tenían que usar un solo par de zapatos. Pero se turnaban en el trabajo de colportaje: mientras uno colportaba, el otro quedaba en casa para orar. Más tarde, Eduardo llegó a ser un dirigente en su propio país, y ambos sirvieron como misioneros.

Si Clarie Nowlen salió de la Argentina para trabajar en Chile, entonces la Argentina se convirtió en una base para el envío de misioneros al extranjero en 1894! Eso es innegable. Italia se había convertido extraoficialmente en una base en 1865, cuando Czechowski convenció a Geymet a que lo acompañara como misionero a Suiza. Con Czechowski, Suiza se convirtió en una base misionera para Erzberger y Alberto Vuilleumier debido a sus labores en Alemania y Francia. Y oficialmente llegó a ser una base cuando B. L. Whitney y G. I. Butler organizaron la Asociación Suiza en 1884.

En la década de 1890 Elena de White profetizó que Australia también llegaría a ser una base para enviar misioneros al extranjero.¹² Ella fue a ese país en parte para cumplir esta emocionante predicción, y por eso la escasa y pobre feligresía australiana se sacrificó tanto para hacer que su colegio fuera una realidad.

Con L. R. Conradi, Alemania llegó a ser una base misionera que comisionó a una gran cantidad de obreros para que fueran especialmente a las colonias alemanas del Africa. Cuando estas colonias cayeron bajo dominio inglés, en la primera guerra mundial, Gran Bretaña se convirtió en una base importante, con verdadero sacrificio. Sólo en 1920 se enviaron veinte parejas, entre las cuales W. T. Bartlett y S. G. Maxwell eran particularmente prominentes.

La obra en ultramar llegó a desarrollarse tanto que ya hacia el final de la década de 1920 vivían más adventistas fuera de los Estados Unidos que dentro del país. En los momentos en que se traduce este libro al español, una sola división, la Interamericana, tiene más miembros que la División Norteamericana. Desde la perspectiva de la década de 1980, el adventismo del séptimo día ha sido predominantemente una iglesia no norteamericana ya por más de medio siglo. Hoy en día, el 85% de la feligresía vive fuera del país donde se organizó la iglesia.

En tanto que en 1863 había 3.500 miembros que vivían casi exclusivamente en la parte noreste y central de los Estados Unidos, actualmente más de tres millones están esparcidos en más de 190 países, y un gran número de esos países han llegado a ser bases que envían misioneros al extranjero.

¡El adventismo del séptimo día es hoy en día un movimiento misionero mundial!

Y puesto que Jesús dijo: "Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todas las personas; y entonces vendrá el fin" (Mateo 24:14), ¿no es natural esperar el regreso de Cristo bien pronto? ¿Tal vez dentro de pocas semanas? ¿Quién sabe? ¡Tal vez esta misma noche! Eso es lo que piensan algunos.

En 1892, Elena de White amonestó a los adventistas a no afirmar en ese tiempo que Jesús vendría dentro de un año o dos, o aun dentro de cinco años.¹³ En 1892, cuando la obra se había iniciado sólo en una veintena de países, lo estaban esperando para cualquier momento. No parecían entender el problema.

¿Lo entienden hoy? Jesús dijo que el evangelio iría a toda "nación". La palabra griega empleada aquí en los primeros manuscritos es "éthnos". Una comprensión curiosa del mundo moderno, basada tal vez en las traducciones más clásicas, ha inducido erróneamente a muchos ávidos cristianos a anticipar la segunda venida antes que las condiciones fueran cumplidas. Aunque la palabra "éthnos", como se usaba en los días de Cristo, significaba "nación", podía también aplicarse a "pueblo", "grupo de gente", "clase", "casta", y "tribu". Aun "nación" tenía el sentido limitado de "gremio". La forma plural, "ethne" (y esto es lo que tenemos en Mateo 24:14), equivale a "extranjeros" (para los griegos, los no griegos; y para los judíos, los gentiles).

Es perfectamente claro que Jesús no estaba hablando sólo acerca de los más o menos doscientos países, colonias, dependencias, territorios y posesiones enumeradas en los almanaques modernos. Y seguramente no quería decir que tan pronto como una familia de misioneros llegaba a un país y distribuía unos pocos folletos, el país entero, con toda su población, grupos lingüísticos, tribus, subnaciones y subculturas, podía ya ser contado como evangelizado. La India tiene quinientos millones de habitantes que hablan 880 idiomas y dialectos distintos y viven en 550.000 poblaciones. Nigeria, con ochenta millones de personas, está compuesta de 250 comunidades étnicas separadas, cada una de las cuales habla su propio idioma, y muy pocas de ellas son cristianas.

"Nunca perdáis de vista el hecho de que el mensaje que lleváis es un mensaje mundial. Ha de ser dado a todas las ciudades y a todas las aldeas",¹⁴ dijo el mensajero celestial.

En el sentido más amplio, Jesús quería decir que el Evangelio tiene que predicarse a todo judío, a todo gentil, a toda persona, y que sólo entonces vendría el fin.

¡Por supuesto! ¿Cómo podía ser de otra manera? Dios amó de tal manera al mundo que dio a su Hijo unigénito. Jesús entregó su vida para que cada persona pudiera ser salva. No murió por los norteamericanos como pueblo, o por China como nación, sino por cada pecador, por cada individuo que respira en el mundo. El ama a cada alma tan individualmente

que hubiera dado su vida por ella sola, aunque no existiera otra sobre la tierra. Y no regresará hasta que cada persona que viva en este tiempo haya tenido ocasión de oír las buenas nuevas (si quiere) para creer y vivir. "Predicad el evangelio a toda criatura", ordenó él en Marcos 16:15. "¡Ve y proclámalo por doquiera!

Pero cuando Elena de White, en 1892, amonestó a los adventistas a no esperar el regreso de Cristo en un año, o dos, o aun cinco, también les advirtió que no debían colocarlo diez o veinte años en el futuro.

¡En 1892! ¡Pensemos en ello! Le parecía razonable al profeta, consciente como ningún otro de la tarea mundial que esperaba a la iglesia, que el fin podría llegar dentro de diez o veinte años después de 1892.

"No con ejército ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Zacarías 4:6). Dios destruyó las barreras idiomáticas el día del Pentecostés en un solo instante, y cuando tenga un pueblo preparado, lo hará de nuevo con toda facilidad. El no terminará toda la obra solo, por sí mismo. Si ése fuera su plan, ya lo habría hecho hace mucho tiempo. La comisión es: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (Marcos 16:15). Cuando los verdaderos hijos de Dios se consagren a esta misión de servicio, tanto en su vecindario como en el mundo entero; cuando los cristianos sientan la misma pasión por las almas perdidas que Jesús sintió por ellas; cuando limpien la basura (los impedimentos) de sus corazones laodicenses tibios y desprovistos de Cristo, y le permitan entrar al Salvador, su Espíritu los llenará como nunca antes, y la obra de Dios correrá y se esparcirá por el mundo como fuego en el rastrojo.

Jesús está entregado a la tarea de borrar los pecados. Está ocupado en eliminar el pecado y el egoísmo del corazón y de la vida de sus hijos. Y cuando ellos le permitan realizar esta tarea en forma total y completa, él lo ocupará totalmente. Los llenará con su Espíritu, pero no como el agua que colma una copa, isino como el agua a presión de una manguera! Derramará generosamente, por medio de ellos, sus bondades sobre el mundo. Y cuando tenga un movimiento de hombres y mujeres, jóvenes varones y niñas en todo el mundo, llenos de fe, como instrumentos dedicados, como medios consagrados en sus manos, entonces la gente dirá: "Mirad. La lluvia tardía está cayendo. La tierra se está llenando con la gloria del Señor".

"Dios hará la obra —prometió Elena de White cerca del fin de su vida— si nosotros le proporcionamos los instrumentos".¹⁵

Capítulo 24

Mujeres destacadas

—¿Dónde está "toda criatura" a la cual debe llevarse el llamado del evangelio? —preguntó en público una impresionante voz femenina en el Congreso de la Asociación General de 1899, realizado en South Lancaster, Massachussets—. ¿Dónde tiene que encontrarse "toda criatura"?

—En el mundo —contestaron varias voces del público.

—Sí, sí, en todo el mundo —asintió la oradora—, pero también en alguna otra parte. ¡El mundo es muy grande!

—En la cercanía inmediata —intervino una voz cooperadora.

—¿Cuán cerca? —continuó preguntando la oradora; y entonces, contestando su propia pregunta, afirmó—: ¡En vuestro propio hogar!

La predicadora en esta ocasión no era Elena de White. La Hna. White estaba todavía muy lejos, en Australia. En cambio, se trataba de Sarepta Myrenda Irish Henry, una de las mujeres más notables que se unieron al movimiento adventista.

La Sra. S. M. I. Henry había sido una promotora prominente de la causa de la temperancia y de otras reformas. Se había ocupado en esto por unos treinta años antes que una severa dolencia la obligara a ir a Battle Creek. Los tratamientos y las oraciones produjeron su curación en 1896, y también su conversión al sábado. Se unió con la Iglesia Adventista dando por sentado que un pueblo que tenía un mensaje tan maravilloso debía ser casi perfecto. Chasqueada, pero no totalmente desanimada, durante los pocos años siguientes de su vida presentó un testimonio efectivo en favor de la verdad.

En la mentada ocasión estaba tratando uno de sus temas favoritos. "El hogar es el corazón de la iglesia —señaló— y la madre en el hogar es el centro de su vida. Lo que sea la madre, será también el hogar". Antes que el evangelio pueda ser llevado a todo el mundo y a toda criatura que está fuera del hogar —continuó ella—, los hogares de los creyentes deben ser equipados con poder; y el poder necesario es accesible para los padres e igualmente para los hijos. La Biblia dice en el libro de los Hechos: "Para vosotros es la promesa (del Espíritu), y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare".¹

La Sra. Henry, aunque más prominente que muchas otras, era solamente una de las miles de mujeres cuyo talento y devoción han contribuido al éxito del movimiento adventista.

Ya hemos mencionado a varias de ellas. La esposa de Juan Couch, como recordamos, había tenido el valor cristiano de interrumpir

cortésmente, pero en forma decidida, al pastor José Bates e introducir a Samuel Snow a la congregación, quien a su vez presentó al auditorio el clamor de medianoche. La Sra. Raquel Oakes presentó el sábado a los adventistas de Washington, Nueva Hampshire. Ana Smith regocijó a los primeros creyentes con sus himnos. Hanna More fue la primera que abrazó el mensaje del tercer ángel en el continente africano. Annie Butler y la joven María Andrews fueron "los primeros" misioneros a Europa. Una señora Armstrong y la Sra. Catalina Revel fueron las primeras conversas adventistas allí. Y, por supuesto, Elena de White, la inspirada e inspiradora guía de todo el movimiento, no podría quedar afuera de esta pléyade de mujeres notables.

Nos hemos encontrado ya con éstas y otras mujeres destacadas. Pero hay muchas más.² Las mujeres han ejercido una vasta influencia en el desarrollo del adventismo por su dedicación al servicio, la variedad de su contribución, su lealtad y su humildad. Han servido como secretarías, maestras y profesoras, enfermeras, compositoras de tipo, grabadoras, administradoras, financieristas y predicadoras.

Y, sin embargo, han recibido poco reconocimiento. Los sueldos pécibidos fueron de ordinario mucho menor que los de los hombres. En raras ocasiones exigieron mayores responsabilidades o mejores títulos. Desempeñaron prácticamente todas las funciones, y no pidieron virtualmente nada. Su recompensa fue la de saber que hicieron cuanto pudieron. Mencionemos algunos ejemplos notables.

Aunque hoy casi se ha olvidado su nombre, Minerva Jane de Chapman, hermana del pastor J. N. Loughborough, era bien conocida en las filas adventistas durante el tiempo en que vivió. En 1877 fue elegida tesorera de la Asociación General. Al mismo tiempo, fue redactora del Youth's Instructor (Monitor de la Juventud), secretaria de la Asociación de Publicaciones y tesorera de la Sociedad Misionera y de Tratados. Sirvió por nueve años como redactora del *Youth's Instructor*, y no aceptó ningún salario por sus servicios en esa responsabilidad.

El pastor Chapman y su señora se mudaron a Battle Creek en 1866, no mucho después que se organizó la Asociación General y terminó la Guerra Civil. Ella comenzó a componer tipos a mano, pero fue progresando rápidamente hasta llegar a ser tesorera de la *Review & Herald*, y luego fue ocupando los cargos ya mencionados. Después de retirarse en 1893 continuó viviendo en Battle Creek, sana y activa, hasta el día en que falleció a la edad de 94 años, mientras tomaba una siesta.

María L. Huntley nació en el seno de una de las primeras familias que guardaron el sábado en Washington, Nueva Hampshire. A su tiempo llegó a ser la secretaria de la Sociedad Misionera Vigilante, ese grupo de mujeres misioneras enérgicas y consagradas de South Lancaster, Massachusetts, acerca del cual hablamos en el capítulo veinte. Cuando en 1874 esa sociedad se expandió hasta constituir la Sociedad General Misionera y de Tratados para toda la denominación, fue nombrada

secretaria y continuó ocupando esa posición mientras vivió, aunque se añadió una ayudante, y luego otra, y más tarde una tercera, y después once secretarías ayudantes para colaborar con ella. Durante el congreso de la Asociación General de Minneapolis, realizado en 1888, se le pidió que hablara a la asamblea acerca de las actividades laicas. Insistió en que "muchos trabajarían alegremente si supieran como hacerlo", y rogó a los ministros que desarrollaran planes efectivos para educar a los miembros laicos.⁴ En contraste con la Sra. Chapman, la Srta. Huntley murió a la edad de sólo 43 años, mientras organizaba actividades para ganar almas en Chicago.⁵

En 1886, una señorita de quince años, Maud Sisley, fue a Battle Creek y consiguió un trabajo en la *Review & Herald*. Su padre había muerto unos años antes mientras la familia estaba todavía en Inglaterra. Un hermano mayor de ella fue el primero en salir de Inglaterra rumbo a los Estados Unidos. Cuando el resto de la familia lo siguió lo encontró "observando el sábado como día de reposo", y lo siguieron en esa práctica.

Incluyendo a Maud y a su hermano, había siete hijos en la familia Sisley. De las cuatro niñas, Josefina llegó a ser maestra misionera en Australia. Marta trabajó como impresora en la *Review & Herald*; Nelly estudió en el Sanatorio de Battle Creek, se graduó de enfermera y se casó con el pastor Jorge B. Starr. Junto con él, acompañó a la Hna. White a Australia.

¿Y qué pasó con Maud? Ella fue una de las primeras adventistas que pagó un diezmo completo. Fue una especie de estudiante misionera, pues se tomó una vacación de seis meses para hacer obra de sostén propio en Ohio. En 1877 fue a Suiza a trabajar como misionera soltera de ultramar. Allí compuso tipo en italiano, aun cuando no conocía el idioma. Más tarde regresó a los Estados Unidos, se casó con C. L. Boyd, presidente de la Asociación de Nebraska, y lo acompañó a Sudáfrica como parte del primer grupo de misioneros adventistas que trabajó entre los no cristianos de ese continente.

Vale la pena mencionar que también los tres varones de esa familia llegaron a ser obreros en la causa. Juan fue pastor. Roberto, misionero de sostén propio y murió en el campo misionero. Guillermo (su nombre era Guillermo Conquistador Sisley), arquitecto y constructor. Diseñó y construyó algunos de los edificios del Colegio de Battle Creek, el Colegio de Walla Walla, el Union College, y otras instituciones de Australia, Sudáfrica e Inglaterra.⁶

Lo que logró la familia Sisley es una indicación de la capacidad y la consagración de su madre. Como madres, miles de otras mujeres adventistas que también han criado a sus hijos para Dios, han contribuido inculcablemente al éxito del movimiento.

Debe notarse que cuando en 1879 la Asociación General estableció la Junta de Misiones al Extranjero, invistiéndola de las atribuciones que tenía antes la Comisión Ejecutiva, tres de los nueve miembros que nombraron

eran mujeres, las ya mencionadas Minerva Jane de Chapman, María L. Huntley (de 32 años) y Maud Sisley (de 28 años).⁷

Otra familia muy conocida en el adventismo de la primera hora estaba compuesta por las pelirrojas "niñas Rankin", que en total sumaban doce. La mayor parte de ellas fueron maestras, y algunas extraordinariamente buenas.

Ida Rankin fue la primera preceptora del Colegio de Battle Creek. María Rankin fue la madre del Dr. E. A. Sutherland, el hombre que, con Percy Magan, ayudó a transformar el Colegio de Battle Creek en el Emmanuel Missionary College (ahora la escuela de subgraduados de la Universidad Andrews), y más tarde fundó el Colegio de Madison.⁸

La más famosa de todas las chicas Rankin fue Helena, a quien después de casarse con Alma Druillard, se la conoció con el nombre de "mamá D." y "tía Nell".

Siendo naturalmente buena para la contabilidad, la Sra. Druillard fue nombrada tesorera de la Asociación de Nebraska. Después de su matrimonio, se convirtió en esposa misionera por varios años. En 1901 llegó a ser la tesorera del Emmanuel Missionary College. Cuando en 1904 su esposo murió, quedó con una cuantiosa fortuna familiar a su disposición. Tenía sesenta años de edad, y estaba por lanzarse a una nueva carrera.

Ese mismo año, 1904, E. A. Sutherland (el hijo de su hermana María) y Percy T. Magan, su colaborador, renunciaron a su respectivos cargos de presidente y decano académico del Emmanuel Missionary College y se trasladaron al sur para ser los pioneros de la obra educativa adventista allí. La Sra. de White también estaba en el sur en ese tiempo, visitando a su hijo evangelista Edson. Edson propuso que todos ellos hicieran un viaje en su barco misionero a vapor, el Morning Star (la estrella de la mañana).

El primer día del viaje, cuando necesitaron hacer algunas reparaciones, la Sra. de White aprovechó el tiempo de espera para inspeccionar unos terrenos que los hermanos habían estado considerando como locación para una escuela para hijos de familias carenciadas. Gran parte de las tierras parecían pobres, pero Elena de White estaba convencida de que ése era el lugar que Dios quería que compraran, no sólo para una escuela, sino también para un sanatorio. De vuelta al barco, cada mañana, por tres días sucesivos, llamaba a Sutherland y a Magan y les rogaba que encontraran dinero y compraran la propiedad.

Sutherland y Magan fueron a mirar el lugar de nuevo. Parecía tan desierto que literalmente lloraron. Pero resolvieron seguir la dirección del Señor y decidieron que Sutherland fuera a ver a su tía, la Sra. Druillard, en el Emmanuel Missionary College, y le pidiera que donara el dinero.

Sutherland fue a Berrien Springs e hizo el pedido. Pero su tía le respondió que el proyecto era totalmente insensato. El sobrino se dio vuelta para partir.

—¿A dónde vas? —le preguntó la tía.

—A buscar a alguna otra persona que nos ayude. Yo voy a obedecer al Señor, pase lo que pasare.

Pronto la Sra. de Druillard se hallaba junto a la Sra. de White, examinando la propiedad. Basada en la seguridad que le dio la Hna. White, la adinerada señora decidió donar el precio.

Nadie resultó chasqueado. El Colegio de Madison y el Sanatorio del mismo nombre crecieron y prosperaron, educaron a miles de estudiantes; de sus aulas salieron centenares de graduados y estimularon el establecimiento de instituciones similares de sostén propio en todo el sur de los Estados Unidos y en diversos países del mundo.

El día en que la Sra. de Druillard llegó para ayudar en este proyecto, la Hna. White le dijo: "Nell, Ud. piensa que está casi en la edad de retirarse. Si viene aquí, se identifica con esta obra, cuida a estos muchachos (Sutherland y Magan estaban todavía en su década de los treinta años), y los guía y los sostiene en lo que Dios quiere que ellos hagan, el Señor renovará su juventud y Ud. hará más en lo futuro de lo que jamás ha hecho en lo pasado".

Estas palabras fueron proféticas. La "mamá D." fue y se identificó con la obra en favor de los pobres del sur. Dios la sostuvo durante una activa edad madura. Murió a los 94 años, después de fundar además otra institución, esta vez enteramente para beneficio de los negros, es a saber, el Sanatorio de Riverside.⁹

Kate Lindsay se crió en una familia grande en la misma zona rural de Wisconsin donde también crecieron las niñas Rankin. Siendo la nieta de un primo de David Livingstone, y fascinada por lo que Florencia Nightingale estaba haciendo en Inglaterra y en Crimea, salió de su hogar rumbo a Battle Creek en 1867 para ofrecer sus servicios al pequeño Instituto Occidental de Reforma pro Salud que los adventistas habían iniciado el año anterior. Pronto fue a Nueva Jersey para seguir un curso de enfermería de dos años, y desde allí pasó a la Universidad de Michigan, situada en Ann Arbor, como miembro del segundo grupo de señoritas a quienes se permitía tomar el curso de medicina. Siendo una de las diez señoritas en medio de 1.300 hombres, soportó su parte de ridículo y observaciones escépticas, pero cuando luchó en favor del derecho de las mujeres, ganó la batalla y el respeto de los muchachos. Finalmente terminó primera en toda la clase.

Al llegar de vuelta al instituto Occidental de Reforma pro Salud, que ahora había sido bautizado con el nombre de Sanatorio Médico y Quirúrgico, se especializó en enfermedades de mujeres y niños, casi al mismo tiempo en que Juan Harvey Kellogg llegó a ser el director médico de la institución. Siendo una persona persistente y decidida, finalmente persuadió a Kellogg y a la junta a que se fundara una escuela de enfermería. Esta se inició en 1863, y ella la apoyó y guió hasta que salió para el Africa en 1897. Más tarde sirvió en el Sanatorio de Boulder, Colorado.

Puntual, cuidadosa y de corazón tierno, la Dra. Lindsay dejó una impresión inolvidable en millares de enfermeras, médicos y pacientes. Durante los años que pasó en Battle Creek, su único hogar fue la pequeña habitación contigua a su oficina y consultorio. Quería estar continuamente accesible para el servicio. Y fue por causa de su devoción y en su honor por lo que el dormitorio de enfermeras estudiantes de Loma Linda fue bautizado con el nombre de Edificio Kate Lindsay.¹⁰

Georgia Anna Burrus se ofreció voluntariamente para el servicio como misionera siendo soltera, y llegó a ser una de las primeras obreras adventistas del séptimo día que trabajaron en la India. Fue una actitud muy valiente de su parte el decidirse a ir a un lugar lejano sin familia y sin esposo. Inmediatamente antes de desembarcar, la aquejó un terrible sentimiento de soledad. Estando sumida en la nostalgia, accidentalmente se le cayó su reloj pulsera sobre la cubierta, y éste dejó de funcionar. ¡Había perdido su último amigo! ¡Se sintió desamparada, y se dijo que si sólo pudiera escuchar de nuevo el tic tac del reloj, podría seguir adelante como misionera! Arrodillándose en su camarote rogó al Señor que tuviera misericordia de ella e hiciera que el reloj funcionara de nuevo. Dios la amó por hacer ese sencillo pedido. (No pidió regresar a su país. Esto nunca entró en su mente.) Tímidamente, pero con confianza, tomó el reloj y lo acercó al oído.

¡El reloj funcionaba!

Y nunca se detuvo. Nunca tuvo más dificultades con él. Con decisión continuó su viaje a su destino en la India, y su nostalgia desapareció totalmente. Más tarde, se casó con Luther E. Burgess, otro misionero, y juntos pasaron 32 años como pioneros entre diversos pueblos de ese subcontinente. En una vacación en que regresaron a los Estados Unidos para que el pastor Burgess pudiera seguir un tratamiento médico, descubrieron que la Asociación General no tenía dinero para mandarlos de vuelta. La Sra. Burgess recorrió entonces las calles y vendió, de casa en casa, 20.000 ejemplares de *Bible Training School* (Escuela de educación bíblica), a razón de diez centavos el ejemplar, para pagar sus pasajes.¹¹

Hablando de mujeres misioneras que fueron a la India, no debemos olvidar a Ana Knight, la primera misionera negra enviada a ese país. Como niña, en Mississippi, había aprendido a leer más rápidamente que ninguno de sus compañeros de juego. Se convirtió al adventismo por la lectura de *Signs of the Times* y el libro *El Camino a Cristo*. Después de un período de estudios en la academia de Graysville (precursora del Southern Missionary College), volvió a su hogar recorriendo más de 450 kilómetros para una vacación. La comunidad la ridiculizó. Los sábados ella tomaba su Biblia, su folleto de Escuela Sabática, su *Auxiliar*, su *Review & Herald*, su *Youth's Instructor*, un perro y un revólver y se internaba en el bosque. El perro era para defenderse de los puercos salvajes. ¡El revólver para defenderse de la gente! (Como niña había hecho sus propios arcos y flechas, y tenía fama

de que a noventa metros podía dar en el agujero que deja en la madera un nudo desprendido.)

Más tarde, en el Sanatorio de Battle Creek, llegó a ser enfermera. El Dr. Kellogg tomó buena nota de ella y la hizo nombrar delegada al gran congreso de la Asociación General de 1901. Ese mismo año fue enviada como enfermera a la India.

Allí colportó, enseñó en una escuela primaria, trabajó como enfermera adventista, y se mezcló igualmente con los pobres y los ricos en todas las zonas del norte y del este de ese país. Incansable, sostenida constantemente por la oración, fue guiada, sanada y hasta alimentada por una sucesión de milagros.

Encontrándose una vez débil por el hambre y la sed después de pasar 36 horas sin alimento ni agua mientras viajaba en tren, miró detrás de ella en su compartimiento, y quedó atónita al ver en el asiento un plato con pan y una taza de bebida caliente. Mientras comía con gratitud, esperaba que en cualquier momento el extraño personaje vestido en forma rara que recorrería el coche de ida y de vuelta asomara su cabeza por la ventana y pidiera el pago. Pero cuando ella terminó de comer y trató de devolverle los platos, él había desaparecido.

Con el tiempo, la Srta. Knight regresó a su obra en la escuela de Mississippi; entonces dio comienzo, en Atlanta, a la primera Asociación Cristiana de Señoritas, para negros. Sirvió como directora en los departamentos de Actividades Laicas, Misioneros Voluntarios, Educación y Escuela Sabática, simultáneamente para las uniones del Sudeste y del Sur, y a veces su única oficina era su baúl y su cartera. Finalmente, actuó como madre para el Oakwood College, para negros. Para entonces había viajado, sin contar el tiempo que pasó en la India, 800.000 kilómetros, dirigido 10.000 reuniones, y escrito 49.000 cartas a mano o a máquina.¹²

Muchas otras mujeres han contribuido a enriquecer la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, ayudando al movimiento a cumplir su cometido de proclamar por doquiera el evangelio. No podemos pasar por alto tampoco a Lora Clement, hija de Melisa Rankin (y por ende, ella misma una niña Rankin), directora del *Youth's Instructor*, revista predecesora de *Insight*, por 29 fructíferos años, durante los cuales su columna titulada "Let's talk it over" (Repasémoslo), fue una de las producciones literarias más apreciadas de la denominación.

¿Cuántos miles de mujeres han hecho su contribución como dirigentes y maestras de escuela sabática? Flora Plummer, directora del departamento de Escuela Sabática de la Asociación General desde 1913 hasta 1936, escribió muchos libros, y su influencia se extendió a todo el mundo a través de innumerables mujeres en las escuelas sabáticas locales, quienes con amor y abnegación trabajaron y trabajan por los niños y los jóvenes de la iglesia.

¿Y qué diremos acerca de las maestras de escuelas primarias, escuelas secundarias y colegios? ¡Marta Amadon ha sido sucedida en la educación

adventista por quién sabe cuántos miles de mujeres! Y nos faltaría el tiempo para hablar de la hueste de mujeres que sirven y han servido como escritoras, ecónomas, secretarias, dactilógrafas, contadoras y bibliotecarias, que han ocupado incontables otras posiciones en la iglesia, sin exceptuar el púlpito.

Ida Riggels Burden, por ejemplo, directora del departamento de Escuela Sabática de la Asociación de Oregón en pleno siglo XX, dirigía la palabra en frecuentes servicios de sábado de mañana, y fue sólo una de las muchas mujeres predicadoras. La esposa del pastor E. B. Lane era ampliamente conocida como predicadora, y se le había concedido licencia ministerial, aunque no la "credencial" ministerial que se da a los ministros ordenados.

La ordenación de las mujeres fue discutida en la sesión de la Asociación General de 1881, y esa consideración fue estimulada por el hecho de que los bautistas del séptimo día habían ordenado recientemente a algunas mujeres. En los Estados Unidos, durante la gran depresión y en Europa, durante la segunda guerra mundial, algunas mujeres sirvieron como pastores locales sin ser ordenadas. Su ordenación al ministerio evangélico ha sido muy discutida durante la década de los setenta, y en varios casos algunas mujeres han sido ordenadas como pastores locales. Al mismo tiempo, se ha manifestado considerable interés en la declaración hecha por Elena de White en 1895, aparentemente apoyando la ordenación de las mujeres a una clase de diaconado o para el trabajo de obreras en favor de la asistencia social: "Las mujeres que están dispuestas a consagrar parte de su tiempo al servicio del Señor deben ser designadas para visitar a los enfermos, cuidar a los jóvenes y ministrar las necesidades de los pobres. Deben ser apartadas para esta obra por la oración y la imposición de las manos".¹³

Se produjo un fuerte movimiento feminista en los Estados Unidos en el siglo XIX, así como en el siglo XX. Como el movimiento actual, el del siglo XIX abogaba por la restauración de los legítimos derechos de la mujer. También luchó por un sexo libre y en contra de la maternidad. La respuesta de la Iglesia Adventista del Séptimo Día hace un siglo fue dar un mayor énfasis al papel de las mujeres como personas capaces de ocupar posiciones y como maestras y guías de los jóvenes en la iglesia, en la escuela, y principalmente en el hogar. Después de todo, no es a los pañales a lo que las madres "no liberadas" están ligadas, sino a los pequeños seres formados a la imagen de Dios y capaces, al alcanzar la madurez, de esparcir el mensaje por el mundo. Por cierto que los niños, aun siendo pequeños, forman parte de la expresión "toda criatura", a la cual el evangelio debe ir, como la Sra. S. M. I. Henry indicó acertadamente.

Elena de White ponía constante énfasis en exaltar estos aspectos de una noble feminidad, pero no lo hizo en forma unilateral. También abogó por la reparación de los perjuicios inferidos a la mujer y demandó, en el nombre del Señor, una remuneración proporcional por la labor femenina.

· Escribió: "El Señor tiene una obra para las mujeres, así como para los hombres. Ellas pueden ocupar su lugar en esta crisis, y él obrará por medio de ellas".¹⁴ "Dios es un Dios de justicia, y si los ministros reciben un sueldo por su trabajo en la iglesia, sus esposas, que se dedican a sí mismas tan desinteresadamente como ellos a la obra como colaboradoras con Dios, deben recibir una remuneración en adición al salario que sus esposos reciben, aunque no lo pidan".¹⁵ "Esta cuestión no la deben decidir los hombres. El Señor la ha decidido ya. Vosotros (estaba escribiendo a la dirección de la obra) habéis de cumplir con vuestro deber hacia las mujeres que trabajan en el evangelio".¹⁶

Cuando Jaime White ordenó a un ministro en 1867, pidió a la esposa del ministro que se arrodillara junto con su esposo con el entendido de que ella era también apartada como su ayudadora. El pastor White creía que esta práctica debía seguirse en toda ordenación al ministerio.¹⁷ Cuando Roberto H. Pierson aceptó la reelección en el congreso de la Asociación General en 1975, realizado en Viena, le pidió a su esposa que estuviera a su lado como un símbolo de las esposas de todos los obreros que compartían las cargas de sus maridos.

Feliz la esposa que puede compartir la responsabilidad de su esposo directamente. Muchas de ellas, especialmente cuando los niños son pequeños o sus maridos están lejos, deben cumplirlas a la distancia. Leemos con reverencia las líneas que Angelina Andrews (que entonces estaba en sus treinta), escribía en su diario día tras día, en torno al año 1860:¹⁸

"Extraño mucho a mi esposo. Parece que no puedo soportar la idea de que él esté lejos varios meses más".

"Difícilmente me puedo reconciliar con esta prolongada ausencia. ¡Cómo late mi corazón ante la idea de verlo de nuevo! El es uno de los mejores y más bondadosos maridos".

"Anhelo que Juan haga sólo lo correcto".

"Mi ferviente deseo es que las manos de Dios lo guíen".

"Existe un vacío en mi corazón que no se satisface. Parece que no me reporta mucha satisfacción aun el escribir o recibir cartas".

"¡Mi querido esposo ha venido! ¡Cuán precioso fue el momento del encuentro!"

"Mi querido esposo salió esta mañana para unirse con el equipo de la carpa de Minnesota. ¡Qué momentos tristes son estas escenas de despedida!"

Capítulo 25

Consagrada a la salvación de almas

La Sra. Elena de White fue una verdadera madre, así como "una madre en Israel". El tener que dejar a sus hijos a cargo de una cocinera y de un ama de casa mientras viajaba con su esposo al llamado del Señor, era una fuente permanente de preocupación para ella y, siendo los muchachos lo que a menudo son, Jaime Edson y el pequeño Willie a menudo se portaban mal, especialmente Jaime Edson.

Precisamente antes de que Edson cumpliera 16 años, su madre, entre suspiros, le escribió una carta muy ferviente. "Cuando todos los que me rodean están entregados al sueño —le escribí—, yo me quedo despierta llena de ansiedad" debido a tu condición espiritual y "puedo lograr alivio únicamente en oración silenciosa". "Cuando estamos contigo tu cumples con nuestros deseos, pero... desobedeces en nuestra ausencia. Tú has hecho tu propia voluntad y desarrollado tus proyectos tantas veces, a escondidas de nosotros, yendo directamente en contra de nuestros consejos y prohibiciones, que no podemos depender de ti... En lugar de ser un consuelo, eres una fuente de penosa preocupación". "Espinas y cardos han nacido en mi jardín y han ahogado la semilla que he tratado de sembrar". Peor aún, "una lobreguez que no puedo explicar llena nuestra mente con respecto a tu influencia sobre Willie. Tú lo estás guiando a hábitos de desobediencia, ocultamiento y prevaricación...

"Oh, Edson, es el conocimiento de estas cosas lo que me está desgastando y acarreándome un desánimo" que puede provocar hasta mi abandono de mis labores públicas.¹

Cuando Elena de White amonestaba a los padres a orar por sus hijos, señalando con el dedo las promesas de la Biblia, cuando los animaba a orar con voces de ruego como sólo un padre o una madre puede hacerlo, con profunda humillación, con fervorosa importunidad y con fe resuelta, ella sabía de qué estaba hablando.²

También sabía por experiencia lo que era escribir a los jóvenes, a "los alumnos de nuestros colegios" y a "mis jóvenes amigos". Sabía lo que era escribir a Pablo, a Delbert, a Ana, a María, y a cualquier otro joven, a cuantos el Señor la inspirara a escribir, incluyendo los suyos propios. Cuando rogaba a estos jóvenes que entregaran sus corazones a Cristo y se prepararan para su aparición y sirvieran a otras personas en lugar de servirse a sí mismos, debe habersele ocurrido cien veces esta pregunta: ¿Por qué tan pocos jóvenes muestran el mismo interés en ganar almas que yo tenía cuando era joven?

Recordemos la niñez de Elena. Llegaba tarde en la noche en puntas de pie con la Sra. Harmon, hasta la puerta del dormitorio que compartía con su hermana gemela Elizabeth.

Su madre se detenía y escuchaba: "Oh Señor, Marta no está lista todavía —susurraba una voz en la pieza—. Por favor, ayúdame a saber qué hacer para ayudarla".

"Tú ya me has ayudado a traer a varias de mis amigas a Jesús —continuaba la voz después de una pausa—, Rebeca, Raquel y Susana, y Viola y su esposo, y Ana y su esposo, y Lois, y Fannie, y Patience. Estoy tan feliz por cada uno de ellos. Te agradezco, Señor, te agradezco tanto... Y estoy tan contenta de que Jesús venga pronto. ¡Pero Marta también debe estar preparada! Por favor, ayúdame a saber qué hacer para ayudarla".

La Sra. Harmon sabe que Elena ha esperado hasta que Elizabeth se ha quedado dormida, y entonces se ha deslizado de debajo de sus frazadas y está arrodillada junto a su cama. Sabe también que probablemente continúe rogando de esta manera toda la noche, y que mañana pedirá permiso para ir a la casa de Marta con su hermana mayor Sara, y que no vendrá de vuelta hasta que Marta no haya entregado su corazón al Señor, aunque ello le tome toda la noche. El esfuerzo está desgastando seriamente la salud de Elena, pero a la niña no parece importarle. Ella cree que dentro de poco habrá nuevos cuerpos para todos; es decir para todos los que estén listos para la venida de Jesús. Y así continúan sus intercesiones por Marta y por otras.

La Sra. Harmon escucha hasta que el cansancio la vence, y a los tumbos vuelve a su propia pieza, a su cama, a sus rodillas y luego se duerme.³

Nuestro capítulo anterior trataba acerca de mujeres notables del movimiento adventista. Pero dijimos poco acerca de la más prominente de todas las mujeres adventistas.

Elena de White fue muchas cosas en la Iglesia Adventista del Séptimo Día: autora, profetisa, consejera, promotora de donaciones y cofundadora de instituciones. Pero para entenderla, uno debe saber qué clase de persona era ella básicamente. En primer y último lugar Elena de White era una ganadora de almas. Quiso ver a mucha gente salva, no sólo durante su juventud, sino durante toda su larga vida.

Años después de su casamiento, ella y Jaime se perdieron una vez en los bosques. Una familia de colonos les proporcionó alimentos e instrucciones, y Elena les dejó publicaciones y compartió su fe con ellos. Muchos años después encontró a las mismas personas de nuevo en un congreso campestre, ya convertidos en adventistas del séptimo día. En otra oportunidad, como tuvo que pasar cinco horas en una estación de ferrocarril, sostuvo una prolongada entrevista espiritual con una señora, y le dio un estudio bíblico a otra. En suiza, al llevar su reloj para ser reparado, invitó a un joven empleado del negocio a que visitara su hogar.

Cuando éste lo hizo, ella logró que se decidiera a renunciar a su trabajo, que lo obligaba a no guardar el sábado, y entregara su corazón al Señor.

De ninguna manera ella consideraba que su ministerio se reducía a la iglesia. Por el contrario, a menudo veía que las demandas de la iglesia limitaban su tarea de salvar almas, impidiéndole cumplir con su verdadera misión. "Yo no he venido a esta parte de Australia —les dijo a un grupo de creyentes nuevos— a dedicar mi tiempo y energía a conservar animados... Mi misión consiste en ir a regiones más lejanas, a predicar a personas que están en tinieblas y que no tienen luz".⁴ En el Congreso de la Asociación General de 1901 dijo a los dirigentes reunidos: "Mi corazón palpita con anhelos de salvar almas".⁵ Pero volvamos por un minuto a su juventud.

Un mes después de haber cumplido los 17 años, Elena Harmon tuvo su primera visión.⁶ Esa visión pintaba a los santos yendo desde el chasco hasta el árbol de la vida. Ella unió su "Aleluya" con el canto de los ángeles y llegó a estar más ávida que nunca de ver personas salvadas. ¡Había visto el Cielo! Sabía por experiencia que ningún vestido mundano, ninguna comodidad, popularidad o consideración financiera podía compararse con la Ciudad de Dios.

Pero el ser una profetisa ganadora de almas iba a ser más difícil que una joven ganadora de almas adolescente. Como profetisa, tendría que realizar una obra más madura. A semejanza del profeta Juan, disfrutaría del gozo de visitar el Cielo y hablar con Jesús. Pero al igual que Isaías, se requería de ella que "mostrara a mi pueblo sus pecados". Como Jeremías, a veces tendría que llorar por su impopularidad. Como Pablo, debería viajar largas distancias, a menudo en medio de incomodidades y peligros. Y así resultó.

Amada y apreciada por muchos, fue ridiculizada por algunos como fanática, entrometida o fraudulenta. Al principio, cuando Dios la comisionó para declarar a algunas personas sus pecados, a veces suavizó el reproche para hacerlo aparecer más agradable. Entonces Jesús le aparecía con una actitud de solemne fervor. Ella interpretó la amante preocupación que había en su rostro. Vio que si las personas continuaban pecando porque ella había dejado de corregirlas, perderían sus almas.⁷

El mensaje fue entendido. Había orado toda la noche por las personas, y luego continuaba toda la noche rogándoles que aceptasen la corrección. Si manifestarles sus pecados era esencial para su salvación, ella lo hacía, por supuesto.

Su renuencia a transmitir una corrección, sin embargo, reaparecía a veces, especialmente cuando no estaba segura acerca de cómo persuadir a personas particularmente difíciles. A un pastor estimado, pero muy sensible, ella le repitió varias veces un testimonio, y la última vez en su lecho de muerte.⁸

Pero normalmente dominaba su disgusto por esa obra y transmitía la palabra que Dios le daba como una fiel mensajera. No había ningún sacrificio demasiado grande, si ello significaba la salvación de las almas.

Hoy en día, Elena de White es conocida mayormente por sus libros. Fue una autora prolífica. Produjo más de 40.000 páginas de material impreso, y más de 50.000 páginas de cartas y manuscritos. Escribió sobre moral, sobre la vida familiar, sobre teología. Abordó asuntos de educación, administración y salud. Trató temas relativos a la interpretación de la historia y explicación de las Escrituras, además de muchos otros tópicos. Para encontrar el tiempo para esa tarea, a menudo iba a la cama temprano y se levantaba cuando la casa estaba tranquila, a las cinco de la mañana, o a las tres, o aun a la una de la madrugada.

Aunque se la conoce bien por sus libros, Elena de White merece ser conocida mejor como oradora.⁹

En su juventud, a menudo era afectada por una ronquera crónica que desaparecía dramáticamente pocos momentos después que empezaba por fe a hablar en público. Este fenómeno persistió durante toda su vida. Dios directamente podía haberla sanado, pero es evidente que él prefirió proporcionarle esta prueba de su dirección cuando ella se disponía a dirigirse a una congregación. Elena de White vivió en forma tan sana como le era posible, y luego dependió de Dios para que hiciera el resto. Solía orar: "He hecho todo lo que podía, Señor, usando tus propios medios, y ahora te pido la bendición especial que sólo tú puedes dar para sostenerme". Con frecuencia le decía a Jaime: "Si por lo menos yo pudiera tener de antemano la seguridad, ¡cuánto bien me reportaría esto!" El le contestaba: "Dios nunca ha dejado de bendecirte cuando te has levantado a hablar. De manera que cualesquiera sean tus sentimientos, debes poner tu confianza en él, haciendo que tu alma desvalida estribe en sus promesas". "Esto es lo que he tratado de hacer —contestaba ella. He aprendido que debemos poner nuestra parte, cooperando con Dios. El da fuerza para cada deber".¹⁰

Durante la mayor parte de sus años maduros, la Hna. White predicó con una voz notablemente clara y poderosa. Mucho antes de la introducción de micrófonos, podía ser escuchada fácilmente por multitudes de cinco mil personas; y más de una vez por quince o veinte mil.¹¹ Un paciente del Sanatorio de Washington estaba sentado una vez en el balcón del segundo piso y la oyó claramente mientras predicaba en un congreso campestre en una gran tienda armada en la cercanía.

No gritaba. Los oyentes de la primera fila pensaban que les estaba hablando exclusivamente a ellos. No afirmaba que su capacidad de hablar era un milagro, aunque le daba a Dios la gloria. En cambio, practicaba en forma científica el uso del diafragma en la producción de la voz, y prestaba mucha atención a la articulación y al tono de la palabra. Para ella ése era un asunto espiritual. Una presentación oral adecuada aumentaba la efectividad en la comunicación del mensaje del tercer ángel. La respiración profunda fortalecía sus pulmones y prolongaría su vida de servicio. El hablar correctamente la ayudaría así a salvar más almas. Afirmó que todos

podían aprender a hablar en público con eficacia si observaban las mismas reglas.¹²

La gente que la escuchaba solía comentar después acerca de la "respetuosa atención" que mostraba su auditorio, o la "extasiada atención", la "intensa atención", o el "profundo silencio" de la "arrobada congregación", y también de "la solemne quietud de la congregación" cuando ella ocupaba el púlpito.

Su porte mientras hablaba era grave y ferviente, pero tenía una agradable sonrisa en el rostro. Después de un sermón que predicó en Europa con la ayuda de un traductor, la gente, que no podía hablar inglés, le estrechaba la mano con lágrimas de gratitud y afecto. Un reportero del diario *Detroit Post* describió uno de sus sermones pronunciados en el Congreso de la Asociación General de Michigan, como una experiencia "notable y emocionante". "Aunque su elocuencia y poder de persuasión eran bien conocidos por el auditorio —comentó—, aun así la gente no anticipaba el poderoso llamamiento que hizo. Parecía casi inspirada cuando imploró a los pecadores a abandonar sus pecados. El efecto de su magnética presentación y su porte era de lo más notable".¹³

Sus oraciones públicas eran a veces más efectivas que sus sermones. En Colorado, cuando ya había cumplido ochenta años, fue escuchada claramente en una reunión evangelística mientras la lluvia golpeaba contra el techo de hierro corrugado del lugar de reuniones.¹⁴ Al final de la reunión invitó a todos a arrodillarse. Presbiterianos, metodistas, bautistas, miembros de muchas denominaciones, fueron conmovidos hasta las lágrimas casi inmediatamente por la dulce sinceridad de sus peticiones en favor de ellos. Un marinero comentó una vez acerca de su oración: "Consiguió que Dios bajara allí y nos presentó a él para que nos bendijera, y ahora yo debo ser un hombre mejor".¹⁵

Muy de vez en cuando podía poner un poco de humor en su discurso. Mientras hablaba en la pequeña capilla del Sanatorio de Santa Helena, su hijo W. C. White, se quedó dormido en su asiento detrás de ella en la plataforma. Al notarlo, la Sra. de White se detuvo un instante e hizo el siguiente comentario: "Cuando Willie era bebé, yo solía llevarlo a la plataforma y lo dejaba dormir en un canasto al lado del púlpito, y él nunca ha perdido ese hábito".

La broma de la Sra. de White relativa a su hijo era un humor "familiar", y esto nos recuerda que debido a su labor pública su carrera como madre de familia y ama de casa (con lo cual empezamos este capítulo) a menudo es pasada por alto. Sus libros *Conducción del Niño* y *El Hogar Adventista*, así como *Mensajes para los Jóvenes* fueron escritos en base a su experiencia y en base a sus visiones. Instruyó a los padres a que no gritaran a sus hijos ni los castigaran físicamente con enojo, sino que, después de unas pocas horas, una vez recuperada la calma, los llevaran a solas para tener una oración (y castigarlos entonces si era necesario). Antes de dar este consejo, ella lo practicó primero.¹⁶

Creía que una madre que prepara alimentos saludables en la cocina sirve a Dios tanto como un ministro que predica sermones desde el púlpito,¹⁷ y a menudo deseaba poder servir al Señor en su hogar en vez de verse obligada a viajar y predicar tanto.

Cuando llegó su primer bebé, pensaba que con toda seguridad ahora podía quedar en casa por un tiempo. Se había conocido con Jaime White en una gira evangelística, y desde entonces habían viajado casi constantemente. Pero Dios le dijo que la necesitaba para que diera testimonio ante los adventistas esparcidos, que luchaban con problemas. Tristemente tuvo que entregar a su pequeño Enrique a la familia Stockbridge Howland, para verlo y traerle un regalo una vez al año, como Ana. Adoptó la regla de no quejarse de ninguna cosa desconsiderada que la gente falta de bondad le hacía; pero cuando como joven madre supo que se decía que era afortunada por no tener que quedar en casa para cambiar pañales, no pudo quedar en silencio.¹⁸

Debido a su prominencia, muchas veces se olvida que estaba casada con un hombre notable.¹⁹

Si Elena de White le dio a su esposo la inspiración para comenzar la publicación de una revista y fundar la primera casa editora, fue el pastor White el que hizo la mayor parte del trabajo, reuniendo y organizando el material y el personal. Su primera editorial creció hasta formar la *Review & Herald Publishing Association*, que hoy en día tiene una operación anual de 20 millones de dólares. Jaime White también fundó la Pacific Press, otra editorial igualmente tan grande. En forma enérgica sostuvo y dirigió el Instituto Occidental de Reforma pro Salud, que se transformó en el gran Sanatorio de Battle Creek. Ayudó también a poner en marcha el Colegio de Battle Creek, del cual ocupó la primera presidencia.²⁰

Jaime White fue un hábil escritor, un orador efectivo y un amigo cálido. También un excelente gerente. Durante un año (1869), cuando estaba muy enfermo para dirigir la *Review*, la casa publicadora perdió US\$3.000. El primer año que retomó (1870) la dirección de la institución, ésta ganó US\$7.000.²¹ A veces, el exceso de trabajo y la gran ansiedad de ver la obra terminada lo hacían irritable. La enfermedad produjo arrepentimiento. Y le llegó un testimonio de Dios aceptando su contrición. Empezaba con las palabras: "Se me mostró en visión, el 25 de diciembre de 1865, el caso del siervo del Señor, mi esposo, el pastor Jaime White".²²

El siervo del Señor, el pastor Jaime White había llegado a ser el esposo de Elena el 30 de agosto de 1846. El se había fijado en ella algunos años antes, cuando los ministros de Portland, Maine, le habían pedido a Elena que presentara su testimonio ante sus congregaciones durante los inolvidables días del millerismo. Ella no se fijó en él hasta que los dos se encontraron en Orrington, Maine, poco después de que el Señor le pidió que viajara para relatar sus visiones. Compartieron muchas experiencias visitando a los adventistas que habían pasado por el chasco, pero no tenían idea de casarse, porque pensaron que el Señor vendría muy pronto. A su

debido tiempo, el evangelista Jaime White hizo "un llamado personal" para que ella se decidiera, y aplicó al llamado bastante presión. Y entonces "nos casamos", comentó la Sra. de White muchos años más tarde, añadiendo afectuosamente: "Yo creo que él es el mejor hombre que alguna vez pisó esta tierra".²³

Muchas personas tenían un alto concepto de él. "Es amigo del pobre, según muchos pueden testificar con corazón agradecido", escribió B. F. Snook en 1863. Tenía por norma pagar a las personas que trabajaban para él más de lo que correspondía, en tanto que él mismo recibía menos de lo que merecía su trabajo. A menudo devolvió a la *Review* dinero con interés, aun cuando se le había prestado a la *Review* sin interés. Una vez le prestó dinero a un pastor pobre sin interés, aunque él mismo estaba pagando el diez por ciento. Frecuentemente rechazó donaciones si veía que el donante estaba necesitado.²⁴

Con el propósito de ser generoso, y también al principio, a fin de pagar a la cocinera y a la mujer que atendía la casa, cuyos servicios hacían posible que Elena escribiera, diera consejos y viajara, Jaime trabajaba cansadoras horas adicionales, comprando y vendiendo papel de cartas y sobres, libros y otras cosas; pero nunca parecía suficiente para su filantropía. En una de sus últimas caminatas juntos, el pastor White y su esposa consideraron el caso de una lavandera negra por cuya casa pasaban. "Querida, —dijo el pastor White—, debemos ayudar a esta pobre mujer. En medio de nuestros atareados deberes, no olvidemos a las pobres almas que tienen que luchar tan duramente por la vida... Si yo tuviera medios a mi disposición, edificaría casas adecuadas... para alquilar a esta gente pobre. Veamos qué se puede realizar para hacerles más llevadera la vida".²⁵

Jaime y Elena tuvieron cuatro hijos, todos varones. Enrique se reincorporó a su familia cuando tenía cinco años, como "un niño bien educado, que sabía orar". La familia Howland había satisfecho la confianza en ella depositada.²⁶ Los chicos pasaron varias veces por las enfermedades infantiles de aquellos días de ignorancia médica. Su madre aprendió mucho acerca de remedios caseros y acerca del valor del agua y del aire puros. Supo lo que significaba orar por un niño que estaba al borde de la muerte. También conoció el consuelo que se recibe por tener un compañero con una fe similar. Muchas veces sus hijos fueron sanados en respuesta a la oración. Sin embargo, dos de ellos murieron a una edad temprana, lo cual era común en aquellos días. Juan Herbert, el cuarto niño, falleció cuando tenía tres meses. Enrique vivió hasta los dieciséis años. Era un niño alegre, con una voz melodiosa para el canto, y lo extrañaron terriblemente.

Willie parecía un muchacho de buenas intenciones desde el comienzo. Después que el pastor White murió de paludismo y por exceso de trabajo a los sesenta años, en 1881, Elena de White invitó a Willie a que fuera su constante compañero. Dios le mostró en visión que él lo había preparado para esa obra dotándolo de "espíritu de sabiduría e inteligencia".²⁷ A semejanza de su padre, llegó a ser un consumado administrador.

Edson, el muchacho que nació el mismo año en que apareció *Present Truth*, fue por años el dolor de cabeza de sus padres. Aun la carta que su madre le escribió precisamente antes de cumplir dieciséis años no pareció cambiarlo mucho. Tal vez hasta empeoró. Cuando en 1870 los creyentes de Battle Creek se vieron constreñidos por la conciencia a pedir disculpas públicamente por no sostener al pastor White y a su esposa como debían, Edson presentó una confesión propia. Es triste que tuviera que hacerlo, pero eso mostró que sus intenciones eran buenas.

Le fue difícil a Edson estabilizarse. Probó sus habilidades en el arte de imprimir, y fundó su propia empresa publicadora, tal como su padre había hecho, sólo que lo hizo como un negocio privado. Publicó varios himnarios asociado con Frank Belden, su primo. Ensayó su habilidad en la fotografía comercial en sus días iniciales de experimentación. Y por un tiempo trabajó en un barco de río. Aunque siempre fue adventista, por un tiempo halló difícil dedicarse enteramente al Señor.

Entonces, repentinamente, después que su madre salió para Australia, Edson se descubrió a sí mismo y a su Señor de una nueva manera.²⁸

Encontró algunos testimonios descuidados que la Sra. de White había escrito instando a alguien a evangelizar a la gente negra del sur de los Estados Unidos. Estos testimonios decían que a los negros debía enseñárseles a leer para que pudieran entender la Biblia por su cuenta y que, por encima de todo, debían ser tratados como verdaderos hijos de Dios.

La experiencia que Edson había obtenido en diferentes ramos de trabajo ahora se concentró en una gran causa. Diseñó un barco fluvial, y lo equipó, finalmente, con una prensa, una cámara oscura para procesar fotografías, una capilla y habitaciones para vivir, tanto él como sus ayudantes. Luego navegó aguas abajo por el Mississippi. Para financiar la empresa promovió la venta de un libro de lectura elemental basado en la Biblia, denominado *Gospel Primer*, que había sido impreso para él en Battle Creek. Preparó diapositivas para ayudar a mantener la atención de un auditorio analfabeto, y en su propia imprenta que tenía a bordo imprimía algunos folletos misioneros.

Pronto se lo vio enseñando a los negros a leer y a entender la Biblia. ¡En cinco años inició cincuenta iglesias!

Desgraciadamente, su éxito no fue universalmente admirado. Un hombre blanco enojado comenzó a golpear a uno de los ayudantes de Edson para matarlo, cuando otro hombre blanco más amigable lo impidió sacando un revólver para protegerlo.

Hacia 1900 el racismo era tan exacerbado en muchos lugares que los blancos ya no podían trabajar con seguridad por los negros. Providencialmente —en gran medida debido a los esfuerzos de Edson White— Dios había suscitado adventistas negros para llevar el mensaje del tercer ángel a su propia raza.

La prensa que Edson había usado en su barco fue trasladada a un gallinero, y más tarde creció hasta llegar a ser la Southern Publishing Association, la tercera casa editora establecida por la familia White en los Estados Unidos. Su libro de lectura (texto primario) *Gospel Primer* tuvo una venta de más de un millón de ejemplares. Se dice que fue el primer libro de su género en los Estados Unidos, una contribución extraordinaria y única, netamente adventista, al progreso de los negros norteamericanos.

Como hemos visto, Elena de White pasó los primeros años viajando con su esposo por los estados del noreste. En 1853 habían llegado hasta Michigan, y en 1855 se trasladaron a Battle Creek. Sus viajes se extendieron más aún por el medio oeste, y más tarde llegaron al lejano oeste. En 1872 hicieron su primer viaje a California, donde en 1874 y 1875 comenzaron *Signs of the Times* y fundaron la Pacific Press.

Jaime White murió en 1881. Cuatro años después Elena viajó a Europa como misionera por dos años (agosto de 1885-agosto de 1887), acompañada por su hijo W. C. White. En 1891 se embarcó para Australia, y allí sirvió como misionera de avanzada por nueve años. Cuando regresó en 1900, se estableció cerca de Santa Helena, donde compró una casa de campo, llamada "Elmshaven". Era lo suficientemente grande como para alojar a sus secretarías y para hospedar a la corriente constante de gente que buscaba su consejo.

Desde antes de cumplir ochenta años y durante el resto de su octogésima década ayudó a fundar en California el Sanatorio del Valle del Paraíso, el Colegio de Médicos Evangelistas de Loma Linda (actualmente la Escuela de Medicina y Enfermería de la Universidad de Loma Linda) y el Colegio de la Unión del Pacífico, éste último a pocos kilómetros de la colina en que estaba ubicado su hogar.

En "Elmshaven" terminó de escribir la serie de cinco libros *El Conflicto de los Siglos*. Escribió, además, numerosos artículos y cartas y se ocupó en la preparación de otros siete libros. Desde allí, en 1909, viajó en tren a Washington, D. C., para asistir por última vez a la sesión del Congreso de la Asociación General. En esa ocasión, habló a los delegados con su acostumbrada voz clara. En el mismo viaje también visitó Portland, Maine, lugar de su niñez, donde esperó la venida de Cristo el 22 de octubre de 1844, y recibió su primera visión unas pocas semanas después.

Pese a ser una mujer de edad avanzada, continuó trabajando duramente con sus libros y correspondencia. Pero en sus horas de descanso le gustaba contarles historias a los niños mientras se peinaba, cantar para sí himnos acerca de la segunda venida, y visitar a sus vecinos para hablarles de Cristo. Muchas familias del Valle de Napa recordaron por mucho tiempo a "la anciana mujer de cabello blanco, que siempre hablaba de Jesús en forma tan amorosa".²⁹ Todavía iba en busca de almas.

Descansó en Jesús, llena de una fe triunfante, en la tarde del viernes del 16 de junio de 1915. Las últimas palabras que le dijo a su hijo fueron: "Yo sé a quién he creído".³⁰ Elena de White había visto crecer el

movimiento Adventista del Séptimo Día desde un puñado hasta llegar a ser una iglesia de 137.000 feligreses. El periódico *New York Independent* la honró con estas palabras: "Ella vivió la vida y realizó la obra de una meritoria profetisa".

Su última aparición pública ocurrió en un servicio realizado en la capilla del Pacific Union College (Colegio de la Unión del Pacífico). Frágil y débil, fue ayudada a llegar hasta el púlpito por dos ministros. Su mensaje ese día fue un desafío a la juventud adventista a levantarse y terminar la obra de ganar almas, para que Cristo pudiera regresar pronto.

Capítulo 26

Felices, santos y sanos

NECROLOGIA. Falleció de difteria Jessie Alvira, de edad de diez meses y quince días. Es el segundo hijo que los Hnos. Ross pierden en el término de una semana por la difteria....

NECROLOGIA. Dorcas Z., esposa de Albert Hulburt, murió de tuberculosis a la edad de 31 años. Deja un esposo y cinco hijitos para llorar su pérdida....¹

Estos eran los anuncios de la muerte de bebés, adolescentes y padres jóvenes que aparecían casi en cada número de la *Review* a mediados del siglo pasado. A menudo daban detalles de la enfermedad, la dedicación del fallecido, y las palabras "duerme en Jesús". La frecuencia de estas noticias pone de manifiesto que los decesos, comparados con lo que pasa ahora, estaban totalmente fuera de proporción con el número de los que acompañan el movimiento adventista. Esto nos convence enseguida de que algo andaba mal. Por cierto que Dios hubiera preferido que sus fieles hijos vivieran, y no que durmieran en Jesús.

La visión sobre la obra de Cristo en el lugar santísimo, de pie junto a los Diez Mandamientos, borrando los pecados, convenció rápidamente a los pioneros adventistas de que Jesús quería que sus seguidores fueran santos, y que por su gracia cooperaran en su obra de santificación mediante la decidida obediencia a sus leyes morales. Pero la convicción de que el Cielo estaba preparado para ayudarlos a conservarse sanos mediante la decidida cooperación con las leyes biológicas demoró muchos años en lograrse.

Ya hemos visto cuán enfermos se encontraban a veces Juan Andrews y Jaime White. Y ellos no eran los únicos. Se ha dicho que el único de los pioneros que se mantuvo realmente sano fue José Bates. En toda su vida estuvo enfermo sólo unos pocos días, sin contar su breve enfermedad final. Y sabía por qué se conservaba bien. No bebía té, ni café, se alimentaba a base de un régimen frugal y vegetariano, y pasaba gran parte de su tiempo al aire libre, viajando para convertir a los pecadores y establecer en la fe a los santos.

Es probable que pensemos: Los adventistas de entonces debían saber cuál era el problema. ¿Por qué no hicieron algo para resolverlo?

La verdad es que no lo conocían.² Aun los médicos de aquellos días no sabían qué era lo que causaba las enfermedades. Una entrada en el diario de Angelina Andrews resulta muy iluminadora:

"Carlos Beeman falleció esta mañana en torno a las cinco. Había tenido un dolor de garganta por varios días. Ayer se la hizo tratar con una

lanceta y pensó que iba a tener una buena noche de descanso. Comió una cena abundante. A las once, su esposa le dio una dosis de morfina que el médico había ordenado. Inmediatamente se quedó dormido, pero nunca despertó de ese sueño. Algunos atribuyen su muerte a una garganta enferma y putrefacta".³

La teoría de los gérmenes todavía estaba en el futuro. En la última parte de la década de 1840 algunos médicos creían que la enfermedad era producida por exceso de vitalidad. En la década de 1850, el opio, el calomel, el mercurio, el arsénico, y la estricnina eran usados comúnmente para "quebrar la enfermedad". Con tales prácticas, los médicos mataban a más pacientes de los que hubieran muerto sin tratamiento.

La cirugía estaba aún en su infancia, y la anestesia apenas nacía. No había rayos x, sueros, antibióticos ni antihistamínicos. Prácticamente, nadie iba al hospital, y no había muchas de estas instituciones. Aun la aspirina era desconocida.

La mayor parte comía y bebía lo que tenía a mano y le gustaba, a menudo en grandes cantidades, con abundancia de especias y a cualquier hora del día o de la noche. La gente no veía ninguna relación entre el régimen alimentario y la salud. Mantenía las ventanas cerradas por temor a pescar un resfriado. Cerraba sus cortinas para que los muebles no se destiñeran con el sol. Se bañaba muy de vez en cuando. Trabajaba en exceso o hacía poco ejercicio, como le venía en gana o como la necesidad lo requiriera. Casi ninguno se daba cuenta de que su método de vida era un método de muerte.

Como una persona lo reconoció más tarde, "no teníamos otra idea sino la de que el dolor de cabeza, la dispepsia (indigestión), las náuseas, la fiebre, etc., estaban mayormente fuera de nuestro control y ...que eran ordenadas por la mano de Dios".⁴

Por supuesto que los adventistas nunca se permitieron tomar bebidas alcohólicas; además, en la década de 1850 llegaron a conocer bien los males del tabaco. Más de un creyente echó su pipa en el fuego de la estufa o la enterró en un surco. Pero una tentativa hecha en 1858 por una pareja más bien obstinada para obligar a la joven iglesia a abandonar la carne de cerdo dio origen a un testimonio de la Hna. White en el sentido de que los ángeles no estaban guiando a la iglesia más rápidamente de lo que ellos sabían que era adecuado, y que los individuos que se adelantaban a ese paso debían rectificar sus métodos.

"Dios está dirigiendo a su pueblo, y no a unos pocos individuos separados aquí y allá, unos creyendo una cosa, y otros otra". escribió Elena de White.⁵ El gran problema que confrontaba el movimiento en 1858 era la organización. Aparentemente, el Señor quería que los hermanos se unieran como un equipo, confiando unos en otros y todos en los dirigentes. Quería que estuvieran unificados en Cristo, antes de introducir esta luz adicional.

Pero cuando la organización de la Asociación General era ya cosa del pasado, evidentemente los ángeles fueron instruidos en el sentido de que por fin era ya tiempo para hablar acerca del consumo de carne de cerdo, así como de una cantidad de cosas por el estilo.

La organización se hizo efectiva el jueves 21 de mayo de 1863. Las nuevas revelaciones acerca de temas de salud llegaron en una visión quince días después, en la noche del viernes 5 de junio, en la pequeña granja del Hno. A. Hilliard, situada al borde de un camino que todavía corre entre verdes praderas en una zona ligeramente ondulada al oeste de Otsego, Michigan, unos 48 kilómetros al noroeste de Battle Creek. Merritt Cornell y R. J. (no Horacio) Lawrence estaban dirigiendo reuniones en la aldea de Otsego. La asistencia era pobre, tal vez debido a la ansiedad general con respecto a la Guerra Civil, que culminaría en Gettysburg en la primera parte de julio. Los esposos White y una pocas personas decidieron llegar a ese lugar para pasar el fin de semana con el propósito de ayudar con la predicación y para alegrar a los hermanos. Tuvieron un culto de puesta del sol en el hogar de los Hilliard. Cerca del fin de los momentos de oración, Elena colocó su mano sobre Jaime y rogó por su salud. De improviso se oyó su jubilosa exclamación: "¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!", lo cual indicaba el comienzo de otra visión. El grupo de hermanos se sentó y esperó ansioso el desenlace.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, después que terminó la visión y ella había tomado sus características inspiraciones profundas, le pidieron que relatara lo que se le mostró; pero todo lo que pudo decir fue que eso era tan extraño que ellos no podrían entenderlo todo a la vez.

La visión cubría una abaricante lista de asuntos. El informe que Elena escribió algún tiempo después,⁶ y que probablemente amplió en base al contenido de visiones subsiguientes, empezaba con una descripción de Adán y Eva en su edénica belleza. En forma muy solemne condenaba los "alimentos animales" (la carne), como la causa principal de la declinación de la raza humana. "La carne de cerdo" fue denunciada en forma particular, pero todas las demás carnes también fueron condenadas.

La visión hablaba del uso de bebidas alcohólicas, especias y postres concentrados. El tabaco fue denunciado como "un veneno de la clase más insidiosa y maligna", y el té y el café como bebidas que tienen efectos "similares a los del tabaco", pero en grado menor. Se sindicó como prácticas positivamente perjudiciales el comer demasiado, aun alimento bueno, o el tomar bocados o meriendas entre comidas o antes de ir a la cama. El trabajar en exceso fue presentado como un gran mal. Y para el tratamiento de las enfermedades, Elena de White recibió la instrucción de hacer sonar la alarma contra el uso de "drogas" —arsénico, estricnina, calomel, etc.—, a las cuales el mundo estaba habituado en esos días.

La eliminación de estos alimentos, prácticas y prescripciones insalubres seguramente habría ayudado a cualquier persona a vivir en forma más sana. Pero había consejos en el sentido positivo también. Por ejemplo, beber

agua en cantidad, hacer ejercicio regular al aire libre, dejar penetrar en el interior de la casa la luz del sol y el aire puro, y bañarse todos los días.

Todo esto era muy razonable. No es difícil entender hoy por qué ella no supo cómo explicarlo al principio. Pero esto aparecía ciertamente como algo nuevo y extraño en aquel tiempo.

No todo lo que ella vio en sus visiones sobre la vida sana fue novedad para el conocimiento humano. Los adventistas no tienen esa pretensión. La revista del Dr. Russell T. Trall, *Cura por el Agua* era leída por varios de ellos desde hacía años. Por lo menos Juan Loughborough, Anna Smith, la familia de J. P. Kellogg y la de J. N. Andrews estaban familiarizados hasta cierto punto con los "métodos racionales" y la hidroterapia. Los esposos White habían probado unos pocos tratamientos hidroterápicos, y hacía ya algún tiempo que mantenían sus ventanas abiertas durante la noche. Jaime White hasta había comenzado a reproducir algunos artículos sobre la salud en la *Review*.

Después de todo, los efectos saludables de la aplicación de agua caliente y fría eran ampliamente conocidos y muy apreciados en el Imperio Romano. Haroldo de Villanova, con quien nos encontramos cuando estábamos tratando acerca de los 2.300 días, enseñaba los tratamientos de agua y el vegetarianismo en el palacio papal de Avignon en el siglo XV, y Luis Cornaro enseñó ideas similares en Italia en el siglo XVI. Los consejos de Juan Wesley sobre la salud eran respetados por sus seguidores en el siglo XVIII y en la primera parte del siglo XIX. En el movimiento millerita, el Dr. L. B. Coles expresó muchas ideas similares a las que Elena de White expuso más tarde. Y ni siquiera hemos mencionado al famoso vegetariano Sylvester Graham.

En suma, gracias a la influencia de muchas voces previas y contemporáneas, los tratamientos a base de agua, el vegetarianismo, el uso del trigo integral y otras reformas en pro de la salud habían conquistado seguidores en los Estados Unidos antes de 1863. A medida que Elena de White leía más y más acerca del tema, después de su visión de 1863, quedó impresionada por el paralelismo entre lo que leía y lo que le había sido mostrado. Y en su libro titulado *How to Live* (Cómo vivir) publicó una cantidad de artículos escritos por otros reformadores junto con artículos preparados por ella misma. Evidentemente, esperaba que la similitud fuera un elemento de promoción de estas ideas, que ayudaría a la gente a aceptar sus visiones.

Pero sin las visiones, el conocimiento de estos temas no era claro. La comprensión que algunos adventistas en particular habían obtenido era fragmentaria, en el mejor de los casos. Y junto con las muchas ideas buenas que los reformadores profesionales promovían, había muchas otras defendidas con igual celo y con la convicción de que eran verdaderas, pero que la ciencia moderna ha probado que son totalmente falsas. El Dr. Trall, tan a menudo acertado y sabio con respecto al uso de los tratamientos a base de agua y la buena alimentación, prohibía totalmente la sal y el

azúcar, alegando que la primera era un "veneno mineral" y la última "en ningún sentido era alimento".⁷ Elena de White, basada en sus revelaciones, evitó tales errores.

Lo que los adventistas reclaman para las visiones de Elena de White sobre salud es: (a) que ella recomendó *solamente* buenos alimentos y procedimientos, desechando los malos o dando advertencias contra los mismos; (b) que proveyó una *inteligente motivación religiosa* eficaz para inducir a millones a llevar una vida saludable equilibrada y útil, y a lograr una victoria espiritual mayor por medio de la buena salud.

Hablando en nombre de los adventistas, como uno de sus prominentes evangelistas y teólogos, J. H. Waggoner, ya en 1866, afirmó que "nosotros no profesamos ser los pioneros en los principios generales de la reforma pro salud... Pero sí pretendemos que por el método de elección que Dios nos dio —las visiones de Elena de White— esa reforma ha sido revelada más clara y eficazmente, y por lo tanto está produciendo sus efectos (es a saber, la adopción de los principios por parte de los adventistas del séptimo día), lo cual no podríamos haber esperado de ninguna otra manera". Las visiones, siguió afirmando Waggoner, han colocado la vida sana "al mismo nivel que las grandes verdades del mensaje de tercer ángel, como un medio por el cual *un pueblo débil podía convertirse en un pueblo fuerte para vencer, y ...preparado para la traslación*".⁸ (El énfasis es nuestro.)

En la terminología de esa época, el nuevo estilo de vida fue calificado como "reforma pro salud". La palabra "reforma" era popular. Muchas otras reformas se propagaban en los Estados Unidos, como ha ocurrido recientemente: la reforma de las prisiones, la reforma de los asilos de insanos, la reforma agrícola, la reforma educacional, la reforma del matrimonio, y otras.

Era la época de las reformas, un tiempo cuando Horacio Greeley pudo escribir: "No haber sido un reformador equivale a no haber vivido realmente". Si las visiones relativas a la reforma pro salud hubieran venido un siglo más tarde, en la década de 1960, la "reforma" habría aparecido como una "revolución", y todo el concepto habría sido denominado "revolución pro salud y eficiencia".

Evidentemente, la reforma pro salud tenía el propósito de revolucionar la vida de la gente para que viviera mejor, para ayudarla a ser más sana y más santa, y por lo tanto más feliz.

Capítulo 27

Regalo de navidad, 1865

El nuevo énfasis sobre la salud fue realmente una revolución "pro eficiencia", pero tenía el propósito de lograr más que un perfeccionamiento individual. Su valor radicaba en ayudar a la gente a sentirse bien, no sólo para que pudiera ser mejor, sino para que pudiera obrar mejor.¹ Estaba directamente relacionada con la misión de la iglesia de llevar el evangelio a "todas las ciudades y a todas las aldeas", de proclamarlo al mundo.

La reforma pro salud es el fundamento de la obra médico-misionera.

Esta obra en el movimiento adventista ha llegado a ser muchas cosas. En un extremo existen dos facultades de medicina oficialmente acreditada que preparan médicos y especialistas. En el otro, está el miembro laico cristiano realizando una obra bondadosa en favor de su vecino con el propósito de aliviar su angustia y llevarlo a Cristo.

La Sra. de White practicó esta clase de obra médico-misionera la mayor parte de su vida. Continuamente llevaba a personas enfermas a su hogar para cuidarlas hasta que mejoraran, y con frecuencia visitaba a los vecinos para administrar tratamientos caseros a sus hijos o para llevar comida atractiva a los adultos que no comían bien.²

En 1902 escribió: "Hemos llegado a un tiempo en que todo miembro de la iglesia debe realizar obra médico-misionera".³ Pueden hacerlo, según explicó en varios artículos y testimonios, enseñando a las personas a cocinar y a vestir en forma inteligente, y mostrándoles cómo dar tratamientos caseros; también orando por ellos cuando están enfermos. En el Congreso de la Asociación General celebrado en 1901 hizo hincapié en que la obra médico-misionera y la obra misionera evangélica no debían separarse jamás.⁴

En suma, la obra médico-misionera es el evangelio puesto en práctica. Es manifestar bondad hacia los demás como demostración del amor de Dios. Es revelar una bondad inteligente, enderezada a ayudar al prójimo, no sólo a hacer frente a las emergencias de la enfermedad o de la pobreza, sino también a sobreponerse a ellas después en forma permanente. Y su blanco final es hacer en favor de los demás el bien último y más alto; llevarlos a Cristo.

Por importantes que sean los sanatorios, los hospitales y las escuelas de medicina para la realización de la obra médica-misionera, las instituciones no son los rasgos más esenciales del programa. "No son instituciones numerosas, grandes edificios o una gran embarcación lo que Dios requiere, sino la acción armoniosa de un pueblo peculiar, un pueblo

elegido por él, y precioso. Cada hombre ha de ocupar su propio lugar, pensando, hablando y actuando en armonía con el Espíritu de Dios".⁵

De paso, las nuevas revelaciones recibidas resultaron beneficiosas para la misma Sra. de White y su familia. Por ejemplo, dos años antes de su muerte, durante la madurez de una edad proyecta de 87 años —que no estaba mal para una persona que, a la edad de 17, se le habían dado tres meses de vida—, Arturo W. Spalding, el historiador y especialista en contar anécdotas, mientras visitaba "Elmshaven", el hogar de Elena en California, al final de una entrevista se ofreció para ayudarla a subir las escaleras.

—Oh, no, muchas gracias —respondió vivamente—. Yo puedo subir perfectamente las escaleras sin ayuda. Estoy tan ágil como cuando era niña—. Pero luego se corrigió:

—¿Como cuando era niña? —exclamó—. Entonces yo era débil y estaba en una condición calamitosa de salud. Pero el Señor me ha sanado y me ha hecho fuerte, y ahora estoy mejor, mucho mejor que cuando era niña.⁶

Durante los primeros años de su vida conyugal, Elena y Jaime sufrieron mucho de diversas enfermedades, porque trabajaban duramente, dormían muy poco y comían menos de lo necesario. Lo hacían porque sentían la carga de la obra y recibían poca ayuda de la manada esparcida. (A su tiempo llegaron a entender que Dios no esperaba esos sacrificios extremos.) Elena sufrió mucho porque, como mensajera especial de Dios, era también el blanco escogido de Satanás. Se enteró que fue particularmente en relación con la visión relativa al "gran conflicto de los siglos", que recibió en 1858.⁸

En los primeros años, a menudo fue sanada en forma instantánea. En los años posteriores de su vida aprendió a mantener su fe en Dios aun en las ocasiones en que el Señor elegía no obrar un milagro. Algunos de los pasajes más hermosos de *El Deseado de Todas las Gentes* fueron escritos en momentos en que "confiaba mientras sufría" de artritis reumatoide en Australia.

La visión sobre la reforma pro salud que tuvo el 5 de junio de 1863 no le proporcionó una salud mejor, sino después de hacer algunos cambios radicales en su propio método de vida. Estaba acostumbrada a consumir carne en abundancia, y no podía aguantar el gusto del pan negro.

Pero anhelaba con toda su alma un cuerpo sano para poder servir a Dios en forma más eficaz, y se dispuso a obedecer.

Preparó una comida vegetariana y cocinó un poco de pan integral. Pero eso le pareció demasiado repulsivo para comer.

Según ella misma contó la historia, puso las manos sobre el regazo, y dijo: "Estómago, tendrás que esperar hasta que puedas comer pan negro. Yo comeré alimentos sencillos, o no comeré nada".⁹ Después de la segunda o tercera comida perdida, pudo comer. Y desde entonces fue vegetariana toda su vida, con la excepción de que hasta 1894 comió carne ocasionalmente, sobre todo cuando viajaba. Después de esa fecha no la

consumió durante todos los 21 años restantes de su vida, aun durante sus largos viajes, convencida por la luz que había recibido, que era juicioso no hacerlo.¹⁰

El pastor Jaime White fue elegido presidente de la Asociación General en 1865. Cuando la Guerra Civil estaba llegando a su fin, también estaba llegando a su fin su maravillosa reserva de energía. Una hemorragia cerebral lo dejó parcialmente paralizado.

Los pastores Loughborough y Urías Smith también estaban enfermos al mismo tiempo, y junto con los White se trasladaron trabajosamente a "Nuestro Hogar de Hillside", una casa de salud conducida por el Dr. James C. Jackson y edificada en la ladera de una colina, en Dansville, Nueva York. Los White ya sabían por entonces que no debían depender de los médicos comunes, y el Dr. Jackson ofrecía algunos de los mejores tratamientos a base de agua y sol que podían lograrse en el país.

Urías Smith se recuperó en poco tiempo, y Loughborough lo suficientemente pronto como para regresar a su trabajo. Pero la mejoría de Jaime White, cuya condición era mucho más seria, era desanimadoramente lenta. Además, Elena de White estaba cada vez más preocupada por algunas de las técnicas del Dr. Jackson.

El médico exigía que sus pacientes se relajaran bailando y jugando a las cartas. Les indicaba que apartaran completamente sus mentes de todo pensamiento religioso y que no hicieran ningún trabajo. Para un hombre de elevados principios, activo y religioso como el pastor Jaime White, eso era muy contraindicado. En diciembre, en medio de una tormenta, los White abandonaron la institución, esperando que el enfermo se recuperara más rápidamente en el hogar de algunos amigos de Rochester.

Después de dos semanas de oración especial en favor del pastor White, los creyentes de Rochester dedicaron el 25 de diciembre, día de Navidad, como un día de total ayuno y oración en favor de la salud del dirigente. Dios respondió dándoles a ellos (y al mundo) un maravilloso regalo de Navidad.

En una visión que Elena de White recibió ese día, vio que la cura en base de una total ausencia de religión era completamente errónea. Vio también que los adventistas debían establecer, con la mente puesta en Dios, su propia institución para practicar la cura de agua y ofrecer comida vegetariana, con tratamientos debidamente equilibrados. Debía ser una institución no solamente para beneficiar a los adventistas, sino también al público en general, donde a los pacientes se los tratara con remedios sabios y también se les enseñara "a cuidarse a sí mismos y así prevenir la enfermedad".¹¹

Los dos resultados inmediatos de esta visión sobre una gran institución de salud fueron los siguientes: 1) Una inspiradora demostración, en el seno de la propia familia White, de lo que una mujer puede hacer para cuidar a un esposo enfermo.¹² 2) La fundación del Instituto Occidental de

Reforma Sanitaria (Western Health Reform Institute) en una casa remodelada de la ciudad de Battle Creek.

El hombre que hizo más para la edificación del Instituto, y el que más promovió la reforma pro salud en el mundo en los años subsiguientes, era una persona de baja estatura (1,65 m), médico resuelto y dinámico, llamado Juan Harvey Kellogg, quien merece unos minutos de nuestro tiempo.¹³

Juan Harvey Kellogg nació en una familia de 16 hijos, en 1852, el mismo año en que su padre, J. P. Kellogg, aceptó la fe adventista. En 1855 el Sr. Kellogg donó la cuarta parte del dinero requerido para establecer los modestos talleres necesarios para operar la prensa de mano de la *Review & Herald*, y en 1856 trasladó a su familia a Battle Creek, donde abrió un negocio de escobas.

A la edad de diez años, Juan Harvey trabajaba en el negocio de su padre; y en 1866, a la edad de catorce años, era corrector de pruebas en la casa editora adventista. En este año se inauguró el Instituto Occidental de Reforma Sanitaria, ocasión en la cual J. P. Kellogg hizo la primera y mayor donación personal: quinientos dólares. Poco preveían padre e hijo la parte que Juan habría de desempeñar en el desarrollo de esa institución. Por entonces su ambición era la de ser maestro.

De hecho, Juan alcanzó a enseñar un año. Pero su futuro no estaba allí. En 1872 comenzó a estudiar medicina en el Colegio Higiénico-Terapéutico del Dr. Trall, de Nueva Jersey, para ser transferido después a la Escuela de Medicina de Ann Arbor, Michigan, y finalmente a la Escuela de Medicina de Bellevue, en la ciudad de Nueva York, la mejor del país. De alguna manera, el pastor Jaime White logró reunir 1.000 dólares para ayudarlo en sus gastos, y el joven Kellogg usó gran parte de esa suma para pagar a algunos profesores a fin de que lo atendieran fuera de las clases regulares. Su apetito por el estudio era insaciable.

Equipado con un título de médico de la más alta calidad, el Dr. Kellogg regresó a Battle Creek en 1875, y un año más tarde era médico director del Instituto Occidental de Reforma Sanitaria. Había veinte pacientes registrados en ese tiempo. Cuando cundió la noticia de que un médico "muchacho" de 24 años se hacía cargo de la casa de salud, seis abandonaron la institución.

Pero las camas vacías se ocuparon pronto. Tantos pacientes llegaban a Battle Creek para valerse de las habilidades del fabuloso médico director y de sus asociados cuidadosamente seleccionados, que se necesitó un programa casi continuo de construcción durante los próximos veinte años. El nombre de la institución se cambió rápidamente por el de Sanatorio Médico y Quirúrgico de Battle Creek, que fue definido como un lugar donde la gente "aprendía a conservarse sana". Cuando en 1902 dos de sus edificios principales fueron destruidos por un incendio, el complejo tenía habitaciones para varios centenares de pacientes, tal vez un millar o más.

El Dr. Kellogg era brillante. Se mantenía a la cabeza de los progresos médicos leyendo las últimas revistas científicas en varios idiomas y viajando

repetidamente a Europa para estudiar bajo los más renombrados médicos de ese continente. Escribió cincuenta libros, varios de ellos tomos médicos de gran volumen. Fundó un colegio de medicina. Realizó incontables operaciones, cerrando las heridas en forma tan perfecta, que la "cicatriz Kellogg" llegó a ser una marca de alta calidad. Siempre estaba en demanda para conferencias públicas. Inventó muchos tipos de aparatos para tratamientos, y varios de ellos todavía se usan en todo el mundo. Desarrolló veintenas de alimentos, los más famosos de los cuales, los "cornflakes" (copos u hojuelas de maíz), cambiaron los hábitos de desayuno de la nación y lanzaron a su hermano Will (W. K. Kellogg) a una carrera que le brindó una gran fortuna una vez que se hizo cargo, en 1906, de la fabricación de este producto. La pretensión de que el Dr. Kellogg inventó la pasta o mantequilla de maní tiene bases dudosas, puesto que los indios de Sudamérica usaban, desde hacía mucho, una pasta de maní que no era muy diferente. Pero no cabe duda de que Kellogg tuvo una gran parte en promover su popularidad más o menos por el tiempo en que el consumo del maní se estaba poniendo en boga en los Estados Unidos.¹⁴ También parece que él acuñó el nombre de "Granola", producto vastamente usado en estos días.

Después del desastroso incendio del año 1902, el Dr. Kellogg reedificó el Sanatorio. Especialmente en las décadas de 1910 y de 1920 la institución gozó del cálido favor del público. El presidente Coolidge, Enrique Ford, Percy Grainger (el pianista) y Homer Rhodeheaver (el escritor de himnos religiosos) fueron algunos de sus ilustres huéspedes. El almirante Byrd consultaba repetidamente a Kellogg acerca del régimen alimentario adecuado para sus exploradores polares. Muchos otros hombres notables llegaban con frecuencia al Sanatorio, algunos anualmente.

Aunque en el Sanatorio de Battle Creek se realizaba cirugía de alta escuela y la institución tenía una gran sección hospitalaria destinada a pacientes con enfermedades agudas, su fama mayor radicaba en que era un lugar donde la gente iba para perder peso, descansar de los nervios y experimentar un mejoramiento general. La atmósfera del sanatorio era más la de un hotel que la de un hospital.

En sus últimos años, vestido con un elegante traje blanco, camisa y corbata blanca, medias y zapatos blancos, el Dr. Kellogg reunía cada semana a una concurrencia en el salón del sanatorio para pronunciar una amena conferencia sobre los más recientes progresos de la medicina. El propósito primario de la obra médico-misionera era enseñar a la gente cómo conservarse bien.

En 1907 se apartó de la iglesia, paso que habría estado ponderando desde 1890.¹⁵ Había varios factores que produjeron su alejamiento. Las diferencias naturales con los dirigentes de la denominación sobre procedimientos administrativos habían sido desafortunadamente agravadas por la falta de voluntad de ciertos ministros para practicar algunos principios de la reforma pro salud. Kellogg tampoco era del todo

consecuente con éstos: trabajaba hasta el punto de estar exhausto, y eso lo ponía irritable.

La teología también jugó un papel muy importante en su separación. El concepto bíblico de que el cuerpo del cristiano es el "templo del Espíritu Santo" (1 Corintios 6:19), fue llevado por él hasta rematar en un tipo de panteísmo que postulaba que Dios residía personalmente en todas las cosas vivientes: en los animales, los insectos, y en las plantas. Aun identificaba a Dios con la gravedad y la luz del sol. Tal postura minaba la doctrina fundamental adventista de un Cristo personal que actúa en el santuario celestial, y sentaba una base, en potencia, para el fanatismo y la inmoralidad, pues si Dios me llena a mí, cualquier cosa que yo quiera hacer es correcta (una conclusión que Kellogg mismo nunca propició).

Kellogg jugó con sus ideas panteístas durante una década o más. La Hna. White le escribió varias cartas maternas sobre el particular. Cuando publicó su teoría en el libro *The Living Temple* (El Templo Viviente), en 1903, su separación total de la iglesia llegó a ser una cuestión de tiempo.

En última instancia, su alejamiento de la denominación surgió de su repudio de Elena de White como mensajera especial de Dios. Cuando era joven aceptaba su consejo, y hasta vivió en su casa por un tiempo. Pero al amonestarle contra el panteísmo, el trabajo en exceso, la ambición desmedida, y la necesidad de velar por las almas así como por los cuerpos de sus pacientes, se fue apartando más y más de su influencia. Cualquiera que lea la correspondencia de ella dirigida a él, y los llamamientos que publicó dirigidos a los ministros en favor de él, sabe cuán profundamente lastimó su corazón el alejamiento de Kellogg.

Si Kellogg hubiera quedado con el movimiento, ¡cuánto más habría podido hacer para proclamar el mensaje! ¡Supongamos que con su talento e influencia hubiera persuadido a Enrique Ford o al presidente Coolidge a guardar el sábado y a aceptar la fe adventista, ¡qué impulso habría sido para la obra!

Siendo inminente la separación de Kellogg de la iglesia en torno al año 1903, y siendo que el uso de su escuela de medicina dejó de ser aconsejable, Elena de White, que ahora estaba en su séptima década, se dedicó a la tarea de iniciar una nueva escuela de medicina en el sur de California. También se mostró preocupada por la fundación de más sanatorios en esa zona.

Kellogg había establecido una cadena de 27 sanatorios, o más, alrededor del mundo, lo cual es una hazaña notable. Típicamente, todos ellos se especializaban en medicina física (hidroterapia, ejercicio, masaje, etc., y además de esto, ofrecía, donde era posible, servicios hospitalarios generales (cirugía, etc.).

California tenía un solo sanatorio adventista hasta entonces, ubicado cerca de Santa Helena, en el condado de Napa. Elena de White hizo mucho hincapié en que los nuevos que se establecieran fueran ubicados

fuera de las grandes ciudades. "No edificuéis sanatorios en las ciudades", advirtió en la sesión de la Asociación General de 1903.¹⁶

Con la ayuda de Juan A. Burden y otros sostenedores leales, ella descubrió un edificio de sanatorio en potencia en Glendale, entonces una aldea situada a algunos kilómetros de Los Angeles. Otros edificios adecuados fueron descubiertos en National City, a pocos kilómetros al sur de San Diego, y en Loma Linda, a escasa distancia de tres ciudades: Riverside, Redlands y San Bernardino. A medida que los hermanos oraban, los precios de estas propiedades disminuían notablemente. La anciana mensajera del Señor urgió a los remisos hermanos a aprobar su compra. Las contribuciones necesarias llegaron a tiempo: una de ellas desde el otro extremo del país el mismo día cuando la hipoteca se habría ejecutado por incumplimiento. Toda la experiencia es en sí misma una historia increíble de providencias.

En cuanto al nuevo colegio de medicina, Elena de White escribió a los hermanos que el Señor quería una institución cuyos graduados pudieran aprobar cualquier examen pertinente en el país. Y así, en medio de colinas y naranjales, nació en Loma Linda el Colegio de Médicos Evangelistas, siendo su primer llanto un llanto de fe, y su primera inspiración una oración. Hoy en día, la organización original está representada por las escuelas de Medicina y la de Enfermería de la Universidad de Loma Linda, a las cuales se agregaron las escuelas de Odontología, Salud Pública, y otras; y además, todos los cursos del Colegio La Sierra.

En 1975, la Iglesia Adventista fundó una segunda escuela de medicina en Montemorelos, México, que ha ido progresando y ampliándose bajo la bendición de Dios y merced a una serie de milagros de la Providencia.

En la década de 1970, con el objeto de hacer a la gente feliz, sana y santa, los adventistas tenían en operación dos facultades de medicina multimillonarias, una cadena de fábricas de productos alimenticios sanos, una pequeña flota de lanchas médicas, una flota de aviones de auxilio médico y una cadena mundial de más de trescientos hospitales y clínicas en el mundo entero. Todo esto es posible por la obra conjunta de miles de médicos, dentistas, enfermeras y otros miembros del personal médico y técnico, para no hablar de los gerentes, tesoreros, ingenieros, secretarías y ayudantes. La denominación como un todo, que ahora tiene más de tres millones de miembros, alberga el concepto de la eficiencia física como un privilegio espiritual, y la práctica de la "obra médico-misionera" como una responsabilidad religiosa.

¿Quién hubiera pensado que tantos resultados habrían de surgir de una idea que apareció primeramente un viernes de noche en 1863 en una modesta casa de campo ubicada a pocos kilómetros de Otsego, Michigan?

¿O de un regalo de Navidad abierto con lágrimas por un grupo de hermanos angustiados que oraban en Rochester en 1865?

Capítulo 28

Por el gozo del servicio

Los que pertenecen a la pasada generación recuerdan muy bien los reglamentos estrictos que existían en todos los colegios adventistas respecto del trato entre jóvenes y señoritas y las limitaciones que exigían a los estudiantes.¹ Sin embargo, todo el que haya asistido a un colegio adventista puede alabar a Dios, al echar una mirada retrospectiva, por los "reglamentos estrictos" —y además por todas las otras cosas— que hacían que su colegio fuera *diferente* de los seculares.

Podría ser útil puntualizar cómo se llegó a esa diferencia, pues a veces estuvo a punto de no producirse.

Todos los ojos se volvieron hacia Sidney Brownsberger.

Elena de White, que con su esposo había regresado recientemente de California después de la inauguración de *Signs of the Times*, acababa de leer un extenso testimonio que revelaba los ideales de Dios para la educación adventista. La primera institución de educación superior, el Colegio de Battle Creek, estaba en la etapa de construcción, y su junta directiva se reunía para trazar planes y para oír la palabra del Señor. El primer director, el profesor Sidney Brownsberger, maestro de artes de la Universidad de Michigan, graduado en 1891, había sido invitado a asistir en vista del evidente significado de su presencia para el éxito de la empresa.

—Bueno, Hno. Brownsberger —inquirió uno de los miembros de la junta— ¿qué podemos hacer con esta instrucción que la Hna. White acaba de darnos?

Todo el mundo esperó ansiosamente la respuesta. Lo que oyeron era la expresión de su sincera honradez:

—Yo no sé nada acerca de cómo conducir un colegio como ése.²

No era una manera auspiciosa de comenzar la obra educativa.

Sin embargo, el verdadero inicio de la educación adventista ocurrió antes. En 1852, cuando los padres estaban descuidando la educación de sus hijos, debido a que pensaban que Cristo regresaría tan pronto que no podrían aprender gran cosa, Jaime White los reprendió. Su primera contribución fue el primer periódico que hubo en la denominación para los jóvenes, el *Youth's Instructor* (Instructor de la Juventud).

En 1853 y 1854 un buen número de familias adventistas establecieron pequeñas escuelas diurnas en sus propios hogares. La mejor conocida de ellas era la que tenía Martha Byington, de 19 años, en Buck's Bridge, Nueva York. Después de un año o dos, estas escuelas dejaron de funcionar.

Fue un error, porque como resultado de ello, los jóvenes adventistas que asistían a las escuelas públicas soportaron considerable redículo debido a sus ideas peculiares. Y aunque muchos resistieron, esperando que Cristo podría venir en cualquier momento para llevarlos al cielo, otros muchos cedieron y se perdieron para la causa.³

Pocos años después que los esposos White se trasladaron de Rochester a Michigan, es decir en 1855, y la oficina de la *Review and Herald* se mudó con ellos, los adventistas iniciaron una escuela de iglesia en Battle Creek, que fue dirigida por una serie de diferentes maestros durante seis años. Pero cerró sus puertas cuando en las inmediaciones se estableció una hermosa escuela pública.

Las familias adventistas aparentemente enviaban a sus hijos a esta escuela pública de Battle Creek para cursar los grados primarios. Luego empezaban a trabajar, muchos de ellos en la casa editora y en el Instituto Occidental de Reforma Sanitaria, que se hallaban en rápida expansión.

Un día, mientras Edson White trabajaba en la *Review* observó a un extraño que partía troncos para las calderas de las maquinarias de la imprenta. Después de las horas de trabajo, Edson y su amigo Jorge States y algunos otros conversaron con este extraño y supieron que se llamaba Goodloe Bell.

Varios años antes, les dijo el Sr. Bell a los muchachos, había asistido al Colegio de Oberlin, en Ohio, entonces una de las escuelas más revolucionarias del país. Fue la primera en ofrecer coeducación; y ponía énfasis en la necesidad del trabajo industrial y de granja para complementar los estudios formales. Era también una institución muy religiosa. Explicó que por años había enseñado en escuelas primarias en varios lugares, y que cuando el exceso de trabajo lo enfermó, se alegró de oír las noticias acerca del Instituto Occidental de Reforma Sanitaria de Battle Creek. Eso sonaba a un instituto tan interesado en la reforma como el Colegio de Oberlin.

Y en lugar de recetarle algunas dosis de calomel y estricnina, los médicos le habían prescrito tratamientos de agua fría y caliente, aconsejándole que hiciera trabajo manual al aire libre mientras convalecía. Bell dijo que a él le gustaba el Instituto de Reforma Sanitaria y lo que había sabido acerca del adventismo del séptimo día.

—¿Le gustaría darnos clases nocturnas a varios de nosotros, Sr. Bell?—, le preguntaron los jóvenes con avidez.

Dicho y hecho. En las largas noches calurosas del verano de 1858 Goodloe Bell condujo una "escuela selecta" para doce jóvenes adventistas, en el cual estaban incluidos los dos hijos de la familia White y dos hijos de J. P. Kellogg, Juan Harvey, el futuro médico de fama mundial, y Will K., el futuro rey de los copos de maíz. Era un cuerpo de alumnos prodigiosos.

Bell era un buen maestro, muy adelantado a su tiempo en los métodos que usaba. Hacía que sus alumnos aprendieran cabalmente el material que

les daba, pero no de memoria. Exigía que lo entendieran tan completamente que lo pudieran explicar en cualquier momento.

La escuela marchó tan bien que en el otoño muchos más jóvenes se inscribieron. Se decidió que el Sr. Bell podía usar el pequeño edificio original que J. P. Kellogg y otros habían levantado en 1855 para los talleres de la *Review*. A fin de preparar un hogar para su esposa y cuatro hijos, el Sr. Bell rellenó las rajaduras que había en los muros decrepitos de la parte baja. Los alumnos usaban la desvencijada escalera exterior para asistir a las clases en la larga pieza superior de techo bajo.

En 1872, la Junta de la Asociación General estaba tan convencida de la capacidad de Bell que votó aceptar su selecta escuela como la primera escuela *oficial* adventista del séptimo día.

El año 1872 es famoso, no sólo por esta adopción del bebé del profesor Bell, sino también por el comienzo de los testimonios de Elena de White sobre la naturaleza de la verdadera educación. Las primeras páginas de los muchos centenares sobre este tema aparecieron ese año bajo el título de *Testimonio No. 22*.⁴

El *Testimonio No. 22* empieza con esta frase: "El tratar con las mentes jóvenes es la obra más hermosa ["nicest", en inglés] jamás realizada por los hombres y mujeres".

La obra "más hermosa". No es la más hermosa en el sentido de la más dulce, agradable o gozosa, aunque la enseñanza a veces ciertamente puede ser, sino en el que se usaba la palabra inglesa "nicest" el siglo pasado: "Que requiere una selección cuidadosa, un manejo lleno de tacto, cuidadosa consideración, y una conducta precisa y escrupulosa".⁵

Lo que Elena de White quiso decir es que esa educación no era un pasatiempo para maestros sin preparación y para padres no calificados, sino carrera elevada que exige una preparación completa y una dedicación intensa.

La segunda frase del testimonio aclara este pensamiento: "Debe ejercerse el mayor cuidado en la educación de la juventud como para variar o adaptar de tal manera la forma de la instrucción, que ésta pueda despertar las elevadas y nobles facultades de la mente".

Leamos esto otra vez, por favor. ¿Qué variación en la instrucción creía ella que debía observarse para despertar adecuadamente las facultades nobles y elevadas de la mente?

He aquí su respuesta. El maestro cristiano sincero ha de estar igualmente interesado "en la educación física, mental y espiritual de sus alumnos". Enseñar es la obra más hermosa, porque debe tratar de una manera equilibrada con el "todo" de cada estudiante, a la vez que toma en consideración los diferentes temperamentos que caracterizan a cada individuo. Debe atender especialmente (1) a la salvación de los alumnos, (2) a su salud, (3) al conocimiento práctico que deben adquirir a fin de ser aptos para las tareas agrícolas, para negocios, para los deberes domésticos o para cualquier carrera que escojan, y (4) al desarrollo de su capacidad de

razonar juiciosamente. También debe (5) inducir a los alumnos a prestar un servicio consagrado en favor de otros.

Puesto que esta clase de educación es esencial, evidentemente no puede estar reducida al aula de clase. Por eso, el testimonio se refiere frecuentemente a los padres y maestros. Los padres deben hacer de la salvación de sus hijos su "primera y más importante preocupación. También deben hacer que su "primer y más importante cuidado" sea procurar que sus hijos tengan cuerpos sanos. Las dos cosas más importantes reciben igual énfasis, porque la salud espiritual es grandemente influida por la salud física. En vista de sus responsabilidades, las madres deben considerar que los deberes de su hogar son "sagrados", y mucho más importantes que el trabajo de una dactilógrafa o el de una concertista. En realidad no existe "empleo más importante" que el del ama de casa.

Se requiere una escuela definidamente bien organizada (volviendo ahora a la función del maestro) que proporcione "establecimientos agrícolas y fabriles", donde los estudiantes puedan dedicar "una parte de cada día" al trabajo activo. Y no es suficiente que los alumnos meramente dediquen tiempo a sus tareas. Debe proporcionárseles "una educación cuidadosa" en los diferentes ramos de trabajo, de una manera que puedan lograr productos de calidad. Debe enseñárseles "el trabajo (manual) así como las ciencias".

El estudio de la Biblia, desde luego, debe ocupar un puesto prominente, sin excluir las ciencias.

¿Y cuál es el propósito de esta educación abarcante y bien equilibrada? "El gran objeto de la educación es capacitarnos para usar las facultades que Dios nos ha dado, de tal suerte que representemos de la mejor manera la religión de la Biblia y promovamos la gloria de Dios". "Las verdades de la Palabra divina pueden ser apreciadas mejor por un intelectual cristiano. Cristo puede ser más glorificado por aquellos que le sirven inteligentemente".

Más tarde, Elena de White resumió y amplió su filosofía de la educación en estas famosas palabras: "La verdadera educación significa más que la prosecución de un determinado curso de estudios. Significa más que una preparación para la vida presente. Tiene que ver con el ser entero, y con todo el período de existencia posible para el hombre. Es el desarrollo armonioso de las facultades físicas, mentales y espirituales. Prepara al estudiante para el gozo del servicio en este mundo, y para el gozo mayor de un servicio más amplio en el mundo por venir".⁶

La verdadera educación no es educación ordinaria; ni tampoco algo separado de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. La iglesia ha de componerse de hombres y mujeres que comprendan el último mensaje de Dios al mundo, que crean en él y lo vivan, y que se unan para cumplir con su misión de proclamarlo al mundo entero. En realidad, la educación adventista del séptimo día ha llegado a ser el medio primordial para alcanzar este objetivo. No solamente trata de formar ministros, médicos,

enfermeras y maestros, sino de preparar a cada estudiante para ser un inteligente ganador de almas, cualquiera sea su vocación.

"Uno de los grandes objetivos de nuestras escuelas es la preparación de jóvenes para desempeñarse en el servicio en nuestras instituciones y en los diferentes ramos del trabajo evangélico". Todos los niños adventistas deben tener el beneficio de una educación cristiana, sea que lleguen a ser obreros en la denominación o no, para que puedan llenar "puestos de responsabilidad tanto en la vida privada como en la pública". "La verdadera educación es una preparación misionera. Cada hijo e hija de Dios está llamado a ser misionero".⁷

No mucho después que la Asociación General oficializó la selecta escuela de Bell, formó una sociedad educacional y se dispuso a elaborar planes para el establecimiento de un colegio superior combinado, que tuviera también una escuela secundaria.

Debía conseguirse el terreno. "Que haya terreno suficiente para las actividades fabriles y la agricultura", aconsejó la Sra. White como portavoz del Señor. Ella favoreció la idea de mudarse a un terreno que estuviera a orillas del lago, a pocos kilómetros fuera de la ciudad.

Los terrenos de la feria del condado también estaban en venta, y abarcaban unas veinte hectáreas. Ella se decidiría por esta tierra. Los esposos White tomaron el tren rumbo a California y dejaron a los hermanos para que hicieran la compra.

"Si tan sólo los terrenos de la feria estuvieran más cerca del Instituto de Reforma Sanitaria —expresó un tímido miembro de la junta—, sería más fácil para los alumnos conseguir trabajo allí". (En realidad la distancia era una cuadra larga!) "Si ubicamos la escuela tan lejos, tendremos que mudar el Instituto. ¡Piensen en el gasto!"

Y Battle Creek misma parecía suficientemente rural. Las calles no estaban pavimentadas, y las veredas eran estrechas y precarias. En el otoño podía oírse a los pavos cantando en los bosques adyacentes. A semejanza de Lot cuando se le ordenó que huyera de la vida de la ciudad, los hermanos miraron a Battle Creek como una Zoar y arguyeron con su conciencia: "¿No es acaso una población pequeña?"

De repente Erastus Hussey ofreció vender unas cinco hectáreas al otro lado de la calle, frente al instituto. La junta se apresuró a comprarlas, y vendió una parte, dejando un poco más de la mitad. Los hermanos se congratularon por todo el dinero del Señor que habían ahorrado.

Elena de White reflexionó sobre cuánto de la voluntad del Señor habían rechazado. Pero, ocultando su dolor, apareció en la reunión de la junta en el otoño y de nuevo delineó los planes de Dios para su escuela. Esa era la ocasión en que todos los ojos se volvieron al profesor Brownsberger cuando contestó que no sabía nada acerca de cómo conducir tal institución.

El Sr. Bell estaba de acuerdo con los nuevos principios, pero su talento parecía estar más en enseñanza que en la administración,⁸ de manera que

tal vez los hermanos no tenían otra elección. De todas maneras, parecía importante tener a un hombre con un grado universitario. Brownsberger fue nombrado director, pero Jaime White era nominalmente el presidente.

Brownsberger, aunque era un hombre dedicado, pronto demostró que sus propias palabras eran ciertas, que realmente no sabía cómo hacer la obra que Dios quería que se hiciera. Su educación era fuerte en el latín y el griego clásicos, pero ignoraba todo lo referente a las industrias y la agricultura, y apenas ofrecía una sola clase de Biblia. El curso de Biblia era bueno, pero algo aburrido y poco atractivo. Lo dictaba Urías Smith, el redactor, pero tal vez sólo la quinta parte de los alumnos lo tomaban. Las reuniones generales o asambleas eran a menudo usadas para enseñar esta materia. La mayor parte de los alumnos seguían el curso "normal", que habilitaba para la enseñanza en escuelas públicas elementales. Otros, que se preparaban para ser ministros o para llenar puestos en las oficinas de la Asociación, aceptaban un llamado tan pronto como éste llegaba, aun a mitad de un período.

Dios bendijo la obra, sin embargo. Hizo lo mejor que pudo con el colegio que su pueblo había iniciado. De tiempo en tiempo, un emocionante reavivamiento conmovía al cuerpo estudiantil. Y con varios centenares de jóvenes adventistas trabajando juntos, por pocos meses a la vez, se engendró un nuevo sentimiento de unidad denominacional.

En 1881, crecientes problemas pusieron en situación incómoda al joven presidente Brownsberger. (Se lo había nombrado presidente en 1880.) Considerándose a sí mismo como un fracaso, silenciosamente presentó su renuncia y se trasladó al norte para dedicarse al corte de madera y a la enseñanza. Pero en 1882 la Asociación de California lo llamó para conducir su nueva academia y el colegio de Healdsburg. Aceptó, y allí inmediatamente trazó planes para establecer industrias y dictar cursos bíblicos; y rápidamente demostró que en unos pocos años había aprendido mucho acerca de cómo conducir la clase de escuela que Dios quería.⁹

Al seleccionar su próximo presidente, el Colegio de Battle Creek de nuevo dejó de lado a Bell en favor de un orador ameno, de nombre Alexander McLearn. ¡No importaba que no fuera adventista del séptimo día! Guardaba el sábado y asistía al tabernáculo, y también tenía un título, y por cierto en teología.

Duró un año y, después de dividir al cuerpo estudiantil en dos, se fue para unirse al grupo de Marion.¹⁰ (Se dice que un muchacho enojado echó al profesor Bell escaleras abajo.) El Colegio de Battle Creek cerró sus puertas en junio y se tomó un año de inactividad para tratar de resolver sus problemas (1882-1883). A invitación de E. N. Haskell, Bell salió para ayudar a iniciar la Academia del Sur de Lancaster (ahora parte del Atlantic Union College).

La crisis que culminó en el cierre del Colegio de Battle Creek resultó para bien. La junta, el cuerpo docente y el cuerpo estudiantil reafirmaron su respeto por los principios educacionales. Las actitudes cambiaron.

Cuando las clases se reiniciaron en el otoño de 1883, había un espíritu diferente en las aulas, y la iglesia tenía tres escuelas en lugar de una: una escuela secundaria en Massachussetts, y dos colegios, uno en Michigan y otro en el dorado oeste.

El nuevo presidente del Colegio de Battle Creek fue W. H. Littlejohn, un pastor ciego a quien G. I. Butler, presidente de la Asociación General, le pidió que sirviera hasta que él pudiera hallar al hombre de su elección. Y éste resultó ser Guillermo Warren Prescott.

Prescott tenía un título. También experiencia como redactor y reportero periodístico. Además, habilidad de inspirar a los jóvenes a lograr la dignidad personal y el dominio propio. Era un buen adventista. Y con todo su corazón quería seguir los principios inspirados presentados por Elena de White.

Hizo de la enseñanza de la Biblia algo cada vez más prominente, participó en una cantidad de maravillosos reavivamientos, e inauguró una serie de pequeñas industrias.

¡Pero en 1889 el cuerpo docente votó no tener más industrias! Pronto Elena de White estaba amonestando contra los peligros de los entrenamientos que el colegio ofrecía y contra los deportes competitivos, que ocupaban el tiempo que el trabajo manual debía tener.¹¹

En 1891, el Union College se inició en Nebraska, y en 1892, el de Walla Walla, Washington. Prescott sirvió como presidente de los tres, todo al mismo tiempo.

También en 1891, Prescott ayudó a Elena de White y a otros a conducir en Petoskey, Michigan, el primer instituto nacional para maestros adventistas del séptimo día. En torno a cien hermanos que enseñaban en escuelas adventistas esparcidas, y en escuelas públicas llegaron para acampar en tiendas y estudiar, por primera vez, la "educación cristiana". Fue una ocasión notable.

En 1894 Prescott fue comisionado para viajar alrededor del mundo, y el Prof. G. W. Caviness lo sucedió en el Colegio de Battle Creek. Probablemente también Caviness quiso ser un reformador. Pero si tal era el caso, a semejanza de sus predecesores, no sabía cómo lograrlo. Y al fin, ¿qué podría haber hecho él en un campus tan pequeño? Exigía que cada alumno estudiara a lo menos una clase bíblica. Pero Elena de White escribió desde Australia diciendo que cuanto menos tiempo pasaran los estudiantes en el Colegio de Battle Creek en las presentes circunstancias, tanto mejor. Un mes más tarde escribió de nuevo. Si a Dios y a la Biblia se les diera el lugar central que debían ocupar, los estudiantes podrían proseguir sus estudios tanto tiempo como quisieran.¹²

Ahora bien, había unos pocos hombres en la iglesia que no solamente querían reformar la educación adventista, sino que también tenían ideas acerca de cómo lograrlo y la energía para realizarlo. El Dr. Juan Harvey Kellogg era uno de ellos. Percy Magan, que estaba próximo a cumplir treinta años de edad y era miembro del personal del colegio, era otro. Ed

Sutherland, también joven, era un tercero. Mientras enseñaba historia en el Colegio de Battle Creek en 1892, Sutherland había motivado a los estudiantes a que eliminaran la carne de sus menús del colegio. ¡Eso era una innovación! Ahora era presidente del Colegio de Walla Walla, y estaba fundando industrias, estimulando el fervor religioso, y desarrollando en sus alumnos una sincera dedicación al servicio de Dios. Allá en Australia, Elena de White demostraba prácticamente lo que significaban sus testimonios, al fundar en Avondale un colegio ejemplar en medio de la pobreza y los eucaliptos.

En el Congreso de la Asociación General realizado en 1897, Ed Sutherland fue nombrado presidente del Colegio de Battle Creek, y Percy T. Magan decano académico. Kellogg estaba jubiloso.

¡Se hicieron cambios! Se eliminaron los estudios clásicos. Se abandonaron los títulos. Se establecieron cursos con orientación misionera. La Biblia llegó a ser el libro de texto que estaba por encima de todos los demás. Se la usaba aun en algunas clases de matemáticas. En un gesto simbólico, mientras Sutherland sostenía la mancuerna del arado, Magan condujo los animales y el Prof. Lamson, que pesaba cien kilos, se sentó sobre la pieza que va de la mancuerna al arado, y la administración aró los campos de juego y los preparó para cosechar productos alimenticios. Cerca de treinta hectáreas adicionales se trabajaron en otro lugar. Muchos alumnos se matriculaban en el curso ministerial, en el de colportaje, en el de enfermería misionera y medicina misionera, así como en otros que preparaban para la agricultura misionera, el trabajo comercial misionero, y así por el estilo. "Misionero" llevaba la idea de dedicación abnegada, la disposición y la capacidad de sostenerse a sí mismo y la permanente actividad en la salvación de las almas. Muchos alumnos también se matricularon en un curso "normal" de un año, pero no ya con la intención de enseñar en una escuela pública.

Guiados por la instrucción de Elena de White de que toda iglesia que tuviera seis o más alumnos debiera tener su propia escuela primaria adventista,¹³ Sutherland y Magan persuadieron a sus estudiantes normales a ofrecerse como maestros de escuelas de iglesia. Hallaron tiempo y energía para ponerse en contacto con una gran cantidad de egresados de Battle Creek en la zona circundante, que enseñaban en escuelas públicas, y les dirigieron un llamamiento para que iniciaran escuelas adventistas. Muchos respondieron, e hicieron verdaderos sacrificios.

Una señorita, cuando supo que la iglesia que la llamaba no podía ofrecerle ni pago ni vivienda privada y sólo un excusado exterior en lugar de baño, no aceptó la invitación. Pero otra se presentó de inmediato para ocupar su lugar. Estaba dispuesta a dormir en una buhardilla sin calefacción de la misma casa donde daba las clases, y debido a que no había dinero para una biblioteca, se dispuso a usar a usar *El Deseado de todas las Gentes* y ejemplares atrasados del *Youth's Instructor* como libros

de texto básicos para enseñar lectura, geografía y literatura inglesa. Amaba a los niños, y ellos y sus padres la amaban a ella.

Cuando regresó el siguiente otoño, había instalada una estufa, y las paredes de la buhardilla estaban empapeladas con las hojas de los preciosos ejemplares del *Youth's Instructor*.¹⁴

Una joven pareja de Pensilvania inició su vida matrimonial y su carrera docente en un antiguo edificio que proporcionaba lugar no sólo para la familia y la escuela, sino también para nueve de los quince alumnos, para dos ayudantes, y para tres miembros de la junta escolar.¹⁵ Entre 1897 y 1900 se iniciaron unas 150 escuelas elementales, mayormente dirigidas por ex alumnos de Battle Creek, con una matrícula de 4.000 niños.

El 1901, la hermandad que sostenía el colegio y la Asociación General, votaron clausurar el colegio y mudarlo a una localidad de campo.

Sutherland y Magan cargaron sus bicicletas en un tren, fueron hasta una estación distante, y recorrieron los caminos y las rutas del sudoeste de Michigan en busca de una propiedad verdaderamente rural en la cual establecer su nuevo colegio. Un día, después de pedalear como cuarenta kilómetros hacia el norte por caminos arenosos desde South Bend, Indiana, se detuvieron para descansar bajo los coposos arcos que bordeaban la quinta de manzanas del Sr. E. F. Garland, en la localidad de veraneo de Berrien Springs, Michigan. Pronto comenzó a levantarse en ese lugar el Emmanuel Missionary College (ahora parte de la Universidad Andrews), en una propiedad de alrededor de 110 hectáreas.

Ese mismo año se dictaron clases nocturnas en el edificio abandonado de la cárcel y del juzgado del condado de Berrien, y lado a lado, maestros y alumnos pasaban los días trabajando en la granja o construyendo los edificios de madera. Elena de White insistió en que tal cooperación entre maestros y alumnos era una parte tan esencial de la educación cristiana que "en ningún caso" debía descuidarse.¹⁶

Los cursos se simplificaron hasta el punto de que los estudiantes seguían uno sólo durante un período. Se erigieron cuatro edificios principales, tres de los cuales tenían escasa calefacción, aún en invierno, de manera que los alumnos pudieran acostumbrarse a cualquier rigor del campo misionero. Se servían sólo dos comidas por día y, por supuesto, no se otorgaba título de "bachelor" (cuatro años de colegio superior, después de cuatro de educación secundaria).

Era tal vez un poco exagerado.

El Union College de Nebraska había probado también no usar calefacción y ofrecer sólo dos comidas al día, pero otorgaba títulos a los jóvenes adventistas que los querían. Y en 1903, Kellogg dando la espalda a la iglesia, reabrió el Colegio de Battle Creek. La matrícula en Berrien Springs permaneció baja. Las críticas fueron aumentando. Sutherland y Magan preguntaron a la Hna. White si podían empezar una nueva escuela en el sur. Lograron su aprobación, y salieron, llevándose consigo una parte del cuerpo docente.

Sutherland y Magan fueron demasiado lejos. Por ejemplo, Elena de White nunca habló contra los títulos académicos. Cuando el Colegio de Médicos Evangelistas se inició en Loma Linda, en torno a 1910, específicamente aconsejó que sus egresados fueran capaces de alcanzar toda razonable calificación académica.¹⁷ Recomendaba dos comidas por día, pero maternalmente permitió que los estudiantes de Avondale tuvieran tres, y siempre hacía provisión para que los miembros de su propio equipo tuvieran una tercera comida.¹⁸

Pero Sutherland y Magan habían manifestado increíble valor, fe y energía, y habían hecho una buena obra. Habían mudado el colegio al campo. Habían iniciado la agricultura y las industrias en el mismo. Habían dado primordial prominencia a las Escrituras y al servicio abnegado. Habían puesto a trabajar juntos a alumnos y maestros. Habían instituido conferencias semanales de alumnos y profesores para trazar e interpretar las reglas del colegio.¹⁹ Habían edificado en forma económica los edificios necesarios. Habían logrado una iniciación feliz y excelente en los principios de la educación cristiana.

Los presidentes y profesores que los siguieron en el Emmanuel Missionary College completaron el preceso. Bajo el Prof. Federico Griggs (1918-1925) se alcanzó, en gran parte, el equilibrio del plan original trazado por la sierva de Dios. La agricultura y las industrias proveían entradas financieras, ejercicio físico, edificación del carácter y camaradería entre alumnos y profesores. El plan de estudios conducía a la adquisición de títulos, pero al mismo tiempo toda actividad estaba abiertamente dirigida hacia la salvación de las almas.

Los estudiantes eran entusiastas; y los egresados salían bien preparados, con un deseo de servir al Señor dondequiera él los llamara, para ir y "proclamar por doquiera" el mensaje.

En 1896, O. A. Olsen, presidente de la Asociación General, ayudó personalmente en el trabajo de fundar el Colegio de Oakwood, en una granja de unas 140 hectáreas cercana a Huntsville, Alabama, que tenía un bosque de 65 robles. Conocida al principio como la Escuela Industrial de Oakwood, proveía oportunidades para una experiencia práctica y académica desde el propio comienzo.

Más o menos por ese tiempo (1892), se comenzó otro colegio en el sur, con el nombre de Graysville Academy, que varios años después fue trasladado de Graysville, Tennessee, a Collegedale. La academia (escuela secundaria) pronto sobrepasó el nivel de colegio menor (junior college, con dos años superiores) para convertirse en otra institución educacional completa de cuatro años superiores. Recibió el nombre de Southern Missionary College.

Mientras tanto, se habían fundado muchos otros colegios adventistas en Canadá, en varios países europeos, en Africa, en Sudamérica, en la India y en otros lugares. En los Estados Unidos, el Colegio de Healdsburg se mudó de la pequeña localidad que se había formado a su alrededor y se

estableció con el nombre de Pacific Union College en una depresión en lo alto del monte Howell. Cerca de las oficinas de la Asociación General, en Takoma Park, se dio el nombre de Washington Missionary College a una escuela oficial para preparar obreros de ultramar. En los naranjales del sur de California se estableció el Colegio de Médicos Evangelistas (ahora parte de la Universidad de Loma Linda) para reemplazar al American Medical Missionary College, del Dr. Kellogg, de Battle Creek y Chicago.

En 1874, el año en que el Colegio de Battle Creek abrió sus puertas, Jaime White, con una visión característica, lanzó la idea de que debían fundarse otros cuatro colegios tan pronto como fuera posible, esparcidos desde el Atlántico hasta el Pacífico.²⁰ Si él hubiera vivido hasta 1920 habría visto su sueño cumplido muchas veces en todos los países que rodean el globo. Y se habría sentido feliz.

En la década de 1920, algunos colegios de los Estados Unidos, con el objeto de fortalecer el prestigio de Loma Linda ante la Asociación Médica Americana, obtuvieron reconocimiento oficial para su curso de "junior college" (los dos primeros años), como paso preparatorio para la Facultad de Medicina. Unos pocos miembros del personal docente, maduros y experimentados, fueron enviados a seguir cursos universitarios para obtener el título doctoral.

En la década de 1930, después de mucho examen, varios colegios alcanzaron su reconocimiento oficial como "senior colleges" (colegios superiores, de cuatro años). También en la década de 1930, el Pacific Union College presenció el nacimiento de una institución de la Asociación General que más tarde llegó a ser el Seminario Teológico Adventista.

En la década de 1940, se efectuaron grandes cambios en los colegios adventistas de los Estados Unidos con la llegada y el influjo de muchos GI (ex soldados) —maduros, casados y en posesión de automóviles— después de la segunda guerra mundial. La década de 1950 fue notable por la gran cantidad de miembros del cuerpo docente enviados a estudiar para lograr títulos doctorales. En los primeros años de la década de 1960 el Emmanuel Missionary College se amplió al incorporar el Seminario Teológico para formar la Universidad Andrews; y el Colegio de Médicos Evangelistas se unió con el Colegio La Sierra y con las escuelas de Enfermería, Odontología y otras para convertirse en la Universidad de Loma Linda.

Ninguna otra denominación hace tanto por sus jóvenes.

Desde 1852, les ha provisto publicaciones juveniles que ahora suman veintenas alrededor del mundo. Sus departamentos de Escuela Sabática, Jóvenes y Educación existen mayor o enteramente para servir a la juventud. Y hoy en día, la Iglesia Adventista tiene el mayor sistema protestante de educación elemental, secundaria y superior del mundo. A mediados de la década de 1980, los adventistas contaban con 4.300 escuelas y empleaban 19.500 maestros para servir a 437.000 estudiantes.

Hoy en día, la iglesia continúa invirtiendo millones de dólares en sus programas en favor de la juventud, convencida de que los jóvenes

constituyen la esperanza de su futuro, y de que los hombres y mujeres deben entender, vivir y proclamar por doquiera la verdad especial de Dios para este tiempo.

Capítulo 29

Los encantos incomparables de Cristo

Un día de invierno de 1868, Juan G. Matteson llamó a la puerta de la cabina de un inmigrante connacional danés, llamado C. Nelson, predicador bautista. El joven Matteson preguntó si podía entrar para hacerle una visita, pero el reverendo Nelson dijo: "No".

Ante lo cual, cuenta Matteson su reacción: "Sentí pena por él. Extraje silenciosamente mi Biblia, y de pie sobre la nieve empecé a leer en las Escrituras respecto al amor de Dios y la dulce comunión con Cristo. El predicador se impresionó profundamente, y me invitó a entrar. Lloramos y oramos, y luego estudiamos la Biblia". Esa misma noche, Nelson aceptó el mensaje adventista, y con él tiempo llegó a ser un ministro adventista del séptimo día.¹

El amor de Jesús, presentado por Elena de White al describir "las glorias del reino de Dios y el incomparable amor de un Redentor crucificado", suavizó el corazón del adolescente Elbert Lane en 1853, conduciéndolo a toda una vida de servicio al Señor.² La presentación que Elena de White hizo del mismo tema maravilloso en 1858, después de la visión que tuvo del "gran conflicto", conmovió a la congregación de Battle Creek como nunca antes había sido conmovida.

Nada de esto debe ser una sorpresa. El movimiento adventista nació con sus ojos enfocados en Jesús. "Jesús viene pronto", era el santo y seña de los milleritas. "¿Qué está haciendo Jesús ahora?", fue la pregunta luego del chasco. "El tiene una obra que hacer en el lugar santísimo", siguió la respuesta, a la que Hiram Edson y otros arribaron y que los adventistas observadores del sábado se dispusieron a comunicar al mundo. El adventismo del séptimo día es fundamentalmente un mensaje relativo a Cristo y a lo que él ha hecho y está haciendo para salvar a los pecadores.

Por consiguiente, lo sorprendente es que en la década de 1880 los adventistas estaban perdiendo de vista, en gran parte, a su Señor. En 1885, O. A. Olsen, que pronto sería nombrado presidente de la Asociación General, urgió a los hermanos reunidos en un congreso campestre en Lincoln, Nebraska, a considerar su observancia del sábado como demasiado legalista, y a abrazar de nuevo el mensaje de la justicia de Cristo,³ pero Olsen era una excepción. Muchos otros ministros —no todos— daban tanta importancia a la obligación de observar el sábado que casi excluían el tema de la relación personal con el Señor del sábado. Elena de White hablaba a menudo de los encantos de Jesús, pero sus palabras, ahora familiares, tan eficaces en la década de 1850, caían en oídos sordos. Los que escribían en

la *Review* eran cuidadosos y decían lo que era correcto cuando trataban el tema de la salvación de los hombres: nos salvamos sólo por medio de Cristo. Nadie puede guardar la ley con sus propias fuerzas. Pero faltaba algo. Cristo era una doctrina, pero no ya un amigo personal para muchos adventistas como una vez había sido.

La iglesia se encontraba en una lastimosa necesidad de un nuevo retrato de Cristo, trazado por dedicados artistas. Y los artistas destinados a realizar esta tarea lo descubrieron en la sesión de la Asociación General realizada en Minneápolis en 1888.

"Minneápolis".

"1888".

Estos términos van tan juntos en la historia adventista como esposo y esposa.⁴ Designan uno de los más importantes congresos de la Asociación General, que compite en valor con 1863 y 1901. Pero a diferencia de esos otros congresos, el de Minneápolis, en 1888, no es famoso ni por la organización ni por la reorganización, sino por la proclamación de la justificación por la fe.

El vigésimo séptimo Congreso de la Asociación General sesionó desde el 17 de octubre hasta el 4 de noviembre de 1888, en la flamante iglesia adventista ubicada en la esquina de las calles Lake y Cuarta, de la ciudad de Minneápolis, Minnesota. Según las normas modernas, no fue un congreso grande. La feligresía mundial era entonces de 27.000 miembros, y el número de delegados entonces presentes era de alrededor de noventa.

El progreso de los nuevos campos misioneros, la "distribución de trabajo", el evangelismo en las ciudades, un barco para servir a las islas de los mares del sur, y muchos otros temas similares se trataron en las sesiones; pero todo el trabajo regular de aquel congreso se ha olvidado mayormente hoy. Lo que todavía se recuerda es que "el Señor en su gran misericordia envió un mensaje muy precioso a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones... Presentaba la justificación por medio de la fe en la Seguridad (Cristo). Invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta por la obediencia a todos los mandamientos de Dios".⁵

Desgraciadamente, sin embargo, esto no es todo lo que se recuerda acerca de este congreso. Elena de White también escribió: "He sido instruida (por Dios) a declarar que la terrible experiencia del congreso de Minneápolis es uno de los capítulos más tristes de la historia de los creyentes en la verdad presente".⁶

Lo sucedido en Minneápolis en 1888 aparece en la historia adventista como otra gran oportunidad, semejante al llamamiento laodicense de la década de 1850, cuando los creyentes aceptaron solamente en parte el ofrecimiento de Dios y rechazaron la otra parte. De nuevo se dejó que un Padre ansioso quedara esperando pacientemente a que sus hijos indecisos aceptaran el mensaje. La promesa de 1888 es, sin embargo, accesible aún hoy.

Los dos hombres (los artistas mencionados anteriormente) que hicieron una muy destacada contribución en este congreso general fueron Alonzo T. Jones y Ellet J. Waggoner. El pastor A. T. Jones nació en Ohio, en 1850. A los veinte años se incorporó al ejército, en el cual sirvió por tres años, pasando parte del tiempo en un campamento cercano a Walla Walla. En sus horas libres estudiaba historia, la Biblia y las publicaciones adventistas que llegaban a su mano. Después de ser licenciado lo bautizó el pastor I. D. Van Horn, se casó con la cuñada de ese ministro; y pasado un tiempo, se lo llamó para unirse con E. J. Waggoner como coeditor de *Signs of the Times*. En 1886, ambos llegaron a ser también coeditores de *American Sentinel*, la revista predecesora de *Liberty* (revista sobre libertad religiosa). Jones se interesaba especialmente en las relaciones del Estado con la iglesia y en el cumplimiento de las profecías.

El pastor E. J. Waggoner nació en 1855, se graduó de médico en el Colegio de Medicina de Bellevue, de Nueva York (la misma facultad en la cual se graduó el Dr. J. H. Kellogg), y sirvió como médico en el Sanatorio de Battle Creek. Después de varios años abandonó el ejercicio de la medicina para dedicarse al ministerio evangélico, y en 1884 se unió con el equipo de redacción de *Signs of the Times*.

Dos años antes, en un día nublado de 1882, mientras asistía a un congreso campestre celebrado cerca de Healdsburg, California, el pastor Waggoner pasó por una experiencia notable. Estaba sentado en el costado del auditorio. "Repentinamente —escribió más tarde— brilló en torno de mí una luz, y vi la tienda mucho más brillantemente iluminada que si estuviera brillando el sol del mediodía, y pude ver a Cristo colgado en la cruz, crucificado por mí. En ese momento tuve el primer conocimiento positivo, que me invadió como un diluvio arrollador, de que Dios me amaba, y de que Cristo murió por mí".⁷ Esta maravillosa seguridad iba a tener, por supuesto, un efecto sobre toda su carrera futura.

Waggoner y Jones eran hombres notablemente diferentes. Jones era alto y de un perfil anguloso. Waggoner era bajo y débil. Los dos llegaron a ser oradores talentosos. También llegaron a ser tan íntimos amigos que pensaban de la misma manera. En una ocasión en que se les había pedido que predicaran en la misma iglesia durante dos sábados sucesivos, se sorprendieron más tarde al descubrir que ambos habían predicado el mismo sermón.⁸

Dentro de un momento consideraremos el mensaje que presentaron en Minneapolis. Pero primero, preguntemos por qué no fue aceptado por los delegados como debió serlo.

Por una parte, fue un nuevo énfasis sobre Cristo, como ya lo indicamos, o por lo menos un énfasis renovado. Y no resultaba completamente claro para todos que el mensaje en realidad fuera la verdad con respecto a Jesús. Los sermones de Waggoner (él era el orador principal en esta materia) estaban formulados como una interpretación de la "ley" en los libros de Romanos y Gálatas. Su objeto era mostrar que los

hombres se salvan por la justicia de Cristo, y no por la obediencia a la ley, con lo cual todo el mundo estaba de acuerdo.

Pero al desarrollar este tema, Waggoner interpretaba que algunos versículos se referían a la ley moral, mientras que muchos adventistas suponían que trataban de la ley ceremonial. Gálatas 3:24, 25, por ejemplo, habla de la ley como un "ayo" para llevarnos a Cristo, pero que ya no estamos bajo ella ahora que ha venido la fe. Por años, los evangelistas adventistas habían interpretado que la ley era la ceremonial, pero ahora Waggoner afirmó que la palabra se aplicaba a la ley moral, los Diez Mandamientos.

Es comprensible que algunas personas de la concurrencia, no sabiendo al principio lo que él quería decir, sospecharan que Waggoner estaba minando la creencia en el sábado. Pero esto no puede excusar la hostilidad de ellos. "Muchos han perdido de vista a Jesús —escribió Elena de White más tarde—. Por años la iglesia ha estado mirando al hombre... pero no mirando a Jesús".⁹ Waggoner, sin embargo, en lo que decía respecto a la ley abundaba en consideraciones acerca de Jesús. Muchos de entre el auditorio pensaban que hablaba demasiado de Cristo. Estaban de acuerdo en que el mundo necesitaba oír hablar acerca del Salvador, pero la verdad presente era el cuarto mandamiento; y si no destacamos esa verdad, decían, la gente llegará a pensar que puede ir al cielo sin prestar atención a la misma.

De manera que el énfasis de Waggoner sobre Jesús (en relación con la ley), no era común, y suscitó muchas sospechas. Pero sí había una cosa que era demasiado común, y que, sin embargo, suscitó la controversia: el espíritu de discusión. Los debates teológicos son raros hoy en día, pero hace un siglo eran muy populares. La posición de los evangelistas adventistas sobre el sábado y el estado de los muertos era tan fundamentalmente bíblica que podían derrotar a casi cualquier persona; y los debates despertaban interés en una comunidad, atraían a multitudes e inducían a muchos a bautizarse.

Pero también esos debates alimentaban el espíritu de lucha. En el congreso de 1888, algunos de los delegados, en vez de discutir tranquilamente los sermones del Dr. Waggoner con él, lo desafiaron a un debate. Tanto él como Jones rehusaron. No habían venido a un debate —afirmaron—, sino a estudiar la Biblia y a hablar de Jesús. Sin embargo, se eligió a un ministro para predicar un sermón en contra de la posición de ellos.

Durante el siguiente servicio, Waggoner y Jones le "contestaron" de una manera tal que muchos delegados la recordaron para siempre.

No argumentaron. En lugar de ello, Waggoner subió al púlpito, abrió su Biblia, y leyó un extenso pasaje que revelaba la verdad y lo juicioso de su énfasis con respecto a Cristo. Los hermanos pensaron que estaba leyendo el texto para la introducción de su sermón y esperaron impacientemente que terminara. Pero cuando concluyó la lectura

sencillamente se sentó sin añadir una sola palabra más. Entonces A. T. Jones se puso de pie, leyó otro pasaje, y se sentó. Los dos se alternaban en la lectura hasta que habían leído dieciséis pasajes. Luego se clausuró la reunión con oración. Eso fue todo. La impresión fue profunda.

Un tercer problema en esa reunión, además del espíritu de lucha y la novedad del énfasis, era la diferencia de edad entre los dos hombres de California y los dirigentes de Battle Creek que se les oponían. Mientras el presidente de la Asociación General tenía 54 años de edad y Urías Smith 56, Jones contaba con 34 y Waggoner con sólo 33.

Pero no debemos darle mucha importancia a esta diferencia de edades. La Sra. White, que tomó partido con toda firmeza con Waggoner y Jones, era una de las personas más veteranas que asistían al congreso. ¡Tenía sesenta años!

Pero otra causa de antagonismo que no debemos desestimar, fue un error cometido por los mismos Waggoner y Jones.

Su comprensión de la justificación por la fe les parecía tan maravillosa que no pudieron demorarse en escribir un libro sobre este asunto y publicar artículos en *Signs of the Times* durante los años anteriores a Minneápolis. Sabían muy bien que estaban en desacuerdo con el presidente de la Asociación General y con el pastor Urías Smith, redactor de la *Review*, pero consideraban que tenían la *verdad*, la verdad con respecto a Jesús, y creyeron que debían proclamarla al público, pese a sus divergencias con la vieja guardia de Battle Creek.

Si hubieran manifestado más tacto, habrían ahorrado muchos problemas para sí mismos y para la iglesia. Causaron esa situación, por así decirlo, al hacer que los dirigentes de más edad los consideraran con honda preocupación, y eso explica en alto grado por qué éstos no pudieron "prestar atención" a las cosas hermosas que ambos decían en Minneápolis en 1888.

La Sra. White estaba en Europa cuando Waggoner y Jones publicaron su presentación. "No tengo ninguna duda al decir que habéis cometido un error aquí —escribió ella—. Habéis presentado un ejemplo para que otros hagan como vosotros habéis hecho, de sentirse en libertad de publicar sus diversas ideas y teorías a fin de exponerlas al público, debido a que vosotros lo habéis hecho. Esto traerá un estado de cosas con el cual no habéis soñado". Y terminó diciendo: "Debemos mantener delante del mundo un frente unido. Satanás triunfará al ver diferencias entre los adventistas del séptimo día".¹⁰

Pero no todos los que estaban presentes en el congreso de Minneápolis rechazaron el mensaje. De ninguna manera. Para algunos fue el comienzo de una nueva experiencia emocionante. Un delegado, por ejemplo, regresó a su iglesia, en Wisconsin, tan emocionado acerca del tema de la justificación por la fe, que un granjero de su congregación se contagió de su entusiasmo, vendió inmediatamente su granja, dio una gran donación a la denominación, y fue aceptado en el ministerio. Un joven

pastor que llegó a Minneápolis "lleno de prejuicios" (para usar sus propias palabras), fue totalmente sorprendido por la belleza de las presentaciones. Se encaminó a los bosques cercanos a la iglesia, donde pasó toda una tarde con Dios y con su Biblia, y allí mismo encontró a Cristo como su Salvador personal. El pastor E. N. Haskell, presidente del congreso, el pastor Luis Johnson, el pastor J. O. Corliss y otros resultaron grandemente bendecidos. Se sabe de un ministro, y posiblemente hubieron otros, que reconoció que su nueva relación con Cristo era diferente que en lo pasado, y pidió el rebautismo.

Además, durante la década de 1890, algunos de los delegados que habían tomado el partido equivocado en 1888 hicieron confesiones sinceras. El pastor Urías Smith fue uno de ellos. Antes que la Hna. White partiera hacia Australia en 1891, no solamente le pidió disculpas a ella y a otros en privado, sino que también se presentó delante de la vasta congregación del Tabernáculo de Battle Creek para confesar el error que había cometido en Minneápolis. ¡Esto requirió valor de su parte!

Y muchos de los miembros laicos respondieron al nuevo mensaje con ávido fervor. Después de Minneápolis, el pastor Waggoner, el pastor Jones y la Sra. White pasaron gran parte del año conduciendo reuniones de reavivamiento en iglesias locales, asambleas ministeriales y congresos campestres. En ese solo año, entre los dos congresos de la Asociación General, Elena de White, a menudo en compañía de los dos o de uno de ambos hombres visitó Battle Creek (siete veces), Potterville, Des Moines, South Lancaster, Brooklyn, Washington, Williamsport (dos veces), Nueva York (dos veces), Chicago, Ottawa, Wexford, Kalamazoo, Saginaw, el estado de Colorado, Healdsburg y Oakland. Estos no eran contactos casuales, sino ocasiones de trabajo hercúleo, de predicación, llamamientos, aconsejamiento, exhortación y oración, hasta que la oposición desapareció. Corrieron las lágrimas, se confesaron los pecados, las manos volvieron a unirse en amistad, y rostros radiantes testificaron de una victoria y un nuevo nacimiento. Un viernes de noche, al final de una serie de reuniones en South Lancaster, Massachussets, comenzó espontáneamente un servicio de testimonios y prosigió por varias horas. Elena de White comentó: "Nunca he visto una obra de reavivamiento progresar en forma tan completa y, sin embargo, permanecer exenta de toda excitación indebida".¹¹ En julio de 1889 pudo decir: "Desde el Congreso de la Asociación General, en toda reunión que hemos tenido hubo almas que aceptaron el precioso mensaje de la justicia de Cristo".¹² Y unos pocos meses después expresó: "Ellos (los hermanos reunidos en el Congreso de la Asociación General de 1889) dicen que el año pasado ha sido el mejor de su vida".¹³

El pastor Jones pronto fue considerado como el principal teólogo de la denominación. El pastor Waggoner, enviado como misionero a Inglaterra, también era altamente respetado.

Tan maravillosa fue la respuesta que la feligresía de la iglesia creció en una proporción de casi diez por ciento en un año, de manera que en

1901 casi se triplicó el número de 1888, a pesar de los problemas a los cuales debemos referirnos en nuestro próximo capítulo.

Muchos esperaban que la lluvia tardía descendiera y la obra terminara en corto tiempo. De hecho, Elena de White escribió: "La dispensación en la cual estamos viviendo ahora es... la dispensación del Espíritu Santo... Es el tiempo de la lluvia tardía".¹⁴

Esto basta con respecto a las circunstancias. Ahora trataremos sobre el contenido del mensaje de 1888.

Como dijimos, los sermones de Waggoner en Minneápolis se enfocaban en Jesucristo como tema. Elena de White en forma entusiasta y agradecida los resumió como "los encantos incomparables de Cristo".¹⁵

No poseemos hoy el texto mismo del mensaje que presentó Waggoner. Podemos, sin embargo, acercarnos al mismo si examinamos los libros que publicó antes y después del congreso. Uno de ellos se titula con propiedad *Cristo y su Justicia*.

El libro entero habla acerca de Jesús. Cristo es nuestro salvador en el sentido más pleno del término. No hay otro nombre fuera del suyo en el cual los hombres puedan salvarse. Jesús está investido de la Divinidad en pleno, y desea también investirnos a nosotros del poder divino. (Véase Colosenses 2:9; Efesios 3:19.)

Este maravilloso Jesús ofrece perdonarnos gratuitamente todos nuestros pecados y vestirnos con su justicia. Y la justicia que quiere darnos no es una justicia ficticia. Dios no nos perdona para dejar que sigamos siendo lo que éramos antes. Dios no "proporciona un manto para el pecado... El perdón del pecado es una realidad. Es algo tangible, algo que afecta vitalmente al individuo". Cuando el pecador es perdonado se convierte en una nueva criatura.¹⁶

Pero, sugiere Waggoner, puede ser que tú te sientas tan indigno que no puedas creer que Dios te acepte como hijo suyo.

Para resolver este problema hace una pregunta: "¿Recibirá el hombre lo que ha comprado?"

Si una persona va a la tienda, pide algo y lo paga, ¿cambiará de improviso su parecer y abandonará el negocio sin llevarse el artículo?, pregunta Waggoner. Por supuesto que no. Si lo pagó, se lo lleva. Ahora bien, Jesús ha pagado un precio por nosotros, el más alto posible: "la sangre preciosa de Cristo" (1 Pedro 1:19. "Se dio a sí mismo por nosotros" (Tito 2:14). De esa manera, concluye Waggoner, ¡puedes estar seguro de que te aceptará!

Pero, ¿por qué pagaría tanto por alguien tan indigno? El te ha comprado porque eres indigno, para que cuando te haya transformado y te presente irreprochable delante del universo, pueda regocijarse sobre el cambio maravilloso que ha hecho en ti.¹⁷

Pero la justificación por la fe es mucho más que perdón: es también victoria sobre el pecado, decía Waggoner. En su humanidad Cristo vivió una vida justa, y "tú puedes tener el mismo poder que él tuvo si lo quieres".

"¡Qué maravillosas posibilidades hay para el cristiano!... No importa cuánto lo persiga Satanás, asaltándolo donde la carne es más débil, el hijo de Dios puede morar bajo la sombra del Omnipotente, y ser llenado de la plenitud del poder de Cristo". Jesús, que es mucho más poderoso que Satanás, morará continuamente en el corazón del cristiano, si éste lo desea. "Y así, mirando los asaltos de Satanás como desde una poderosa fortaleza, el cristiano podrá decir: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"¹⁸.

Aunque parezca extraño, muchos cristianos hallan que el orar por ayuda para vencer sus pecados solamente los deja más inclinados a hacer lo malo que si no hubieran orado. ¿Por qué? ¿Dónde está la equivocación?

Estos cometen el error, explica Waggoner, de hablarle a Dios de sus problemas antes de recordarle sus promesas. El orar por nuestros problemas dirige nuestra atención a nuestras debilidades, y así nos hace más débiles. Para obtener ayuda debemos poner nuestra atención en el poder de Dios y en sus promesas. Por lo menos, dijo Waggoner, un cristiano tentado puede recordar la promesa: "Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores" (1 Timoteo 1:15). Por lo tanto, puede comenzar su oración mencionando esta promesa y fijando su atención en ella; y cuando lo hace, tendrá fe.

"Entonces —prosigue Waggoner— recordemos que... si Dios hace una promesa, ella es tan segura como si ya se hubiera cumplido. Y así... contamos la victoria como ya ganada, y comenzamos a agradecer a Dios por sus 'preciosas y grandísimas promesas'. Cuando nuestra fe las aprisiona y las hace reales, no podemos sino alabar a Dios por su amor maravilloso; y mientras lo hacemos, nuestras mentes son completamente desviadas de hacer el mal, y la victoria es nuestra".¹⁹

Lo dicho basta con respecto a las presentaciones de Waggoner. Elena de White también habló a menudo en Minneápolis, en 1888. El sermón que predicó el sábado por la tarde del 13 de octubre, constituyó una especial ayuda.²⁰ Lo centró en el texto: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre". Su mensaje destacó que debemos hacer precisamente eso: educar nuestras mentes a "mirar" o contemplar, o sea pensar en el amor de Dios por nosotros. Fue el mismo énfasis presentado por Waggoner, acerca de pensar en las promesas de Dios en lugar de espaciarnos en nuestros propios problemas.

¿Cómo puede el lirio florecer tan puro y blanco sobre la espuma y la suciedad del lago?, preguntó. Porque selecciona de su medio solamente aquellas cosas que producen un lirio blanco y puro. De la misma manera, "no habléis de la iniquidad y la maldad que hay en el mundo —aconsejó a los delegados—, sino elevad vuestras mentes y hablad de vuestro Salvador... Hablad de las cosas que dejarán una buena impresión en la mente". Si os encontráis en un subsuelo de desánimo, dijo ella, no os quejéis de la oscuridad. El quejarse y rezongar no hará que venga la luz. ¡Salid del subsuelo! "Cambiaos de la oscuridad a la cámara elevada donde brilla esplendorosamente la luz del rostro de Dios".

Tampoco os quejéis de las espinas y las zarzas de la vida. ¡Juntad las flores! "Necesitamos tener nuestra mente fija en las cosas que producen ánimo".

"Resuene el relato de lo que Cristo ha hecho por mí".

El pastor Waggoner demostró que esa justicia por la fe se produce cuando el cristiano reclama el cumplimiento de las promesas de Dios. De la misma manera, Elena de White dijo: "Quiero que toméis las promesas de Dios y las colguéis en los corredores de vuestra memoria... Oh, quiero que las promesas de Dios sean los cuadros vivos colgados de los muros de la memoria, para que podáis mirarlas. Entonces vuestro corazón puede ser llenado con su gracia y podréis exaltar a Jesús".

La congregación escuchaba con un silencio arrobador la terminación de su sermón: "Oh, yo lo amo. Yo lo amo, porque él es mi amor. Veo en él encantos incomparables, y oh, ¡cómo quisiera que entremos por las puertas en la ciudad!... Quisiera que eduquéis vuestros corazones y vuestros labios a alabarle, a hablar de su poder y de su gloria.. Dios nos ayude a alabarle más y a ser hallados irrepreensibles".

En otro sermón mayor,²¹ Elena de White habló de Cristo en acción en el santuario celestial, haciendo expiación por nosotros. Mientras él lo está purificando, exhortó, nosotros debemos purificar los "santuarios de nuestras propias almas" entrando en el santuario celestial con él, confesando nuestros pecados y asiéndonos de su brazo por la fe.

En esta relación con Jesús hay no sólo perdón, sino también poder para vencer. "Oímos muchas excusas —observó en este sermón—. La gente dice: Yo no puedo alcanzar esta norma o la otra. ¿Qué queréis decir con esto? ¿Que fue un sacrificio imperfecto el que se realizó en la cruz en favor de la raza caída, que la gracia y el poder que se nos concede es insuficiente para que podamos apartarnos de nuestros propios defectos y tendencias naturales?"

(Era difícil para muchos adventistas creer en esta maravillosa promesa. Dieciséis años más tarde, en 1904, Elena de White se lamentaba: "En la vida de muchos de los que figuran en los libros de la iglesia no ha habido cambio genuino... Profesan aceptar a Cristo como su Salvador, pero no creen que él les dará poder para vencer sus pecados".²²)

Poco después de 1888 (si podemos dejar a Minneápolis ahora), Elena de White publicó *El Camino a Cristo*. En este libro continuó explicando la justificación por la fe y cómo actúa.

Por ejemplo, hablando de cuán plena y maravillosamente Dios perdona el pecado, dijo: "Si os entregáis a él, y lo aceptáis como vuestro Salvador, entonces, por pecaminosa que haya sido vuestra vida, por causa de él sois considerados justos. El carácter de Cristo está en lugar de vuestro carácter, y sois aceptados delante Dios como si no hubierais pecado".²³

Esto es maravilloso. Pero no es todo. Podemos andar un día tras otro, sabiendo que él nos ama, pero sin preocuparnos por nuestra salvación. (El

camino a la salvación es la justificación por la fe, no justificación por la preocupación.) "No debemos hacer del yo el centro de la vida y albergar ansiedad y temor en cuanto a si seremos salvos" —escribió.²⁴

¿Significa esto que no hay nada que debemos hacer? No, hay algo que tenemos que realizar. Es aquello que el pastor Waggoner y la Sra. White destacaron en 1888. Debemos resolver pensar y hablar acerca de sus promesas. "Encomendad el cuidado de vuestra alma a Dios, y confiad en él. Hablad y pensad en Jesús... eliminad toda duda, abandonad vuestros temores... Descansad en Dios... Si os ponéis en sus manos, él hará que salgáis más que vencedores por medio de Aquel que os amó".²⁵

Pero, ¿no dice la Biblia que los cristianos deben velar, y esforzarse y orar? Sí, por ejemplo, en Mateo 26:41 y en Lucas 13:24. Pero Elena de White dijo a los adventistas en 1892 que no debían esforzarse por luchar contra el pecado, sino en pensar acerca de Jesús. "Aquí es donde debemos velar, esforzarnos y orar, a fin de que nada nos induzca a escoger a otro maestro; pues siempre estamos libres para hacerlo. Pero mantengamos nuestros ojos fijos en Cristo, y él nos preservará. Mirando a Jesús estamos seguros... Al contemplarlo constantemente a él, 'somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor' (2 Corintios 3:18)".²⁶

Este énfasis sobre los encantos incomparables de Cristo era una fresca brisa espiritual que soplaba en la iglesia.

Capítulo 30

Dieciséis años de crisis

"Les doy mi palabra de honor —les repitió el pastor A. G. Daniells a los plomeros, los albañiles y los comerciantes de madera—. Cuando llegue el cheque de nuestra Asociación General, desde los Estados Unidos, les pagaremos inmediatamente".

Poco se daba cuenta Daniells de la prueba, o del triunfo, que sus palabras iban a significar.¹

Ocurrió en la primavera de 1899. Cinco años antes, una serie de aparentes milagros habían animado a los creyentes de Australia a establecer un colegio que, a su debido tiempo, enviaría misioneros a ultramar tan ciertamente como los colegios de los Estados Unidos. La idea les parecía casi imposible, y hasta disparatada a los miembros que asistían al congreso campestre de Middle Brighton, cerca de Melbourne, en enero de 1894, cuando la Sra. White la recomendó con urgencia. ¿Cómo podía una feligresía de mil personas edificar y conducir un colegio? Además, justo entonces, Australia, como los Estados Unidos, estaba sufriendo una severa crisis económica.

Elena de White impulsó la idea, y los hermanos la siguieron a regañadientes. Pronto se había elegido un terreno de 650 hectáreas, al irrisorio precio de 4.500 dólares. Pero aun éstos parecían imposibles de conseguir. Además, un experto del gobierno afirmó que la tierra era pobre, anegadiza y arenosa. "Si una rata tratara de cruzarla —añadió—, tendría que llevar su almuerzo con ella".

Pero Elena de White fue informada en sus visiones que Dios podía hacer esa tierra increíblemente fructífera. El 24 de mayo de 1894, los hermanos fueron al lugar para verlo. Encontraron abundancia de eucaliptos aptos para la construcción. A la mañana siguiente, cuando buscaban la dirección de Dios con especial fervor, el pastor Esteban McCullagh, que estaba a punto de morir de tuberculosis, sintió pasar por su cuerpo una corriente y fue completamente sanado. Esto causó una profunda impresión en el grupo.

Pero aún persistían algunas dudas. Todavía Elena de White rogaba a los hermanos que creyeran a Dios y compraran el terreno. De alguna manera, alcanzaron a hacer un par de pagos. Entonces, en enero de 1895, miembros de la familia Wessells (personas adineradas que comerciaban con diamantes, de quienes hablamos en el capítulo 23) llegaron del Africa y fueron impresionados a donar 5.000 dólares. El 6 de marzo se iniciaron las actividades de una especie de colegio preliminar con un puñado de

estudiantes. En julio, para demostrar su fe en el éxito de la empresa, la Hna. White compró unas treinta de las 650 hectáreas y comenzó a edificar "Sunnyside", un hogar para ella misma y para su ayudante.

Pero cuando el período escolar finalizó en octubre o noviembre, que corresponde a la primavera de Australia, el proyecto casi murió. Para empeorar las cosas, el abogado que manejaba los asuntos relativos a la propiedad perdió innecesariamente un pleito que costó la tremenda suma de 2.000 mil dólares.

En el mes de julio siguiente, Elena de White recibió en un sueño nuevos argumentos para presentar a los hermanos y persuadirlos a continuar la construcción. Entonces, adolescentes y miembros de más edad derribaron árboles y los aserraron para preparar tablas. Desecaron pantanos y plantaron una huerta. Trabajaron hasta en horas de la noche. Mientras unos alumbraban con velas, otros martillaban clavos.

A principios de 1897, después que se terminó el dormitorio de señoritas, se comenzó el comedor, pero con todo el dinero disponible agotado, Elena de White pidió voluntarios para que trabajaran gratuitamente, y treinta personas respondieron. En abril de 1897 se iniciaron las clases en la Escuela de Avondale para Obreros Cristianos, con cuatro maestros y diez estudiantes. La asistencia aumentó rápidamente. Se presentó entonces la necesidad de un edificio de iglesia adecuado para los servicios del sábado. Comerciantes no adventistas donaron elementos para el mismo, obreros voluntarios contribuyeron con trabajo gratuito de tiempo completo o tiempo parcial, y pronto el edificio quedó terminado.

En 1899, la matrícula había alcanzado a cien alumnos, y se necesitaban más edificios para completar el complejo. Una vez más se agotó el dinero.

A. G. Daniells, presidente del campo australiano, estaba a cargo de la tarea de levantar fondos. Con el estímulo de la Hna. White pidió que la Asociación General subvencionara el proyecto a razón de dólar por dólar, y los dirigentes de los Estados Unidos convinieron en ello. Con esta seguridad, los adventistas de Australia dieron de nuevo hasta el último centavo posible, y prometieron aún más. Querían que sus jóvenes tuvieran una educación cristiana a toda costa.

Fue entonces cuando el pastor Daniells pidió que los plomeros, los albañiles y los comerciantes de madera continuaran proveyendo los elementos y el trabajo a crédito, y prometió pagarles tan pronto como la Asociación General enviara su generosa donación en mayo.

El martes 2 de mayo de 1899 llegó un sobre con el membrete de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día. ¡Con qué avidez lo abrieron!

¡Con qué consternación encontraron que no contenía ningún dinero!

¡Daniells estaba pasmado! Leyó que los hermanos de Estados Unidos hacían frente a una multitud de necesidades en el propio país en una época de depresión nacional. Estaban seguros de que los creyentes de Australia lo entenderían. Y a manera de consejo práctico, sabiendo que Australia

sufría los efectos de una severa sequía, les recomendaron que suspendieran la edificación hasta que llegaran días mejores.

Al esparcirse rápidamente la noticia, alguien recordó algo que se había perdonado y olvidado, es a saber, que no era la primera vez que los dirigentes de Norteamérica los abandonaban. Allá en 1894, cuando habían necesitado dinero tan urgentemente para comprar las 650 hectáreas, Elena de White, en el nombre del Señor, pidió a E. N. Haskell que buscara en California donantes para esa suma. Este contestó reuniendo 10.000 dólares en promesas, pero cuando llegó el pago de los primeros y únicos mil dólares, un administrador del Oeste, sin malicia, pero también sin pensar en Australia, los aplicó a necesidades muy reales que había en el centro de California.²

La Hna. White respondió en esa ocasión con una carta muy ferviente, y el administrador trató de corregir las cosas.

Pero si la dirección de la obra en los Estados Unidos, no sintiendo plenamente la necesidad de un campo misionero muy lejano, había abandonado a Australia, parecía que Dios no lo había hecho. En 1895 impresionó a la familia Wessel a ayudar. Y en 1899 también realizó milagros para auxiliar al pastor Daniells.

El consagrado dirigente, bajo los eucaliptos, pasó en oración toda la noche del día en que llegó la negativa del dinero. Oró hasta que los cielos se aclararon por la mañana, y hasta que recibió la seguridad, como la había recibido una mañana Hiram Edson: la de que su oración sería contestada y de que Dios resolvería el problema.

Con toda confianza, a las ocho de esa mañana se puso en marcha hacia Sidney, Melbourne y Adelaide para encontrar el dinero que él sabía que Dios le tenía en reserva.

Apenas había partido cuando desde Nueva Zelanda llegó un cable en el que alguien preguntaba si la escuela podía usar 2.500 dólares.

En las próximas dos semanas Daniells tuvo una sucesión de oraciones contestadas. Por ejemplo, el jueves de mañana se sintió fuertemente impresionado con las palabras de Daniel 6:16: "El Dios... él te libre". En el margen de su Biblia escribió: "7:30 AM, 5-4-99". Cuando él y un amigo pasaban frente a un banco a las cuatro de la tarde, una hora después del cierre, notaron que las puertas estaban abiertas de par en par. Entraron y quedaron pasmados al ver al gerente del banco y sus empleados rodeados de pilas de billetes, documentos y cheques, y la caja fuerte abierta, sin ningún guardia para cuidarla.

El banquero levantó la vista y su rostro se puso pálido.

—¿Cómo entraron Uds. aquí? —tartamudeó.

—La puerta estaba abierta.

—¡Pero no pudo haber estado abierta! Yo la cerré, le eché llave, y enchufé la cadena con mis propias manos.

Entonces, sintiendo que estos hombres debieron haber tenido una ayuda extraordinaria, el banquero preguntó humildemente:

—¿Hay algo que yo pueda hacer por Uds.?

¡Por supuesto que había! Una hora más tarde, el gerente del banco les entregaba en forma muy sonriente trescientas libras australianas, satisfecho con la mera seguridad de una nota con la promesa de los dos respaldada por su palabra de honor.

Esa tarde el pastor Daniells escribió al lado de Daniel 6:16: "Cumplida, 5 PM, 5-4-99".

Llegó más dinero en circunstancias muy sorprendentes, y dos semanas después todas las obligaciones corrientes se pagaron. Avondale siguió progresando hasta que llegó a ser todo lo que Dios había dicho que sería: un colegio excelente, una base para preparar centenares de misioneros, y una granja tan próspera que atrajo la curiosidad de los expertos por conocer la razón de su éxito.

¿Pero qué cosa incorrecta se había hecho en Norteamérica? ¿Por qué no sólo una vez, sino dos, en la década de 1890 la dirección de la obra había abandonado a un campo misionero joven y promisorio?

Tal vez no exista una respuesta fácil. Nuestro título, "Dieciséis años de crisis" (1888-1904), sugiere el tiempo que duró el problema. "Crisis" puede definirse como un período en que se toman decisiones básicas que afectan todos los eventos futuros, y como una situación en que elementos antagónicos se oponen mutuamente en forma aguda. La década de 1890, como podríamos grosso modo designar a la época que estamos estudiando, fueron años de decisiones y a la vez de confrontación entre lo trágico y lo glorioso en la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Primeramente nos ocupamos de lo glorioso. Minneápolis (1888) introdujo un énfasis sobre Jesús y la justificación por la fe, un énfasis más maravilloso que cualquiera de los anteriores en la historia de la iglesia. Y con la experiencia de 1888 abriendo paso y preparando el camino, los congresos de la Asociación General de 1893, 1895 y 1897 —por no mencionar muchos congresos campestres, asambleas ministeriales y reavivamientos locales— fueron ocasiones en que se presentaron sermones especialmente conmovedores sobre el Corazón del evangelio. Aquí había un mensaje para proclamar al mundo, un mensaje de tal naturaleza que los obreros de ultramar establecidos en distintas estaciones misioneras al leer los informes que aparecían en la *Review* y en el *Boletín Diario de la Asociación General*, sentían que sus corazones, que estaban a miles de kilómetros de distancia, entraban en un calor especial, y renovaban sus votos.

También tenía relación con este fenómeno la aparición de la obra maestra de Elena de White, *El Deseado de todas las Gentes*, y de sus libros *El Camino a Cristo* y *El Discurso Maestro de Jesucristo*, así como *Palabras de Vida del Gran Maestro*.

Como vimos, los progresos en el campo de la educación fueron notables en este período. En 1891, la primera asamblea nacional de profesores y maestros enfocó el tema de la "educación cristiana". Poco

después, el concepto de la educación superior en colegios comenzó a cobrar ímpetu en el país; y en 1897 comenzaron a surgir escuelas primarias de iglesias por centenares. Nuestra entrada en muchos nuevos países del mundo y el establecimiento de las primeras estaciones misioneras para la población no cristiana también distinguió la década de 1890. Otra cosa que caracteriza a esa época es uno de los más altos índices de crecimiento de la iglesia (9,8%). Además, se realizaron varias reformas administrativas de envergadura, a las cuales nos referiremos en el próximo capítulo.

Entonces, ¿qué había de erróneo en este período? Mirando desde ciertos puntos de vista, inada, realmente! Ningún adventista destacado hizo algo desafortunado. Fuera de que algunos adventistas tal vez desafiaban aquí y allá las leyes dominicales, los componentes de la iglesia eran innegablemente buenos ciudadanos. Sin embargo, en artículos y cartas que más tarde fueron publicados en *Testimonios para los Ministros*, la sierva de Dios expresó algunos conceptos graves con respecto a ellos.

Repetidamente, en esas comunicaciones, Elena de White presentaba la sublime hermosura de Cristo Jesús, y luego, en agudo contraste, el hecho de que la dirección de la obra, los miembros laicos, las instituciones, las asociaciones, los campos misioneros y la iglesia como un todo estaba en desesperada necesidad de realizar una reforma. Reiteradamente destacó los siguientes puntos: "No unos pocos, sino *muchos*" perdieron su celo espiritual y abandonaron la luz. Se produjo "una asombrosa apostasía" entre los hijos de Dios. La iglesia estaba "frígida", y su primer amor se había congelado. Dirigentes de Battle Creek dieron la espalda al Señor; muchos miembros de la iglesia lo rechazaban como como Maestro y, en cambio, escogieron a Baal. Presidentes de asociaciones se estaban portando como obispos medievales, mientras que "asociaciones enteras" y "toda institución" se pervertían con los mismos principios. Algunos dirigentes en realidad "se jactan" de que no seguirán los Testimonios. Una "ceguera extraña" ha aquejó al presidente de la Asociación General, de manera que hasta él estaba actuando en contra de la luz. Tan seria era la situación en la casa editora de Battle Creek que "todo el Cielo está indignado". Ciertamente el Señor "tiene una controversia con su pueblo", y pronto "derribará las instituciones llamadas de su nombre".³

Se trataba de una cantidad de cargos serios. ¿Pero qué estaban haciendo mal, específicamente, los hermanos? Aquí hay una respuesta en *Testimonios para los Ministros*, página 448: "Si albergáis orgullo, amor propio, amor a la supremacía, vanagloria, engaño, calumnia, no tenéis a Cristo morando en vuestro corazón, y la evidencia muestra que tenéis la mente y el carácter de Satanás... Podéis tener buenas intenciones, buenos impulsos, podéis hablar la verdad en forma comprensible, pero no sois idóneos para el reino de los cielos".

El chismear, el quejarse, el dudar de Dios, el luchar por los primeros puestos, era gran parte del problema. No estaban actuando como cristianos, cuando debían estar cooperando con la tarea de Cristo que está borrando

los pecados. No reflejaban ante el mundo la belleza de Jesús, irradiando la gloria del carácter de Dios en la santidad del sábado y preparándose, por su gracia, para ser vasos limpios para el derramamiento de su Espíritu sobre el mundo en la lluvia tardía.

Habían recibido una luz grandiosa en 1888, y, si vamos al caso, desde los días de Miller. En sus reuniones de testimonios se recordaban unos a otros, con lágrimas en los ojos, que ellos amaban esa luz. Pero una cantidad demasiado grande no vivían esa luz. "Comprendan nuestros ministros y obreros que lo que necesitan no es más luz... sino vivir la luz que ya poseen";⁴ fueron las palabras de admonición de Elena de White. La Sra. S. M. I. Henry analizó la situación de otra manera en el Congreso de la Asociación General de 1899: "Así como las cosas más dulces, cuando fermentan, se convierten en las más ofensivas, del mismo modo, el volverse en contra de la mayor luz y la mayor verdad es caer en las mayores tinieblas y en el peor de los males. Este pueblo ha tenido una luz maravillosa".⁵

Se ha dicho que el diablo, incapaz de tentar a los santos con vicios, los atrapa en sus virtudes.

El llamamiento bíblico a separarse del mundo (1 Corintios 6) fue pervertido por el enemigo induciendo a los adventistas a separarse en colonias, especialmente en Battle Creek. Ya en 1879, cuando Battle Creek contaba con setecientos u ochocientos adventistas, la dirección de la obra publicó en la *Review* un llamamiento solicitando que ninguno más se mudara a esa ciudad sin previa consulta.⁶ Fue en vano. El número aumentó en la década de 1890 a dos mil.

Así concentrados, en vez de proclamar el mensaje al mundo, expresaban su preocupación por el éxito de la causa ventilando las faltas de otros hermanos. En torno al año 1900 circuló un dicho entre los "santos" según el cual, si el ángel Gabriel hiciera una visita a Battle Creek, aun él no podría escapar de las lenguas chismosas.

El sano propósito de inducir a la gente a pensar bien del mensaje adventista haciendo cosas que "dieran carácter a la obra", indujo a la construcción de facilidades mayores y a la compra de equipos más modernos hasta que, perversamente, el propio tamaño empezó a minar tanto el carácter de la obra como el de los obreros. La *Review* con sus departamentos de galvanoplastia, estereotipo, y encuadernación, y con cincuenta prensas a vapor, llegó a ser la casa publicadora más grande de Michigan. Sin embargo, los hermanos no se habían preguntado si era necesario que la institución fuera tan grande. Pero lo que se vio imprescindible, con el propósito de mantener las costosas maquinarias andando y el numeroso personal ocupado, fue publicar casi cualquier trabajo que se pudiera conseguir: algunas novelas comunes, avisos de bebidas alcohólicas, y hasta un libro espiritista. Ninguna cosa por el estilo se rechazaba.⁷

Elena de White decía que Dios quería que el Dr. Kellogg ganara a sus pacientes para Jesús y para la verdad. Pero el sanatorio, con todos los pisos que se iban superponiendo, y con todos los edificios que se iban agregando, ocupaba demasiado tiempo del médico.

Con el tamaño acrecentado vinieron también los procedimientos mundanos y una pérdida del sentido de misión. Después de 1897 Kellogg insistía en que su sanatorio "no era denominacional". En la *Review*, los gerentes, especialmente el capitán Clement Elridge, en la primera parte de la década, y Archibald L. Henry, más tarde, lograron elevar en forma exagerada sus sueldos, mientras mantenían bajos los salarios de los empleados. Desapareció la sencillez de los primeros días, cuando cada uno estaba convencido de que él o ella estaba haciendo un sacrificio igual. Las desigualdades generaron descontentos, quejas, suspicacias. Cuando en 1897 Henry fue relevado del cargo, se volvió contra la casa editora y la demandó judicialmente por cincuenta mil dólares,⁸ —en completo contraste con el espíritu del modelo de Rochester y con la fundación de Avondale.

Una de las infamias de los dieciséis años de crisis fue una serie de pleitos entre creyentes. Con angustia, Elena de White invocaba la mutua dedicación de los primeros días, y citó a Pablo: "Es ya una falta entre vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos. ¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?" (1 Corintios 6:7). Advirtió también, como mensajera del Señor, que los litigantes estaban insultando a Jehová; y que por lo mismo, bien podrían "dejar de orar, porque él no oíría sus oraciones". Con respecto al último pleito de esos tiempos, Elena de White reconoció que la parte demandante tenía razón y había sido perjudicada, pero insistió en que la injusticia no justificaba el ir a los tribunales. Recordó que Dios vengará a cada uno. "Tened fe en Dios; porque él ha prometido que escucharía la oración de fe".⁹

Las palabras de Cristo de llamamiento a la unidad (Juan 17), pervertidas por el enemigo, indujo a los hermanos a una centralización exagerada, conocida por los contemporáneos como "poder real" (el poder autocrático que ejercía Battle Creek). Ese espíritu tomó una forma particular debido a la estructura básica de la iglesia en ese tiempo.

Recordemos que la primera entidad que los adventistas organizaron fue una asociación publicadora. Dos años más tarde, se creó la Asociación General, regida por estatutos muy sencillos, y legalmente separada de la asociación publicadora. Cuando el Instituto Occidental de Reforma Sanitaria se fundó en 1866, también se lo organizó como una asociación separada de la Asociación General. Esta era la forma en que los miembros quisieron. En la última parte de la década de 1890, la casa editora, ahora muy grande, estaba todavía separada; y el instituto de salud, que había crecido hasta constituir una cadena de 27 sanatorios, era administrado por la Asociación Internacional Médico-Misionera y de Benevolencia, independiente de la Asociación General.

La Sociedad Internacional Misionera y de Tratados, y la Asociación Internacional de Escuelas Sabáticas —ambas nacieron en la última parte de la década de 1860 y la primera parte de la década siguiente—, así como la Asociación Internacional de Libertad Religiosa, fundada en 1889, también operaban separadas de la dirección central de la iglesia.

En pocas palabras, hacia 1890 había demasiado poca organización y a la vez mucha concentración de instituciones en Battle Creek. Había demasiado poca, porque los organismos operaban independientemente y a veces en forma competitiva. Y demasiada concentración, porque todas las decisiones mayores y muchísimas de las decisiones menores se tomaban en Battle Creek, ora por parte de la Asociación General, ora por parte de los otros organismos que residían en esa ciudad. Había muy poca libertad o autonomía para las asociaciones, sociedades y misiones locales.

De hecho, la tendencia era hacia una centralización aún mayor. En la primera parte de la década de 1890 se dieron los primeros pasos tendientes a fusionar la *Review and Herald* con la *Pacific Press*. Elena de White envió fuertes advertencias contra la consolidación de las dos instituciones. Dijo que el Señor quería que hubiera más y no menos hombres que estuvieran en posición de hacer decisiones, y dio tres razones para ello: 1) para evitar que la debilidad de un hombre debilitara la obra entera; 2) para desarrollar más dirigentes, colocando responsabilidades en más personas; y 3) para hacer que más hombres se apoyaran en Dios más bien que uno en el otro.¹⁰

En 1896, Elena de White escribió desde Cooranbong, Australia: "El arreglo de que todo el dinero debe pasar por Battle Creek y estar bajo el control de unos pocos hombres de ese lugar es una manera equivocada de administrar las cosas... ¿Qué saben estos hombres de las necesidades de la obra en los países extranjeros?" En la misma carta recomendó que un representante de la Asociación General fuera asignado a la obra de cada país, de manera que las decisiones se hicieran en el lugar donde la gente reside. Ese representante, añadió, debe ser ayudado por un equipo de consejeros.¹¹

La costumbre de hacer todas las decisiones en Battle Creek resultaba especialmente perjudicial, porque las juntas que hacían esas decisiones eran relativamente muy pequeñas. Por ejemplo, la junta directiva de la Asociación General, en 1863, que integraban tres personas, era adecuada, porque la feligresía se componía de 3.500 adventistas. Paso a paso, el número aumentó, hasta alcanzar a trece mil en 1897, pero por entonces la iglesia se estaba extendiendo por todo el mundo, y la feligresía pasaba de setenta mil.

La situación general que hemos descrito explica el sobre sin dinero que llegó a Australia el 2 de mayo de 1899. Sin embargo, a pesar de la falta de generosidad de la dirección central con los campos misioneros lejanos, en los propios Estados Unidos las finanzas no estaban en buena condición. En 1901, la Asociación General se vio obligada a pedir dinero prestado para sostener a sus misioneros. El sanatorio de Battle Creek estaba en

deuda y con doscientos mil dólares de déficit. Las diversas escuelas y colegios debían 330.000 dólares. Y en Europa, la casa editora de Oslo, (entonces Cristianía), Noruega, se hallaba en bancarrota y en inminente peligro de pasar a las manos de los acreedores, como pasó con la de Checoslovaquia.

En la emergencia, Elena de White rogó que los niños de la iglesia renunciaran a sus regalos de navidad y pidieran a sus padres que donaran el equivalente en efectivo a la causa.¹² En abril de 1901, mirando con tristeza y con fervor los rostros de los dirigentes reunidos para el Congreso de la Asociación General, se lamentó con lágrimas en su voz: "Mi alma está muy afligida con estas cosas... El que estos hombres ocupen un lugar sagrado, que sean como la voz de Dios para el pueblo, como una vez creímos que era la Asociación General, eso es cosa del pasado. Lo que necesitamos ahora es reorganización. Necesitamos comenzar desde los mismos fundamentos, y edificar sobre un principio diferente".¹³

Capítulo 31

Círculo de amor

En la década de 1890, los dirigentes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día no siempre ejercieron el juicio más sano y, sin embargo, en su mayor parte eran hombres que tenían las mejores intenciones, y se dedicaban al desempeño de sus deberes tal como los entendían. Trabajaban largas horas, a menudo tan largas que atentaban contra su propio bienestar, tratando de consolidar cualquier estructura de la denominación que se les asignara.¹

El administrador de California, que al principio no mandó esos mil dólares a Australia, no puso ese dinero en su bolsillo. Nunca se le habría ocurrido una cosa semejante. Pero tampoco pensó en las necesidades de un campo misionero, aunque se le había llamado la atención muchas veces al mismo.

En una hora que exigía planes amplios y una fe grande, el relato de cómo actuó la dirección de la iglesia es desanimador, no tanto por lo que fue, como por lo que se podría haber logrado.² ¿Quién es lo suficientemente justo como para tirar la primera piedra?

A fin de hacer una evaluación equilibrada hoy, es necesario recordar una vez más los rápidos progresos que señalaron los dieciséis años de crisis: aumento en la feligresía, incremento del número de instituciones y de los países en que la obra penetró, y el hecho de que muchos sermones y publicaciones tenían a Cristo como centro. ¡Por cierto que Elena de White no había perdido la esperanza! Conociendo mejor que nadie tanto los errores como las excelencias de los dirigentes de la iglesia, reconoció que algunos habían cumplido los principales cometidos que la junta les asignó, y los calificó como "hombres juiciosos y bien intencionados".³ Y defendió vigorosamente a la denominación como un todo frente a los que usaron sus debilidades para justificar sus propios descarríos e indocilidad. "La iglesia de Cristo —escribió desde Australia, refiriéndose devotamente a la iglesia que tenía la fe de Jesús y guardaba los mandamientos de Dios— por debilitada y defectuosa que sea, es el único objeto en la tierra al cual él concede su suprema consideración".⁴

Elena de White ponía su vida donde ponía sus palabras. Cuando en 1891 la Asociación General le pidió que fuera a Australia, ella no quería ir. Tenía 63 años, era viuda, y estaba atestada de trabajo. Pero fue.

A su llegada, se sintió dolorosamente enferma, pues sufría de artritis reumatoide. A semejanza de muchos misioneros recién llegados, anhelaba estar de vuelta en su país, y se preguntaba por qué había ido. Más de una

vez, de noche, cuando no podía dormir, quiso llorar. Pero resistiendo el impulso, se dijo a sí misma: "¿Qué quieres decir, Elena de White? ¿Acaso no has venido a Australia, porque pensabas que era tu deber ir adonde la Asociación consideraba que era mejor que fueras? ¿No ha sido ésta tu costumbre?"

Contestó cada una de esas preguntas con la afirmativa, y continuó: "Entonces, ¿por qué te sientes casi abandonada y desanimada? ¿No es ésta la obra del enemigo?"

"Creo que lo es".

Frotándose los ojos, concluyó: "Ya es suficiente; no volveré a contemplar el lado oscuro. Sea que viva o muera, encomiendo la protección de mi alma al que murió por mí".⁵

"Obedecí las indicaciones de la Asociación —escribió más tarde ese mismo año (1892)—, como siempre he procurado hacer cuando no tenía yo misma una comprensión clara... Estoy en Australia, y creo que me encuentro en el lugar donde el Señor desea que esté".⁶

Desde luego, estaba en lo cierto. Aprovechando su aislamiento del centro principal de la obra y de sus dirigentes que eran lentos en hacer cambios, creó un colegio de la pobreza y de los eucaliptos, un colegio que llegó a ser un modelo para toda la futura educación adventista.

Cuando la gente venía a visitar Avondale y a examinar el progreso realizado, la Hna. White hablaba con un aprecio tan vehemente acerca de los donativos que algunos adventistas norteamericanos y africanos habían dado de tiempo en tiempo, que los visitantes quedaban vivamente impresionados. Ponía de manifiesto la lección de que por estas contribuciones "estamos grandemente obligados, aquí en Australia, a darnos a nosotros mismos a la causa del Maestro, y a educar y a preparar a jóvenes y señoritas para que estén listos y sean idóneos para servir al Señor, tanto en este país como en las misiones en el extranjero".⁷

A oídos del público, no se quejó por las promesas no cumplidas y los errores de los administradores.

Durante aquellos años, aun a los hermanos podía hablarles con una fe notable acerca de un futuro de éxito del movimiento dirigido por Dios, al cual había consagrado su vida. "No hay necesidad de dudar ni de temer que la obra no tenga éxito —declaró con profética visión—. Dios encabeza la obra y él pondrá en orden todas las cosas. Si hay que realizar ajustes en la plana directiva de la obra, Dios se ocupará de eso y enderezará todo lo que está torcido. Tengamos fe en que Dios conducirá con seguridad hasta el puerto al noble barco que lleva al pueblo de Dios".⁸

Los hechos, como siempre, han probado que Elena de White estaba en lo cierto. En efecto, se estaban dando ya algunos pasos, y se tomarían otras medidas para remediar el problema de la supercentralización de la obra y el "poder real" (de Battle Creek), pasos que aún hoy siguen beneficiando a la iglesia. En 1889 las asociaciones de los Estados Unidos

fueron agrupadas en seis distritos, y cada distrito estaba bajo un "superintendente" que representaba a la Asociación General.

En 1891, A. T. Robinson fue enviado a organizar una misión en Sudáfrica. Se esperaba que creara las "sociedades" y "asociaciones" de costumbre. ¿Pero cómo podía hacerlo? Tenía muy pocos hombres para tantas juntas directivas. Así que decidió incorporar todas las entidades en la estructura básica de la asociación como "departamentos" dirigidos por un hombre cada uno. Pidió permiso a Battle Creek, que quedaba a un mes de distancia por correo. Los hermanos se atrasaron mucho en su respuesta. Robinson interpretó su demora como aprobación. Cuando finalmente llegó la negativa el nuevo sistema operaba tan bien que no lo cambió.

Mientras tanto, Australia había sido designada como "Distrito No. 7". En 1894, ese país se reorganizó como la Unión Australasiana. Esta fue la primera unión. El superintendente fue reemplazado por un equipo de dirigentes administrativos y una junta que representaba a las asociaciones locales.

En 1897, se designó a Robinson como presidente de la Asociación Australiana Central, y allí encontró el habitual conjunto de entidades (sociedades, asociaciones, etc.). Procedió a disolverlas para convertirlas en departamentos. A. G. Daniells y W. C. White se manifestaron horrorizados, hasta que vieron cuán bien funcionaba su "Plan Victoria". Por eso, ellos mismos persuadieron a sus otros campos locales y a la nueva Unión Australasiana a reorganizarse en departamentos. La experiencia lograda con los departamentos en un nivel local y limitado, proporcionó una valiosa evidencia al Congreso de la Asociación General de 1901 de que el la medida era buena.

En 1897, el Congreso de la Asociación General, celebrado en el Union College, hizo más representativa la Junta Directiva de la Asociación General ampliando el número de sus miembros a trece. (Había sido ampliado de tres a cinco en 1883, y a siete en 1886.) El congreso también modificó algunas juntas, distribuyó los deberes de los presidentes entre varios hombres, y otorgó un grado de autonomía al campo europeo y al australasiano. Sin embargo, aunque parezca impresionante, dejó la mayor parte de las mejoras necesarias sin tocar.

El Congreso de la Asociación General de 1899 fue de rutina.

En 1901, el Congreso de la Asociación General realizó notables progresos.

Y no es que todos pensaban que eso ocurriría. Elena de White misma dijo más tarde: "Yo no quería venir a Battle Creek. Temía que la carga que tenía que llevar me costaría la vida". Cuando los dirigentes le pidieron que

Los congresos de la Asociación General se celebraron anualmente hasta 1889. Desde entonces bienalmente hasta 1905, y aproximadamente cada cuatro años hasta 1970. Ahora se realizan cada cinco años.

asistiera, contestó que no podría hacerlo. Pero cuando en visión Dios le pidió que fuera, obedeció.⁹

El 1 de abril, el día anterior al de la apertura oficial de la sesión, la Sra. White, que acababa de llegar a los Estados Unidos desde Australia, se reunió con los dirigentes en la biblioteca del colegio. Se le había mostrado la vida íntima de muchos de ellos, les había escrito amonestaciones, y los conocía mejor de lo que ellos mismos se conocían. Allí estaban los dirigentes de la obra de Dios, y como una verdadera madre en Israel, ella los amaba.

Solemnemente les presentó un resumen de los mensajes que les transmitiría públicamente en las próximas semanas, de manera que pudieran tener el beneficio de saber qué esperar. Silenciosamente los delegados se separaron para ponderar la preocupación que ella sentía. A la mañana siguiente, volvieron a reunirse en el tabernáculo.

Con su imponente torre de reloj, sus rojos asientos mullidos, sus hermosos candelabros, el famoso "Tabernáculo de las monedas de diez", el mayor edificio de Battle Creek y por cierto la iglesia más grande de la denominación, tenía una capacidad para más de 2.500 personas cómodamente sentadas. En esta ocasión, lleno hasta el cielo raso, se dice que había cuatro mil asistentes, que sin duda no estaban muy cómodos. La bien conocida fotografía de la Hna. White predicando fue tomada mientras hablaba en esta sesión. En ella, las personas que no oían bien, se las ve sentadas en las escaleras que ascendían desde la plataforma hasta los balcones. De paso, hay un piano en el grabado, pero no órgano. Los miembros habían querido tener un órgano de tubos, pero desde Australia Elena de White los había instado a ahorrar ese dinero para las misiones.¹⁰

El presidente Irwin abrió la reunión con las observaciones del caso; Elena de White entonces se adelantó. Era su primer congreso después de diez años.

Presentó a los delegados un testimonio directo.¹¹ "Vosotros no tenéis derecho a dirigir, ¡a menos que lo hagáis según la orden de Dios!"

"Dios no ha puesto ningún 'poder real' en nuestras filas".

"El que estos hombres ocupen un lugar sagrado, para ser la voz de Dios... es cosa pasada".

¿Qué debe hacerse, entonces? "Lo que necesitamos ahora es una reorganización... de acuerdo con un principio diferente".

El nuevo principio era "amor". ¿Qué clase de amor? Un amor tal como el que Cristo exhibió, explicó. Un amor que impida que una persona

⁹El nombre de "Tabernáculo de las monedas de diez" viene del hecho de que se pidió a todos los adventistas de los Estados Unidos que contribuyeran con una moneda de diez centavos por semana durante un año, y una buena parte del costo total de 26.000 dólares se reunió de esta manera. Para leer una descripción, véase Arturo W. Spalding, *Origin and History of the Seventh-day Adventist*, tomo 2, página 112. Otro proyecto logrado con monedas de diez fue la compra del barco misionero *Pitcairn*.

chismee y se queje cuando está trabajando. Un amor que acepte "la responsabilidad de cumplir con la orden de Cristo: 'Id por todo el mundo'".

"Ha llegado el tiempo cuando este pueblo debe pasar por el nuevo nacimiento", agregó. Entonces, mirando con fervor al mar de rostros que tenía delante, y que llenaban el piso principal, los balcones, y las escalinatas, dijo: "Quiero tener un hogar con los benditos, y quiero que también vosotros tengáis un hogar allí. Quiero trabajar en armonía con vosotros". "Vaya cada uno de vosotros a su hogar (a vuestras casas, o a los apartamentos en que estáis alojados), no para charlar, charlar, y charlar, sino para orar".

Cuando ella se sentó, la vasta congregación quedó en silencio, hechizada, con pena y pesar por el pasado, con esperanza para el futuro, y con resoluciones para el presente.

Después de una pausa, el pastor A. G. Daniells se levantó. Había trabajado por años con la Sra. White en Australia, y a través de muchas experiencias había aprendido a confiar en su dirección. Su consejo, en esa ocasión, fue que los procedimientos ordinarios y los planes hechos de antemano fueran dejados de lado, y que se designara una comisión muy grande para efectuar una reorganización, actuando según reglas parlamentarias y usando un procedimiento menos formal. Su intención era la de proporcionar la máxima libertad de discusión, de manera que el Espíritu Santo tuviera amplia oportunidad de obrar.

A medida que esta comisión grande iba trayendo su informe día tras día para la consideración de la asamblea general, se presentaban otros sermones que añadían a la sesión un sentido de misión.

El Dr. Kellogg presentó mensajes emocionantes, destacando el papel de la obra médico-misionera en la ganancia de almas.

A las 11:30, del 3 de abril, el pastor Daniells impresionó a los delegados con el pensamiento de que los Estados Unidos constituyan sólo la vigésima parte de la población mundial. "¡Fuera de este país están las 19 vigésimas partes de la humanidad!" "Sin embargo, de los 75.000 creyentes en el mensaje del tercer ángel, unos sesenta mil están aquí en Norteamérica!" Mientras señalaba un mapa que colgaba detrás de él, dijo: "Hay hoy en día en el mundo mil millones de paganos. De los 1.400 millones que habitan el planeta, por lo menos las dos terceras partes son paganos".¹²

Elena de White se ponía de pie reiteradamente para añadir el peso de su testimonio a esos inspiradores desafíos. "El campo es el mundo", exclamó ella. ¿Pero ha reconocido esto la Asociación General? preguntó. Pasó en revista su propia experiencia en forma franca. "Yo le dije al Señor que cuando viniera a Battle Creek esta vez, preguntaría por qué habéis retenido los medios privando a la obra de Australia... Queremos que en esta reunión la obra quede establecida de tal manera que una cosa semejante no vuelva a ocurrir. Dos o tres hombres que nunca han visto campos desiertos... no deben controlar las cosas".¹³

Elena de White también rogó que los médicos y los ministros no se separaran en dos grupos opuestos y que no se permitieran quedar divididos por los celos, malos entendidos y peleas. "Deseo decirlos que pronto ya no habrá obra hecha en los ramos ministeriales sino obra médico-misionera".¹⁴

Los delegados se ablandaron frente a tales mensajes. Se efectuaron grandes cambios; y al final, tantos querían alabar a Dios por la obra sorprendente que había hecho en los corazones durante las sesiones, que se necesitaron dos largas reuniones de testimonios.

Los cambios realizados siguen siendo de gran importancia. Por ejemplo, los "distritos" de Norteamérica (el campo del sur fue el primero), se dispusieron a organizarse como uniones, según el modelo australasiano. El resultado fue que los grupos de asociaciones ganaron una medida de autoridad desconocida hasta entonces: les permitía hacer decisiones. Cuando el plan se extendió a todo el mundo, como lo fue con el tiempo, resultó estimulante y satisfactorio. Campos que estaban lejos de la sede central tuvieron la libertad de hacer decisiones que anteriormente eran realizadas en Battle Creek; y la Asociación General quedó en libertad para preocuparse por los procedimientos básicos y la dirección general.

Además, la Junta de la Asociación General fue ampliada (25 miembros), de tal manera que nunca más "dos o tres hombres" hicieran una decisión de importancia que afectara a toda la iglesia. El nuevo número no era estático. Todos los presidentes de uniones fueron designados miembros ex-oficio. Esto quería decir que hombres domiciliados en todas partes del globo y elegidos en zonas locales llegaban a ser miembros de la Junta Directiva de la Asociación General tan ciertamente como los dirigentes que vivían en Estados Unidos. ¡En la década de 1970 los miembros que componían este alto cuerpo pasaban de trescientos! Nunca más harían decisiones mayores sólo hombres geográficamente confinados a Norteamérica.

También en 1901 se adoptaron procedimientos que garantizaban la afluencia de fondos de las zonas más prósperas de la iglesia a las más necesitadas. Por otra parte, se dio comienzo a un proceso que requería que las diversas sociedades y asociaciones legales en que estaba dividida la obra (Escuela Sabática, Sociedad Misionera y de Tratados, etc.) se incorporaran como "departamentos" de sus respectivos campos, a nivel de asociaciones locales, uniones o a nivel de la Asociación General.

En todos estos cambios, la preocupación por los campos misioneros era evidente. Diversos departamentos y uniones se habían desarrollado originalmente en zonas misioneras. Y la reorganización total estaba destinada a facilitar el manejo del dinero, la distribución de los hombres y el otorgamiento de autoridad, a fin de proclamar el mensaje al mundo.

Desgraciadamente, al tratarse el problema de los departamentos, hubo una vacilación en cuanto a la Asociación Médico-Misionera y de Benevolencia. Aunque los sentimientos entre ministros y médicos mejoró notablemente durante la sesión, quedaba siempre algún grado de

desconfianza. Se llegó a una transacción temporaria cuando se votó que seis de los miembros de la Junta de la Asociación General fueran elegidos de la Asociación Médica

El próximo congreso general se realizó en 1903, en Oakland, California (adonde estaba radicada la Pacific Press antes de mudarse a Mountain View). El proceso básico de formar uniones y departamentos se completó, y se dio atención adicional a la obra médica. Desafortunadamente, la desconfianza que el Dr. Kellogg tenía en los ministros se había intensificado en el interín, en vez de disminuir. Se presentó una moción para poner todas las instituciones adventistas como propiedad de las asociaciones locales, las uniones o la Asociación General, en lugar de continuar dándoles una semiindependencia al mantener separadas sus entidades directivas. El Dr. Kellogg y un número de sus amigos inmediatos manifestaron su desacuerdo, pero el ochenta por ciento de los delegados votaron a favor de la propuesta. Sólo el Sanatorio de Battle Creek y otro establecido en México permanecieron fuera de la organización denominacional.

En el interín (febrero de 1902) el edificio principal del Sanatorio de Battle Creek se quemó hasta los cimientos. Mientras el Dr. Kellogg se ocupaba en reedificarlo, lo mismo pasó con el edificio principal de la Review and Herald Publishing Association, el 30 de diciembre. Los mensajes de Elena de White de mudar la sede de la obra fuera de Battle Creek, repentinamente cobraron actualidad. En 1903, la Asociación General decidió cambiar su sede y la de la Review fuera de Battle Creek.

La corrección estaba en plena marcha. La primera fase se había completado. La Iglesia Adventista del Séptimo Día por fin cortó el cordón umbilical que la mantenía ligada a Battle Creek, Michigan, y a los Estados Unidos. Al cambiar su sede para establecerla en la capital del país, también amplió su visión, que abarcó el mundo. La iglesia estaba agradecida por la nueva organización dinámica que proporcionaba óptima libertad para hacer decisiones con óptima coordinación de esfuerzo.

Deben mencionarse también otros dos aspectos de la reorganización realizados en los años posteriores. A instancias de algunos obreros de Europa, el congreso general de 1913 estableció una nueva unidad administrativa, la "división", de las cuales hay doce en el mundo. Una división es una sección de la Asociación General que opera en una determinada parte del mundo. Al mismo tiempo, cada división abarca cierta cantidad de uniones. Siendo que las uniones a su vez están compuestas de asociaciones, y éstas se componen de iglesias locales, la intención es que no haya ninguna brecha administrativa entre el miembro de la iglesia local y el primer dirigente de la Asociación General, y que la denominación sea un todo continuo y entrelazado.

La segunda unidad administrativa mayor creada desde 1901-1903 se halla actualmente sólo en los Estados Unidos. Al principio del siglo, había sólo unos pocos centenares de hermanos negros en Norteamérica. Cuando

la feligresía de color creció, aumentó el número de sus pastores. Elena de White instó a que la voz de los hermanos negros se hiciera oír en las juntas representativas de la denominación. Con el crecimiento de la feligresía negra, este consejo se puso en práctica a nivel de la Asociación General. Luego, en torno a 1940, varias asociaciones locales resolvieron incluir algún ministro negro en sus juntas directivas para representar los intereses de la raza negra. En 1944, una nueva resolución abrió la puerta para que los creyentes negros formaran sus propias asociaciones locales (conocidas con el nombre de "negras", "de color" o "regionales") dentro de las uniones existentes. Con excepción de la zona del Pacífico Occidental, los hermanos de color resolvieron hacerlo. Como consecuencia, muchos negros llegaron a ocupar posiciones como dirigentes, y se ha producido una notable expansión en la feligresía negra.

Echando una mirada retrospectiva a los congresos de 1901 y 1903, la Hna. White tuvo motivos de sentirse complacida por los cambios administrativos realizados. Aunque una vez dijo que había pasado el tiempo cuando la Asociación General era como la voz de Dios, en 1909 se sintió libre de declarar: "Cuando en la Asociación General se expresa el juicio de los hermanos reunidos de todas partes del mundo, no deben mantenerse obstinadamente la independencia privada y el juicio privado, sino que éstos deben someterse a lo resuelto".¹⁵ En 1913, añadió: "Me siento animada y bendecida al darme cuenta de que el Dios de Israel está todavía guiando a su pueblo, y que continuará estando con él, hasta el fin".¹⁶

Pero Elena de White no estaba ni podía estar enteramente complacida con lo que se hizo en 1901. Algún tiempo después, una visión que recibió a mediodía, cuando estaba con la pluma en la mano lista para comentar ese congreso, la llevó de vuelta a lo que *no* ocurrió. En esa visión, vio a los delegados respondiendo *plenamente* al llamamiento divino a una reconversión. Las confesiones se extendieron hasta entrada la noche. Y siguió a ello un regocijo que nunca se había experimentado en el Tabernáculo de Battle Creek.

La visión desapareció. La sierva de Dios estaba todavía con la pluma en la mano. Escuchó palabras divinas: "Todo el cielo estaba esperando ser bondadoso". "*Esto podría haber ocurrido*". Una agonía embargó su corazón por el chasco que experimentó.¹⁷

El congreso de 1901 fue sin duda una gran victoria. Pero los sentimientos personales entre ministros y médicos persistieron; y cuando la Hna. White pensó en el Dr. Kellogg, su corazón casi se quebrantó. Se sintió como David después de la victoria en los bosques de Efraín: "¡Hijo mío Absalón, hijo mío!"

Pero la polarización del ministerio médico, en vez de neutralizarse, se hizo más independiente y se expandió en un triángulo, después de la sesión de 1903, cuyos vértices eran Kellogg, Sutherland y Magan. El pantefismo de Kellogg expresado en el libro *The living Temple* (El Templo Viviente) y su independencia en el congreso de 1903 confirmaron a muchos ministros

en su distanciamiento de él. Mientras tanto, Ed Sutherland y Percy Magan, dirigentes de la reforma educacional, se impacientaron con los ministros cuando éstos no aceptaron ni apoyaron las nuevas ideas puestas en práctica en el Emmanuel Missionary College. En 1904, en la reunión que la Asociación de Michigan tuvo en Berrien Springs, en el terreno del colegio, los dieciséis años de crisis llegaron a su punto culminante.

"La madre White", como afectuosamente se la llamaba por entonces, intentó reconciliar a los tres grupos. Pero Sutherland y Magan, enfadados con los ministros, renunciaron a sus puestos en el colegio, mientras Kellogg por una parte y los ministros por la otra mantuvieron una obstinada desconfianza. Una tarde, Kellogg estaba pronunciando un discurso cuando notó que todos los ojos se dirigían a alguien que estaba detrás de él. Se volvió para mirar y vio que la anciana Hna. White venía hacia la plataforma. Entonces le ofreció el púlpito. Allí mismo la profetisa volcó ampliamente su corazón en un llamamiento maternal para salvar al médico, si de alguna manera fuera posible. Kellogg se corrió hacia la pared de atrás. Su hermano Will estaba entre la concurrencia. La Hna. White recordó el día cuando la madre de los dos, antes de morir, hizo prometer a Elena de White que llevaría a los muchachos consigo al reino. Will lloró. El médico estaba serio. Miró su reloj, notó que era ya tiempo de tomar el tren a Battle Creek, y se fue.

Su retiro fue simbólico.

Pero la madre White nunca perdió la esperanza. No podía ya reclamar a Kellogg, pero se dedicó con maternal ternura en su avanzada edad a la tarea de salvar a los otros.

Inició el Colegio de Médicos Evangelistas de Loma Linda, California, y animó a la dirección ministerial que equipara ese colegio con médicos educados en Battle Creek. Daniells respondió, los médicos respondieron, y las viejas heridas comenzaron a sanar. Elena de White siguió a Sutherland y Magan al Sur (como hemos visto), les transmitió un testimonio de reprensión, que ellos recibieron con espíritu de arrepentimiento, los guió en el establecimiento del Colegio y el Sanatorio de Madison, llegó a ser un miembro activo de la junta directiva —era la única vez que ella se sentaba como miembro de una junta— y los sostuvo también en la iglesia y entre la amplia fraternidad de los obreros adventistas.

Los años 1901 y 1903 fueron años fundamentales. 1904 también lo fue. La madre White ocupó su posición en medio del triángulo y trazó un círculo de amor lo suficientemente grande como para abarcar todas las partes; y unió a éstas en una sólida y permanente unidad.¹⁸

Capítulo 32

Encendidos con la gloria de Cristo

El sábado 21 de octubre de 1944, por la mañana, la víspera del centenario del gran chasco, un grupo de dirigentes adventistas realizó un servicio religioso conmemorativo en honor de los pioneros del movimiento. A la mañana siguiente, el domingo 22 de octubre, hicieron una corta peregrinación a la tumba de Guillermo Miller que se halla en el cementerio cercano a su casa.

Dos años antes de esto, *La Voz de la Profecía* se había extendido de una costa a la otra de los Estados Unidos. Cuando los hermanos llegaron al lugar de descanso de Miller, era cerca de la hora en que debía comenzar el programa semanal. Dejaron la radio del auto sintonizada y bajaron las ventanillas para no perder ningún detalle del himno inicial del tema de los Heraldos del Rey.

En la piedra de mármol que sirve de cabecera de la tumba, gastada por la intemperie, descifraron el nombre de Guillermo Miller y la fecha de su muerte, en 1849. Quizá se preguntaron por un momento, ¿podría ser que el paso de un siglo hubiera comprobado que la esperanza de Miller era completamente falsa? También notaron que uno de sus versículos favoritos estaba grabado en la gastada superficie de la lápida: "Eso es para el tiempo del fin" (Daniel 8:19, VM). (La traducción inglesa de King James dice: "Al tiempo señalado el fin vendrá".) Y cuando meditaban sobre esa seguridad de la profecía, irrumpió la voz de los Heraldos del Rey: "Siervos de Dios la trompeta tocad, Cristo muy pronto vendrá".

¡Alabad su nombre! Cristo muy pronto vendrá.

¿Pero cuándo?

Los adventistas desde hace tiempo han estado tomando nota de un pasaje de *Palabras de Vida del Gran Maestro*, página 52^{*}, publicado en 1900: "Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos".

Esas palabras son un comentario de una de las propias promesas de Jesucristo: "Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado" (Marcos 4:28,29).

^{*}La cita corresponde a la página 47, en castellano. Editado por Pacific Press Publishing

"Cuando el fruto está maduro". Inmediatamente. "Porque la siega ha llegado".

Los agricultores no cosechan los campos apenas aparecen las verdes espigas, o cuando el cereal empieza a madurar. Observan cuidadosamente el proceso de crecimiento, midiendo el contenido de humedad, el color, y todas las demás indicaciones de la cosecha hasta que se haya llegado a la perfecta madurez. Entonces preparan las cosechadoras y cortan el cereal.

Jesús está esperando la reproducción *perfecta* de su propio carácter piadoso, perdonador, activo, paciente y generoso. ¡Por cierto! Como Sumo Pontífice en el santuario celestial, durante más de un siglo ha proyectado sobre el campo de la siega el fulgor de la santificación del sábado; ha estado empeñándose intensamente en la tarea de borrar el pecado, no sólo de los registros, sino también de las vidas en el mundo real. ¡Cuán maravilloso es pensar que algún día su sueño se cumplirá! ¡Que triste es que él haya tenido que esperar tanto!

Otro pasaje de *Palabras de Vida del Gran Maestro*, página 397, está correlacionado con el párrafo ya citado de la página 52. Dice: "Todo el cielo está esperando que haya canales por medio de los cuales pueda derramarse el aceite santo para que sea un gozo y una bendición para los corazones humanos".

El mismo añade: "Es el privilegio de toda alma ser un canal vivo por medio del cual Dios pueda comunicar al mundo los tesoros de su gracia, las inescrutables riquezas de Cristo. No hay nada que Cristo desee tanto como agentes que representen ante el mundo su Espíritu y su carácter. No hay nada que el mundo necesite tanto como la manifestación del amor del Salvador mediante la humanidad".

El esperar hallar caracteres perfectos y el esperar encontrar canales para comunicar la gracia de Dios no son dos cosas diferentes. Son dos aspectos de la misma cosa. Dios evidentemente espera que su pueblo sea *perfecto para realizar un propósito*. Quiere que sus hijos alcancen la victoria sobre el pecado, no sólo para su propia felicidad, sino también para que sean capaces de presentar perfectamente el carácter divino ante los pecadores de lejos y de cerca.

¿De qué otra manera puede un adventista proclamar el mensaje por doquiera —a toda ciudad, aldea y persona en el mundo— sino viviendo su amor todos los días en su propio hogar, en su vecindario, en su lugar de empleo y en cualquier otra parte, en cualquier parte del mundo?

¿Cuánto tiempo más tendrá que esperar Dios?

En 1884, Elena de White escribió: "Si todos los que habían trabajado unidamente en la obra en 1844 hubieran recibido el mensaje del tercer ángel y lo hubieran proclamado con el poder del Espíritu Santo, el Señor habría obrado poderosamente por medio de sus esfuerzos. Un diluvio de luz habría inundado al mundo. Hace años que los habitantes de la tierra habrían sido amonestados, la obra final se habría terminado y Cristo habría venido a redimir a su pueblo".¹

"Hace años", antes de 1884. ¡Qué sueño! Supongamos que cien mil adventistas milleritas en los Estados Unidos y millares en Europa y en otras partes hubieran aceptado y proclamado el mensaje del sábado y del santuario. ¡De acuerdo con este pasaje Cristo habría venido antes de la Guerra Civil norteamericana! La brigada de Pickett —un general de la Guerra de Secesión— nunca habría marchado a la muerte en Gettysburg. Un millón de hombres no habrían sufrido en el lodo de Verdún, en la primera guerra mundial. Hiroshima y Nagasaki podrían haber escapado a la bomba atómica en la segunda guerra mundial. Compartiendo, como lo hace, el dolor de cada viuda y cada huérfano, ¡cómo habría anhelado Dios haber enviado a Jesús antes que ambas guerras hubieran estallado! Y, evidentemente, podría haberlo hecho si....

Un Padre que espera, hijos que vacilan.

A los pocos adventistas que aceptaron el mensaje del tercer ángel les llegó la carta a Laodicea con poder en la década de 1850. Cristo apareció en la puerta de sus corazones tratando de hallar entrada. La lluvia tardía estaba lista para ser derramada sobre un mundo necesitado. La victoria y el fin eran inmediatos. Dios le dio "al mensaje el tiempo para hacer su obra". Los adventistas avanzaron un poco, y entonces descansaron satisfechos.

Un Padre que espera, hijos que vacilan.

En Minneápolis, en 1888, el Espíritu revoloteaba, por así decirlo, preciosamente cerca. Una vez más había llegado "el tiempo para la lluvia tardía". Se multiplicaron los avances por todas partes. Pero en lugar de "entrar en el lugar santísimo con Jesús", demasiados creyentes permanecieron en el círculo de los dieciséis años de crisis.

Un Padre que espera, hijos que vacilan.

Entonces la "madre White" trazó en favor de Cristo un círculo de amor lo suficientemente grande como para abarcar en él a todos los hijos que vacilan. El círculo de amor ha perdurado reforzado por las verdades de la Biblia y por los *Testimonios para la iglesia*, y se amplía como una onda año tras año para abrazar los crecientes contornos de la Iglesia Adventista. Algunas diferencias hacen su irrupción, pero la armonía prevalece. Mil setecientos delegados —negros, amarillos, rojos y blancos— se mezclaron en el congreso de la Asociación General de 1975, representando naciones de casi todas las ideologías políticas del mundo. Yo estaba sentado entre los ciento setenta y tres miembros que formaban la comisión de nombramientos. Vi, sentí y oí cuánto más profundo que algún pequeño remolino de discusiones, era la corriente de la confianza y el acuerdo común.

En el presente relato de la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día nos hemos limitado hasta ahora mayormente a cómo se inició la obra. Sus comienzos pertenecen en un sentido especial a la iglesia mundial de estos días. Los primeros descubrimientos de verdades acerca

de Jesús, y la convicción, el valor y la generosidad de sus hombres de avanzada, explican mejor qué hace que el movimiento todavía avance.

Si tuviéramos el espacio para hacer justicia al siglo veinte, las historias de fe y sacrificio y las estadísticas de liberalidad y crecimiento podrían multiplicarse casi interminablemente. Aun los descubrimientos de nueva luz y conocimiento podrían ocupar capítulos.

Aquí y allá nos hemos referido a algunos avances del siglo veinte en las misiones, en la obra médica, en materia de organización y en la obra educacional. ¡Quisiéramos decir mucho más!

El adventismo en el siglo veinte también tuvo sus obreros de gran corazón, completamente dedicados, que a veces hasta rindieron su vida para llevar el mensaje a lugares difíciles. Tenemos a W. R. Smith, de Corea, yendo a pie, en bicicleta, a caballo, día y noche, a veces días y noches seguidos, en medio del barro, la lluvia, la nieve. Se congeló una mano y un pie, y cayó en un precipicio en medio de la oscuridad para cumplir con su tarea; estaba arruinando su vida, pero levantando escuelas e iglesias. Tenemos también a J. P. Anderson, que pasó su vida trabajando en China, y que resolvió permanecer allí cuando las tropas enemigas entraron en Cantón, esperando que por la oración, el tacto y la fortaleza pudiera proteger el hospital de la misión de los salteadores, y entregó la institución de vuelta a la iglesia años más tarde sin haber perdido una toalla o una sábana.

El adventismo del siglo veinte tuvo a C. C. Crisler, que cantaba suavemente "Siempre el Salvador conmigo", mientras moría de neumonía en Chona, en el interior de la China. Y a W. H. Anderson, acompañando una expedición cuando recién había salido de la inconsciencia debido a un intenso ataque de disentería, escuchando a sus convertidos portadores matebeles cantando: "No, nunca solo", y recuperándose. Y a G. McLaren, quien mientras su barco estaba rodeado por isleños de Salomón llenos de hostilidad, cantaba: "A cualquiera parte iré con Jesús", para desembarcar al fin con toda seguridad.

El siglo veinte ha tenido también a Beni Tavondi, un nativo de Fiji, que después de diez años de trabajo arduo consiguió su primer converso en Papúa mientras moría mordido por una serpiente venenosa. Y a la Sra. Fika Mitieli, otra misionera fijiana, que enseñaba a las mujeres y a los niños en las aldeas, arrebatando las lanzas de los guerreros en las sendas de la selva, y compartiendo con éxito la verdad relativa a Jesús en el santuario.

Y a Billiat Sapa, nativo africano, que hizo trabajo de avanzada en un valle fangoso de Nyasalandia, que vivió con su esposa y dos hijos en una plataforma construida sobre un árbol porque los aldeanos le negaron la entrada. Vio morir a sus dos hijos, pero él y su esposa se negaron a regresar. Finalmente, convencidos los pobladores de que él los amaba y de que Dios los amaba, le permitieron fundar varias escuelas.

Hoy en día, los niños miran televisión en el África y en Fiji, así como en Europa y en Norteamérica. De manera que las misiones adventistas en nuestro siglo han tenido que ponerse a la par de la tecnología moderna que entró en los países antiguos. Pero todavía en los tiempos modernos ocurren desastres como antaño, y el siglo veinte ha tenido a hombres como L. H. Christian que durante la gran hambre que azotó a Rusia en 1920, sabiendo que el tifus infectaba a la mitad de la población, viajó por todas partes de la Rusia Soviética durante tres largas semanas para animar a los hermanos mientras su familia en casa ayunaba y oraba. Y también a un invencible director de colegio, aquejado de dolores agudos y punzantes, pero sintiendo su responsabilidad por mil estudiantes, halló arroz suficiente para los mismos durante el hambre de la década del 70.

En medio de la peor de todas las guerras de la historia, millares de jóvenes adventistas fueron lo suficientemente valientes para hacer frente a las balas y al mismo tiempo seguir los dictados de su conciencia como los catorce jóvenes encerrados en celdas separadas en una cárcel militar. Cuando se le informó a cada uno que todos sus compañeros habían renunciado al sábado, tímidamente empezaron a silbar un himno vespertino mientras el sol se ponía, a la vez que escuchaban a todos los demás hacer lo mismo en sus celdas solitarias. Y a un Desmond Doss, un adventista no combatiente, en Okinawa, que recibió la Medalla de Honor del Congreso de los Estados Unidos, por haber rescatado a 75 hombres heridos mientras un batallón enemigo por varias horas lo hacía blanco de sus tiros de fusil, metrallera y granadas de mano.

El adventismo del séptimo día en el siglo veinte tuvo presidentes de la Asociación General, como W. A. Spicer (1922-1930), muy querido por todos, que viajaba por todas partes, conocía casi a cada uno por nombre, entregaba pequeños regalos a los niños de los misioneros, y siempre adquiría su pasaje de la clase más barata. Una vez, cuando quien lo hospedaba protestó porque un hombre tan importante había llegado en tercera clase, él se disculpó humildemente: "Lamento —dijo—, yo no sabía que había una cuarta clase". Asimismo tuvo a un J. Lamar McElhany (1936-1950), también muy querido, que lloró, después de su segunda reelección como presidente de la Asociación General, abrumado por la magnitud de la tarea.

Siendo su número mucho mayor que el de los dirigentes ordenados, el adventismo del siglo veinte tuvo también a sus laicos consagrados. A semejanza de los bizarros soldados ya mencionados, y como los cientos de miles de Interamérica y de las Filipinas, han llevado el crecimiento de la iglesia a cifras que son un record mundial. Asimismo hacen una gran obra los incontables miembros que enseñan en escuelas sabáticas y las dirigen, remiendan ropa para los pobres, enseñan en nuestras escuelas o dirigen instituciones adventistas. Muchos hermanos laicos han hecho contribuciones muy destacadas, tales como tomar quinientas, seiscientas, setecientas y aun mil suscripciones a *El Centinela* cada uno, para difundir el mensaje.

Algunos laicos del siglo veinte han sido objeto de la notable dirección del Señor. Carlos Ashcroft, de Carmel, Australia, se preguntaba en 1906 si debía donar su gran huerta de manzanas a una escuela secundaria. Pidió al cielo una señal: que ocurriera una tormenta en un día claro con sol y cielo azul, dentro de la semana. Dentro del plazo, un día apareció una nube negra en un cielo azul. Esta avanzó sobre la montaña rumbo al valle, fulguró con un relámpago y tronó sobre su hogar, y se alejó luego por el valle. Su hermano vino corriendo desde una granja vecina, gritando:

—¿Lo has visto?

—Sí —replicó Carlos—, es la señal de que debo donar el terreno al Señor.

El colegio de Carmel hoy está radicado precisamente en ese lugar.

Las estadísticas revelan un progreso animador. Las contribuciones aumentaron de medio millón de dólares en 1895 a 300 millones en 1975. La matrícula en las escuelas adventistas ha crecido de unos 1.300 alumnos en 1890 a cerca de 400.000. En 1853, la pequeña prensa manual Washington, en Rochester, producía una copia por minuto, sesenta por hora, a tan extenuante esfuerzo que los jóvenes que la manejaban escupían sangre a los pocos meses. En este siglo *These Times* ha sobrepasado los 200.000 ejemplares mensuales; *Signs of the Times*, los 540.000; *El Centinela*, los 600.000. La difusión radial y televisiva se ha multiplicado alrededor del mundo. "The Quite Hour" sola se propala por más de 500 estaciones. "The Voice of Prophecy" supera la marca de 800. Setenta millones de libros del "Tío Arturo" S. Maxwell han llevado los ideales cristianos y el mensaje completo de la Biblia a familias que hablan treinta y seis diferentes idiomas. De *El Camino a Cristo* se han impreso un millón de ejemplares a la vez, y ha sido traducido a más de cien idiomas.

El aumento de la feligresía también es impresionante, en un sentido. En 1863 había 3.500 adventistas en un mundo de mil millones de habitantes. Esto hace una relación de un creyente por cada tres millones de personas. En 1975, cuando la población mundial alcanzó a cuatro mil millones, la relación llegó al nivel de un creyente por cada 1.600 habitantes. Si el promedio permanece en 5,5 por ciento, como el actual (1982), hasta el año 2.000, cuando el mundo tendrá seis mil quinientos millones, habría diez millones de observadores del sábado, o uno por cada seiscientos cincuenta personas.

Es un buen progreso. Alabado sea Dios. Pero no es el que debería ser. En realidad, sería demasiado lento. Si la iglesia hubiera continuado creciendo cada año, desde 1880, al porcentaje de 11,1 anual de la década de 1870, hoy podría contar, no con 3.500.000 miembros, sino con 1275.458.110 feligreses!

"Todo el Cielo" ha estado "esperando largo, muy largo tiempo. La obra simplemente debe ganar momento, y "avanzar como el fuego en el rastrojo"; y así ocurrirá, de acuerdo con Elena de White, "cuando el poder

divino *se combine con el esfuerzo humano*".² "Dios hará la obra *si* nosotros le proporcionamos los instrumentos".³

En 1844, la joven Elena vio rayos de luz que surgían en un lugar tras otro hasta que llenaron todo el ancho mundo. Representaban la promesa de Apocalipsis 18:1: "Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria". Y por supuesto que la gloria de un ángel refleja la gloria de Dios.

Este ángel de Apocalipsis 18, así como los tres de Apocalipsis 14:6-12, simboliza a un pueblo que lleva un mensaje. ("*Aggelos*" en griego quiere decir "mensajero".) "La gloria de Dios" es primordialmente su glorioso carácter, lleno de gracia y de verdad. (Véase éxodo 34.) De manera que la tierra será iluminada con la gloria de Dios cuando la iglesia esté llena del poder de Dios y reproduzca el carácter de Cristo. La gloria que Elena vio irradiando del sábado en el lugar santísimo, símbolo de la santidad amorosa de Dios mismo, algún día irradiará de los rostros y las vidas y los labios de los hijos de Dios. El guardar su santo día de reposo los hará santos a ellos mismos: hombres y mujeres, niños y niñas.²

"La tierra ha de ser alumbrada con la gloria de Dios —explica Elena de White—. El espíritu del Señor bendecirá tan abundantemente a los instructores humanos que hombres, mujeres y niños abrirán sus labios en alabanza y acción de gracias, y llenarán la tierra con el conocimiento de Dios, y con la gloria ilimitada del Señor".³

La participación de esta gloriosa culminación del movimiento adventista no se limitará a sus actuales miembros. De ninguna manera. Es asequible a todo ser humano. La tierra y su plenitud es del Señor. Dios es el Padre de todos, y tan rápidamente como alguien escucha la Palabra, él o ella también podrá sentir el gozo de quien experimenta su poder transformador y compartirá la alegría de transmitirlo a otros.

"El Espíritu del Todopoderoso conmueve el corazón de los hombres, y los que responden a su influencia llegan a ser testigos de Dios y de su verdad. Pueden verse en muchos lugares hombres y mujeres consagrados comunicando a otros la luz que les aclaró el camino de la salvación por Cristo. Y mientras continúan haciendo brillar su luz, como aquellos que fueron bautizados en el día de Pentecostés, reciben más y más del poder del Espíritu. Así la tierra ha de ser iluminada con la gloria de Dios".⁴

"Vendrán siervos de Dios con semblantes iluminados y resplandecientes de santa consagración, y se apresurarán de lugar en lugar para proclamar el mensaje celestial. Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán, y signos y prodigios seguirán a los creyentes....

"...Los rayos de luz penetrarán por todas partes, la verdad aparecerá en toda su claridad, y los sinceros hijos de Dios romperán las ligaduras que los tenían sujetos... La verdad les será más preciosa que cualquier otra cosa. A pesar de los poderes coaligados contra la verdad, un sinnúmero de personas se alistará en las filas del Señor".⁵

La verdad es más preciosa que cualquier otra cosa. El mensaje que se presente al mundo en los años venideros debe ser por todos medios la verdad. La preciosa verdad. La verdad vital acerca de Jesús, acerca de lo que él ha hecho en el pasado y lo que está haciendo ahora. Debe ser el mensaje del primer ángel: el evangelio eterno de la cruz y la verdad presente de que ha llegado la hora del juicio. Y el mensaje del segundo ángel, que llama a la gente a separarse de todo ídolo que la ata. Y el mensaje del tercer ángel, la advertencia acerca de los falsos sistemas de culto y la exhortación a guardar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, la justificación por la fe.

Desde el 22 de octubre de 1844, Jesús, en el lugar santísimo, ha estado llamando la atención al sábado, no simplemente porque es el séptimo día, sino porque representa un método de vida único, semejante al de Cristo, que será el criterio final que distinguirá lo malo de lo bueno en los últimos días. Jesús está ocupado borrando nuestros pecados, no solamente en los libros del cielo sino también en las vidas de sus hijos, de manera que puedan ser victoriosos, santos, semejantes a él. Por medio de su representante, el Espíritu Santo, llama a los corazones de sus seguidores, a fin de ayudarlos a enderezar sus vidas para alcanzar una experiencia más profunda y de llenarlos de sí mismo.

El sabe que son todavía "vasos de barro" que necesitan ser lavados. Y está lavándolos. Los está lavando con "jabón de lavadores" hasta que (si lo permiten) estén limpios, porque quiere llenarlos. Pero no quiere llenarlos como el agua que llena ollas y cacerolas, sino como la que bajo presión llena una manguera de jardín, y fluye por ella, para traer "gozo y bendición al corazón humano". Como la incandescencia llena el bulbo eléctrico y hace irradiar luz en todas direcciones, así Dios quiere hijos limpios para que a través de sus ojos, labios, manos y pies pueda irradiar, sin impedimento, su gloria al mundo.

En ocasión de la segunda venida todo el que todavía ame el pecado inevitablemente tendrá que ser destruido. No deseando, sin embargo, que nadie perezca, Dios invita fervientemente a todos los que entienden la verdad relativa a Jesús a vivirla y a proclamarla a los demás. Les pide que establezcan escuelas donde pueda prepararse a jóvenes para proclamarla; a fundar imprentas y otros centros de comunicación para publicarla; a mantener instituciones médicas donde la compasión de Cristo pueda demostrarse prácticamente.

Los adventistas del séptimo día creen que han sido llamados a proclamar el mensaje final de Dios. En un grado impresionante se han sacrificado y trabajado a través del tiempo, y evidentemente Dios los ha bendecido con muchas prendas de la divina providencia y con milagros de gracia. Pero el milagro general para el cual la iglesia ha sido llamada a la existencia, la segunda venida de Cristo, todavía está por delante.

Ojalá que la presente generación de creyentes acepte plenamente la presencia de Jesús en sus corazones, y entonces, con labios encendidos con

su gloria, avancen hasta alcanzar a la persona más remota de la tierra. Ojalá pronto proclamen por doquiera el regreso del Señor, de manera que por fin pueda venir.

Notas y referencias

Debido a que este libro es de naturaleza interpretativa más bien que enciclopédica, ordinariamente se dan referencias para documentar informaciones que forman la base del tema de cada capítulo, pero no para documentar otras informaciones. Para hallar una riqueza de material referente a los hechos, se le recomienda al lector que consulte la *Seventh Day Adventist Encyclopedia* (Enciclopedia Adventista del Séptimo Día).

El autor desea expresar su gratitud a la Sra. Hedwig Jemison y a Jaime Nix, directores, respectivamente, del Centro de Investigaciones de los escritos de Elena de White, de la Universidad Andrews y de la Universidad de Loma Linda, y a la Sra. Luisa de Dederen, directora del museo denominado "Archivo Adventista del Séptimo Día", de la Biblioteca Jaime White, perteneciente a la Universidad Andrews, por la gran ayuda que le prestaron; al Dr. D. K. Vande Vere por haber leído el manuscrito; y a centenares de estudiantes cuyas preguntas e investigaciones lo han estimulado y contribuido a su propia comprensión de la historia de los adventistas del séptimo día.

Capítulo 1

"¡No, Señor, yo no puedo predicar!"

1. La historia de Guillermo Miller y del gran despertar del segundo advenimiento ha sido contada repetidas veces en *Advent Shield*, por el mismo Miller, y por adventistas que habían sido milleritas, tales como Sylvester Bliss, Isaac C. Wellcome, José Bates, y Jaime White; y por J. N. Loughborough, M. Elsworth Olson, Everett N. Dick, F. D. Nichol, LeRoy Edwin Froom, Arturo Whitefield Spaulding, Whitney R. Cross, Jerome Clark David, Talmage Arthur y otros. En el archivo Orrin Roe Jenks Memorial Collection of Advent Materials, de la biblioteca del Aurora College, Aurora, Illinois, se conservan cartas, publicaciones y otros materiales de primera fuente; en el Museo Heritage Room de la Biblioteca Jaime White, de la Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan; en la Corporación Editorial Elena G. de White; en varias otras bibliotecas; y (microformas) en Vern Carner, ed., *The Millerites and Early Adventist*, Ann Arbor, Michigan, 1978. (Microfilmes de la Universidad.)

2. Samuel Eliot Morison, *The Oxford History of the American People* (Nueva York, Universidad de Oxford, 1965), pág. 398.
3. Sylvester Bliss, *Memoirs of William Miller* (Boston, Joshua V. Himes, 1853), pág. 47.
4. Bliss, *Memoirs*, pág. 6 y siguientes, dice que a Miller se le asignó la tarea de leer un sermón titulado "Importance of Parental Duties" (Importancia de los deberes paternales), tomado de "Proudfoot's Practical Sermons". Esto parece ser un error de memoria al confundirlo con otra fuente: "The Duty of Parents to their Children" (El deber de los padres hacia los hijos), de Alexander Proudit, en *Practical Godliness in Thirteen Discourses* (Salem, 1813).
5. La historia de la conversión de Miller y su llamamiento los relata él mismo en *Apology and Defense* (Boston, Joshua V. Himes, 1845).

Capítulo 2

El gran despertar religioso del segundo advenimiento

1. Véase Arthur Whitefield Spalding, *Pioneer Stories of the Advent Message*, ed. rev. (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1942), págs. 40-49. Spalding asevera basar su relato en una conversación con un testigo presencial.
2. Miller, *Apology*, págs. 19, 20.
3. Véase Jaime White, *Sketches of the Christian Life and Public Labors of William Miller*, págs. 111, 112. (Battle Creek, Michigan, Steam Press of the Seven-day Adventist Publishing Association, 1875).
4. Miller, *Apology*, págs. 22, 23.
5. La mejor biografía que existe ahora de Himes es de David Tallmadge Arthur, *Joshua V. Himes and the Cause of Adventism, 1839-1845*. (Tesis de maestría en artes, Universidad de Chicago, 1961).
6. Las caracterizaciones son tomadas de Arthur, *Joshua V. Himes*, págs. 168, 51.
7. *Midnight Cry*, 25 de mayo de 1843, pág. 74.
8. Everett N. Dick llegó a estas cifras por la comparación del crecimiento de los metodistas y los bautistas en la primera parte de la década de 1840 con la curva de su crecimiento normal y con la declinación que sufrieron inmediatamente después de 1844. Su cautelosa conclusión es que aquellos que abandonaron las filas fueron influidos por el millerismo. La evidencia es notable. Véase Dick, *William Miller and the Advent Crisis, 1831-1844* (Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, 1930), págs. 263, 264.
9. El joven ministro era Jaime White. Véase Jaime White, *Life Incidents, in Connection With the Great Advent Movement, as*

- Illustrated by the Three Angels of Revelation XIV* (Battle Creek, Michigan, Steam Press of the Seventh-day Adventist Publishing Association, 1868), pág. 96.
10. *Midnight Cry*, 24 de agosto de 1843, pág. 1.
 11. Véase Arthur, *Joshua V. Himes*, págs. 61, 62. Arthur está en desacuerdo con los 16 contados por LeRoy Edwin Froom, y cree que él puede contar entre 23 y 26. Véase Froom, *Prophetic Faith of Our Fathers* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1946-1954), tomo 4, pág. 555.
 12. Véase José Bates, *Second Advent Way Marks and High Heaps* (New Bedford, Massachusetts, Press of Benjamin Lindsey, 1847), págs. 11, 12.
 13. Puede ser que los adventistas no tuvieran que pagar por la gran tienda. En 1892 Loughborough escribió que E. C. Williams, de Rochester, Nueva York, le contó que en la década de 1850 él entregó la carpa a Miller como un donativo. Pero hay dificultades en los detalles del relato. Véase J. N. Loughborough, *Rise and Progress of the Seventh-day Adventist* (Battle Creek, Michigan, General Conference Association of the Seventh-day Adventists, 1892), pág. 41.

Capítulo 3

La demora

1. Adaptado de Bliss, *Memoirs*, pág. 106.
2. George Bush, *Reasons for Rejecting Mr. Miller's Views on the Advent, with Mr. Miller's Reply* (Boston, Joshua V. Himes, 15 de abril de 1844), pág. 11.
3. Adaptado de *Midnight Cry*, 23 de noviembre de 1843, pág. 2. Reeditado sin adaptación en Francisco D. Nichol, *The Midnight Cry*, (Washington, D. C., Review and Herald Publishing Association, 1944), págs. 98, 99.
4. Guillermo Miller, *Evidence from Scripture and History of the Second Coming of Christ About the Year 1843; Exhibited in a Course of Lectures*, (Boston, Joshua V. Himes, 1842), págs. 174, 175.

Capítulo 4

El clamor de medianoche

1. La historia está bien relatada en Jaime White, *Life Incidents*, págs. 153-168.
2. Los estudios de Exeter culminaron en un desarrollo que se había producido de tantas maneras y en tantos lugares que los milleritas lo consideraban sobrenatural. Véase J. N. Loughborough, *The Great Second Advent Movement* (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1905), págs. 157-159. La presentación de Snow, como se da aquí, está adaptada de sus propios artículos en *The True Midnight Cry* y en *Advent Review and Signs of the Times Reporter*, del 16 de octubre de 1844, y de Jaime White, *Life Incidents*, págs. 159-168, y José Bates, *Second Advent Way Marks and High Heaps*, págs. 30, 31.
3. Elena G. de White, *Testimonies for the Church*, tomo 1 (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1948), pág. 54.

Capítulo 5

"¿Por qué no vino papá?"

1. Arthur Whitefield Spalding, *Origin and History of Seventh-day Adventists* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1961), tomo 1, pág. 113, nota 4. *Seventh-day Adventist Encyclopedia* (en adelante SDA Encyclopedia), art. "Fitch, Charles".
2. *Midnight Cry*, 31 de octubre de 1844, pág. 142.
3. Jaime White, *Life Incidents*, pág. 182.
4. Luther Boutelle, *Sketch of the Life and Religious Experience of Elder Luther Boutelle*, (Boston, Advent Christian Publishing Society, 1891), págs. 68,69. Arthur, *Joshua V. Himes*, págs. 146, 147.
5. *Midnight Cry*, 31 de octubre de 1844, pág. 140.
6. Carta del 11 de noviembre, al *Advent Herald*.
7. Miller, *Apology*, pág. 24
8. Guillermo Miller a su hijo Guillermo, 17 de noviembre de 1838, en Nichol, *The Midnight Cry*, págs. 65, 66.
9. Guillermo Miller, 4 de febrero de 1843, a *Signs of the Times*, in Bliss, *Memoirs*, págs. 180, 181.
10. Miller, *Apology*, pág. 34.
11. Rush, *Reasons for Rejecting*, pág. 6.
12. Nahawendi comenzó los 2.300 años en 942 AC con la destrucción del tabernáculo de Shilo y los finalizó en ocasión de la proyectada

- venida del Mesías en 1358 DC. Véase Froom, *Prophetic Faith*, tomo 1, pág. 713. *Seventh Day Adventist Bible Commentary*, tomo 4, pág. 54.
13. H. McLachlan, ed., *Sir Isaac Newton: Theological Manuscripts* (Liverpool, Imprenta de la Universidad, 1950), págs. 1-25.
 14. Petri comenzó las setenta semanas en 453 AC, e hizo finalizar los 2.300 años en 1847. Véase Froom, *Prophetic Faith*, tomo 2, págs. 713-719.
 15. Froom, *Prophetic Faith*, tomo 2, págs. 719-722; tomo 4, págs. 210-221.
 16. Mourant Brock, *Glorification* (American Millennial Association reprint, 1845), pág. 134. Froom, *Prophetic Faith*, tomo 3, págs. 705, 706.
 17. Thomas B. Macaulay, *Critical and Miscellaneous Essays* (Filadelfia, Cary and Hart), tomo 5, pág. 324 en Froom, *Prophetic Faith*, tomo 3, pág. 268.
 18. Elena G. de White, "Notes on Travel", *Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh-day Adventists* (Basilea, Imprimerie Polyglotte, 1886), págs. 201-207. Ole Boqvist, *Review and Herald*, 7 de octubre de 1890, pág. 612. Froom, *Prophetic Faith*, tomo 3, págs. 671-686.

Capítulo 6

Entrada triunfal II

1. Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association), págs. 721, 722.
2. Véase T. Housel Jemison, *A Prophet Among You* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1955), págs. 485-489.

Capítulo 7

El Cleofas del campo de maíz

1. *Review and Herald*, 27 de diciembre de 1855, pág. 101. J. N. Loughborough al pastor H. M. Kelley, 23 de diciembre de 1919, pág. 1.
2. Los capítulos que versan sobre Hiram Edson están basados en parte sobre un fragmento de manuscrito sin fecha y sin título de Hiram Edson, depositado en el Museo de la Biblioteca Jaime White, de la

Universidad Andrews, y en parte sobre otros materiales recogidos y analizados en Jaime Nix, *"The Life and Work of Hiram Edson"* (trabajo de investigación, Universidad Andrews, 1971).

3. P. Z. Kinne a F. E. Bowen, 21 de enero de 1930, en W. A. Spicer, *Pioneer Days of the Advent Movement* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1941), págs. 219, 220.

Capítulo 9

"Mira un poco más arriba"

1. Elena G. de White, *Notas Biográficas de Elena G. de White* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1981), pág. 19.
2. Elena G. de White, *Christian Experience and Teachings of Ellen G. White* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1922), pág. 53.
3. *Review and Herald*, 21 de abril de 1868, pág. 287.
4. J. N. Loughborough, "A Sketch of Individual Experience", 1918; manuscrito depositado en el Museo de la Biblioteca Jaime White, Universidad Andrews.
5. Elena G. de White, *Primeros Escritos* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1962), págs. 13, 14.
6. Jaime White, *A Word to the "Little Flock"*, pág. 22. Id. a José Bates, 13 de julio de 1847.
7. Elena G. de White, *Primeros Escritos*, págs. 53, 54.
8. Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1955), págs. 370, 371.
9. Otis Nichols a Guillermo Miller, 20 de abril de 1846, original depositado en el Orrin Roe Jenks Memorial Collection of Adventual Materials, biblioteca del Aurora College. Elena G. de White, *Spiritual Gifts* (Battle Creek, Michigan, Steam Press of the Seventh-day Adventist Publishing Association, 1864), tomo 2, págs. 67-82. Véase bajo capítulo 13, nota 2.
10. Carta de la Hna. Harmon, Falmouth, Mass., 15 de febrero de 1846, en *Day-Star*, 14 de marzo de 1846, pág. 7. Reeditado con alguna alteración por Francis D. Nichol, *Ellen G. White and Her Critics* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1951), págs. 625, 626.

Capítulo 10

¿Qué está haciendo Jesús ahora?

1. O. R. L. Crosier, *Day-Star Extra*, "The Law of Moses", 7 de febrero de 1846, pág. 38.
2. Los adventistas del séptimo día consideran todo el plan de salvación, desde el principio hasta el fin, como la expiación. Véase *SDA Encyclopedia*, art. "Atonement". Véase *Seventh-day Adventist Answer Questions on Doctrine* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1957), págs. 341-390. La cruz es el acto supremo de la expiación obrada por Cristo. Su ministerio en el cielo, sin embargo, se considera "igualmente esencial" (Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, pág. 543), y es llamado "expiación por Elena G. de White en muchos pasajes, tales como *Spiritual Gifts*, tomo 1, pág. 158; *Testimonies*, tomo 5, pág. 575; *El Conflicto de los Siglos*, págs. 472, 473, 543, 681; *Testimonios para los Ministros* (Florida, Buenos Aires, Argentina, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1977), pág. 37.
3. Crosier, "The Law of Moses", pág. 40.
4. Jaime White, *A Word to the "Little Flock"*, pág. 12.
5. Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas*, pág. 371.
6. Elena G. de White, *Counsels to Writers and Editors* (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1946), pág. 30.
7. Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, pág. 542.
8. Elena G. de White, Manuscrito 20, 1906.
9. Elena G. de White, *Counsels to Writers and Editors*, pág. 30.

Capítulo 11

Una viuda da testimonio

1. *Seventh Day Baptists in Europe and America* (Plainfield, New Jersey, The Seventh Day Baptist General Conference, 1910-1972), tomo 1, pág. 185. Froom, *Prophetic Faith*, tomo 4, págs. 942, 943.
2. Los primeros relatos fragmentarios de cómo la Sra. Oakes les trajo el sábado a los adventistas de Washington difieren considerablemente en sus pequeños detalles y han sido tema de mucho estudio por parte de algunos historiadores adventistas. Los estudiantes que se interesen en este punto pueden comparar la historia tal como se la relata aquí con otros relatos en Froom, *Prophetic Faith*, tomo 4, págs. 944-951, y Spalding, *Origin and History*, tomo 1, págs. 115-117, 397-400.

3. S. W. Bartle a W. A. Spicer, 4 de septiembre de 1935, original depositado en la colección W. A. Spicer del Museo de la Biblioteca Jaime White de la Universidad Andrews. La autoridad de Bartle es Jorge Wheeler, presumiblemente hijo de Federico Wheeler.
4. Hna. S. Blake, Richmond, Rhode Island, carta, *Adventist Herald and Signs of Times Reporter*, 2 de octubre de 1844, pág. 72.
5. Froom, *Prophetic Faith*, tomo 4, págs. 920-940.
6. Por información sobre los primeros anabaptistas sabatistas véase Gerhard F. Hasel, "Sabatarian Anabaptists of the Sixteenth Century", parte 1, *Andrews University Seminary Studies* 5, julio de 1976, págs. 101-121; parte 2, *Andrews University Seminary Studies* 6, enero de 1968, págs. 19-28.
7. Véase *SDA Encyclopedia*, art. "Sabbath".
8. Mario Veloso, *Reformation in Seville, 1530-1560* (tesis de maestría, Universidad Andrews, 1972), págs. 143-145. El observador del sábado español fue Constantino de la Fuente.
9. Puede hallarse información sobre prominentes bautistas del séptimo día del siglo XVII en *Seventh Day Baptists in Europe and America*, tomo 1, págs. 63-111. Froom, *Prophetic Faith*, tomo 4, págs. 906-917. J. H. Andrews y L. R. Conradi, *History of the Sabbath and First Day of the Week* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1912), págs. 717-734.

Capítulo 12

El capitán esparce el conocimiento de la Palabra

1. Este bosquejo de Bates se basa primeramente en sus propios escritos, incluyendo su autobiografía, la cual fue reeditada por la Southern Publishing Association en 1970; También se basa en Godfrey T. Anderson, *Outrider of the Apocalypse* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1972). Y en Spalding, *Origin and History*, tomo 1, págs. 111-130.
2. Adaptado de Loughborough, *The Great Second Advent Movement*, págs. 251-254. Loughborough dice que el incidente ocurrió mientras Bates estaba escribiendo su primer libro sobre el sábado en 1846; pero Jaime White, *Life Incidents*, pág. 269, dice que Bates quedó reducido a un chelín mientras escribía su tercer libro sobre el tema en el otoño de 1847. Parece que este tercer libro era *A Vindication of the Sabbath, and the Commandments of God: With a Further History of God's Peculiar People, from 1847-1848* (New Bedford, Prensa de Benjamín Lindsley, 1848), que apareció en enero de 1848, y que había requerido evidentemente varios meses para preparar. Godfrey T. Anderson, de la Universidad de Loma Linda,

recientemente descubrió un ejemplar en la biblioteca de la ciudad de Boston.

3. *Review and Herald*, 28 de junio de 1923, págs. 9, 10. Podríamos decir que "Dios guardó el dinero en depósito en ocasión del chasco para ayudar a comenzar el mensaje del tercer ángel", Spalding, *Origin and History*, tomo 1, pág. 401.

Capítulo 13

El mensaje del tercer ángel

1. De acuerdo con diferentes tradiciones, se atribuye a cada uno de los siguientes: Rachel Oakes, Federico Wheeler y Federico Farnsworth, el honor de ser "el primer adventista del séptimo día". Sin embargo, por el tiempo en que cada uno de ellos aceptó el sábado, no sabía nada acerca del "fundamento de nuestra fe, la nueva luz relativa al santuario. Y desconociendo la moderna manifestación del espíritu de profecía en la persona de Elena Harmon White, apenas pueden designarse como los que "guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo", en su significado de estos últimos días. Otis Nichols sostuvo las tres doctrinas (el sábado, el santuario y el espíritu de profecía) algunos años antes que Wheeler, Farnsworth y la Sra. Oakes, y algo antes que Bates, Edson y los esposos White. Otro creyente de la primera hora (posiblemente anterior a Nichols) fue H. S. Gurney.
2. Otis Nichols a Guillermo Miller, 20 de abril de 1846, escrita al dorso de una hoja suelta del 6 de abril de 1846, que contiene impreso el relato de las primeras visiones de Elena de White.
3. José Bates, *The Seventh Day Sabbath, a Perpetual Sign* (New Bedford, Prensa de Benjamín Lindsay, 1847), edición revisada y ampliada, pág. iv.
4. La visión del sábado en el santuario que empieza en la pág. 109 de *Notas Biográficas* es la visión del 3 de abril, y es la misma descrita en *Primeros Escritos*, págs. 32-35. Es también la que José Bates publicó en su impreso, *A Vision*, tomo 1, No. 1, 7 de abril de 1847. En sus "Observaciones" en ese mismo pliego Bates se refiere a una "visión similar" que recibió Elena de White el 6 de marzo de 1847, y puede darse por sentado que es la visión que se describe en *Notas Biográficas*, págs. 103, 104. Un cuidadoso examen de esas dos páginas tiende a confirmar esta conclusión.
5. Adaptado de Loughborough, *The Great Second Advent Movement*, págs. 244, 245.
6. La declaración que aquí se atribuye a Elena de White está ligeramente adaptada en *Primeros Escritos*, págs. 32, 33, 85, 86;

Notas Biográficas, págs. 103, 104, 109-113; y *Spiritual Gifts*, tomo 2, págs. 82, 83. Ellos combinan elementos de la visión de marzo 6 y de la de abril 3.

7. Su título y fecha: *Suplement to the Christian Experience and Views of Ellen G. White*, 1845.
8. Elena G. de White, *Primeros Escritos*, págs. 85, 86.
9. Id., pág. 42.
10. Id., pág. 254.
11. Véase especialmente *Primeros Escritos*, págs. 36-38; también *SDA Encyclopedia*, art "Seal of God".
12. *Present Truth*, No. 4, septiembre de 1849, pág. 28.

Capítulo 14

La buena y antigua Review

1. Este capítulo está basado fundamentalmente sobre Elena G. de White, *Notas Biográficas*, págs. 120-140; Jaime White, *Life Incidents*, págs. 264-296; correspondencia contemporánea de Jaime y Elena de White; y Spalding, *Footprints of the Pioneers* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1947), págs. 99-103.
2. Siete conferencias de varios tamaños y significados, a juzgar por fuentes de aquella época, se celebraron en 1848: en Rocky Hill y Bristol, Connecticut; Oswego y Port Gibson, Nueva York; Rocky Hill, de nuevo; Topsham, Maine, y Dorchester, Massachusetts. Varias de estas reuniones de 1848 han llegado a conocerse familiarmente por los adventistas como las "Conferencias del sábado", un término aparentemente acuñado por Jaime White, quien, en *Messenger to the Remnant* (Washington, D.C., Junta de Fideicomisarios de la Corporación Editorial White, 1954), pág. 38, enumera cinco Conferencias de sábado, y omite las reuniones de Bristol y Dorchester. La *SDA Encyclopedia*, art. "Sabbath Conferences", añade la reunión de Dorchester para hacer seis, y sigue diciendo que se realizaron 16 reuniones en 1849 y 1850. Se sabe que Bates asistió a una conferencia en Middletown, Connecticut, en 1847.
3. Jaime White, en *Life Incidents*, pág. 271, informa que el número que asistió "era menos de treinta". En Elena G. de White, *Spiritual Gifts*, tomo 2, pág. 93, se cita una carta de la época escrita por él que da como número "alrededor de cincuenta".
4. Elena G. de White, *Mensajes Selectos* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1958), tomo 1, págs. 240, 241.

5. José Bates, *A Seal of the Living God. A Hundred Forty Four Thousand, of the Servants of God Being Sealed in 1849* (New Bedford, Massachusetts, Prensa de Benjamín Lindsey, 1849), pág. 31.
6. Elena G. de White, *Notas Biográficas*, págs. 120, 121.
7. Id., pág. 127, nota de pie.
8. Id., págs. 135, 138.
9. Este himnario lleva la fecha de 1849, pero no apareció hasta la primera parte de 1850. Aparentemente el tipo para la primera sección se compuso en 1849, pero la última no se compuso sino más tarde. *Present Truth*, diciembre de 1849, pág. 47; marzo de 1850 (No. 7), pág. 56; marzo de 1850 (No. 8), pág. 64; cf. Elena G. de White, Carta 4, de 1850.
10. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, pág. 70; Arturo L. White, *Messenger*, pág. 127.
11. Frank E. Belden, escribió un gran número de himnos y cantos evangélicos, 22 de los cuales pueden encontrarse en el *Church Hymnal*. Su *Christ in Song* fue apreciado y ampliamente usado por muchos años.
12. Jaime White, Oswego, Nueva York, al Hno. Hastings, 10 de enero de 1850. Arturo L. White, *Messenger*, pág. 49.
13. *Present Truth*, diciembre de 1849, pág. 47.
14. *Present Truth*, abril de 1850, pág. 71.
15. Se cambió en el segundo tomo, 15 de agosto de 1851, por *Advent Review and Sabbath Herald*.
16. Elena G. de White, *Notas Biográficas*, pág. 153.
17. Uno está guardado en la Review and Herald Publishing Association de Washington, D.C., y el otro en la Biblioteca Jaime White, de Andrews University.

Capítulo 15

Lo que los adventistas deben a otros cristianos

1. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 4, pág. 595.
2. Las penitencias, como se usa la palabra en este párrafo, eran las diversas actividades asignadas por un sacerdote para que el penitente mostrara que estaba realmente arrepentido de sus pecados. Las penitencias más comunes consistían en recitar el Padrenuestro y el Ave María una cantidad específica de veces. El Ave María es el rezo que empieza de esta manera: "Ave María, madre de Dios, bendita tú entre todas las mujeres".
3. Agustín enseñó que el milenio está transcurriendo ahora, y que los obispos han sido autorizados a sentarse en tronos de juicio.

4. Los católicos en la última parte de la Edad Media enseñaban que la "sustancia" del pan se transformaba en la "sustancia" del cuerpo de Cristo, un proceso que ellos llamaban "transustanciación". Por "sustancia" sus teólogos no querían significar lo que comúnmente significa este término. Antes bien, querían decir que la característica de pan del pan, se transformaba en la característica del cuerpo de Cristo, en tanto que la apariencia del pan seguía siendo la misma.
5. Wiclef y Lutero creían que el cuerpo de Cristo estaba "realmente" presente en el pan, una doctrina que a veces se la describe como "consustanciación". Sin embargo, al negar la transustanciación ellos hicieron un progreso significativo hacia la verdad. (Por cierto que no creían que Cristo estaba limitado sólo al pan.)
6. Los bautistas ingleses tienen un origen complejo. Parecen haber surgido en parte de raíces de las Islas Británicas, y no deben considerarse meramente como una modificación de los anabaptistas.
7. LeRoy Edwin Froom, *The Conditionalist Faith of Our Fathers* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1965-66), tomos 1 y 2, págs. 58, 78, 142, 205, 300-314.

Capítulo 16

Jesús y el juicio investigador

1. Para una comparación entre los himnos que Jaime White seleccionó y los posibles antecedentes de muchos de ellos, véase Lyell Heise, *Hymns for God Peculiar People: A Theological and Historical Study* (monografía hecha en la Universidad Andrews en 1975). Véase también más arriba, capítulo 4, nota 8.
2. Para ver una lista de "rasgos sobresalientes" véase Elena G. de White, *Counsels to Writers and Editors*, pág. 30.
3. Véase *SDA Encyclopædia*, art. "Investigative Judgement". Ciertos detalles históricos de este artículo están sujetos a corrección.
4. Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, págs. 534, 535.
5. *Review and Herald*, 22 de noviembre de 1898, pág. 745.
6. Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, pág. 540.
7. Id., pág. 539.
8. En la terminología adventista, el "fin del tiempo de gracia" como uno de los acontecimientos finales, se refiere al tiempo en que Jesús abandona el lugar santísimo y los casos de todos han sido decididos irrevocablemente para vida o para muerte. Véase *El Conflicto de los Siglos*, págs. 544, 545. El "tiempo de la angustia de Jacob" es el período corto pero crucial en que se están derramando las siete postreras plagas, durante parte del cual los santos, inseguros en cuanto a su estado delante de Dios, agonizan en oración por sus

bendiciones así como Jacob luchó con el ángel en Peniel. Véase Génesis 32:24-30; Jeremías 30:5-7; *El Conflicto de los Siglos*, págs. 673, 674.

9. Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, págs. 677, 678.
10. *Ibid.*
11. Elena G. de White, *Spiritual Gifts*, tomo 3, pág. 135.
12. Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, págs. 677, 678.
13. *Id.*, págs. 680, 681.
14. Elena G. de White, Manuscrito 8, 1888, completo en A. V. Olson, *Through Crisis to Victory* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1966), págs. 260-269.
15. *Review and Herald*, 30 de mayo de 1882, pág. 338.
16. Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 249, 250.
17. Elena G. de White, *Los Hechos de los Apóstoles*, pág. 42.
18. *Id.*, Carta 37, 1887.
19. *Ibid.*
20. Jaime White, *Life Incidents*, págs. 308, 309.

Capítulo 17

Necesidad de un "orden evangélico"

1. *Review and Herald*, 16 de octubre de 1860, pág. 170.
2. Carta al Hno. Hastings, 18 de marzo de 1850.
3. *Review and Herald*, 6 de mayo de 1852, pág. 5.
4. *Review and Herald*, 25 de noviembre de 1851, pág. 52.
5. Véase Bates, *The Seventh Day Sabbath, a Perpetual Sign*, pág. 22.
6. *Review and Herald*, 19 de agosto de 1851, pág. 15.
7. *Review and Herald*, 20 de septiembre de 1853, págs. 84, 85; conversación con John O. Waller, de la Universidad de Andrews, agosto de 1975; véase también Waller, "John Byington of Bucks Bridge, The Adventist Years", *Adventist Heritage*, julio de 1974.
8. *Review and Herald*, 25 de noviembre de 1851, pág. 52.
9. *Review and Herald*, 13 de diciembre de 1853, pág. 183.
10. Loughborough, *Rise and Progress*, págs. 169-173.

Capítulo 18

Hay que darle un nombre al niño

1. Para la historia de los partidos llamados "el mensajero" y "la edad futura", véase *Review and Herald*, 14 de enero de 1858, pág. 77;

- Loughborough, *Rise and Progress*, págs. 188-192, y *The Great Second Advent Movement*, págs. 325, 326.
2. *Review and Herald*, 9 de octubre de 1860, pág. 163.
 3. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, págs. 95-97.
 4. Id., pág. 123
 5. Loughborough, *The Great Second Advent Movement*, págs. 325, 326.
 6. *Review and Herald*, 20 de marzo de 1855, pág. 197.
 7. Loughborough, *The Great Second Advent Movement*, pág. 326.
 8. *Review and Herald*, 2 de septiembre de 1858, pág. 126; Loughborough, *Rise and Progress*, págs. 216, 217.
 9. *SDA Encyclopedia*, art. "Marion Party".
 10. J. N. Loughborough, "A Sketch", págs. 67, 68.
 11. *Review and Herald*, 26 de febrero de 1857, pág. 136.
 12. Para los relatos de las monedas de plata de tres centavos y el rescate de Waukon, véase Loughborough, *Rise and Progress*, págs. 176-179, 208-211; *Review and Herald*, 15 de enero de 1857, pág. 84; Elena G. de white, *Spiritual Gifts*, tomo 2, págs. 217-222; Ella M. Robinson, *Lighter of Gospel Fires* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1954), págs. 74-76, 105-110; Spalding, *Origin and History*, tomo 1, págs. 279-289.
 13. Spalding, *Origin and History*, tomo 1 pág. 306.

Capítulo 19

¡Laodicea!

1. *Review and Herald*, 6 de mayo de 1852, pág. 5.
2. *Review and Herald*, 14 de enero de 1858, pág. 77.
3. Para un ejemplo, véase el editorial del primer número de *Review and Herald*, noviembre de 1850, pág. 7.
4. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, pág. 126.
5. Artículos de Jaime White, cartas y artículos de otros, y el impacto que cada uno tuvo sobre el otro puede verse fácilmente en la *Review and Herald* del 16 de octubre de 1856 y los siguientes números durante más o menos un año. Véase también Elena G. de White, *Spiritual Gifts*, tomo 2, págs. 222-240.
6. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, pág. 143.
7. Id., págs. 179-184.
8. Id., pág. 186.
9. Id., pág. 187.

Capítulo 20

Sentido de misión

1. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 241.
2. *Review and Herald*, 26 de julio de 1887, pág. 466. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 3, pág. 37.
3. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 84.
4. Bates, *A Seal of the Living God*, págs. 4, 35, 40, 45.
5. Jaime White al Hno. Bowles, 8 de noviembre de 1849.
6. *Midnight Cry*, 12 de octubre de 1844, pág. 122.
7. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 84.
8. Véase Hechos 1:8.
9. Elena G. de White, Carta 4, 1850.
10. *Review and Herald*, 24 de junio de 1852, págs. 28, 29. La tradición de que David Hewitt fue la primera persona no adventista que aceptó el mensaje del tercer ángel se comprueba en Loughborough, *A Sketch*, págs. 54, 55. Parece que es refutado por evidencias que constan en *Voice of Truth*, de que Hewitt era ya adventista en 1845.
11. Por ejemplo, en *Review and Herald*, del 3 de febrero de 1853, pág. 148. La mejor historia de los desarrollos verificados en la "teología de la idea de misión" es Gerald Damsteegt, *The Raise of the Seventh-day Adventist Message and Mission* (Grand Rapids, Michigan, William B. Eerdmans Publishing Co., 1977). Muchas referencias citadas más abajo me fueron indicadas por este excelente estudio.
12. *Review and Herald*, 16 de mayo de 1852, págs. 4, 5.
13. *Review and Herald*, 17 de febrero de 1853, pág. 155.
14. *Review and Herald*, 29 de noviembre de 1853, pág. 164.
15. *Review and Herald*, 29 de mayo de 1855, pág. 240.
16. *Review and Herald*, 4 de septiembre de 1856, pág. 141.
17. *Review and Herald*, 12 de febrero de 1857, pág. 117.
18. *Review and Herald*, 3 de febrero de 1859, pág. 87.
19. *Review and Herald*, 16 de octubre de 1860, pág. 175.
20. *Review and Herald*, 19 de noviembre de 1861, págs. 198, 199; cf. *Review and Herald*, 15 de diciembre de 1863, pág. 23.
21. *Review and Herald*, 26 de mayo de 1863, pág. 206; junio 2 de 1863, pág. 8.
22. *Review and Herald*, 23 de junio de 1853, pág. 21.
23. *Review and Herald*, 2 de junio de 1863, pág. 8.
24. *Review and Herald*, 8 de julio de 1873, pág. 29.
25. *Review and Herald*, 22 de marzo de 1870, pág. 109; enero 25 de 1870, pág. 37; julio 12 de 1870, pág. 32.
26. Ella M. Robinson, *S. N. Haskell, Man of Action* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1967), págs. 24-29.

Capítulo 21

Ex sacerdote católico

1. M. B. Czechowski, *Thrilling and Instructive Developments: an Experience of Fifteen Years as a Roman Catholic Clergyman and Priest* (Boston, 1862), capítulo 10.
2. *Advent Herald*, 3 de enero de 1865, pág. 62.
3. Por ejemplo, en la *Review and Herald*, del 30 de diciembre de 1858, pág. 48. Rajmund Laddyslow Dabrowski, en "M. B. Czechowski, First Adventist Missionary to Europe" (monografía del Seminario Teológico, Andrews University, 1972), proporciona una colección conveniente de fuentes adventistas publicadas sobre Czechowski.
4. *Review and Herald*, 3 de septiembre de 1861, pág. 108.
5. J. N. Loughborough, *Sketches of the Past*, No. 128, *Pacific Union Recorder*, 20 de junio de 1912, págs. 1, 2.
6. *Review and Herald*, 23 de septiembre de 1858, pág. 144.
7. Elena G. de White, Carta 3, 1864.
8. *Review and Herald*, 8 de julio de 1873, pág. 29; 11 de enero de 1870, págs. 21, 22.
9. *World's Crisis*, 28 de julio de 1869, pág. 80.
10. La Sra. Catalina Ravel, una notable dama cristiana, a veces se considera como la primera conversa europea de Czechowski. (Véase, por ejemplo, J. N. Andrews, en *Review and Herald*, del 14 de octubre de 1875, pág. 116.) Czechowski, sin embargo, afirma que Juan Geymet y otro hombre fueron sus primeros conversos en enero de 1865 (*World's Crisis*, 31 de enero de 1865, pág. 78; marzo 28 de 1865, pág. 6), en tanto que en la *Review and Herald*, del 6 de mayo de 1884, pág. 295, G. I. Butler dice que la Sra. Ravel había apoyado el sábado durante 18 años, llevándonos hacia atrás hasta el año 1866 como el año de su conversión; y en una carta a *Les Signes des Temps*, de diciembre de 1877, pág. 144, ella misma dice que había estado en la verdadera iglesia por "diez u once años", lo cual de nuevo, señala el año 1866 como el año de su conversión.
11. *Review and Herald*, 8 de julio de 1873, pág. 29.
12. *World's Crisis*, 6 de enero de 1869, pág. 68; abril 22 de 1869, pág. 22.
13. *Review and Herald*, 30 de noviembre de 1869, pág. 181; enero 11 de 1870, págs. 21, 22; 2 de enero de 1872, pág. 20.
14. *Review and Herald*, 23 de septiembre de 1875, pág. 92.
15. J. N. Andrews, "Address to the Public", 25 de diciembre de 1879, copia depositada en la Corporación Editorial White.
16. J. N. Andrews, fragmento de carta, 29 de diciembre de 1879. Original depositado en la Corporación Editorial White.
17. R. L. Dabrowski y B. B. Beach, eds., *Michael Belina Czechowski, 1818-1876* (Varsovia, Polonia, Znaki Czasu Publishing House, 1976),

es una muy valiosa ayuda para restaurar el honor de Czechowski. Sin embargo, el capítulo 6, escrito por un autor contribuyente, contiene errores de hechos e interpretaciones cuestionables.

Capítulo 22

Una familia misionera viaja a ultramar

1. S. N. Haskell a W. W. Prescott, 23 de agosto de 1907, en Robinson, *S. N. Haskell*, pág. 26.
2. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, págs. 147-149.
3. Id., tomo 2, págs. 113-116, 631-636, 669.
4. Id., pág. 123.
5. *Review and Herald*, 12 de agosto de 1937, págs. 4, 5.
6. *Review and Herald*, 22 de marzo de 1870, pág. 108.
7. *Review and Herald*, 26 de agosto de 1873, pág. 84.
8. La información biográfica acerca de Andrews está basada fundamentalmente en correspondencia depositada en la Corporación Editorial White. Véase también Sra. Marian C. Stowell Crawford, *General Conference Bulletin*, 1901, pág. 116, y *Watchman*, 25 de abril de 1905, pág. 278, para la historia de la conversión de Andrews al sábado. Véase también Everett N. Dick, *Founders of the Message* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1938), págs. 299-333.
9. Elena G. de White, *Notas Biográficas*, pág. 139; *Spiritual Gifts*, tomo 2, págs. 116, 117.
10. *Review and Herald*, 25 de noviembre de 1851, pág. 54.
11. Elena G. de White, Carta 2, 1878.
12. Elena G. de White, *Notas Biográficas*, págs. 230-238; *Testimonies*, tomo 7, págs. 34-36.
13. Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, págs. 662, 663.
14. Elena G. de White, Carta A-71, 1878, en *Heavenly Places* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1967), pág. 272.
15. *Review and Herald*, 20 de mayo de 1880, pág. 332.

Capítulo 23

Un movimiento misionero mundial

1. *Review and Herald*, 26 de agosto de 1875, pág. 60.

2. Elena G. de White, *Testimony to the Battle Creek Church* (Battle Creek, Michigan, Steam Press of the Seventh-day Adventist Publishing Association, 1872); J. N. Andrews a Elena G. de White, 17 de septiembre de 1883.
3. Informado en la *Review and Herald*, del 5 de diciembre de 1878.
4. *True Missionary*, marzo de 1874, págs. 20, 21.
5. Por informes sobre cómo empezó la obra en diferentes países del mundo, véase la *SDA Encyclopedia*, los artículos sobre los diferentes países. Véase también Spalding, *Origin and History*.
6. J. N. Andrews a S. N. Haskell, 23 de diciembre de 1879, menciona el nombre como "Bertola".
7. *Review and Herald*, 29 de marzo de 1864, pág. 142.
8. *Review and Herald*, 17 de diciembre de 1872, pág. 8.
9. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, págs. 632, 666-680.
10. La primera estación misionera regular para los negros africanos se abrió unas pocas semanas antes entre los fantis de la Costa de Oro (ahora Ghana). Los fantis, sin embargo, eran ya cristianos. Esto hace que Solusi sea la primera estación misionera adventista para los no cristianos.
11. Jorge Elmer Bryson, *The Beginning of the Seventh-day Adventist Church en Ghana (Gold Cost), 1888-1905* (monografía de la Universidad Andrews, 1975).
12. Elena G. de White, *Notas Biográficas*, págs. 406-411.
13. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 221.
14. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 7, págs. 35, 36.
15. Id., tomo 9, pág. 107.

Capítulo 24

Mujeres destacadas

1. Ligeramente adaptado de un informe aparentemente verbal de su sermón, "La obra de la mujer", *General Conference Bulletin*, 1899, págs. 172-174.
2. Un estudio útil sobre el tema de este capítulo fue escrito por John G. Beach, *Notable Women of Spirit; The Historical Rol of Women in the Seventh-day Adventist Church* (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1976). Véase también los artículos apropiados en la *SDA Encyclopedia*.
3. Nota necrológica por A. C. Daniells, *Review and Herald*, 3 de enero de 1924, pág. 22; *SDA Encyclopedia*, art. "Chapman, Minerva Jane (Loughborough)".
4. *General Conference Daily Bulletin*, 1888, pág. 3.

5. *Review and Herald*, 29 de abril de 1890, pág. 271; *SDA Encyclopedia*, art. "Huntley, María L."
6. Spalding, *Origin and History*, tomo 2, pág. 50; *SDA Encyclopedia*, art. "Sisley, William Conqueror"; E. Vande Vere, *The Wisdom Seekers* (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1972), pág. 52.
7. *Review and Herald*, 4 de diciembre de 1879, pág. 184.
8. Spalding, *Origin and History*, tomo 2, págs. 45-47.
9. Id., tomo 3, págs. 107-175.
10. Kathryn Jensen Nelson, *Kate Lindsay, M.D., 1842-1923* (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1963).
11. *SDA Encyclopedia*, art. "Burgess, Georgia Anna (Burrus)".
12. Anna Night, *Mississippi Girl, an Autobiography* (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1952).
13. *Review and Herald*, 9 de julio de 1895, pág. 434.
14. Elena G. de White, *El Evangelismo* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1946), págs. 339, 340.
15. Elena G. de White, Manuscrito 43, 1898; publicación de manuscrito No. 267.
16. Elena G. de White, *El Evangelismo*, pág. 493.
17. *Review and Herald*, 13 de agosto de 1867, pág. 136.
18. Ligeramente corregido de Angelina Andrews, Diario, manuscrito depositado en el Museo de la Biblioteca Vernier Radcliffe, Universidad de Loma Linda.

Capítulo 25

Consagrada a la salvación de almas

1. Elena G. de White, Carta 4, 1865; manuscrito publicado No. 224.
2. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 5, págs. 322, 323.
3. La oración y los nombres de personas son conjeturas, tomando como base Elena G. de White, *Notas Biográficas*, págs. 19-51. Para la vida personal de Elena G. de White, véase Arturo L. White, *Messenger*, págs. 99-127, y *SDA Encyclopedia*, art. "White, Ellen G."
4. *Review and Herald*, 29 de mayo de 1894, pág. 348.
5. *General Conference Bulletin*, 1901, pág. 26.
6. Elena G. de White, *Primeros Escritos*, págs. 13-17. Nótese que el párrafo que empieza al pie de la pág. comienza a relatar una visión posterior acerca de la tierra nueva. Cf. *Espiritual Gifts*, tomo 2, pág. 52.
7. Elena G. de White, *Primeros Escritos*, págs. 76, 77; *Notas Biográficas*, págs. 98, 99.
8. Elena G. de White, Carta 1, 1883.

9. El principal estudio de Elena G. de White como oradora es Horacio J. Shaw, "The Speaking of Ellen G. White" (tesis doctoral, Universidad del Estado de Michigan, 1959).
10. Manuscrito 111, 1910, en Shaw, "The Speaking of Ellen G. White", págs. 495, 496.
11. "The Eminent and Self-made Men of Michigan", en *In Memoriam, a Sketch of the Last Sickness and Death of Elder James White* (Battle Creek, Michigan, Review and Herald Press, 1881).
12. Elena G. de White, *El Evangelismo*, págs. 482-485.
13. *Detroit Post* en *Review and Herald*, del 18 de agosto de 1874, pág. 68.
14. Recuerdos de H. M. S. Richards, presentados en una reunión en la Universidad Andrews, 1969.
15. Shaw, *The Speaking of Ellen G. White*, págs. 513, 628.
16. Elena G. de White, *Conducción del Niño* (Florida, Buenos Aires, Argentina, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1974), págs. 228-230.
17. Elena G. de White, *El Hogar Adventista* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1959), págs. 231-139.
18. Elena G. de White, *Spiritual Gifts*, tomo 2, págs. 88, 128, 129.
19. *SDA Encyclopedia*, art. "White, James Springer".
20. Sidney Brownsberger, que aparece usualmente como primer presidente, sirvió al principio bajo la dirección de White. Véase Vande Vere, *Wisdom Seekers*, pág. 27.
21. La Iglesia (Adventista del Séptimo día) de Battle Creek, *Defense of Elder James White and Wife* (Battle Creek, Michigan, Steam Press of the SDA Association, 1870), págs. 111, 112.
22. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, pág. 613.
23. "Interview with Ellen G. White re Early Experiences"; manuscrito publicado No. 310.
24. *Vindication of the Bussiness Career of Elder James White* (Battle Creek, Michigan, Steam Press of the SDA Publishing Association, 1863).
25. *In Memoriam*, pág. 55.
26. *Review and Herald*, 1 de noviembre de 1853, pág. 133.
27. Elena G. de White, Carta 125, 1898; cf. id. con F. M. Wicox, en Jemison, *A Prophet Among You*, págs. 338, 339.
28. Véase *SDA Encyclopedia*, art. "White, James Edson"; también Ron Graybill, *E. G. White and Church Race Relations* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1970), y *Mission to Black America* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1971).
29. Ella M. Robinson, "Stories of My Grandmother", *Junior Guide*, 2 de enero de 1963, y "Hymns My Grandmother Loved", *Youth's Instructor*, 22 de mayo de 1951; Arturo L. White, *Messenger*, pág. 108.
30. Elena G. de White, *Notas Biográficas*, pág. 491.

Capítulo 26

Felices, santos y sanos

1. Ligeramente adaptado de *Review and Herald*, del 30 de junio de 1863, pág. 39, y 23 de junio de 1863, pág. 31.
2. Muchos asuntos tratados en este capítulo han sido presentados previamente en Dores Eugene Robinson, *The Story of Our Health Message* (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1943, 1955), y Corporación Editorial White (Ellen G. White Estate), *A Critique of Prophetess of Health* (Washington, D.C., Corporación Editorial White, 1976).
3. Angelina Andrews, Diario, entrada del 14 de septiembre de 1860.
4. J. N. Andrews, en Ellen G. White and James White, *Christian Temperance and Bible Hygiene* (Battle Creek, Michigan, Good Health Publishing Co., 1890), pág. 263. Cf. J. N. Andrews a Jaime White, febrero de 1877.
5. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, pág. 207.
6. Elena G. de White, *Spiritual Gifts*, tomo 4, págs. 120-151.
7. R. T. Trall, "Hog Milk for Humans", *Health Reformer*, octubre de 1869, pág. 76, en la Corporación Editorial White, "Ellen G. White and Health Reform" (Washington, D.C., Corporación Editorial White, 1975), pág. 32.
8. *Review and Herald*, 7 de agosto de 1866, págs. 76, 77.

Capítulo 27

Regalo de navidad, 1865

1. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 9, págs. 158, 159.
2. *Review and Herald*, 26 de julio de 1906, pág. 8.
3. *Review and Herald*, 29 de julio de 1902, pág. 7.
4. *General Conference Bulletin*, 1901, pág. 205.
5. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 6, pág. 293.
6. Spalding, *Origin and History*, tomo 1, pág. 407, nota de la pág. 351.
7. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, págs. 205, 206; *El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 326-330.
8. Elena G. de White, *Notas Biográficas*, págs. 178, 179.
9. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 2, págs. 371, 372.
10. Elena G. de White, *Consejos sobre el Régimen Alimenticio* (Mountain View, California, Review and Herald Publishing Association, 1971), págs. 205-211, 590.
11. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 1, pág. 494.

12. Para un episodio fascinante en esta historia, véase Spalding, *Origin and History*, tomo 1, pág. 363.
13. Para el párrafo que trata del Dr. Kellogg, véase Richard W. Schwartz, *John Harvey Kellogg M.D.* (Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1970).
14. F. Roy Johnson, *The Peanut Story* (Murfreesboro, Carolina del Norte, Johnson Publishing Co., 1964), págs. 90, 91, 158-173.
15. Schwarz, *Kellogg*, pág. 69.
16. *Review and Herald*, 14 de abril de 1903, pág. 19.

Capítulo 28

Por el gozo del servicio

1. D. K. Nicola, en Everett N. Dick, *Union College, Fifty Years of Service* (Lincoln, Nebraska, Union College Press, 1941), pág. 45.
2. Muchas de las informaciones sin nota al pie de este capítulo fueron tomadas de E. K. Vande Vere, *Wisdom Seekers*. Esta obra sobre la historia del principio de la educación adventista en general, y la historia de la Universidad Andrews en particular, sobrepasa la historia de Spalding en *Origin and History*, tomo 2, cap. 6.
3. *Review and Herald*, 19 de agosto de 1852, pág. 63; noviembre 6 de 1888, págs. 689, 690; julio 7 de 1927, pág. 2.
4. El material de los nueve tomos de *Testimonies* está compuesto por 37 testimonios individuales numerados, de los cuales los primeros 34 fueron publicados originalmente como folletos separados. La sección de *Testimony No. 22* que está en discusión acá, ahora aparece en *Testimonies*, tomo 3, págs. 131-160, y se ha vuelto a publicar en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 15-46, Southern Publishing Association, Nashville, Tennessee, 1923.
5. *Webster's Third New International Dictionary*.
6. Elena G. de White, *Educación* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1903, 1952), pág. 13.
7. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 6, pág. 133; *Consejos para los Maestros*, pág. 44; *El Ministerio de Curación*, pág. 307.
8. Elena G. de White, *Testimony to the Church at Battle Creek*, págs. 1-8.
9. Vande Vere, *Wisdom Seekers*, págs. 20-22; H. O. McCumber, *The Advent Message in the Golden West* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1946, 1968), págs. 129-132.
10. *Review and Herald*, 14 de agosto de 1883, pág. 528. Más tarde McLearn se unió con los bautistas del séptimo día.
11. Elena G. de White, *Fundamentals of Christian Education*, pág. 378.

12. Ibid., págs. 334-367 (fecha el 21 de marzo de 1895), y págs. 368-380 (fecha el 22 de abril de 1895).
13. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 6, pág. 199.
14. *Youth's Instructor*, 21 de febrero de 1956.
15. *Student* (una publicación del colegio de Battle Creek), enero de 1898, pág. 65.
16. Elena G. de white, *Counsels to Parents, Teachers and Students* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1913, 1943), pág. 211.
17. Elena G. White, Manuscrito 7, 1910.
18. Elena G. White, *Consejos sobre el Régimen Alimenticio*, págs. 205-211, 590.
19. Elena G. White, *La Educación*, pág. 290.
20. *Signs of the Times*, 13 de agosto de 1874, pág. 44.

Capítulo 29

Los encantos incomparables de Cristo.

1. L. H. Christian, *Sons of the North* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1942), pág. 130.
2. *Review and Herald*, 23 de agosto de 1881, pág. 143.
3. Michael McGuckin, "The Lincoln City Mission: A. J. Cudney and Seventh-day Adventist Beginning in Lincoln, Nebraska", *Adventist Heritage*, verano de 1975.
4. Por más lectura, véase especialmente Olson, *Through Crisis to Victory*, y LeRoy Edwin Froom, *Movement of Destiny* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1971), págs. 237-268. Desgraciadamente, estas dos fuentes presentan un cuadro algo más optimista que el que permiten los testimonios de Elena G. de White.
5. Elena G. de White, *Testimonios para los Ministros*, págs. 88, 89.
6. Elena G. de White, Carta 179, 1902, en Olson, *Through Crisis to Victory*, pág. 39.
7. E. J. Waggoner, "Confessions of Faith", pág. 5, copia depositada en la sala del museo de la Biblioteca Jaime White, Universidad Andrews.
8. A. T. Jones, sermón fúnebre para E. J. Waggoner, *The Gathering Call*, noviembre de 1916, copia depositada en la Corporación Editorial White.
9. Elena G. de White, *Testimonios para los Ministros*, págs. 91, 92.
10. Elena G. de White, *Counsels to Writers and Editors*, págs. 75, 76.
11. *Review and Herald*, 5 de marzo de 1889, pág. 146.
12. *Review and Herald*, 23 de julio de 1889, pág. 466.

13. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 1, págs. 423, 424.
14. Elena G. de White, *Testimonios para los Ministros*, págs. 519, 520.
15. Elena G. de White, Manuscrito 5, 1889, en Olson, *Through Crisis to Victory*, pág. 48.
16. E. J. Waggoner, *Christ and His Righteousness*. (Oakland, California, Pacific Press Publishing Company, 1890), pág. 66, (Reproducción facsimilar, Nashville, Tennessee, Southern Publishing Association, 1972). Otra de las obras de Waggoner, *The Glad Tidings*, publicada originalmente en 1900, fue vuelta a publicar en una edición retocada en 1972 por la Pacific Press Publishing Association.
17. Waggoner, *Christ and His Righteousness*, págs. 69-73.
18. Id., págs. 29-31.
19. Id., págs. 78-84.
20. Este sermón está publicado en Olson, *Through Crisis to Victory*, págs. 246-256.
21. Id., págs. 260-269.
22. Elena G. de White, *Review And Herald*, 7 de julio de 1904, pág. 7.
23. Elena G. de White, *El Camino a Cristo* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1908, 1956), pág. 61.
24. Id., pág. 61.
25. *Ibid.*
26. *Ibid.*

Capítulo 30

Dieciséis años de crisis

1. El relato de la fundación de la escuela de Avondale ha sido contado muchas veces. Véase particularmente Arturo L. White, "Prophetic Guidance That Launched a College", en dos partes, *Review and Herald*, 3 y 10 de abril de 1958; A. G. Daniells, "Establishing the Australasian Missionary College", en Arturo L. White, ed., *Notes and Papers* (Washington, D.C., Corporación Editorial White, 1962), págs. 265, 276; A. G. Daniells, *El Permanente Don de Profecía* (Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1936), págs. 370, 371.
2. Elena G. de White, Cartas 40, 41 y 64, fechadas 1894.
3. Elena G. de White, *Testimonios para los Ministros*, págs. 456, 457, 160-166, 86, 475, 367, 365, 378, 379, 332.
4. Elena G. de White, *Testimonios para los Ministros*, pág. 447.
5. Henry, "Women's Work", *General Conference Bulletin*, 1899, pág. 174.
6. *Review and Herald*, 1 de mayo de 1879, pág. 140.
7. Cf. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 7, págs. 164-168.

8. David Neff, "A. R. Henry and His Lawsuit", monografía, Universidad Andrews, 1973.
9. Elena G. de White, Carta 61, 1898, y Manuscrito 72, 1898; Manuscrito publicado No. 334.
10. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 7, págs. 171-174; también Arturo L. White, "Confederation and Consolidation", Manuscrito depositado en la Corporación Editorial White.
11. Elena G. de White, *Testimonios para los Ministros*, pág. 326.
12. Elena G. de White, Manuscrito 71, 1900; manuscrito publicado No. 419.
13. Elena G. de White, discurso inicial del Congreso de la Asociación General de 1901, *General Conference Bulletin*, 1901, pág. 25.

Capítulo 31

Círculo de amor

1. Sobre el tema de este capítulo véase C. C. Crisler, *Organization* (Washington, D.C., Review and Herald Publishing Association, 1938); Arturo L. White, "The Story of the General Conference of 1901", en tres partes, *Review and Herald*, del 29 de marzo, y del 5 y 12 de abril de 1956; *SDA Encyclopedia*, art. "Organization".
2. *General Conference Bulletin*, 1901, pág. 24.
3. *Ibid.*
4. Elena G. de White, *Testimonios para los Ministros*, pág. 11.
5. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 2, pág. 268.
6. *Id.*, pág. 273.
7. *Review and Herald*, 18 de octubre de 1898, pág. 661.
8. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 2, pág. 449.
9. *General Conference Bulletin*, 1901, pág. 43.
10. *Daily Bulletin of the General Conference*, 1893, págs. 13-15.
11. *General Conference Bulletin*, 1901, págs. 23-27.
12. *Id.*, págs. 48-50.
13. *Id.*, págs. 84, 85.
14. *Id.*, pág. 204.
15. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 9, pág. 260.
16. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 2, pág. 469.
17. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 8, págs. 104-106.
18. Para una interpretación de la reunión de 1904 estoy en deuda con Emmett K. Vande Vere, profesor emérito de la Universidad Andrews.

Capítulo 32

Encendidos con la gloria de Cristo

1. Elena G. de White, *Spirit of Prophecy* (Battle Creek, Michigan, Steam Press of the SDA Publishing Association, 1870-1884), tomo 4, pág. 291; cf. *El Gran Conflicto* (Florida, Buenos Aires, Argentina, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1973), pág. 511.
2. Elena G. de White, *Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 138.
3. Elena G. de White, *Testimonies*, tomo 9, pág. 107.
4. Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 249.
5. Elena G. de White, Comments, *SDA Bible Commentary*, tomo 7, pág. 984.
6. Elena G. de White, *Los Hechos de los Apóstoles*, pág. 44.
7. Elena G. de White, *El Gran Conflicto*, pág. 670.

Indice alfabético de nombres

- Andersdotter, Lis 37
Anderson, J. P. 252
Anderson, W. H. 252
Andrews, Eduardo 34, 71
Andrews, Angela 132, 181, 193
Andrews, J. N. 45, 121-123, 129-132, 134, 155-165
Andrews, J. N., familia 159-162
Anthony, Teodoro 165, 168
Arnold, David 88, 91
Ashcroft, Carlos 254
Baker, José 121
Bamfield, Francisco 69
Bartlett, W. T. 169
Bartola, Romualdo 164, 166, 168
Bates, José 71-79
Bates, José, familia 73, 76
Bates, Prudencia 73-79
Begg, J. A. 36, 66
Belden, Alberto 90, 94
Belden, F. E. 94
Belden, E. T. 94, 133
Bell, G. H. 208-212
Besson, Francisco 152, 153
Bishop, Federico 168
Blake, S. 66-67
Bonfoey, Clarisa 94, 95
Boqvist, Ole 37
Bourdeau, A. C. 145, 150
Bourdeau, D. T. 145, 146, 150
Bracket, Esdras 135
Brinkerhoff, W. H. 127
Brown, F. G. 35
Brownsberger, Sidney 207-212
Buck, H. G. 122
Burden, Ida Riggels 180
Burden, J. A. 205
Burgess, Georgia Ann (Burrus) 178
Bush, Jorge 22, 36
Butler, Ana 152
Butler, J. I. 152, 164, 169, 213
Byington, Juan 121, 122, 136
Byington, Martha 136, 207
Case, H. S. 125, 126
Caviness, G. W. 213
Chadwick, Lawrence 168
Chamberlain, E. L. H. 121
Chamberlen, Pedro 70
Chapman, Minerva Jane 174
Christian, L. H. 253
Clarke, José 146
Clement, Lora 179
Coker, Pastor 168
Coles, L. B. 196
Conradi, L. R. 165, 169
Cook, J. B. 71, 83
Corliss, J. O. 224
Cornell, M. E. 128, 134, 146, 195
Cottrell, R. F. 118, 134, 145
Couch, Juan, Sra. 27
Cranmer, Gilberto 127
Crisler, C. C. 252
Crosier, O. R. L. 47, 59-62, 72, 183
Czechowski, M. B. 145, 147, 148, 149-154, 163, 169
Daniells, A. G. 229-232, 241, 243
Davis, Tomás 169
Dickson, Alejandro 166, 168
Dolphijn, Francisco 168
Doss, Desmond 253
Druillard, Helena 176-177
Edson, Hiram 43-51, 59-63, 72, 83, 90, 104, 120, 129
Edson, Hiram, familia 45-46, 62
Erzberger, Jaime, 147, 153, 155, 160, 165, 169
Everts, Elon 131
Farnsworth, Ciro 67
Farnsworth, Guillermo 67
Fischer, Andrés 68
Fischer, Juans 146
Fitch, Carlos 17, 33, 37, 55, 104

- Fitch, Carlos, familia 33-34
 Fleming, Lorenzo Dow 15
 Foss, Hazen 43
 Foss, Luisa 57, 83
 Foy, Guillermo 43
 Garland, E. F. 215
 Gaston, Sr. 168
 Geymet, J. D. 152, 153, 169
 Glait, Osvaldo 68
 Grant, Miles 152
 Griggs, Federico 216
 Guildford, Irving 13
 Gurney, H. S. 74, 78, 121
 Hahn, F. B. 59-63, 72
 Hale, Apolos 17, 53
 Hall, D. P. 126
 Hall, J. M. M. 72
 Harmon, Elena (véase White, Elena G.) 183-192
 Harmon, Roberto, familia 15, 53-57, 83, 129, 156, 184
 Harris, William 92
 Hart, Josías 131
 Haskell, E. N. 147, 164, 165, 168, 212, 224, 231
 Healey, Guillermo 165
 Henry, S. M. I., Sra. 173, 180, 234
 Hewitt, David 135, 137
 Higley, Guillermo 135
 Hilliard, Aaron 195
 Himes, J. V. 14-31, 34, 74
 Holt, Jorge 107, 121
 Howe, Adelina 155
 Howland, Stockbridge 82, 84, 92, 95, 121, 157, 188-189
 Hunt, Guillermo 167, 168
 Huntley, María L. 174
 Hussey Erastus 211
 Hyde, W. H. 93
 Ingraham, Guillermo 107
 Ings, Guillermo 161, 164
 Irwin, G. A. 242
 Jacobs, Enoch 62
 Jackson, J. C. 201
 James, Jorge 167, 168
 James, Juan 70
 Johnson, Luis 224
 Jones, A. T. 220, 224
 Jones, Jonás 153
 Kellogg, Juan 155, 179, 202-204, 208, 213, 215, 217, 235, 245-247
 Kellogg, J. P. 121, 129, 196, 202, 208
 Kellogg, W. K. 203, 208, 247
 Knight, Ana 178-179
 Lacunza, Manuel de 36
 Lamson, J. G. 214
 Lane, E. B. 219
 Lane, E. B., Sra. 180
 LaRue, Abram 165, 168
 Lawrence, H. W. 122, 136, 137
 Lawrence, R. J. 195
 Lindsay, Kate 177-178
 Litch, Josías 16, 24, 33, 89
 Littlejohn, W. H. 213
 Loughborough, J. H. 123, 129-132
 Loughborough, María 129-132
 McCullagh, Esteban 229
 McElhany, J. L. 253
 McLaren, G. 252
 McLearn, Alexander 212
 Magan, P. T. 176, 213-216, 247
 Matteson, J. G. 164, 219
 Maxwell, A. S. 254
 Maxwell, S. G. 169
 Mexía, F. H. R. 66
 Miller, Guillermo 7-25, 30-38, 43-44, 46, 53, 249
 Miller, Guillermo, familia 7-13, 36
 Mitrieli, Fika 252
 More, Hannah 165-166, 168
 Morse, Washington 121-137
 Mumford, Esteban 70
 Nahawendi 36
 Nelson, C. 219
 Newton, Isaac 36
 Nichols, Otis 57, 82, 92, 121
 Nichols, Henry 82-83
 Nowlen, Claire 168, 169
 Oakes, Delicia 65-67
 Oakes, Raquel 65-70, 71, 88, 104

- Olsen, O. A. 216, 219
 Palmer, Dan 125
 Perk, Gerhard 164, 165
 Petri, Juan 36
 Pierson, Roberto 181
 Plummer, Flora 179
 Preble, T. M. 66, 67, 71, 83, 156
 Prescott, G. W. 213
 Preston, Raquel (véase Oakes, Raquel) 65-70, 71, 88, 104
 Piguéron, Sra. 153
 Proudfit, Alejandro 9
 Rankin, familia 176, 179
 Revel, Catalina 152, 153
 Ribton, H. P. 166, 168
 Rice, Roxie 147
 Robinson, A. T. 241
 Russell, C. P. 125-126
 Sanborn, Isaac 145, 146
 Sapa, Billiat 252
 Shimper, F. M., Sra. 121
 Sisley, Maude, familia 161, 175
 Smith, Ana 97, 104, 157, 196
 Smith, Harriet 157
 Smith, Urfas 97-98, 146, 158, 163, 201, 212, 223, 224
 Smith, W. R. 252
 Snook, B. F. 127, 154, 189
 Snow, S. S. 25-31, 46, 60
 Spalding, A. W. 200
 Spicer, W. A. 253
 States, Jorge 208
 Stephenson, J. M. 126
 Stockman, Levi 54, 55
 Storrs, Jorge 104, 118
 Stowell, familia 34, 123, 156-157
 Sutherland, E. A. 176, 214-216, 246-247
 Swensdotter, Mary 37
 Tavondi, Beni 252
 Thomann, Eduardo 169
 Thomann, Víctor 169
 Trall, R. T. 196
 Traske, John y Dorothy 69
 Turner, José 53, 56, 59, 71
 Van Druten, G. J. 167
 Van Horn, I. D. 221
 Vuilleumier, Ademar 156, 160
 Vuilleumier, Alberto 152, 155, 169
 Waggoner, E. J. 220-228
 Waggoner, J. H. 126, 197
 Wessells, familia 229
 Wessells, Pedro 167
 Wheeler, Federico 65-67, 71-104, 121
 White, Elena G. 183-192
 White, Enrique 83, 91, 95, 134, 188-189
 White, Jaime 17, 121, 188-191
 White, J. E. 94, 176, 183, 190-191, 208
 White, Juan Herbert 189
 White, W. C. (Guillermo) 155, 187, 189, 241
 Whitney, B. L. 162, 169
 Whittier, J. G. 18
 Winters, Roberto 17
 Wolffe, José 36
 Zinzendorf, Nicolaus von 70